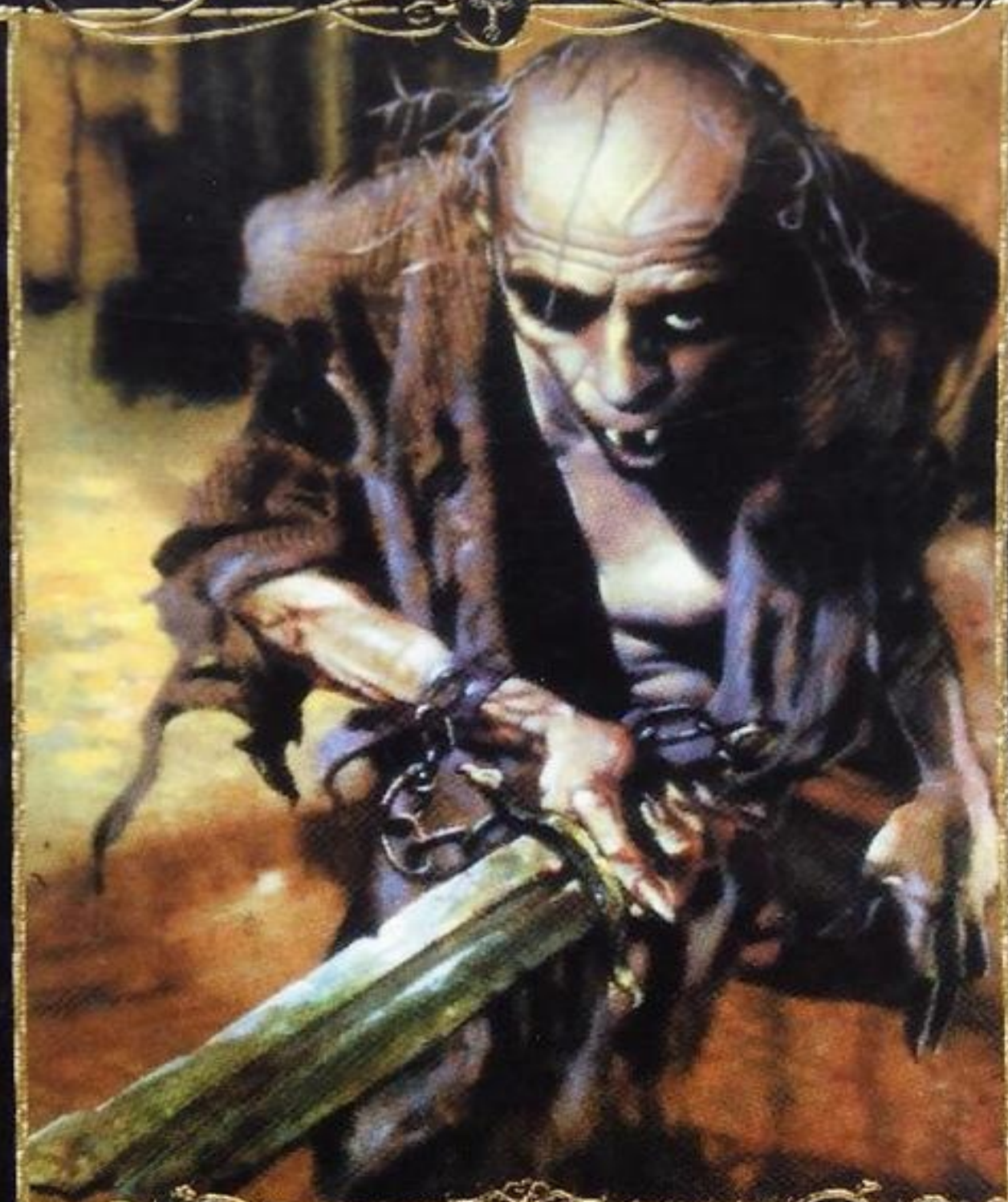


Edad oscura NOSFERATA



GHERBOD FLEMING

Edad oscura
VAMPIRO

Lectulandia



Corre el año 1204 y arde la ciudad de Constantinopla. Para los monstruos inmortales que han pasado la eternidad ocultos entre las sombras, esto supone tanto un cataclismo como una ofensa que clama venganza.

Malachite, líder de los Nosferatu de la ciudad, caza inmerso en las cenizas y elude a los cruzados para encontrar al patriarca Michael, el vampiro que fundó la ciudad a semejanza de sus sueños de inmortal. La búsqueda de Malachite lo lleva más allá de las murallas de la ciudad y lo sumerge en una odisea que habrá de restaurar el sueño del patriarca... o condenarlo para siempre.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Edad oscura: Nosferatu

Mundo de tinieblas: Novelas de clan (Edad Oscura) - 1

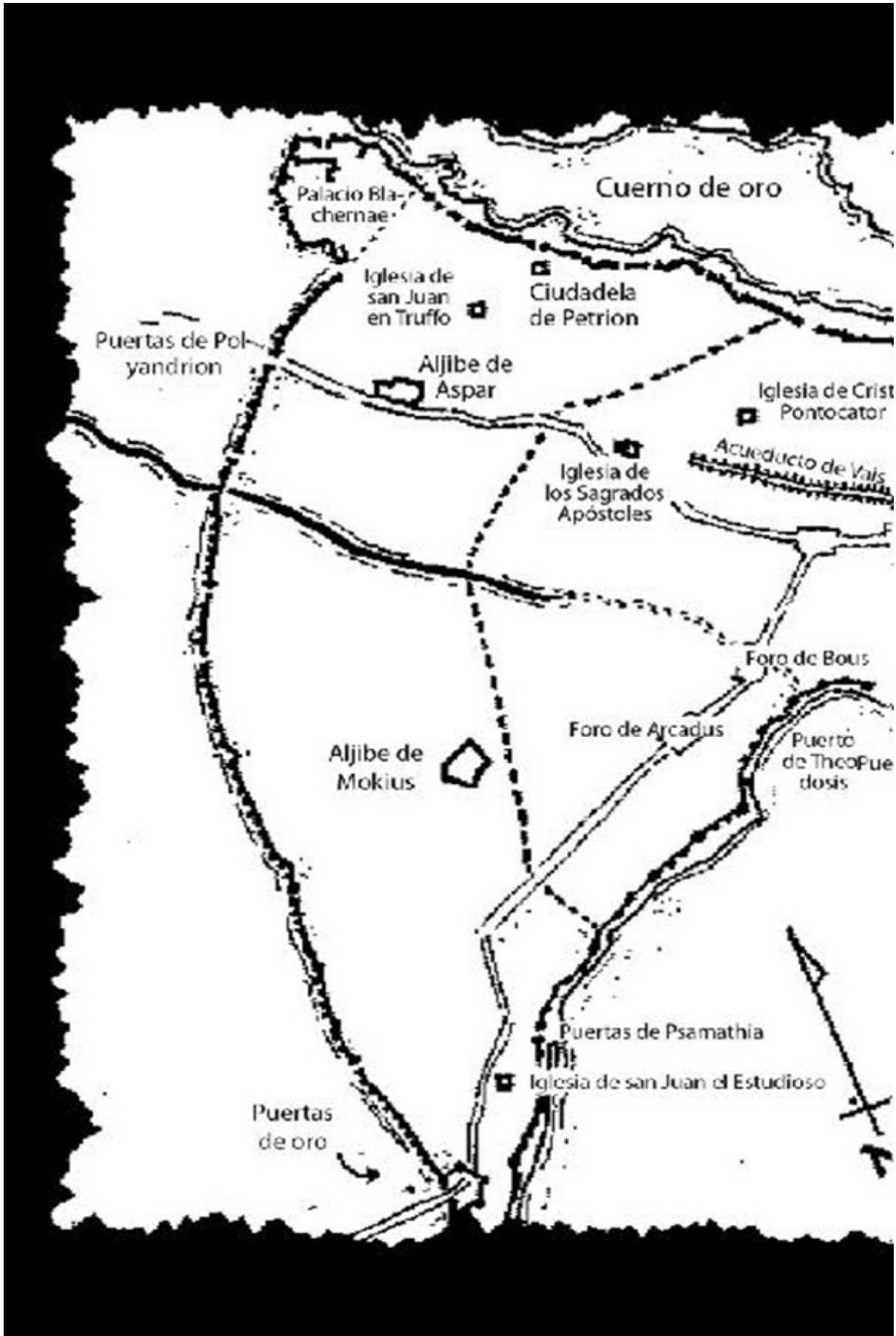
ePub r1.0

Titivillus 21.07.2019

Título original: *Dark Ages: Nosferatu*
Gherbod Fleming, 2002
Traducción: Manuel de los Reyes
Ilustración de cubierta: John Bolton

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com





Constantinopla

Primera parte
El valle de Lycus

Capítulo uno

Los gritos de los moribundos lo incitaban igual que una promesa dorada de inmortalidad; una mentira, del mismo modo que las cúpulas de oro de la ciudad, ahora derruidas, en llamas, eran mentira, promesas rotas, visiones efímeras de una eternidad inalcanzable. Aunque todavía no había traspasado las murallas exteriores, el humo y una ceniza muy fina cubrían su capa de viaje y el frágil cuerpo inerte que acunaba contra su pecho. La capucha que ocultaba su rostro a ojos mortales lo protegía también de la irritante humareda de una Constantinopla en llamas. Lo que no impedía que las lágrimas de sangre trazaran sus surcos por la agrietada piel muerta de sus mejillas. No podía contener las lágrimas, no podía impedir su avance, del mismo modo que las otrora impenetrable defensas de la ciudad no habían podido impedir el avance de los bárbaros latinos: francos y venecianos, prostitutas de Mammon. Por inconcebible que pareciera, la ciudad del Paraíso Terrenal había caído, no ante los paganos, sino ante los cristianos.

Era la Virgen plañidera, lamentándose; era el Señor crucificado, abatido por los suyos.

—Se muere —dijo el muchacho que portaba en brazos, con una voz tan débil que apenas conseguía sobreponerse al crepitar de las llamas—. El Sueño... se muere.

—No digas eso —susurró Malachite, intentando consolar al joven pero sintiéndose desconsolado a su vez. Ya está muerto, pensó, espantado por el sacrilegio, relegándolo a las tinieblas en las que mantenía cautivos sus temores, su debilidad, su hambre.

—No siento nada. No veo nada.

Ojalá yo pudiera compartir esta aflicción... pensó Malachite.

Las almenas, semejantes a los dientes aserrados de un cráneo volcado, se cernían sobre las Murallas de Teodosio II. Las lenguas de fuego desafiaban al cielo desde varias de las torres, enturbiando la noche con espesos penachos de humo y una demoníaca neblina roja. En los charcos que bordeaban el camino enlosado, la luz de la luna creaba trémulos estanques de ilusión sobrenatural, de calles pavimentadas con plata y oro, pero la imagen fue exorcizada por la sandalia de Malachite, dejando a su paso tan solo una confusión de ondas, de

piedra resquebrajada y desgastada sumergida en un agua malsana. Los pestilentes olores se adherían a esta parte de la ciudad al otro lado de las murallas —tiendas de marroquinería, carnicerías— pero Malachite apenas reparó en ellos. Difícilmente podían compararse al hedor hacinado de las alcantarillas que las circunstancias le habían obligado, en alguna ocasión, a recorrer. Los cuerpos diseminados a lo largo de la carretera y las cunetas aún no habían empezado a descomponerse, por lo que su tufo no se sumaba todavía a la mezcolanza. Algunos de los cadáveres exhibían evidentes señales de violencia; otros parecían casi serenos, como si las víctimas, agotadas, sencillamente se hubieran tumbado para reponer fuerzas.

Los vivos no permanecían impassibles ante la destrucción. Mortales de ojos vidriosos abandonaban la ciudad tambaleantes, formando una corriente impetuosa contra la que tenía que bregar Malachite. Ahora todos eran iguales: mercaderes, campesinos y nobles, despojados de todo salvo lo que podían transportar consigo, e incluso eso podría serles arrebatado por las bandas itinerantes de cruzados, hombres que habían aceptado esgrimir la cruz con el único fin de poder saquear con la bendición de Dios. También las esposas y las hijas estaban sujetas al pillaje. Salvo las viejas más avellanadas, todas las fugitivas se cubrían con velos o capuchas, por temor a llamar la atención. No obstante, la mayoría de los latinos se encontraban en el interior de la ciudad. El esplendor de los palacios y las basílicas constituía una promesa mucho más tentadora que las magras pertenencias de los refugiados. Aun así, las emigrantes gentes de Constantinopla lanzaban sus maldiciones en voz baja, velando su odio y su resentimiento con miedo y desolación. En ese momento el resonar de los cascos de unos caballos sumió paulatinamente en el silencio a la marabunta; la carretera se despejó de inmediato...

Hasta que hubieron pasado los caballeros con armadura. Clop-clop clop-clop clop-clop. Los sincopados ecos de las pezuñas inundaron el silencio. Los cruzados, gigantes de acero encumbrados sobre sus monturas, emitían un fulgor rojo en plena noche, desenvainadas sus espadas. Malachite se mantuvo apartado de los caballos, por miedo a que sus agudos sentidos lo delataran. Sintió un fuerte impulso de perseguir a los guerreros, de desmontarlos a la fuerza y abrirles las venas, aquellos saqueadores de su ciudad y hogar, del Sueño. Se contuvo. Beneficiaría a sus fines el que se mantuviera oculto a los ojos de los mortales. También debía pensar en el muchacho que sostenía en brazos, y en los atribulados ciudadanos que sin duda se verían implicados en una confrontación abierta. ¿Por qué deberían sufrir más, por qué deberían producirse más muertes, tan solo para saciar su

sed de venganza? El trepidante clop-clop clop-clop de los caballos se perdió a lo lejos.

Vacilantes, con cuentagotas, las personas salieron de sus escondrijos, regresaron a la carretera, reanudaron su viaje hacia el oeste, hacia el norte, lejos. Avanzaban como fantasmas, los mortales, con la cabeza agachada. Malachite se movía sin ser visto entre ellos. Compartía su incredulidad, su desconcierto, pero al contrario que ellos, no podía volver la espalda a las murallas ni a la ciudad en llamas.

¿Qué pecado tan grande habremos cometido para que Dios lance este castigo sobre nosotros?, se preguntó. A cada paso, escrutaba su propia alma en busca de actos indignos que hubieran quedado sin confesar, en busca de pensamientos teñidos de orgullo o avaricia. Durante siglos había estado dispuesto a admitir sus afrentas para que Dios pudiera concederle la redención... y el confesor del penitente no había sido otro sino el propio patriarca, Michael, tocayo del arcángel más destacado del Paraíso, el primero de los Cainitas, arquitecto, creador del Sueño.

¿Cómo han podido permitir que ocurriese esto?, pensó Malachite, ampliando el abanico de posibles responsables: Michael, Cayo, Gesu. El desconsuelo extendió su negra mano y asió su corazón. ¿Dónde estaba Michael ahora? Sin duda Dios se encontraba en Su Cielo, pero ¿y el patriarca? ¿Sería tal su hastío del mundo como para que aún ahora siguiese dormido bajo la Iglesia de Hagia Sofía? Puesto que ni siquiera la progresiva locura de su alma podría templar su mano si fuera testigo de la terrible suerte que corría su ciudad. No lo sabe, decidió Malachite. Debo dar con él.

No habría cruzado que se atreviera a oponerse al cegador fulgor del patriarca, reflejada la luz de un millar de soles en los tonos tintados de ese cristal viviente. La ira que volcara sobre los enemigos de Constantinopla demostraría ser tan implacable como incondicional era su benevolencia para con los fieles.

Tengo que encontrar a Michael. Él enderezará las cosas.

Pero la convicción de Malachite era menos real que el cuerpo exhausto que cargaba en sus brazos, y su rabia contra los invasores se atemperaba con la vergüenza de no haber estado allí para plantarles cara, para perecer en las llamas si hiciera falta, cuando todavía quedaba algo que su sacrificio pudiera haber contribuido a salvar.

—No siento nada —dijo el muchacho—. No veo nada.

—Entonces calla —regañó Malachite, en voz baja—. Cuando hayas recuperado las fuerzas, volverás a ver. —O puede que te libres de presenciar

esto, pensó, volviendo a ahuyentar las perspectivas más pesimistas en cuanto hubieron cobrado cuerpo.

Continuó abriéndose paso a través de la marea de mortales, en dirección al lugar del que ellos huían. Se apartaban de él, sin darse cuenta. Estaba oculto a sus ojos, mas su sufrimiento ocupaba todo su campo de visión, una persona tras otra, cientos de ellas, tal vez miles. ¿Adónde irían ahora que sus hogares habían sido destruidos, saqueada su ciudad? Tal vez al este, los que consiguieran encontrar un paso seguro por mar, hacia Nicea, como habían hecho ya dos de sus recientes emperadores precediéndolos en su huida, Alejo III y Alejo V Murzuphlus. Tal vez al oeste, como Alejo IV, que había gobernado, si bien brevemente, entre los otros dos. ¿Cómo podía ser que se hubiera envilecido y enrarecido tanto el mortífero juego de tronos entre los regentes mortales del imperio y de las ciudades más importantes de la Tierra, y que aún así, como siempre, fuera el pueblo llano el que sufriera?

Somos nosotros los culpables, pensó Malachite. Los mortales y los Cainitas no son más que dos caras de la misma moneda, observando el mundo desde márgenes distintas de la muerte, inseparables hasta que Dios se canse de Su Creación y forje una nueva. Hasta el último general, hasta el último primo de la realeza nacido de noble cuna, tanto si lo sabía como si no, cortejaba el favor de mecenas no-muertos, todos ellos en lid por conseguir prominencia e influencia, todos ellos manipuladores, corruptores. ¿Y qué parte del Sueño es ésta? Una parte enferma, que devoraba el corazón, que engendraba crueldad entre aquellos mortales que deberían ser los más nobles.

Y nosotros, que tenemos la oportunidad de amasar la sabiduría que otorga la eternidad, no somos mejores que ellos, enfrentándonos unos a otros. Su raza le inspiraba vergüenza. Sin duda había que culpar de ello a las principales familias del Triunvirato: Michael, cuya gloria solo era igualada por su locura y su creciente distanciamiento de su ciudad; Cayo, que jugaba con los generales y los emperadores como si de juguetes tallados en marfil se trataran; Gesu, obsesionado por la vida interna de lo Divino, ciego a cualquier amenaza externa.

Pero se unirán ahora que el principal peligro es evidente. Michael se levantará y los guiará, decidió Malachite, del mismo modo que había creído meses atrás que Michael saldría a dar la cara contra los latinos, cuando éstos se hubieron presentado por vez primera ante los romaioi, la ciudadanía de la Nueva Roma, en calidad de supuestos aliados. Sus expectativas habían resultado ser falsas entonces, pero ahora... ahora que ardían las hogueras, ahora que los augustos edificios de la ciudad comenzaban a desmoronarse...

—El Sueño se muere —susurró el muchacho.

—Silencio, niño. —Malachite se estremeció. El joven era un tábano para su consciencia. Pero he hecho cuanto he podido, pensó. Eran otros como él, miembros de las familias menores, los que habían sabido reconocer las amenazas a las que se enfrentaba el Sueño, los que habían forjado una alianza secreta con la intención de conservarlo.

Actuamos demasiado tarde. El crepitar de las llamas así lo confirmaba.

Los gritos de angustia que guiaban a Malachite sonaban más cerca ahora, aunque lo cierto era que nunca habían estado demasiado lejos, transportados por el viento, penetrando en su corazón. Había seguido el sonido mientras observaba las ominosas murallas de la ciudad y la andrajosa procesión de humanidad que se vertía igual que manaba la sangre de una herida abierta. La visión y el sonido eran uno, los aullidos pertenecían a la ciudad misma, que se lamentaba de su violación.

Se apartó de la carretera principal, la Vía Egnatia, y aceleró el paso entre las estructuras que permanecían aún en pie. Los incendios que habían azotado esta parte de la ciudad ya casi se habían extinguido. Dio gracias por ello. Los gritos y los quejidos eran los únicos habitantes que permanecían en este barrio desolado, otrora un bullicioso laberinto de industria y oficios, ahora una colección aleatoria de paredes de piedra derruidas, vigas humeantes y talleres desiertos. Cuando el muchacho gimió por culpa de los zarandeos, Malachite aminoró el ritmo. No tenía ninguna prisa. El sol todavía tardaría varias horas en despuntar, y la muerte y el sufrimiento se habían asentado para quedarse una larga temporada.

Los gritos procedían de un conjunto de edificios, un aserradero despojado de madera por los cruzados, que lo habían regentado y utilizado para construir sus máquinas de asedio. Era una cosecha bien distinta la que se almacenaba ahora en los edificios y el aserradero: cuerpos, los de los heridos y los moribundos. Los más fuertes de ellos, supuso Malachite, los que padecían heridas más leves o simplemente estaban demasiado agotados como para seguir adelante, se apiñaban al raso con nada más que una pared a sus espaldas o lonas sujetas a pértigas a modo de refugio para guarecerse del frío de principios de la primavera. Las madres amamantaban a sus bebés. Los ancianos dormían, al igual que los niños, angelicales en reposo sus rostros tiznados. Malachite esquivó el descampado. Demasiados mortales en el mismo sitio. No era probable que repararan en su presencia, tan solo otra alma desposeída que transportaba a un ser querido abatido, pero si alguien llegara a fijarse en él, a confundirlo con un leproso, tal vez... Las pasiones de los

mortales eran impredecibles, y no convenía enfrentarse a un gran número de ellos. En ocasiones como ésta, el mundo era poco más que un montón de leña menuda, y bastaba la menor chispa de pánico para iniciar una conflagración capaz de consumir la carne muerta de cualquier Cainita.

Así que se coló por una puerta lateral en el edificio principal... y se encontró inmerso en el seno de los torturados penitentes del Infierno. Los gritos, ecos de los que había oído en la calle, reverberaban en todas las paredes, en todo el techo. Empapaban la madera, traspasaban la piel. Había cuerpos mutilados y destrozados tendidos sobre todas las superficies disponibles: el suelo, mesas de trabajo, bancos. Y el penetrante aroma de la sangre...

Malachite retrocedió, apretó el hombro contra el marco de la puerta mientras molía su propia carne disecada entre los dientes. Ante sus ojos, un médico se aplicaba con tesón al manejo de un serrucho por debajo de la banda constringente de un torniquete, raspando el hueso. Otros dos hombres sujetaban al paciente. Sus gritos entrecortados por accesos de tos rompían el alma, pero el doctor retiró la sierra del corte y cogió impulso para volver a la carga. La doctora. El médico era una mujer, descubrió Malachite mientras intentaba concentrarse en la curva de su espalda, en su pelo negro... no en las gotas de sangre que le salpicaban la cara, las manchas de sus manos, muñecas y delantal, sangre seca bajo sus uñas...

¡Padre, ten piedad!

Pasó junto al quirófano a paso largo, lejos de la habitación. La siguiente estancia no era mucho mejor. Los heridos se hacinaban tumbados o sentados. El olor y el sabor de la sangre lo impregnaba todo. Los gritos, ahora que había dado con su fuente de origen, transmitían una proximidad insoportable... no el lamento colectivo de la ciudad como había supuesto, sino las voces azuzadas por el dolor de mortales individuales, cada uno de ellos con su vida y su historia, cada uno de ellos padeciendo sus propias heridas, cada uno de ellos sangrando, derramando la sangre dadora de vida, sustento de la vida.

Malachite dio un paso vacilante al frente. El muchacho... ¡vela por el bien del muchacho!, se recordó. Escalones, una escalera estrecha a su izquierda. Subió. Los enfermos y los heridos también llenaban la primera planta, pero Malachite no sintió el fluir de la sangre fresca como ocurriera abajo. La mayoría de estas personas probablemente habían ascendido las escaleras por su propio pie. La plantilla de este hospital improvisado era lo bastante reducida como para no prolongar los casos más graves más de lo necesario. La mayoría de los pacientes dormían, ajenos al incesante griterío de los que

sufrían. Al reparar en la atónita expresión de uno de los cuidadores, no obstante, Malachite comprendió que su máscara mortal se había disuelto al flaquear su concentración, tal era la agitación que lo embargaba. Estaba expuesto. Con presteza pero torpemente, con el muchacho aún en brazos, se acomodó la capucha para camuflar su cabeza esquelética, los afilados colmillos, la nariz aguileña, los ojos hundidos y la piel tensa y quebradiza, que se resquebrajaba y desprendía con cada uno de sus movimientos. Sus manos eran poco mejores: una colección de venas abultadas y piel fina como el papel que apenas ocultaba el hueso. Asimismo, escondió los horripilantes rasgos del muchacho con un giro del hombro.

—¿Malachite? —susurró el cuidador, sobrepasado su pasmo por algo parecido a la devoción.

Malachite reconoció entonces al hombre, un monje, recién llegado a la familia, no Cainita sino nutrido con sangre. Ensayó un brusco y veloz gesto con la mano que comprendería cualquiera de los suyos, de significado inequívoco: Trae sangre. Enseguida. Con un rápido vistazo para asegurarse de que nadie más le había reconocido —por lo que era, ya que no por quién era — abandonó la estancia. Restaurada su fachada humana, encontró otra sala más pequeña, ésta con una escalerilla que conducía hasta el techo. Una mujer y un anciano, junto a tres niños pequeños, dormían distribuidos por el suelo. Malachite se tranquilizó y despertó a la mujer con suavidad.

—Disculpe, hermana —dijo cuando la desconocida hubo abierto unos ojos somnolientos—. La doctora me ha dicho que utilizara este cuarto. El muchacho está enfermo y no puede tener compañía. Mantenga lejos a sus hijos. —Aun en la sombra, el muchacho que sostenía en sus brazos parecía enfermo, demacrado y mortalmente pálido. La mujer se apartó—. Hay sitio al otro lado de la sala, si lo desea —añadió, con amabilidad.

La mujer hizo caso de su consejo, reunió a sus pequeños junto a su falda y los sacó de la habitación junto a su maltrecho padre. Malachite tendió al muchacho en el suelo, tras colocar un saco bajo su cabeza a modo de almohada. Un momento después, el monje se reunió con ellos y cerró la puerta. Cargaba en sus brazos con otro anciano, apergaminado, que entregó a Malachite.

—¿No lo echarán de menos?

El monje negó con la cabeza.

—Se debilita a cada hora que pasa. No vivirá para ver la luz del día. —Se santiguó—. Que Dios se apiade de su alma.

—Que se apiade de la nuestra —dijo Malachite. Tumbó al anciano en el suelo junto al muchacho, con la esperanza de que la sangre, aun débil, lo sacara de su letargo.

Mas el joven no se movió. No se acercó al cuerpo casi exánime, no se alimentó.

—No sé qué le ocurre —admitió Malachite, respondiendo a la pregunta no formulada, que habría permanecido sin formular, puesto que el monje jamás habría hablado a menos que se le diera permiso... no en presencia de Malachite, patrón de los Nosferatu de la ciudad y favorito de Michael—. Regresábamos a la ciudad. Yo me había... marchado. —Había sido expulsado, pensó, apesadumbrado por el hecho—. Sabíamos que los latinos habían penetrado las murallas y habían entrado en la ciudad durante el día. Él y yo comentábamos si el emperador Murzuphlus continuaría la resistencia en las calles, de casa en casa, cuando... el muchacho se desplomó. Fue como si le hubieran abandonado las fuerzas. —Y su visión, pensó. Él, que ha sido mis ojos en la distancia. He llegado a depender de él.

—He visto a otro como él en estos últimos días —dijo el monje, con voz exhausta y desolada por los horrores que había presenciado—. Mortales, me refiero... que habían renunciado a toda esperanza.

—¡Aún queda esperanza! —rugió Malachite, súbitamente enfurecido, golpeando con la fuerza del relámpago, clavando al monje a la pared por el cuello. Los colmillos del Cainita comenzaron a asomar, traspasando una carne tan agrietada como el desierto cocido por el sol. Tras un momento, las fútiles boqueadas del monje devolvieron a Malachite el control sobre sí mismo. Obligó a la Bestia a retroceder, se retiró al otro lado de la habitación, con el rostro vuelto hacia la pared—. Perdona —se disculpó, estremecido—. La sangre... abajo. Me...

El monje continuaba respirando con dificultad. Se esforzó por hablar entre accesos de tos.

—¿Necesitáis más?

—No. —No sentía la necesidad de alimentarse. Estaba acostumbrado a desoír la llamada; no tanto como los monjes Obertus que seguían las enseñanzas del ascético Gesu, pero tampoco era ningún babeante vampiro latino, acostumbrado a los banquetes de sangre del obispo Alfonso.

—Murzuphlus ha huido de la ciudad —aventuró el monje, todavía vacilante.

—¿Ha huido, ahora? —dijo Malachite, ansioso por concentrar sus pensamientos en otros asuntos. Así que Alejo V Murzuphlus había

desaparecido, usurpador del usurpador de un usurpador, espantado de su trono de oro. ¿Y de quién había sido el títere? De Alfonso, quizá, para que la ciudad fuera caer por seguro en manos de sus hermanos venecianos; o tal vez de Cayo, o de alguno de sus numerosos y belicosos subalternos. Malachite prefería las cloacas al hedor de la política y la forja de reyes. Si fueran más los Cainitas que compartieran sus sentimientos, quizá la ciudad de oro no yacería ahora postrada a merced de los estragos de falsos cristianos—. El muchacho no desea alimentarse —dijo, asqueado, sin querer pensar en el destino de la ciudad y sin conseguir siquiera algo tan nimio—. Vigílalo —ordenó al monje, antes de girarse para subir por la escalerilla hasta el tejado. Se detuvo frente a la trampilla y volvió a mirar al monje, ese sirviente amamantado con sangre de Cainita—. Perteneces a la orden de fray Raymond. —El monje asintió—. ¿Está...?

—Sobrevivió al ataque inicial —respondió el monje, solícito—. No como otros muchos. Nos despidió con instrucciones de ayudar a paliar el sufrimiento allí donde lo encontráramos.

Por primera vez en toda la noche, Malachite experimentó una breve punzada de esperanza. Su amigo y protegido, fray Raymond, no había sucumbido. Seguía al frente de la Orden de San Ladre. Los caballeros leprosos seguían esforzándose por ayudar a las víctimas de las circunstancias, aunque en esta época de cataclismos sin duda las víctimas superaban por cientos a los victoriosos. Es un deber que yo debería estar cumpliendo, se recriminó. Pero no tenía otra opción. Michael le había alejado de la ciudad. ¿Cómo podría haber reunido fuerzas para oponerse a los deseos del patriarca? Los pensamientos de Malachite mientras permaneció agarrado a la escalerilla volvieron a fijarse en el posible paradero de Michael. Debo encontrarle, y pronto. Había transcurrido mucho tiempo desde que Malachite se hubiera visto obligado por última vez a pensar en términos de noches y semanas en vez de en años, pero eran los mortales los que tenían ahora la iniciativa, y eran unas criaturas muy presurosas.

Dio la espalda al monje, abrió la trampilla y subió al tejado plano. Al hacerlo, cambió el olor de la sangre, aquella enorme tentación para su cuerpo, por el espectáculo del humo que se encumbraba sobre las murallas de la ciudad, todo un mazazo para su alma. Intentó planificar la estrategia a seguir en las noches que se avecinaban, pero el amortajado escenario que se desplegaba ante él era una severa recriminación de sus anteriores fracasos. No había conseguido penetrar la creciente enfermedad de Michael y advertirle de cuántos Cainitas habían perdido el Sueño de vista. No les importaba nada una

ciudad de belleza infinita, un reflejo del gozo divino, un tributo a Dios que estaba destinado a perdurar a través de las eras.

Incluso entre las familias más privilegiadas del Triunvirato, la temeridad y el desapego se habían convertido en la tónica general. De los Toreador de Michael, el diligente Petronio era el único que se había negado a enterrar la cabeza en la arena e ignorar el faccionalismo que arrasaba la ciudad, con los turcos ejerciendo presión desde oriente, los esclavos y los francos desde el norte y el oeste. Pero Petronio tenía las manos atadas por el manto de liderazgo que se había arrogado Michael y había apelado al escurridizo Magnus en busca de ayuda y solaz... como si se hubiera contado alguna vez un alma digna de confianza en el seno del clan Lasombra. Bien sabía Malachite que no era ése el caso.

Gesu y su Obertus Tzimisce, mientras tanto, ni se molestaban en abandonar las murallas del monasterio de san Juan el Estudioso. De hecho, Gesu había cerrado las puertas a todos los extraños, dando la espalda a la ciudad así como a sus responsabilidades como líder de una familia de la Trinidad. Sus congéneres, Simeón y Myca Vykos, si bien no se habían dejado consumir por los misterios monásticos y resultaban más accesibles, habían sido incapaces de sacar a Gesu de su ostracismo.

Los Ventrue antonianos eran aún peores. Cayo pretendía —o puede que lo creyera de verdad— que gobernaba a la familia con mano de hierro, pero que librar escaramuzas y efectuar insignificantes maniobras entre los prefectos era algo extendido. Y en cuanto a los asuntos imperiales y militares, el propósito ostensible de la familia, las pruebas eran condenatorias: Cuatro emperadores distintos habían llegado a ocupar el trono en apenas el transcurso del último año, y los invasores habían traspasado las murallas y ahora incluso saqueaban la ciudad.

Nada de todo esto tenía que ocurrir, pensó Malachite. Aun así había visto cómo se fraguaba durante décadas: los desacuerdos políticos entre los mortales, las exigencias de los bárbaros que reclamaban cada vez más de las lejanas y luego no tan lejanas posesiones del imperio a cada año que pasaba, el detrimento de la economía local por culpa de los privilegios concedidos a los deleznables venecianos mientras las arcas del imperio sonaban a hueco. Malachite y muy pocos más habían visto venir el peligro. Habían formado su propia Trinidad secreta, con la esperanza de evitar el desastre, pero éste se había producido demasiado pronto.

Y ahora arde la ciudad.

Volvió la vista hacia el este, hacia las inmensas construcciones defensivas, hacia el humo que se levantaba encima y detrás de ellas. Nunca en más de tres siglos y medio se había visto obligado a contemplar aquellas murallas y preguntarse qué quedaría en pie al otro lado, qué quedaba en pie de su ciudad, del Sueño.

Desde abajo, unas voces atrajeron su atención de nuevo al improvisado hospital. Voces... ¿el muchacho y el monje? ¿Se habría alimentado el joven y recuperado parte de sus fuerzas? No. Malachite reconoció la suave voz del monje, pero las demás palabras no eran pronunciadas por el muchacho.

—Por supuesto que no pienso mantenerme alejada de ellos —protestaba una mujer, impaciente—. Apártate si no vas a ser de ninguna ayuda.

Malachite regresó a la escalerilla de inmediato para descender a la estancia con el extraordinario furtivismo de la sangre; ni el monje ni la mujer arrodillada junto al muchacho y al anciano lo vieron.

—Ambos están muertos —dijo la mujer, aunque observaba fijamente al muchacho, con el ceño fruncido. Sostenía su mano en la de ella, tanteando en busca de un pulso inexistente—. Aunque parece que éste aún no lo sabe. —El muchacho tenía los ojos abiertos y los movía ligeramente mientras la contemplaba.

—¡Aléjate de él! —ladró Malachite, saliendo en defensa de su chiquillo.

El monje retrocedió de un salto, obedeciendo sin hacer preguntas. También la mujer se sobresaltó, pero no cedió terreno... ni tampoco expresó más que el más leve asombro ante la repentina aparición de Malachite, de su semblante inhumano.

—No creo que pueda hacerle ningún daño —dijo, poniéndose de pie. No era joven según los estándares mortales. Tal vez hubiera vivido una década por cada siglo de edad de Malachite. Sus rasgos eran judíos, y Malachite reconoció en ella a la doctora que había visto en la planta baja. Mechones grises jaspeaban su cabello negro, recogido con severidad en la nuca. Las arrugas que surcaban su rostro estaban cinceladas a conciencia, en las comisuras de sus ojos y su boca, y en su frente. Se había lavado las manos, pero la sangre seguía moteando sus mangas.

—Éste no es lugar seguro para una mujer —dijo Malachite—, y menos para una hija de Sara. —Se interpuso entre ella y el muchacho y se arrodilló junto a los dos cuerpos del suelo. El anciano estaba muerto, sin duda, pero el muchacho todavía no se había alimentado; estaba igual de débil que antes.

—¿Y dónde preferiría que estuviera? Estuve en Acre cuando Ricardo Corazón de León conquistó la ciudad —dijo la mujer, encogiéndose de

hombros—. Cuando los cristianos reclaman lo que creen que les pertenece por derecho, la Judería no es exactamente el refugio más seguro.

Malachite la observó con intensidad, impresionado tanto por el temple de su voz como por el modo en que le sostenía la mirada, sin parpadear. No le ahorró los rasgos esqueléticos, la boca cuajada de colmillos disparejos.

—Cierra la puerta —pidió al monje, que obedeció—. No son verdaderos cristianos aquellos capaces de saquear el mayor lugar de culto a Dios aquí en la Tierra.

Su tono la desafiaba a contradecirle.

La mujer respondió sin comprometerse.

—Los señores de la ciudad pueden cambiar de hábito, pero la vida de mi pueblo seguirá siendo la misma.

Malachite reconoció la verdad de sus palabras. Aunque los judíos estuvieran equivocados al negarse a reconocer a Cristo como Mesías, Malachite les concedía el respeto que se merecía el esqueje del que había brotado la rama de David. Había muchos Cainitas que no eran tan generosos; también muchos mortales.

—¿Cómo te llamas?

—Miriam de Damasco.

—Doctora.

—En efecto.

Malachite volvió a sentir la sangre. Las pegajosas manchas resacas del delantal eran más que suficiente para atraer su atención, ya que no, ahora que había recuperado la compostura, para provocarle una incomodidad aparente.

—No te doy miedo.

—La muerte tiene muchas caras.

—Algunas más fáciles de contemplar que otras.

—El resultado, al final, es el mismo. He visto la muerte muy de cerca, la he burlado muchas veces en beneficio de los demás, así que cuando venga a por mí...

Volvió a encogerse de hombros, no en ademán despectivo sino resignado.

—La abrazarías —aventuró Malachite.

—No. Eso es algo muy distinto. —Miró al monje de soslayo, preguntándose quizá qué relación tenía con esta criatura de muerte que hablaba con ella.

—Hay más —dijo Malachite. No le resultaba tan difícil conocer los pensamientos de una mortal.

Miriam asintió, tan resignada a sus palabras como parecía estarlo a su inevitable muerte.

—Conozco a los de tu especie. Me he encontrado con una. Aprendí mucho de la muerte, y de la vida, junto a ella.

—¿Cómo se llama?

La mujer vaciló, sopesó sus opciones.

—No voy a desvelarlo.

Malachite sonrió, aunque lo cierto es que la mujer no tenía manera de reconocer la retorcida expresión por lo que era. La ata el juramento de sangre, pensó. No delatará a su señora, no puede traicionarla. No insistió en conocer la respuesta. A decir verdad, ya sospechaba cuál podía ser la identidad de su patrona, y su suposición le embargaba de presentimiento. *Lady* Alexia Theusa, el solitario miembro de la familia Capadocio, había ejercido como médico para los emperadores, directa o indirectamente, durante años. Una Cainita tan antigua —mucho mayor que Malachite— cuando buscaba la compañía de mortales tendía a escoger a aquellos que compartían cualidades o habilidades similares a las propias. También Miriam era médico. Era testaruda, quizá una solitaria, según podía aventurar Malachite. Todos estos ingredientes podían haber despertado el interés de *lady* Alexia, cuyas inescrutables maquinaciones sin duda atraparían y terminarían por consumir al mortal, en cuerpo y alma.

Antes de que pudiera hacer ningún comentario al respecto, no obstante, ladeó la cabeza, súbitamente consciente de algo más aparte del humo y del sonido del sufrimiento humano que transportaba la brisa. Por segunda vez, subió por la escalerilla hasta el tejado y se detuvo para escuchar la noche...

Ahí. Cascos de caballos resonando contra los adoquines, aproximándose.

Miriam y el monje ghoull de fray Raymond estaban cerca de su espalda. Al cabo de un momento, también ellos oyeron el ruido. No mucho después, las armaduras de los caballeros se hicieron aparentes.

—Aquí no hay riquezas que puedan saquear —dijo el monje.

—Sería mejor que las hubiera. —El rostro de Miriam evidenciaba su preocupación—. Podrían coger lo que quisieran y marcharse.

Malachite no sentía ningún deseo de encontrarse con un cruzado, ya se tratara de un bandido oportunista que portara el manto de la cruz, o de un pío guerrero impulsado por un celo sagrado.

—Son de la sangre —dijo una voz a sus espaldas. Los tres observadores giraron sobre sus talones para encararse con el muchacho. De alguna manera, había conseguido trepar por la escalerilla y llegar al tejado. En sus ojos

titilaba el menguante vestigio de la consciencia—. Son de la sangre, y desean destruirnos.

Capítulo dos

Entre los refugiados que se parapetaban al aire libre en el descampado del aserradero, un puñado reparó poco después que Malachite en los caballeros que se aproximaban. Un ahogado zumbido de aprensión comenzó a propagarse por la caterva de mortales. Tal vez los jinetes que portaban la insignia de los cruzados latinos no albergaran malas intenciones, pero sin duda no acudían para anunciar ningún bando de bienvenida. Los mortales que aún eran capaces de valerse por sí mismos, los que podían caminar y se encontraban cerca de un pórtico, empezaron a escamotearse del improvisado hospital para perderse en la noche.

Malachite percibió todo esto con aire ausente, concentrando toda su atención en el muchacho que yacía en el tejado: su chiquillo, uno de tres hermanos. Son de la sangre, había dicho el joven refiriéndose a los caballeros antes de desplomarse, y pretenden destruirnos. Malachite no era tan iluso como para ignorar los pronunciamientos del muchacho, y menos en momentos de riesgo, pero si bien las palabras resonaban igual que distantes campanas de alarma en la mente del antiguo Cainita, el espectáculo de los ojos en blanco del joven mantenían a Malachite congelado en el sitio. ¿Sería éste el último hálito de no-vida para aquel niño tan misteriosamente aquejado? No había respiración dificultosa ni pulso errático que sirviera de indicativo, como había descubierto Miriam.

Ella y el monje, al ver a los cruzados que se acercaban, habían bajado por la escalerilla. Cruzaban estancia tras estancia impartiendo apresuradas advertencias, intentando alertar a los pacientes sin infundir el pánico.

—Llegan unos francos. Reúne a tu familia y marchaos. No, no recojas tus pertenencias. Marchaos.

Malachite oyó sus voces emanando de la planta baja, así como los pies y cuerpos que se arrastraban, las madres que chistaban a sus hijos, los mortales que eran despertados y exhortados a entrar en acción en medio de una noche que ya era de pesadilla de por sí; mas en el tejado, por encima de la confusión, todo permanecía inmóvil y en silencio como una tumba. Su chiquillo era un cadáver inerte, desprovisto de toda chispa.

—«Y Dios insufló el aliento de vida en el hombre, y el hombre cobró vida» —recitó Malachite—. Yo no soy Dios ni tengo aliento de vida que ofrecer, pero lo que poseo es mío para entregarlo a voluntad.

Acunando al muchacho en sus brazos, Malachite hundió los colmillos en su propia muñeca. Obligó a su sangre a fluir a la desgarrada herida, y de ésta manó la sangre hasta la exánime boca del joven.

—Están entrando en el descampado —anunció el monje desde la trampilla—. Tenemos que irnos.

Pero Malachite se afanaba en dirigir cada gota de sangre hasta los labios del pequeño, observando con alivio cómo tragaba éste, si bien débilmente. Está vivo, pensó. Tan vivo como pueda estarlo un Cainita.

El repicar de los cascos de los caballos sonaba ahora mucho más próximo, al igual que las bruscas palabras: arrogantes amenazas en francés y en un alemán gutural; vituperios y exigencias enunciadas en un crisol de lenguas más comunes dentro de la ciudad, griego, italiano, armenio, arameo.

—Haré cuanto pueda por demorarlos —dijo el monje al ver que Malachite no respondía. La trampilla volvió a quedarse vacía.

El flujo de la sangre de Malachite había quedado reducido a un goteo. No la obligó a seguir manando. El muchacho no evidenciaba más señales de vida, pero se había alimentado. Había respondido a la sangre. Eso tendría que bastar por el momento: sabiendo que el joven no lo había abandonado, que no se había reducido a polvo en sus brazos, Malachite se puso de pie, sosteniendo aún al chiquillo.

Miriam trepaba ahora por la escalera, rubicundas las mejillas, enrojecidas por el esfuerzo físico. Su pecho ascendía y se hundía apremiante al compás de su respiración. Malachite reparó en aquellos indicadores de vitalidad... marcadores de cuya ausencia adolecían el muchacho y él.

—¿Por qué seguís aquí?

Malachite se acercó al borde del tejado. Abajo, los pacientes más capaces y los refugiados ayudaban a algunos de los heridos más graves a alejarse del descampado del aserradero... obstaculizados ahora por los caballeros, que cerraban las salidas con sus monturas, las cuales piafaban y resoplaban aterrorizando a los mortales. Los corceles exudaban un halo tétrico, encumbrados sobre los humanos igual que humeantes demonios nacidos en calderos de fuego, exhalando asfixiantes penachos de vapor infernal.

Ghouls, supo Malachite, bestias fortalecidas y pervertidas por la sangre Cainita.

El monje se encontraba inmerso en el arremolinado caos, abriéndose paso hacia uno de los caballeros, declamando a voz en grito:

—¡Aquí solo hay almas desdichadas y enfermas! ¡Acogidas a la protección de la Iglesia!

—¿A qué iglesia te refieres, hereje oriental? —rugió el caballero.

—¡La Iglesia de nuestro único Dios, y de Su hijo, nuestro señor Jesucristo!

—¡Apártate de mi camino, pagano!

—¡Este hospital, al igual que vos, luce la armadura de la cruz!

El caballero frunció los labios.

—¿Hospital? ¿Sois tan necios los herejes que empleáis carpinteros en vez de médicos, o tan blasfemos que rendís culto en establos de madera?

—¿Acaso no fue Cristo carpintero?

—¡No pienso escuchar más blasfemias! —El caballero esgrimió su espada y atacó.

Malachite presenció el arco del golpe desde las alturas, incapaz de detenerlo... y en la velocidad y la potencia del tajo reconoció la fuerza inhumana del agresor.

La pesada hoja atravesó limpiamente el brazo que el monje había alzado para protegerse y penetró con saña en su cavidad craneal. El cuerpo del monje, azotado por los espasmos, quiso desplomarse, pero el acero encallado en el hueso lo sostuvo en vilo. No fue hasta que el caballero hubo propinado una patada en la cara al monje que el cadáver se desprendió y cayó al suelo en medio de convulsiones.

—Dios de mis padres... no —musitó Miriam, cubriéndose la boca con la mano, hipnotizada por el derramamiento de sangre.

De no haber estado de pie junto a Malachite, éste no la habría escuchado, puesto que con la caída de la espada, la multitud fue presa del auténtico pánico. Gritos. Una avalancha de cuerpos, aunque en direcciones enfrentadas. Algunos de los fugitivos tropezaban o tiraban al suelo a los heridos. Algunos desventurados temerarios se arrojaron sobre los caballeros, para ser prestamente derribados o pisoteados por las pezuñas.

—Hay un sótano —dijo Miriam—. Podemos escondernos.

Malachite negó con la cabeza sin perder de vista a los caballeros, varios de ellos esgrimiendo antorchas, convergiendo en el edificio de madera.

—No.

Tal vez al principio hubieran tenido intención de registrar la zona, pero ahora su sangre bullía y estaban decididos a purificar el mundo con fuego. Y

había Cainitas entre ellos. El muchacho así lo había anunciado, y Malachite había podido comprobarlo con sus propios ojos. Pero estos Cainitas procedían del oeste, o puede que hubieran regresado del Levante hacía poco. No les importaba en absoluto la autoridad con la que hubiera investido Michael a Malachite, como tampoco les importaba Constantinopla. Para ellos el Sueño no era sino una visión de oro con la que llenar sus cofres.

Pero se mantendrán alejados, pensó. Alejados de las llamas. Arrugó la nariz al oler el humo... que no procedía ahora del interior de las murallas de la ciudad ni de las cenizas aún calientes del vecindario, sino de las llamas que prendían en la base del edificio. También hay mortales entre sus filas, sospechaba. Para manejar el fuego con tal aplomo, debían de ser mortales. Al menos eso esperaba, puesto que incrementaba sus posibilidades de escapar... las suyas y las del muchacho, y...

—¡Están prendiendo fuego al edificio! —comprendió Miriam, cuyos sentidos mortales iban a la zaga de los de Malachite.

La asió por la manga y la arrastró a trompicones hasta la otra punta del tejado.

—Súbete a mi espalda. Deprisa.

—¡Pero están prendiendo fuego al edificio! —insistió ella, como si no hubiera sabido hacerse entender antes—. Todavía queda gente abajo... ¡algunos de ellos no pueden caminar!

Malachite también comprendía eso.

—No puedes hacer nada más.

—¡No pueden caminar! ¡No podrán escapar!

—Hay miles de personas muriendo en esta ciudad. Si bajas, serás una más. ¿Estás tan dispuesta a morir?

La mujer vaciló, incapaz de rebatir aquella descarnada evaluación de la situación.

—Súbete a mi espalda y agárrate fuerte. Ya.

Miriam obedeció, pero Malachite podía sentir el peso de su culpabilidad por intentar salvarse mientras aquellos a los que había cuidado se enfrentaban a la muerte. No le dio tiempo a pensárselo dos veces y saltó de inmediato. El suelo voló a su encuentro. Sus huesos y sus músculos nervudos absorbieron el impacto, ayudados por la fuerza y la resistencia de la sangre. Miriam tosió y escupió, privada de aliento.

—¡Deprisa! —apremió Malachite, enderezándola cuando vio que trastabillaba. La mujer se había mordido el labio y la sangre corría por su

mentón—. ¿Puedes cargar con el muchacho? —preguntó, cuando vio que podía caminar—. No pesa mucho.

La confusión de Miriam duró un momento, antes de que asintiera. Malachite le entregó el frágil cuerpo.

Sujetándola por la manga, comenzó a guiarla lejos del edificio. Éste no era ningún asedio organizado, sino una matanza impulsiva. Los cruzados no habían formado un cerco sólido. Empero, permanecer en las proximidades del edificio equivaldría a tentar a la suerte. Las llamas ya se elevaban a gran altura al otro lado.

Los gritos llenaron la noche: aterrorizados, lanceados, silenciados por la espada, torturados por el fuego.

Solo, Malachite podría haberse fundido con las tinieblas y escapar con relativa facilidad, pero tenía que ocuparse del muchacho y de la mujer. Empezó la carrera... en esta ciudad en la que se había contado entre los lores no-muertos, ahora se veía perseguido. Corrió, tan deprisa como le era posible sin que la mujer perdiera el equilibrio. Se mantuvo lejos de los espacios abiertos, encaminándose hacia un puñado de edificios más pequeños que aún no habían comenzado a arder. Pero los mortales que huían aterrorizados de esos edificios lo alertaron. Un caballo y su jinete emergieron de improviso de la oscuridad a la luz del fuego, refulgiendo rojas y doradas la armadura y la espada. Malachite soltó a la mujer, que se vio zarandeada, frenada y por fin detenida por la marea de gente que pasaba junto a ella en dirección contraria. Se quedó mirando fijamente, impotente, al enorme corcel de guerra que se abalanzaba sobre ella...

Malachite saltó. Chocó contra el costado del jinete con la fuerza de un proyectil catapultado. Se estrellaron contra el suelo, pero Malachite no estaba herido, ni sorprendido. Con sus garras bestiales, desgarró el yelmo del caballero, destrozó la túnica de cota de malla... y se encontró con un gratificante borbotón de sangre humana. Hendió la garganta expuesta tres veces: por el muchacho, por él mismo y por Michael el patriarca. Exhortado por la sangre, por la carnicería y el solevantamiento de la noche, Malachite hundió el rostro en la carne destrozada, triturándola con sus colmillos, trasegando la cálida sangre del invasor.

¡Venganza!

Se habría abandonado en ese preciso momento, de no haber sido por la necesidad del momento: la necesidad de alejarse de aquel lugar, de escapar de los guerreros mortales y de los Cainitas que pudieran estar al acecho. También sintió —en medio de aquella vorágine de caos— unos ojos.

Observándolo. Miriam. La mujer arrullaba al pequeño contra su pecho. Malachite levantó la cabeza hacia ella, con tendones ensangrentados colgando de sus colmillos. Seguía de pie en el mismo sitio en que se había refugiado del jinete... solo que ahora lo contemplaba con los mismos ojos aterrorizados.

Malachite escupió en el polvo. Se sobrepuso al impulso de rendirse a la sangre. No había tiempo. Quedaban más caballeros, más espadas, más Cainitas. Estuvo junto a Miriam en un abrir y cerrar de ojos, volviendo a tirar de ella por la manga. Podía sentir cómo lo miraba. Observándolo de soslayo con el corazón atemorizado... a pesar de que la había salvado, ¡a pesar de que él no era uno de aquellos monstruos latinos que habían incendiado la ciudad y asesinado a miles de personas!

—Seguro que ya habías visto cómo se alimentaba *lady* Alexia —espetó, aferrándola con más rudeza—. O puede que ella sea más delicada en sus modales.

Miriam se apresuró a apartar la mirada de él, sobresaltada quizá por el hecho de que hubiera adivinado quién era su patrona, pero también asustada por su ira y por lo que le había visto hacer... por lo que temía que aún pudiera hacer. Su cólera lo impulsaba hacia delante, sumergiéndolo en las sombras. Tras ellos, las estructuras de madera del aserradero eran pasto de las llamas.

Y los gritos. Pudiera ser que las miles de lenguas rojas y doradas que lamían el firmamento hubieran desencadenado su agonía, pero Malachite había visto a los mortales tumbados en las escasas camas que se habían logrado reunir. Reconoció los gritos de angustia de los quemados. Miriam también. Quería hacer algo al respecto —necesitaba hacer algo al respecto—, Malachite lo sabía, pero estaba demasiado absorta en su desconcierto como para resistirse a que él la condujera. Al menos de momento, su horror ante la carnicería pesaba más que el temor que le profesaba. Intentó devolverle el muchacho, pero Malachite lo rechazó.

—Si debo pelear de nuevo, necesitaré tener las manos libres.

Apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando oyó el relincho de un caballo, el golpeteo de los cascos que se acercaban desde la dirección del fuego y el tumulto. Malachite empujó a la mujer y al pequeño hacia las sombras más resguardadas que pudo encontrar en medio de los escombros, los escudó tras su propio cuerpo y su capa, e invocó el poder de la sangre para tornarse uno con la noche. El caballo... no, demasiadas pezuñas. Más de un animal. Se acercaban... más...

Encerrado en su propio cuerpo enmudecido, Malachite podía oír los galopantes latidos del corazón de la mujer, el torrente de sangre que surcaba

su cuerpo. A sus oídos, tan de cerca, su respiración acelerada sonaba tan fuerte como los caballos. Sabía que los sonidos no se propagaban, pero aun así debía contenerse para no dar un respingo con cada latido, con cada inhalación y exhalación. La apretó más contra sí, deseando poder apagar el sonido sin hacerle ningún daño.

Los caballos y los jinetes se encontraban ya casi encima de ellos, las herraduras golpeaban el empedrado igual que cae el martillo sobre el yunque...

... Y pasaron de largo. Seguían cerca, pero el atronador golpeteo se alejaba despacio. Hasta cesar por completo.

Seguid adelante, malditos seáis. Seguían estando demasiado cerca como para que pudiera escapar, y no se atrevía a atacarlos, a dos a la vez... no sin antes saber si eran mortales o Cainitas, no con la mujer y el muchacho aún en peligro.

Los jinetes estaban tomándose un descanso de la matanza, suspirando y revolviéndose en sus sillas de montar, que crujían bajo su peso.

—Por aquí ya no hay nada —dijo uno al otro—. Deberíamos regresar a la ciudad. No tiene sentido quemar a unos tullidos.

—Estoy de acuerdo —respondió el segundo—. Pero supongo que habrá que patrullar por las afueras hasta que lord Guy ordene lo contrario.

—Desde luego —se apresuró a reponer su compañero—. No pretendía...

—Ya lo sé. Ya lo sé. Tranquilízate. También yo preferiría estar dentro de las murallas, pero aquí afuera también hay paganos y herejes de sobra. Y probablemente entre ellos se cuenten algunos de la sangre.

—Eso es lo que no entiendo —confesó el primero—. Lord Guy dice que hay que pasar por la espada a cualquier Cainita que no forme parte de la Cruzada, pero hay algunos entre ellos que estarían encantados de ayudarnos. No sienten ningún aprecio por los griegos de esta ciudad.

—Ayudarnos, sí, ¿pero por cuánto tiempo? Son unos traidores, estos griegos. Ya has oído hablar de los emperadores romanos, cómo llegaron al poder. Envenenándose los unos a los otros y sacándose los ojos mutuamente. No creo que los Cainitas sean mejores. Si no luchamos contra ellos ahora, tendremos que hacerlo más tarde. Es mejor terminar con la matanza de una vez. Empalaremos y quemaremos en el barrio latino a tantos como en el resto de la ciudad, me apuesto lo que sea.

Permanecieron sentados en silencio a lomos de sus cabalgaduras durante un rato más; el silencio del primero probablemente indicaba su aquiescencia. A continuación, los dos caballeros se desperezaron y bostezaron.

—Será mejor que volvamos al trabajo —dijo el segundo—. Demos una vuelta y regresemos junto al fuego.

—Sin acercarnos demasiado —bromeó el primero, con una risita.

—No. Dejaremos eso para los griegos.

Dicho lo cual, prosiguieron su camino.

Griegos. Malachite bufó asqueado cuando estuvo seguro de que los jinetes se encontraban lo bastante lejos. Qué estúpidos son estos bárbaros. Somos romaioi. Pero los bárbaros francos habían conquistado la ciudad que era el último vestigio de lo que había sido la gloria de Roma.

—¿Se han ido? —susurró Miriam.

Malachite la ayudó a incorporarse.

—Ven.

—No. —Por segunda vez, le ofreció el muchacho—. No tardarán en marcharse de aquí. Me esconderé hasta entonces, pero luego, habrá personas que necesitarán ayuda, las que escaparon y se escondieron, o las que no perecieron en las llamas.

Malachite la estudió con atención. De nuevo, le sostuvo la mirada. ¿Tanto asco le doy que preferiría morir antes de acompañarme?, se preguntó, pero no vio indicios del miedo y la sorpresa anteriores en sus ojos. Tal vez, como había dicho, deseara quedarse para ayudar a los necesitados.

—¿Sigues enfrentándote a la muerte con la misma despreocupación, Miriam de Damasco, incluso después de haber visto las consecuencias de la matanza y cómo descuartizaban a un hombre ante tus ojos?

—No es despreocupación —repuso la mujer, compungida, zangoloteando la cabeza—. Mataste porque no había otra opción. ¿Ellos...?

—El resultado, al final, es el mismo.

—Ah. —Casi sonreía tras la suciedad y las lágrimas—. Pero el final aún no está cerca.

¿No?

Le ofreció el muchacho, y esta vez Malachite lo aceptó.

—Ve con Dios, Miriam de Damasco.

—Que Dios os acompañe también a vosotros.

Acunando al muchacho con un solo brazo, Malachite se arrodilló y recogió un puñado de hollín, con el que embadurnó la frente y las mejillas de la mujer, su nariz y su barbilla, para ayudarla a camuflarse.

—La cuaresma ha terminado, pero espero que la ceniza te conceda su protección.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer, en voz baja—. Me gustaría saber por quién debo ofrecer mis oraciones.

—Malachite —respondió, esperando que fuera cierto que ambos rezaban al mismo Dios, y que Él atendiera a las plegarias de la mujer donde no se había dignado escuchar los ruegos de los Condenados.

Capítulo tres

Había sido buena idea, decidió Malachite, que la mujer se hubiera quedado atrás, puesto que él se preparaba para abandonar la tierra de los vivos. Sintió al principio que estaba dejándola en la estacada, abandonándola a su suerte. Había hecho lo mismo con el resto de los ocupantes del aserradero, desde luego. Y con el monje. No le había quedado otra elección. No había manera de que hubiera podido salvar a todos los mortales. Aun en las noches previas a la llegada de los malditos cruzados a los puertos de Constantinopla, los mortales sufrían y morían. La vida, al igual que la no-vida, era cruel. Pudiera haberlo sido algo menos si hubieran sido menos los Cainitas que utilizaban el Sueño como excusa para conseguir sus propios objetivos, si hubieran sido más los que hubieran puesto en práctica las lecciones de Michael acerca de la belleza y la perfección espiritual. La mano reveladora del patriarca había modelado una sociedad de mortales y Cainitas que podrían haberse enriquecido mutuamente, donde la gracia eterna de los segundos habría proporcionado una especie de puente mediante el cual la finita vitalidad de los primeros podría haber alcanzado la trascendencia.

Mas la ciudad ardía.

Tal vez nos merezcamos este castigo, caviló Malachite. En lugar de guiar a los mortales, los Cainitas habían derivado hacia extremos perniciosos de abuso y negligencia. Por una parte, el obispo Alfonso celebraba banquetes de sangre en el barrio latino, sacrificando a los mortales por docenas en el altar de su megalomanía; por otra, el angelical Gesu daba la espalda por completo a los mortales, haciendo caso omiso tanto de las necesidades como de los peligros de la humanidad.

El humor de Malachite se ensombrecía conforme atravesaba a hurtadillas la ciudad al otro lado de la muralla... o lo que quedaba en pie de ella. A esta sección se le había asignado el papel de tierra baldía, atrapada entre los sitiadores y los sitiados, sufriendo la destrucción a manos de ambos bandos mientras éstos intentaban herirse y asesinarsen el uno al otro. El espectáculo de las ruinas humeantes, un mosaico de calles y escombros, inspiraba en Malachite el temor a lo que pudiera encontrar en la ciudad propiamente dicha. De vez en cuando remitía el miasma cuasi onírico que lo embargaba, y podía

ver el paisaje arrasado como si fuera por primera vez. El insoportable peso de la realidad le encorvaba los hombros, le oprimía el pecho como si intentara exprimir cuanta vida hubiera en él, más de trescientos años después de que hubiera exhalado su último aliento.

Muchos de los cuerpos que encontró estaban quemados, calcinados hasta el punto de resultar irreconocibles. Le pareció que algunos de ellos tenían los rasgos de Miriam, pero la pasajera ilusión obedecía tan solo al efecto causado por el humo, las sombras y las brasas azotadas por el viento.

Ha sido buena idea que se quedara, pensó. No podía comprometerse con el destino de una sola mortal. Michael había vislumbrado la verdad: que la humanidad en su conjunto era el protectorado de Caín, suya por derecho de nacimiento, su protegida. Caín, al igual que sus descendientes, había pecado. Y del mismo modo que el pecado de haber abatido a su hermano reclamaba su dominio sobre la mortalidad, también era su penitencia, y la de sus sucesores, cargar con los grilletes del dominio sobre los mortales. Nacidos de la sangre, tal era el legado de los chiquillos de Caín.

Los mortales, la humanidad. Una sola mujer, una judía, no era gran cosa cuando estaban perdiéndose miles de vidas. Además del Sueño.

Puede que también el muchacho pereciera. No había hablado ni abierto los ojos desde que se alimentara con la sangre de la muñeca de Malachite. ¿Sabré si está a punto de abandonarme? ¿O me despertaré y veré un montón de polvo allí donde lo tumbé por última vez?

La pregunta estaba preñada de ominosas implicaciones, puesto que el joven era uno de tres hermanos, rezagados los otros dos tras la huida de los Nosferatu de la ciudad. Malachite no había vuelto a saber de ellos, y si, al igual que su hermano, habían caído víctimas de una imprevista y repentina aflicción...

La ignorancia era una tortura. Sin embargo, mientras Malachite observaba el humo que se elevaba sobre las murallas de la ciudad, y los cuervos que volaban en círculos a la espera de rebañar los huesos del Sueño, comprendió que la certeza podía ser peor. La certeza podía destruir toda esperanza.

Encontraré a Michael. Él encontrará una solución. Él sabrá qué es lo que aflige al muchacho. Él sabrá qué hacer para salvar la ciudad.

Los tres primeros edificios que había buscado habían sido destruidos. Los dos primeros habían ardido. El tercero, hogar de un mercader adinerado, era poco más que un montón de piedras y restos de mampostería. Puede que hubieran derribado las murallas e introducido una catapulta desde la que arrojar las rocas durante el asalto a la ciudad. Sin duda alguna, los posibles

que no hubiera podido llevarse consigo el mercader habrían sido robados por los cruzados o los desesperados refugiados.

El cuarto edificio que buscó Malachite, la tienda y taller de un tonelero, seguía en pie. Descubrirlo le causó no poco alivio, puesto que al sol le faltaban menos de dos horas para coronar el horizonte oriental. El establecimiento no había salido ileso. Dos de los cobertizos habían ardiado — ya no eran más que cimientos de piedra— pero el fuego no se había propagado a las demás estructuras. La mitad inferior de la tienda y el taller era de piedra tosca, y de madera a partir de ese punto hacia arriba.

Ahora que se encontraba lejos de las carreteras principales, el flujo de refugiados, la lastimera oleada de sufrimiento humano, Malachite se sintió sobrecogido por el silencio que lo envolvía. En el pasado, siempre que paseaba por estas calles, incluso a altas horas de la noche, había percibido los inconfundibles sonidos de la presencia de humanos: voces tras puertas cerradas, juerguistas que regresaban a sus hogares, trabajadores que madrugaban para iniciar temprano la jornada, un pescadero que intentaba endosar los restos de la mercancía del día anterior a algún comprador inexperto. Esta noche no había nada. Los residentes se habían marchado, habían sido expulsados o asesinados. También los cruzados estaban ausentes... lo que no impedía que Malachite siguiera en guardia y atento al ruido de los caballos o de las botas de la infantería. Era probable que ahora estuvieran todos en la ciudad, exhaustos en su mayoría tras una noche de pillaje y libertinaje, mientras los Cainitas entre sus filas buscaban la seguridad de los refugios en los que pasarían el día. El silencio asolaba las calles, las tiendas y los hogares.

Así sería el mundo si lo dejaran en nuestras manos. Mudo, roto, muerto. El cazador no podía sobrevivir mucho tiempo sin nada que cazar. ¿No se daba cuenta el obispo Alfonso; sacrificaría a los mortales como si de reses se trataran por capricho? ¿O Cayo y los de su ralea, dispuestos a enfrentar al ganado contra el ganado para conseguir sus mezquinos objetivos? ¿O incluso Gesu que, pese a su laureada sabiduría, se negaba a comprender que había que proteger a los mortales de ellos mismos? Y de nosotros.

Michael sabía todas estas cosas. El ataque a esta ciudad lo sacará de su estupor. Él se ocupará de estos imprudentes violadores del Sueño.

Un súbito espasmo de tos convulsionó al frágil muchacho que sostenía en sus brazos. El antiguo Cainita se crispó, temiéndose que éste pudiera ser el último... pero el pequeño volvió a sumirse en su profundo letargo. Malachite lamentaba profundamente no poder aprovechar la vista del muchacho.

Al acercarse al almacén, reparó además en la inusitada ausencia del tonelero. Al igual que los demás mortales de esta parte de la ciudad, se había ido. ¿Desaparecido, huido, oculto, muerto? Resultaba imposible saberlo.

La gran puerta de madera que solía cubrir la entrada del taller yacía en el suelo no muy lejos, arrancada de su quicio y decorada con un mosaico de embarradas huellas de pies y pezuñas. Asimismo, Malachite distinguió las huellas de una carreta. Podía imaginarse los detalles de la moralidad que debía de haber tenido lugar aquí: los bandidos latinos derribaban la puerta, embargados por la codicia ante la perspectiva de un almacén lleno de tesoros, únicamente para descubrir que todos los toneles del interior estaban vacíos. Contuvo la risa al imaginarse la consternación, pero su buen humor no tardó en evaporarse. Lo único que quedaba en el almacén era un puñado de barriles rotos, destrozados en represalia, sin duda. Los francos se habrían llevado los toneles vacíos para cargar víveres o almacenar el fruto de su pillaje en la ciudad. Al final habían sido los últimos en reír.

Todavía no, juró Malachite. Éste no es el final.

No se preocupó de amortiguar el eco de sus sandalias al pisar el suelo de piedra mientras se acercaba a la parte trasera del almacén. Una vez allí, se arrodilló y empujó una losa suelta en la parte baja de la pared, antes de girar una segunda, y luego una tercera, todas en el orden debido. El chasquido de un pestillo al liberarse sonó tan apagado que, de no haber sabido qué esperaba escuchar, probablemente no lo hubiera oído. Tampoco la roca plana que hacía las veces de puerta de la trampilla se abrió de golpe. Se encontraba a varios metros del mecanismo de apertura y, aunque ahora se había liberado, seguía sin distinguirse apenas de las que la rodeaban. Sin soltar al muchacho inconsciente, Malachite levantó la portilla con una mano. Descender por la angosta abertura, cerrar la trampilla y bajar por la escalerilla sin soltar al joven exigió algo de cuidado, pero lo logró.

La oscuridad absoluta del túnel se ajustaba a Malachite como una segunda piel. Las tinieblas no suponían ningún obstáculo para sus ojos de vampiro, y descubrió que pensaba con más claridad sin tener que presenciar el inquietante espectáculo de las Murallas de Teodosio II traspasadas y el humo que se encumbraba al otro lado. Volvía a sentirse relativamente a salvo, seguro de que la caballería latina, aunque descubrieran alguno de los túneles, sería completamente ineficaz aquí abajo. Eso no quería decir que los pasadizos subterráneos estuvieran exentos de sus propios peligros, pero la ecuanimidad de los túneles, comparada con el solevantamiento de la superficie, lo reconfortaba. Aquí casi podía fingir que todo seguía como

siempre, antes de que llegaran los llamados cruzados, alejados de su intención original de reconquistar Tierra Santa. Estos túneles de la periferia habían permanecido imperturbables durante años: su construcción no era tan delicada como las conexiones secretas entre las villas del Gran Palacio, pero resultaban espaciosos y rectos. Solían frecuentarlos sobre todo fray Raymond y sus seguidores. Los caballeros, monjes y curanderos, tanto Cainitas como ghouls, servían casi en completo anonimato entre los partidarios mortales de la Norma de san Ladre, y los lazaretos que regentaban, único refugio y solaz para más de un leproso, se erguían comprensiblemente en las afueras de la ciudad. El monje que había conocido Malachite esta noche bien pudiera haber cruzado este mismo túnel o uno de los adyacentes.

Otra alma por la que deberán responder los francos, pensó Malachite, deseando haber preguntado al hombre cómo se llamaba, acordándose de la generosidad y fe de la que había hecho gala el monje ante la muerte. Rara vez, por cierto, se equivocaba fray Raymond en su elección cuando decidía abrazar a alguien para que sirviera en la orden con carácter más permanente. La pérdida del monje sería sufrida por los hospitalarios de san Ladre y por la ciudad. ¿Pero acaso importa ya algo de eso?

Al instante se santiguó como mejor pudo sin soltar al muchacho. Dame fuerzas, Padre. Perdona mi falta de fe.

Sus desgastadas sandalias lo conducían deprisa ahora por los familiares túneles. Permitió que la oscuridad le sirviera de escudo para mantener a raya los pensamientos impuros. Debo mirar hacia delante. Lo hecho, hecho está. No podía retroceder en el tiempo para que los latinos no hubieran atacado la ciudad. No podía restaurar al patriarca estos últimos años embozados en la locura. Pero si pudiera encontrar a sus aliados, encontrar a Michael, ambos decidirían cuál sería el mejor curso de acción a emprender para salvar la ciudad, para salvar el Sueño. Cabía la posibilidad de que los francos siguieran su camino enseguida, quizá por fin en dirección a Tierra Santa, o que regresaran poco a poco a sus tugurios franceses o alemanes. Aun cuando los cruzados mortales retuvieran el control de la ciudad, podría reconstruirse la sociedad, el Sueño podría resistirlo. En cierto modo, la identidad de quien ocupara el trono influía sorprendentemente poco en el estilo de vida del pueblo... y en la conducta de aquellos que se alimentaban del pueblo.

Sí, ésa es la clave, se dijo. Encontrar a Michael, pero también tengo que reunir a mis aliados. Tal vez fray Raymond pueda cuidar del muchacho por el momento. Y el barón. La Ciudadela de Petrion no está tan lejos. Un puñado de sus Gangrel podrían garantizar que yo llegara a salvo al Gran Palacio. No

había forma de saber, a fin de cuentas, cuán peligrosa exactamente se había vuelto la ciudad. Dar por supuesto que las redes de túneles eran seguras sería una temeridad. Desde allí podría haber llegado prácticamente hasta el refugio de Natalya en la basílica del senado, y al de Michael en Hagia Sofía. El barón Gangrel Thomas y la Brujah Natalya habían sido sus aliados en la alianza secreta previa a este cataclismo, y sin duda se unirían ahora al patriarca. Pensar en salvar el Sueño levantó el alicaído ánimo de Malachite y disipó por completo la ansiedad derrotista que lo había agobiado durante toda la noche. Podía alcanzar uno de los escondrijos próximos de Raymond en cuestión de una hora y pasar allí el día.

—Aún hay esperanza —susurró al muchacho, abrazándolo con más fuerza. Pero cuando se hubo apagado el eco de sus apagadas palabras, se detuvo...

Unos tenues arañazos llegaron hasta sus oídos... tenues pero cada vez más fuertes, más próximos, y deprisa. Uñas o garras contra la piedra. Un gran número de garras, tal vez una manada de perros. No se trata de perros, comprendió Malachite cuando divisó al fin las formas a lo lejos, corriendo enloquecidas en su dirección en medio de la oscuridad. Lobos.

Lo primero que pensó fue que su suerte debía de estar cambiando, que los Gangrel del barón habían dado con él... pero la carga de los lobos le causaba cierta inquietud. Conforme se aproximaban, sus rugidos y furibundos gruñidos se tornaban más evidentes. De pensar que su suerte había cambiado pasó a creer que se le había agotado por completo. Solo, tal vez hubiera podido despistarlos, a pesar de que parecía obvio que habían captado su rastro. Pero el lastre del muchacho...

¡Creen que soy un intruso, uno de los francos! Malachite dio un paso al frente, con aplomo, levantando una mano.

—¡Soy un amigo! —exclamó.

Sus palabras se perdieron en medio de los rugidos y el chasquido de las fauces que volaban a su encuentro.

Capítulo cuatro

Malachite siguió sin creer que fueran a atacarle hasta el último instante. Se darían cuenta de quién era; renunciarían a su asalto. Pero no fue así. Solo cuando los colmillos desnudos hubieron centellado tan cerca que pudo contarlos se sobrepuso el instinto paternal a la incredulidad. Giró en redondo, protegiendo con su propio cuerpo al muchacho que sujetaba en sus brazos. El impacto del primer lobo lanzó a ambos al suelo. Los dientes desgarraron la gruesa túnica, redujeron a jirones el tosco tejido, no encontraron resistencia en la frágil carne que cubría. Unas poderosas mandíbulas se cerraron en torno a su hombro, su brazo, su pie, lo sacudieron con una fuerza tan terrible que habría bastado para romper sin dificultad el cuello de una criatura más pequeña.

Malachite envolvió al muchacho con su cuerpo, se defendió con sus propias garras cuando atacaron los lobos. Pero el asalto provenía de todas direcciones. Un feroz tirón en su brazo...

Otro conjunto de fauces se ensañó con su capucha, luego con su rostro. Una enorme presión en la nuca, el cuello, unos dientes le traspasaron el cuero cabelludo...

—¡Basta! —La voz resonó en el túnel igual que el repicar de las campanas mayores de una basílica, ahogando los rugidos, el chasquido de los colmillos, el crujido de la carne seca desgarrada—. ¡Basta! —se escuchó de nuevo, esta vez seguido de un gáñido de dolor, de un golpe que encontró su blanco... y cesaron los tirones en el brazo de Malachite. El lobo amonestado se retiró.

Persistía la tremenda presión ejercida sobre su nuca: dientes, alfileres hambrientos de más, capaces de más, pero inmovilizados por la orden. Espumarajos calientes le bañaban la cabeza. La presión se mitigó lentamente, hasta desaparecer, dejando tras de sí solamente la saliva y las perforaciones.

Escatimando movimientos, Malachite intentó auscultar al muchacho. Parecía intacto, afortunadamente ileso.

—Levántate —conminó la voz que había apaciguado a los lobos.

Malachite la reconoció esta vez. Giró la cabeza con dificultad, obstaculizado en un principio por las puñaladas de dolor que le perforaban el

cuello. Había tres Cainitas de pie ante él, donde antes se encontraran los lobos.

—Verpus Sauzezsh. Soy yo, Malachite. —Así que se trataba de un asunto de confusión de identidades, comprendió, enfadado pero aliviado por el hecho de que la confusión se hubiera resuelto. Verpus era uno de los hombres del barón, un turco, traído a la civilización procedente de los bosques de Anatolia. Estos Cainitas eran aliados de Malachite.

—Ya sé quién eres —repuso Verpus, sus palabras tan frías como el acero desnudo—. Levántate.

La ira de Malachite se avivó ante la falta de respeto que se le profesaba, a él, miembro de una familia hermana. Se mordió la lengua, no obstante, mientras las implicaciones de la actitud de Verpus desfilaban por su mente.

—¿Se encuentra bien el barón? —preguntó bruscamente, implicando de forma inconfundible que este tratamiento llegaría a oídos del cabeza de familia de Verpus.

—He dicho que te levantes.

¿Cómo se atreve a darme órdenes? El tono amenazador del turco alimentaba su rabia. Pero frente a tres Gangrel dispuestos a saltar sobre él, se imponía postergar el debate. Comenzó a incorporarse... y descubrió gracias a las punzadas de dolor de sus diversas heridas que no era capaz. La más grave, vio en medio de las tinieblas, afectaba a su brazo izquierdo, descarnado hasta el hueso, insensible, inútil. Aferrando al muchacho con el brazo derecho, no consiguió más que ponerse de rodillas, y eso con gran esfuerzo. Había otras heridas que lo martirizaban: la nuca y el cuello, el hombro, la pierna, el tobillo y el pie. La vitae almacenada en su carne no-muerta repararía la mayor parte del daño, pero no se atrevía a debilitarse demasiado por culpa de la falta de sangre, del hambre. Ya estaba enfadado, irritable, y la Bestia se alimentaría de tales sentimientos a la menor oportunidad. Así que ignoró las heridas superficiales, aunque dolorosas, e impulsó unas meras trazas de vitae a su brazo, su pierna, suficiente para conseguir incorporarse torpemente sin dañar al muchacho.

—¿Así es como tratáis al cabeza de una familia hermana? —preguntó Malachite, buscando una válvula de escape para su ira—. ¿Y en nombre del barón?

Por toda respuesta, Verpus le dio la espalda y empezó a caminar. Los otros dos Gangrel se situaron detrás de Malachite y lo empujaron hasta que empezó a seguir los pasos del turco.

El dolor de Malachite no era nada comparado con aquel ultraje. Pese a estar libre del humo y de los lastimeros gritos y la flagrante destrucción del mundo de la superficie, el reino subterráneo había sucumbido igualmente a la locura. Quizá si hubiera sido lo bastante estúpido como para vagar en solitario por el corazón del barrio latino, habría esperado esta clase de tratamiento por parte de los subalternos de Alfonso... ¡pero estos asaltantes eran hombres del barón! ¡Esto llegará a oídos de los cuestores! De ninguna manera podía justificar Verpus tales acciones ante tres jueces, uno de cada familia de la Trinidad. Pero si el turco ha aprovechado la excusa de la sublevación mortal para pasarse al bando renegado... Tal vez no tuviera ocasión de plantear su caso ante los cuestores. Ah, pero el barón no toleraría que uno de los suyos se convirtiera en un traidor. Perseguiría a Verpus y lo destruiría, y con él a todos sus seguidores.

Sin embargo, el que Verpus perpetrara alguna traición o que se hubiera vuelto loco no suponía ninguna diferencia para el apuro inmediato de Malachite. Siguió al turco caminando con dificultad, espoleado por los bruscos empujones que le propinaban los otros dos Gangrel cada vez que flaqueaba a la hora de seguir a su líder. En varias ocasiones tras algún golpe sañudo, Malachite se volvía para fulminarlos con la mirada, memorizando sus rasgos faciales por si alguna vez tenía ocasión de solicitar justicia al barón, o a los cuestores, o al propio Michael. Puede que leyeran la venganza en los ojos del Nosferatu, o puede que sencillamente se cansaran de maltratar a su prisionero. En cualquier caso, renunciaron a seguir dispensándole un trato tan severo.

Conforme la procesión de Cainitas seguía su curso, el túnel bajo sus pies comenzaba a acusar una pendiente descendente, ligera al principio, hasta adquirir una inclinación pronunciada. El foso. Estaban pasando por debajo de él. Los ladrillos de piedra de las paredes y el suelo del túnel olían a humedad rancia, y no hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que empezara a gotear agua de los arcos que afianzaban el techo del amplio pasadizo. Pronto apareció un tenue fulgor que iluminaba el camino: un líquen peculiar que creaba su propia luz aunque jamás hubiera conocido la refulgencia del sol.

Igual que la iluminación que pretenden engendrar los Cainitas, caviló Malachite; era un pensamiento que había sopesado en varias ocasiones durante el transcurso de muchas noches y años. Por cierto, observó, el líquen también tornaba resbaladizos los adoquines del suelo, por lo que el firme se volvía traicionero para quien no anduviera con cuidado.

En el punto más bajo, el túnel se encontraba parcialmente inundado. Las gotas de agua acumuladas a lo largo de innumerables años habían formado un pozo de varios centímetros de profundidad. Los Cainitas lo vadearon sin mediar palabra. Incluso Malachite sintió el frío en su carne no-muerta.

El pasadizo describía ahora un brusco giro. Verpus aceleró el paso considerablemente y Malachite se esforzó por mantener el ritmo, impedido por el peso muerto de su chiquillo y sus diversas heridas. Los escoltas Gangrel se pegaron a él, pero no recurrieron a los empujones como hicieran antes. Sabía que estaban pasando por debajo de las murallas interiores y exteriores de Teodosio II, que habían salvaguardado la ciudad durante casi ochocientos años, aproximadamente medio milenio más del que había conocido la existencia de Malachite. Cada vez que pasaba por aquí, sentía que lo aplastaba el abrumador peso de la historia, que cada ladrillo, muro, torre y guardia sumaba su masa a la de la propia tierra para machacarlo, para triturarlos a todos, para reducirlos a polvo, enterrados, olvidados. Y que la senda que seguían discurría hacia el pasado, hacia la oscuridad, mucho más lejos de lo que alcanzaba a ver incluso Malachite. Al frente, el futuro no resultaba más halagüeño. Lo que parecía familiar podía haber cambiado para peor. Los ecos de las pisadas no se propagaban muy lejos en la penumbra circundante y, al igual que las ondas en la superficie del estanque helado, no tardaban en desaparecer.

No mucho después de que la pendiente del túnel se hubiera tornado ascendente, Verpus se desvió del pasadizo principal y traspuso una estrecha y baja abertura practicada en la pared. Los demás Gangrel observaron atentamente a Malachite para vigilar que no intentara salir corriendo, que huyera por el túnel más amplio. ¿Y por qué?, se preguntó. Su melancolía volvió a rendirse al enfado que le producía la falta de respeto y la injusticia a la que lo estaban sometiendo. ¿Por qué iba a querer huir? ¿Para que pudieran darme caza y maltratarme de nuevo? ¿Acaso piensan que soy tan estúpido? Estúpido o, tal vez, desesperado. Los Gangrel sabían mucho mejor que él qué le tenían deparado. Quizá fuera motivo suficiente para entregarse a la desesperación.

En cualquier caso, Malachite se encorvó y siguió a Verpus. El nuevo pasadizo formaba parte de una colmena de angostos túneles construidos por los Gangrel y los Tzimisce de Obertus bajo el Valle de Lycus. El majestuoso valle, oficialmente el distrito de Exokionion, era la última zona que protegían las murallas ampliadas de la ciudad. Tengo que ir al este, pensó, frustrado y furioso, al corazón de la ciudad. Pero no parecía probable que Verpus y sus

compañeros giraran en esa dirección y escoltaran a Malachite hasta el otro lado de las Murallas de Constantino, antiguo límite de la ciudad propiamente dicha, al otro extremo del valle. El primer túnel los habría conducido en esa dirección, pero ahora avanzaban principalmente en dirección norte. Malachite no estaba tan familiarizado con estas rutas en particular como Verpus, pero parecía que muchos de los túneles discurrían en perpendicular a la dirección que seguían los Gangrel, puesto que giraron en numerosas ocasiones. El avance era elíptico, cuanto menos. Empero, Malachite llevaba recorriendo los caminos secretos bajo Constantinopla durante los suficientes años como para que le resultara sencillo orientarse. Constituía un desafío mayor enfrentarse a los túneles en sí, con sus techos bajos y sus incómodos puntales. Además de tener que caminar agazapado, se veía obligado a torcer el torso a un lado para no aplastar al muchacho. La prolongada excursión contribuía a la incomodidad que le provocaba el persistente dolor de sus heridas.

Unas punzadas de hambre asomaron igual que sombras a su consciencia, alargándose y oscureciéndose paulatinamente. Pero no había mortales cerca y, además, en esos momentos no podía permitirse el lujo de alimentarse. Sabía que, en algún lugar sobre sus cabezas, el sol comenzaba a ascender por el cielo de levante. El hambre siempre lo acuciaba al amanecer, cuando su cuerpo percibía el más leve atisbo de aquello que le había sido negado hacía cientos de años: el día, la luz del sol, la vida. Podría continuar durante algunas horas pero, a cada paso, la debilidad y el hambre afianzaban su presa sobre él. Contempló el demacrado rostro del muchacho y recordó con añoranza las gotas de sangre con las que había alimentado a su chiquillo.

Verpus y los demás debían de sentir la llamada del sol de forma parecida. A juzgar por lo que sabía Malachite de su clan, probablemente los Gangrel no dispusieran de tanta autonomía durante las horas diurnas como él... aunque tampoco habían sufrido heridas tan graves como las que le habían infligido a él, y bien pudieran haberse alimentado en condiciones más recientemente.

Como para confirmar las sospechas de Malachite acerca de su incapacidad para afrontar el alba, aun a tanta distancia bajo tierra, Verpus se adentró en un túnel aún más estrecho que desembocaba en una puerta de madera asegurada con barrotes y bandas de hierro. La abrió y empujó a Malachite al interior — al reducido interior— sin miramientos. El espacio era poco más que un armario, tal vez del tamaño de un sarcófago puesto de pie. Antes de que Malachite pudiera protestar, el Gangrel cerró la puerta de golpe. Los dos barrotes de metal, al correrse, resonaron en los oídos de Malachite con la

demoledora finalidad de un peñasco que rodara hasta taponar la entrada de una tumba.

El pánico se apoderó de él. Tendió al muchacho a sus pies, hecho un ovillo, puesto que no había sitio para que cupiera estirado. Aporreó la puerta con ambos puños, olvidándose de sus heridas. La fuerza de su sangre combó las gruesas planchas de madera, pero las bandas de hierro resistieron.

—¡El barón no tolerará esto! —rugió, sin dejar de golpear la puerta—. ¡Os empalará y os expondrá al sol! ¡Vuestra sangre hervida ensuciará la tierra! ¡Soy amigo de vuestra familia! ¡El barón pedirá vuestras cabezas!

—¡Fue el barón el que nos pidió que te condujéramos ante él! —espetó Verpus—. ¡Encadenado!

Malachite se apartó de la puerta como si lo hubieran agujoneado... pero no tenía adónde ir. Su espalda golpeó de plano la impertérrita piedra. La conmoción de las palabras de Verpus arrebató el vigor de su cuerpo al cautivo, que sintió de nuevo las punzadas del hambre. No se atrevió a mirar a su chiquillo, por miedo a que la Bestia se apoderara de él y saciara sus pasiones con la única sangre que había disponible.

La Bestia portaba el semblante del sol, y durante el transcurso de su largo y lento recorrido por los cielos lo incitaba: Acepta la sangre, Maleki. Acepta la sangre. La seductora voz nunca sonaba lejana, pero sus tonos enlazaban con los sonidos del último día, perdiéndose, allí pero inapreciables, justo bajo la superficie de los cánticos y melodías litúrgicas que eran lo más parecido a las palabras musitadas de Dios que escucharía hombre alguno en toda su vida.

Por un momento, Maleki se quedó ciego. Los rayos de luz se vertían a través de las ventanas situadas en la base de la enorme cúpula a decenas de metros sobre el suelo y se reflejaban en el mármol incrustado de oro y piedras preciosas. Al apartar la vista del Cielo, descubrió que abundaban los arcos abovedados y los mosaicos resplandecientes, tan intrincados que llamaban la atención y la hipnotizaban con interminables diseños de flores, hojas y parras imbricadas y helicoidales. Las majestuosas columnas elevaban el alma hacia Dios. Los más exquisitos tapices de satén y seda distribuían las galerías que daban a la gran expansión de la nave central, dividida a su vez por elaboradas pantallas. Constituían un dédalo de tradición y significado, y en su centro, junto al altar sagrado, se había arrodillado Maleki.

Su vestimenta de prelado, desplegadas a su alrededor sobre la piedra santificada, transformaba su figura mortal. Los ritos de la liturgia divina

también se desplegaban a su alrededor, a través de él, desde los Cielos. ¿Cuántos cientos de veces se había arrodillado junto a este altar, se había ofrecido como recipiente del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? Y aún así el misterio le emocionaba en todas y cada una de las ocasiones. Esta mañana, cuando levantó del altar sagrado el estuche de cristal que albergaba el nudillo de san Pedro, patriarca entre los patriarcas, Maleki trascendió su oficio mundano. Las voces que se alzaban en incomparable alabanza eran las de los ángeles. La procesión prescrita de la reliquia engendraba la imposición de la gracia de Dios. Las docenas de sacerdotes se convirtieron en santos celestiales y ocuparon el lugar que les correspondía a la diestra del Padre. Los incensarios oscilaban para propagar su fragancia. Maleki no sintió el peso de la reliquia encerrada cuando la alzó y entonó la debida escritura. En la galería imperial elevada, el joven emperador, Michael III, cuyas primeras palabras de la infancia habían pertenecido a la liturgia, recitó la respuesta, cumpliendo así con una de sus responsabilidades como elegido de Dios sobre la Tierra. La procesión continuó, gobernado cada paso y palabra de Maleki por las leyes divinas.

En las galerías y pasillos al final de la nave, las gentes de Constantinopla asistían en actitud reverente. Su piedad imbuía a este lugar sagrado del espíritu de la humanidad, donde lo mundano y lo sobrenatural, lo finito y lo infinito, se fundían y se convertían en una misma cosa. Al glorificar a Dios, aceptaban su puesto dentro de Su orden, al tiempo que trascendían la mortalidad al formar parte de lo Divino. Las palabras rituales brotaban de Maleki como si estuvieran dotadas de vida propia, como si le hubieran sido impartidas por lenguas de fuego...

Acepta la sangre.

De nuevo la luz cegadora, consumiendo el fulgor de lámparas y cirios, aumentando de intensidad hasta convertirse en un nimbo celestial, absorbiendo los cánticos de los seglares y el arrastrar de pies eclesiásticos sobre el mármol. El fuego y el hambre lo consumieron todo...

... Para remitir de nuevo, dejando una antorcha crepitando en su abrazadera, junto a la puerta de una cámara mucho más pequeña. Dos rápidos golpes en la gruesa madera de la puerta interrumpieron las vísperas de Maleki. Terminó su oración con gesto distraído y se incorporó ante el pequeño altar de su villa.

—Adelante.

Hectorius entró, realizó una reverencia deferente, destellando su yelmo bruñido a la luz de la antorcha. Sujetaba con ambas manos el asta de la lanza

erguida ante él, firmemente plantada sobre el suelo de piedra. Las arrugas que surcaban sus dedos encallecidos, familiares con la lanza o la espada que llevaba al costado, eran tan profundas que proyectaban sombras.

—Su Santidad. Su eminencia, la emperatriz y regente, solicita vuestra presencia.

Maleki apoyó una mano en el hombro del capitán y asintió. El mensaje, ambos lo sabían, no era tanto una solicitud como una orden. Sin duda el emperador Michael había recibido la visita de sueños desapacibles y necesitaba el solaz del santo padre, y cualquier orden del muchacho sería transmitida por medio de los hombres de la emperatriz Teodora y sometida a la aprobación de ésta. Por el momento, la intervención de la mujer era inevitable, pero no siempre sería así. Cuando Michael III alcanzara la edad necesaria para gobernar por propio derecho, la emperatriz quedaría relegada al papel de consejera, una más entre muchas. Tal vez terminara sus días en un convento de monjas, ya fuera por decisión propia o ajena. Maleki, en cambio, sin duda conservaría la confianza del emperador.

Si es que vive tanto tiempo, pensó Maleki. No era probable, comprendía el obispo, que Teodora ordenara asesinar a su propio hijo, pero Maleki no desconfiaba tanto de la emperatriz como de su eunuco consejero Theoctistus. Y había sombras aún más oscuras que acechaban en las márgenes de la casa imperial... una de las cuales ya había facilitado el meteórico ascenso de Maleki en el seno de la liturgia y se había ganado la atención del emperador. Por cierto, la púrpura imperial era una fina gasa que apenas conseguía ocultar la negrura que encubría, y de la que Maleki sólo había atisbado un poco. Pero sigo siendo dueño de mí, pensó el obispo, y siervo de Dios.

En cuanto a la convocatoria de esta noche, no había mucha elección.

—Bien —dijo Maleki, con una sonrisa cáustica—, los deseos de la emperatriz son órdenes para mí.

En el exterior, Hectorius y él se reunieron con media docena de guardias, veteranos curtidos en numerosas batallas contra los eslavos y los búlgaros, todos ellos hombres seleccionados personalmente por el capitán. Eran leales a él, incorruptibles, y se contaban entre los mejores guerreros del imperio. Tres de ellos abrieron el camino para Maleki y Hectorius, y los demás ocuparon la retaguardia de la pequeña comitiva, que emprendió el ascenso de la Primera Colina de Constantinopla. A vuelo de pájaro, la villa se encontraba a menos de kilómetro y medio de la residencia del recién investido Michael III. Sin embargo, esa distancia era un laberinto de jardines y salones, de termas, fuentes e iglesias, donde todo formaba técnicamente parte del Gran Palacio

real. La diseminada colección de estructuras había sido erigida aleatoriamente durante el transcurso de los siglos por orden de los distintos emperadores, ansiosos cada uno de ellos por legar para la posteridad un testamento de su grandeza y generosidad. El origen de las distintas villas, termas y estatuas se remontaba a la antigüedad, recordatorios tangibles de la historia de la Nueva Roma y su vasto imperio. Cada nuevo emperador había construido sucesivamente todo lo que deseaba y donde se le antojaba. El resultado era que no había calzada principal que atravesara la enorme confluencia arquitectónica, tan solo sinuosos senderos adoquinados que discurrían entre los edificios de mármol, sumándose al pórtico de una villa que podría constituir un palacio por derecho propio, desviando a continuación a través de un jardín ensombrecido —u oscurecido, de noche— por árboles ornamentales meticulosamente podados. El visitante podría perderse en medio de aquel esplendor y no encontrar jamás el camino de salida. Maleki llevaba años viviendo en los laberínticos acres del Gran Palacio, y todavía necesitaba detenerse de vez en cuando y mirar en rededor para orientarse, y seguía encontrándose con alguna fuente o estatua que no había visto nunca antes.

La guardia de Hektorius no daba muestras de vacilación. La cadencia de sus botas contra los adoquines resonaba con vigor y continuidad mientras recorrían un estrecho pasillo entre dos edificios. El tufo que desprendían las teas de los soldados se propagaba por los confines. Las llamas proyectaban sombras gigantescas en las paredes a ambos lados. Al final de la callejuela traspusieron un arco. El camino continuaba colina arriba a través de un amplio jardín. Casi de inmediato, la noche infinita se tragó el sonido de las pisadas, y el diminuto oasis de antorchas parecía bordeado por todas partes de arbustos y estanques, de estatuas indistintas levantadas en la frontera entre la luz y la oscuridad. Un capricho de la pendiente de la colina y fue como si la ciudad jamás hubiera existido, reemplazada por una vegetación exuberante.

Lejos de los edificios y de los oídos indiscretos que pudieran ocultar, Maleki se dirigió a Hektorius:

—Así que la has visto, a la emperatriz.

—No. Al eunuco.

Los sueños deben de haber sido particularmente aterradores esta noche, pensó Maleki, y el muchacho se habría sentido desconsolado. Theoctistus solía oponerse con más fervor que su patrona, la emperatriz regente, a que Maleki tuviera acceso a Michael, por lo que si el eunuco había sido el intermediario esta noche y aun así habían mandado llamar a Maleki, el desasosiego del emperador debía de ser inmenso y habría exigido ver al

azobipo Mab-i-ki, como llamaba el pequeño a Maleki. Es emperador, pero sigue siendo un niño, y cómo debe mortificar eso a su madre y al eunuco de ésta, que no pueden ignorar el menor capricho del muchacho, por infantil que sea. Debía de ser tarea difícil criar a un emperador. Maleki prefería con mucho su papel de confesor y guía espiritual. Mientras consideraba el privilegio y la responsabilidad de su posición, reparó en la ausencia de antorchas a su alrededor.

Hectorius y los soldados de vanguardia debían de haberse percatado al mismo tiempo, puesto que todos se giraron para mirar al mismo tiempo. De repente, en el jardín se hizo la confusión... la confusión y la oscuridad.

Los guardias que cerraban la comitiva habían desaparecido y, cuando Maleki volvió a mirar al frente, vio que los soldados restantes peleaban con unas figuras oscuras. Las antorchas, tiradas al suelo, eran apagadas, sofocadas por tentáculos negros y serpentinos para los que Maleki no encontraba explicación.

La reyerta fue breve. Hectorius estaba junto a Maleki, espada en mano, pero los demás guardias yacían muertos, degollados, traspasados sus corazones. En aquella abrupta ausencia de luz, incluso la luna y las estrellas parecían oscurecidas, lejanas y apagadas. Maleki pensó en correr, pero sentía la presencia de siluetas a su alrededor, acercándose lentamente, como una red negra que se recogiera. También sentía la tensión de Hectorius a su lado, dispuesto a golpear con la espada, esperando únicamente que alguno de sus blancos se acercara lo suficiente.

En ese preciso momento, como si una porción de la asfixiante noche se abriera igual que el Mar Rojo, una forma inconfundible cobró consistencia en medio de las tinieblas.

—¿Magnus? —Maleki estaba seguro de la identidad de su propio y misterioso mecenas, pero no comprendía el derramamiento de sangre que se había producido a su alrededor. Las ostentosas telas eclesiásticas de Magnus no conseguían ocultar su obesidad ni su edad. Bajo su barba y bigote jaspeados, sus labios se encontraban fruncidos en una mueca burlona, y los lasos pliegues de carne que eran sus carrillos engullían sus ojos casi por completo.

—¿Qué significa esto? —ladró Hectorius, desgarrada la voz de cólera por la muerte de sus hombres.

Maleki tocó el hombro del capitán para contener su espada. Debe tratarse de algún error, intentó razonar para sí. Soy el hombre de Magnus. Él me ha llevado hasta donde estoy.

Pero Magnus se limitó a reírse al ver la rabia del capitán y la confusión del obispo.

—Baja tu espada —ordenó el prelado oscuro.

Y, para sorpresa de Maleki, Hectorius obedeció.

—Es-esto se arreglará —tartamudeó Maleki, intentando tranquilizar a su capitán y amigo.

Pero en cuanto la espada hubo tocado la piedra, las figuras oscuras se abalanzaron sobre Hectorius. Una le rodeó el cuello con una cuerda y, cuando el capitán quiso coger aliento, otro guerrero de las sombras lo ensartó. La punta de la hoja apareció ante el rostro de Maleki, sobresaliendo del torso de Hectorius, presionada la empuñadura contra su espalda arqueada.

—Padre nuestro que estás en los Cielos... —Las palabras de Maleki se ahogaron en la bilis que le inundó la garganta. Ni siquiera el martilleo de su pulso en sus oídos conseguía apagar la risa de Magnus. Y la oscuridad...

Esta vez no le despertó ninguna luz, sino el dolor. Sus pies y tobillos palpitaban, igual que sus hombros por culpa de ángulo forzado en que colgaban sus brazos sobre la cabeza... bajo su cabeza. Lo habían colgado cabeza abajo. A oscuras. Al abrir los ojos vio manchas de color, fantasmas de su propia mente, embriagada de sangre y temor. Tenía la boca seca, tanto que sus palabras, cuando al fin logró pronunciarlas, apenas tuvieron resonancia.

—Padre, ten piedad de este pecador.

—Puedes rezarme a mí —dijo Magnus.

Maleki entornó los ojos pero no podía ver nada en la oscuridad. Con su esfuerzo desesperado, los colores aceleraron su frenética danza.

—Magnus, ¿por qué...? Soy tu leal siervo.

—Leal, ¿eh? Y obediente, sin duda.

La acusación implícita en el tono de su patrón confundió aún más a Maleki. Lágrimas de angustia se agolparon en sus ojos.

—He hecho todo lo que me has pedido.

—Si estás libre de culpa —interrumpió Magnus—, Dios te liberará. Lo único que te retiene es una cuerda. No debería suponer ningún esfuerzo para nuestro Señor y Salvador. No te estoy pidiendo que apartes un peñasco y asciendas al Cielo, ni siquiera que conviertas el agua en vino.

—Magnus, no... no lo entiendo.

—¡Libérate, maldito seas! —exclamó Magnus, súbitamente furioso. Pero al instante volvía a hablar en voz baja y suave, y mucho más cerca—: Si estás tan libre de culpa en este asunto.

¿Este asunto? Maleki se devanaba los sesos, pero estaba demasiado asustado como para formar algún pensamiento coherente. Se imaginaba a Magnus aproximándose en la oscuridad. Vio de nuevo la cuerda en la garganta de Hectorius, los ojos desorbitados del capitán, la espada brotando de su pecho. La paz del jardín imperial se había transformado en un baño de sangre.

—Y tú eres el jardinero —musitó Maleki, incapaz de reprimir el inicio de una carcajada histérica. La razón y la cordura no tenían cabida en esta oscuridad. Sentía que Magnus continuaba acercándose, en medio de la oscuridad, en medio del olvido definitivo, y supo a ciencia cierta lo que había sabido desde el principio acerca de su patrón pero se había negado a aceptar—. Eres un diablo.

De nuevo la risa, apagada y retumbante igual que dos grandes rocas que entrechocaran.

—Y tu alma me pertenece —susurró Magnus, tan cerca que la barba de sus mofletes acarició la mejilla de Maleki. Las palabras del monstruo hedían a carne cruda. A sangre—. Te concedí la atención del emperador —dijo, como si fuera un profesor magnánimo al que hubiera defraudado su pupilo—, y tú me has pagado con tu traición.

Maleki no encontraba sentido a aquellas palabras, pero su patrón —el prelado que se había aparecido ante Maleki el sacerdote en la oscuridad y le había garantizado su ascenso en la jerarquía eclesiástica— irradiaba amenaza. El miedo se impuso y Maleki se debatió. Sentía calambres en las piernas entumecidas. Al zarandearse las yemas de sus dedos rozaron el suelo de piedra, mortificantemente cerca pero demasiado lejos como para ofrecer apoyo. Lo único que te retiene es una cuerda, había dicho Magnus. Nudos que inmovilizaban los tobillos del prisionero. Pero Maleki no era ningún atleta entrenado para las carreras de cuadrigas o caballos del hipódromo. Era un mero obispo, un sacerdote que había vendido su alma al diablo.

—Preferirías huir antes que enfrentarte a la verdad —dijo Magnus—. Tu pecado te delata. Estás acusado...

—¿Acusado de qué? —gritó Maleki—. ¡Estás loco! ¡Eres un monstruo! Mi pecado es haberme aliado con el diablo. Pero lo único que deseaba era cumplir con la voluntad de Dios.

—Ya veo.

—¡No ves nada en la oscuridad! —repuso Maleki, aterrorizado y furioso—. Magnus, corta la cuerda. ¡Esto es una locura! ¡Magnus...! —Le falló la voz—. Te... te lo ruego...

—Eres tan pío y beato —dijo Magnus, seco, admonitorio—, que al aceptar el acceso al emperador hiciste un favor al imperio. Hagia Sofía sin duda quedaría reducida a ruinas de verse privado el mundo de tu sabiduría.

Maleki gritó, rechazando a aquel diablo que retorció sus palabras. Se peleó con sus ligaduras hasta atragantarse con sus propias lágrimas febriles.

—¡Solo quería cumplir la voluntad del Señor! —sollozó—. La voluntad del Señor...

—¿Y cuando te pedí que apoyaras a los iconoclastas?

Las palabras prendieron una chispa en el interior de Maleki... una mota de lucidez, la tenue esperanza de que existiera una razón que justificara la súbita enemistad de Magnus.

—¡Los apoyé! ¡Prediqué contra veneración de iconos, la critiqué! ¡No me rendí hasta que se hubo perdido la batalla, cuando el concilio decretó...!

—¡Defendiste a los monásticos y su causa común con tu palabrería! —gritó Magnus—. ¡No pienso escuchar más mentiras!

Maleki dio un respingo ante la crítica, oscilando en el vacío. Su mente galopaba, pero el miedo y el pánico le impedían pensar con claridad. Un torrente de palabras brotó de su boca:

—A... a... abanderé la iconoclastia hasta el final. Yo mismo arrojé iconos al fuego. No... no hice distinciones con los monásticos. Hubo algunos... sí, hubo algunos que habrían confiscado todas las propiedades de los monasterios y empleado los iconos como excusa para saquear las hermandades. El que yo me opusiera, puesto que no fue...

—Así que admites tu culpa —dijo Magnus, con un dejo de finalidad, aunque no de triunfo. Sonaba abatido, casi turbado por el hecho de que uno de sus protegidos hubiera podido apartarse del camino indicado.

Maleki comprendió la sentencia que encerraban aquellas palabras... una sentencia que habría sido emitida sin importar lo que hubiera dicho. Comprender aquello agotó sus fuerzas. Se convirtió en un peso muerto contra sus ligaduras.

—No te traicioné... no traicioné... no traicioné —comenzó a musitar una y otra vez, rindiéndose de nuevo a la liberación de la locura. Las lágrimas corrieron libremente por su frente hasta empapar su cabello.

—Es cierto que la batalla contra los iconos está perdida, pero utilizaremos eso en nuestro provecho. Elevaremos a Michael sobre todos los Cainitas.

Cainitas. El término contribuyó a confundir aún más a Maleki, aunque reconocía el nombre asociado a él.

—No es más que un niño, demonio apestoso —siseó, dando rienda suelta a la repugnancia que le inspiraba aquella criatura inhumana que lo perseguía injustamente y era capaz además de amenazar a un muchacho.

—¿Un niño...? —Magnus profirió una risotada cruel y burlesca—. No me refiero al muchacho emperador, estúpido mortal. El Michael del que hablo está tan por encima de ese cachorro real como lo estás tú de una pulga. Pero pronto lo descubrirás.

Maleki seguía esforzándose por distinguir la silueta de su torturador, pero la oscuridad era absoluta. Por un momento, no percibió más que las luces oscilantes frente a sus ojos y el aroma salobre de sus propias lágrimas.

—Antes has rezado solicitando clemencia. Clemencia sería una muerte rápida. —Magnus volvió a reírse—. Incluso una muerte lenta y tortuosa sería clemente. Pero la clemencia te está negada.

Maleki no lo entendía. Se esforzó por concentrar sus facultades en descifrar las aparentes contradicciones de Magnus... y le sorprendió el frío tacto del metal contra su mentón. Una hoja, hendiendo su carne, degollándolo desde la oreja hasta la barbilla. Se debatió enloquecido pero hubo de detenerse en seco a causa de la densidad del aliento en su pecho, por las boqueadas y gorgoritos en que se había convertido su respiración, por el pesado fluir de la sangre que brotaba de la herida, le bañaba el rostro, discurría por la línea de su quijada, le inundaba los oídos.

Magnus se había alejado fuera de su alcance, pero ahora se reía nerviosamente, igual que un amante inexperto embriagado por la pasión, apenas capaz de dominarse. Maleki se llevó las manos a la garganta en un intento por detener el torrente, pero la sangre se abría paso entre sus dedos. Era como un río cuyas aguas arrastraran lejos de sí sus fuerzas.

Padre nuestro que estás en los Cielos, comenzó a rezar en silencio, intentando calmarse, pero las palabras acudían a él en tropel, enfervorizadas. Santificado sea tu nombre.

—Vasilli —dijo Magnus desde las tinieblas—, ahora es tuyo.

Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad.

A lo lejos, una antorcha cobró vida. Una criatura encorvada se acercó despacio, aunque Maleki no podía ver con claridad, llenos como tenía los ojos de sangre y oscilando como estaba, retorciéndose, atado a la cuerda que lo mantenía suspendido sobre el suelo de piedra encharcado de sangre.

Así en la Tierra como en el Cielo.

—Otros aprenderán de tu ejemplo —dijo Magnus—. No toleraré más desafíos.

La criatura corcoveada se aproximó aún más. Maleki alcanzó a atisbarla al girarse, un breve vistazo, y de repente perdió el hilo de la plegaria que había recitado cientos y cientos de veces. Las palabras lo eludieron, resbaladizas por su sangre derramada y la visión que tenía ante él. Por un instante sólo pudo pensar: Dios no existe. Ya que, ¿qué Dios permitiría que viviera una monstruosidad como aquella?

La incredulidad remitió enseguida, y a Maleki lo embargó la cruda certeza de su indignidad... y de la sentencia que se cernía sobre él.

... Líbranos del mal, intentó retomar la oración, pero ésas eran las únicas palabras que acudían a su mente. Sus labios se movían, mas no emanaba sonido alguno de ellos. Líbranos del mal. El tiempo se estiraba, convirtiendo los segundos en minutos, los minutos en horas. La criatura se acercaba inexorablemente. Maleki olió su fétida presencia cerniéndose sobre él. Líbranos del mal líbranos del mal líbranos...

Y al fin se abalanzó. Los colmillos desgarraron su garganta, ahondando en la laceración, agrandando la herida. Voraz, lamiendo la sangre que aún brotaba. Maleki golpeó a la criatura pero, ya fuera por la debilidad de uno o la fuerza del otro, el demonio hizo caso omiso de él. La risa distante dio paso a toscos gruñidos y espumarajos, hasta que, paulatinamente, todo aquello se apagó, se redujo a nada, y no quedó más que el furioso y esporádico martilleo del corazón de Maleki, esforzándose para que circulara por su cuerpo una sangre que ya no estaba allí. Al cabo, también ese sonido desapareció.

Sintiendo cómo se le escapaba la vida, Maleki se rindió a lo que no podía resistirse. Descubrió que comulgaba con otras palabras atribuidas al Cristo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Pero la rabia seguía ardiendo en su interior: morir de esa manera —¡él!— sin motivo, en el anonimato, en alguna gruta lóbrega y escondida, cuando estaba tan seguro de que Dios le tenía deparado algo más. La claridad lo imbuyó en medio del dolor y la oscuridad. El miedo perdió su presa. Dios no tardaría en juzgarlo por cualesquiera que fueran los pecados de orgullo que había cometido, pero los demonios que lo asaltaban ya no podían aterrorizarle; ni Magnus ni la bestia gruñidora que hozaba en su garganta. Habían roto su cuerpo y le habían arrebatado la vida. ¿Qué más podían hacerle?

Maleki abandonó toda sensación física mientras, hebra a hebra, se deshilachaba la cuerda que unía su cuerpo y su alma. Incluso en la muerte violenta había paz, una renuncia eufórica al ancla mortal...

Fuego.

Abrasador, devolviéndolo al mundo de dolor y sudor. Volvió a ser súbitamente consciente de su atormentado cuerpo, de la sangre que le empapaba los labios y penetraba en su boca. Al igual que en el jardín hacía horas o años o vidas, la paz dio paso al caos enloquecido, a la sangre. Lejos quedaba la fugaz plenitud que había sentido, reemplazada por un hambre ígnea e insaciable.

Y una voz: Acepta la sangre, Maleki. Acepta la sangre.

¿Magnus? ¿La monstruosidad? ¿O la voraz hambre misma?

Acepta la sangre.

Maleki sintió cómo tragaba, sanada de alguna manera la herida de su garganta. Engulló la sangre que quemaba igual que el fuego griego. Pero el hambre arreciaba. Quería más. No podía resistirse. Lamió con glotonería la vena abierta de la criatura deforme picada de viruelas con la que lo había asesinado Magnus, y aun así el hambre crecía, cobraba vida propia, ocupaba el lugar en el que antes residiera el alma de Maleki. Lloró en silencio, sollozando, conocedor ahora del verdadero vacío y la desolación que acompañaban al abandono de Dios. Pero eso no impidió que siguiera alimentando su hambre... sin que tuviera nunca suficiente.

Con cada gota de sangre impía que trasponía sus labios, Maleki se maldecía. Todo aquello por lo que había vivido era una burla, su fe había estado teñida por la ambición. Había aceptado aliarse con el diablo —a sabiendas y sin saberlo— y ahora la alianza quedaba firmada con su propia sangre. Dios tenía motivos para repudiarlo, para rechazarlo.

Confirmaba su culpa con cada trago. En algún momento, comprendió que alguien había cortado los nudos que lo habían retenido, pero no se planteó la huida. En vez de eso siguió alimentándose, revolcándose en la sangre, la escoria y la oscuridad con una criatura tan vil que podía rivalizar con la vileza que llevaba alojada en su propio pecho. Y si bien antes la sensibilidad física se había esfumado, ahora regresaba multiplicada. Pese a que el apetito distaba de estar satisfecho, la sangre de la criatura le fue negada. Igual que una piel encurtida, su tez comenzó a tensarse. Sus dientes se tornaron colmillos, tan afilados que se clavaron en su propia carne. Quiso gritar pero solo escuchó el gruñido de una bestia salvaje. Maleki era presa de una agonía insoportable. Sintió la piedra mojada contra su cara y comenzó a lamer su propia sangre junto a la patética criatura que era su creador. Se rindió a la sangre.

Pero el hambre aún ardía. Ardía igual que la luz del día, el obsequio de Dios del primer día, que le había sido prohibida a Maleki por siempre jamás.

Por siempre jamás.

La luz del día. No era eso lo único que le había sido arrebatado. La Bestia que había arraigado en su vientre le negaba también a Maleki la verdadera presencia de Dios, puesto que jamás habría él, indigno del hábito, de poner el pie en suelo sagrado. Su vida, y todo lo que había sido su vida, estaba destruida, dejándolo estremecido y sollozante, retorcido y grotesco su cuerpo.

No obstante, la historia humana seguía su curso. No se detuvo para compadecerse ni despedirse. Aquellas personas a las que extrañó la ausencia de Maleki envejecieron, murieron y fueron enterradas. Las aguas del Cuerno de Oro desembocaban en el Bósforo, y el sol seguía su curso en el firmamento.

Con parsimonia. Con mortificante lentitud. A kilómetros de altura. Invisible pero obligando a los Condenados a dormir. Mas la Bestia nunca dormía de veras.

Acepta la sangre, Maleki.

Maleki. Malachite. Un nombre y una vida arrebatadas, sustituidas por una existencia desolada.

Yacía hecho un ovillo. No había espacio para estirar las piernas. Había otro cuerpo tumbado junto a él, frío, inerte. Esa carne albergaba sangre, por poca que fuera... invisible, igual que el sol poniente, pero Malachite sentía perdición y vínculo por igual. ¿Por qué, entonces, no se había alimentado todavía? ¿Por qué no había dado rienda suelta al hambre que le roía las entrañas exigiendo ser liberada? Muy despacio, estiró un brazo en dirección al muchacho, así su muñeca con unos dedos huesudos, estaba tan cerca, y se la acercó a la boca.

¡Acepta la sangre!

Pero el recuerdo no había sucumbido por completo al hambre. Aún quedaba algo de razón, y de compasión. Malachite buscaba salvar a este muchacho. Mi propio chiquillo, benditos sean los santos en las alturas, pensó. Un chiquillo de tres hermanos entre la prole de cinco de Malachite, y una familia de ghouls y mortales que dependían de su guía.

La Bestia se enfureció en su interior. Había saboreado la victoria —y era el suyo un sabor cúprico, sanguíneo— pero la sangre de todo un ejército no conseguiría más que azuzar su sed.

Malachite apartó de sí la mano del muchacho. La Bestia atacó su corazón muerto y volvió a alargar el brazo, pero al final se contuvo.

—Michael —musitó Malachite, aludiendo al nombre del fundador del Sueño: no el niño emperador que había crecido para convertirse en un

alcohólico y morir ahogado en su copa enjoyada, sino el Cainita cuyo poder y gloria eran tales que aspiraba a lo Divino—. Concédeme fuerzas.

Cerró los ojos y apartó el rostro del muchacho.

No soy ningún animal para devorar a mis crías. He venido para salvar a mi raza, se recordó, no para alimentarme con los más débiles. Estaba aquí para encontrar a Michael y rescatar cuanto pudiera de lo que había engendrado el Patriarca. Debía sacar lo que quedara del Sueño de las ruinas de la ciudad que ardía en la superficie. El recordatorio de su propósito dio fuerzas al Cainita y mantuvo a raya a la Bestia... al menos por el momento. Malachite abrió los ojos, aunque no había nada que ver en la angosta tumba. No se apartó de su chiquillo, sino que acarició con ternura los ralos y escasos mechones que le adornaban la cabeza. Junto a Dios en su Cielo, el sol avanzaba inexorable hacia el horizonte de poniente.

Capítulo cinco

Al cabo de un tiempo rechinaron los barrotes contra el exterior de la pesada puerta de madera. Malachite no se movió. Su actitud de plegaria mantenía el tenue equilibrio contra la Bestia aulladora. Aun cuando los barrotes fueron levantados y se hubo abierto la puerta, permaneció acurrucado junto al muchacho.

—Dos guisantes en una vaina —dijo Verpus. Algo golpeó a Malachite, algo pequeño, y luego otra vez—. Un regalo digno del cabeza de una familia hermana —añadió el turco.

Dos ratas, recién muertas, yacían entre los dos Cainitas postrados. Malachite quiso arrojárselas de nuevo a Verpus... pero en lugar de eso se las llevó a la boca con avidez, mordió la carne y se cebó con la sangre de los roedores, primero con uno y luego con el otro. A despecho de la indignidad, sorbió los cadáveres hasta que hubo extraído la última gota de sangre. Verpus y sus dos compañeros de clan aguardaban con impaciencia, aunque no transcurrió mucho tiempo antes de que Malachite hubiera terminado. Se enjugó el rostro y se lamió los largos dedos. Solo entonces se dignó levantarse, con el muchacho en brazos, y siguió a los que osaban retenerlo cautivo.

Continuaron atravesando los angostos y enmarañados túneles quizá durante otra hora. La marcha resultaba dificultosa para Malachite: herido, debilitado por el hambre, agachado torpemente, y esforzándose por no aplastar a su chiquillo no-muerto contra las toscas paredes de piedra. Se negaba a considerar siquiera la idea de ceder el muchacho a sus captores, que probablemente hubieran podido cargar más fácilmente con él entre dos. No solo albergaba dudas acerca de la seguridad del chiquillo en manos de los traicioneros Gangrel, sino que además estaba determinado a evidenciar cuanta menos debilidad, mejor. Habían sido testigos de cómo se alimentaba de roedores. No pensaba darles la satisfacción de rogar por socorro o clemencia... tampoco creía que ellos estuvieran dispuestos a concederle ayuda alguna.

Cuando Verpus los condujo finalmente lejos de los túneles, ascendieron por unas escaleras hasta una villa abandonada cerca de la Iglesia de san Juan

de Trullo, en la pendiente del norte del Valle de Lycus. Ya antes del asalto de la llamada Cruzada gracias al que esta ciudad preeminentemente cristiana había caído en manos de los bárbaros guerreros cristianos, el número de edificios abandonados había ido incrementándose con el paso de los años. Los más cínicos sugerían que habían quedado atrás los días de Nueva Roma, pero Malachite siempre había sostenido lo contrario. Incluso el océano más perdurable tenía sus mareas altas y bajas; lo mismo ocurría con una ciudad que estaba destinada a ser un centro de cultura y conocimiento a perpetuidad. A fin de cuentas, los mortales constituían un colectivo muy frágil. Cualquier guerra, plaga o período de hambruna mermaba su número, pero también eran tenaces. Con la sutil guía de Michael el patriarca, los mortales y la ciudad prosperarían.

Esta noche, no obstante, al ver de nuevo el humo que se alzaba sobre Constantinopla y más destrucción de la que hubiera creído posible, Malachite no conseguía defender su postura con tanto aplomo, ni siquiera para sus adentros. Sobre él flotaba una niebla, una bruma persistente, una pátina dejada por los sueños que lo habían visitado durante el día. Después de tantos años, casi se había olvidado de la gloria de Hagia Sofía bañada por la luz del sol, olvidado también el terror de aquella última noche de mortalidad, olvidado su orgullo y sus poderosas ambiciones, y las vastas profundidades a las que habían sido arrojadas. Aunque había una diferencia, una que se propuso tener en cuenta. Sus propios planes, por grandiosos que le hubieran parecido y por dirigidos que hubieran estado hacia el servicio de Dios, habían brotado de la mente y el corazón de un hombre mortal, que era poco más que polvo. ¿Cuán mayor no sería esta empresa, este Sueño del angelical Michael, el más iluminado de todos los Cainitas?

Aquellos pensamientos restallaron igual que el acero al chocar contra la realidad de la situación actual de Malachite. Encadenado. Verpus había dicho que el barón quería que lo llevaran encadenado. Imposible. El Nosferatu bien pudiera haber estado maniatado mientras avanzaban, puesto que el muchacho con el que cargaba seguía tan ausente como lo había estado la mayoría de las últimas noches. A pesar de la carga de Malachite, Verpus imponía un paso rápido. Se detuvo una sola vez, y no para descansar sino para ocultarse de una banda itinerante de jinetes. Los compañeros de Verpus parecían dispuestos a saltar al ataque, pero su líder los detuvo con un gesto silencioso, y los Cainitas mantuvieron su posición hasta que los caballeros hubieron pasado de largo. Malachite pensó en hacer algún ruido, en delatar a sus captores —¿qué lealtad debía a esos rufianes traidores?—, pero tras el ataque al hospital de la

noche anterior, detestaba confiar su suerte a unos caballeros latinos, ni siquiera por la oportunidad de escabullirse durante una pelea encarnizada.

La partida de Cainitas continuó ascendiendo la abrupta pendiente rocosa. Al fondo, muy por detrás de ellos, el río Lycus cruzaba las Murallas de Teodosio II al oeste y discurría bajo las Murallas de Constantino hacia el este. Al frente, a lo largo de la periferia norteña de la ciudad, se erguía un antiguo castillo, la Ciudadela de Petrion. Malachite se preguntó si sería posible que Verpus estuviera diciendo la verdad, que fuese cierto que estaban conduciéndolos ante el barón. Hacía mucho que los defensores humanos de Constantinopla habían abandonado la ciudadela, cuando la ciudad y sus murallas fueron extendiéndose río arriba. El barón Thomas y sus Gangrel se habían apropiado del castillo. Desde su base, impartían la Ley Cainita, tal y como se estipulaba en el Códice de los Legados, por toda la ciudad... salvo en el barrio latino. Las familias de la Trinidad prácticamente habían cedido por completo esa parte de la ciudad al vampiro veneciano Narses —y luego a su criatura, el obispo Alfonso— y a los Cainitas latinos, una decisión que no le había sentado bien a Thomas.

La ciudadela lindaba con las murallas de la ciudad, que comprendían sus defensas fluviales. Más allá de esas murallas se extendía el propio Cuerno de Oro. Antaño denominado solamente el Cuerno, el río había recibido el atributo de «de Oro», no por parte de algún poeta romántico que celebrara la gloria de la puesta de sol, sino gracias a los mercaderes que habían acumulado sus fortunas comprando y vendiendo sus mercancías en los bulliciosos muelles. Las murallas terrestres de la ciudadela parecían aún más altas ahora que Malachite las observaba desde arriba. Seis torres se alzaban desde la almenada línea de las murallas, aunque lo cierto era que las torres y las almenas habían conocido noches mejores. En algunos lugares, la piedra se había desmoronado y las plantas trepadoras habían encontrado asidero; algunas eran tan gruesas que podrían servir de escalerillas improvisadas. A los ojos mortales, la ciudadela parecía un cascarón abandonado, lejos de su época de esplendor, pero Malachite escrutó el fulgor rojo de los ojos que seguían su ascenso desde lo alto de las murallas.

Resultaba interesante, pensó, que Verpus lo hubiera conducido hasta la ciudadela de ese modo, por tierra en dirección a la puerta principal, pese al riesgo que constituían los cruzados latinos que merodeaban las tierras. ¿Creen acaso los Gangrel que desconozco la existencia de los pasadizos que comunican con el corazón de Petrion?, bufó Malachite, lo bastante alto como para merecerse la amenazadora mirada de Verpus. Apostaría a que conozco

más formas de entrar y de salir de su propia ciudadela que ellos mismos. Malachite y su especie se preocupaban de averiguar tales secretos. Ya que no en aras de proteger su intimidad, decidió, tal vez seguían ese camino por razones de seguridad. Puede que hayan taponado los túneles, para así poder destacar más guardias a las murallas ante la amenaza de los latinos.

Fuera cual fuese la razón, Verpus lo condujo hasta la entrada central. La enorme puerta, envejecida y aparentemente decrepita, se abrió. Malachite sospechaba que seguía siendo sólida y robusta. Atravesaron el túnel de entrada flanqueado con arpilleras para las flechas y el aceite hirviendo hasta llegar al patio principal, en el que no se demoraron. Mientras recorrían las baldosas agrietadas, Malachite sintió los ojos que seguían su avance desde las murallas y las torres. ¿Cuántos feroces guerreros Gangrel se ocupaban de las defensas? Estos Cainitas habían sido sus aliados desde hacía mucho tiempo y habían simpatizado con los intereses de su familia, pero esta noche le miraban como si se tratara de un enemigo.

¡Es el enemigo el que ha traspasado las murallas de nuestra ciudad!, pensó, reavivada su ira conforme se aproximaba al final de esta marcha forzosa.

Un solo centinela guarnecía la entrada del torreón, un anatolio a juzgar por su vestimenta, tal vez oriundo de Trebizond, o de las lejanas Cesárea o Edessa. El barón gozaba de numerosos partidarios en países tan distantes como Egipto por una parte y Grecia y Dalmacia por la otra. Los Gangrel vagaban por toda esa extensión de tierra, no obstante, y solo una veintena aproximada de ellos llegaban a coincidir en Constantinopla al mismo tiempo. Malachite volvió la mirada una vez más a las murallas al otro lado del patio. Era evidente que los cruzados no habían considerado necesario arrasar este rincón de la ciudad, habiendo tesoros mayores a la espera de ser recogidos más adentro. Pero ¿durante cuánto tiempo resistiría la ciudadela un ataque concertado?

Un brusco empujón por la espalda le recordó que él no era ningún general evaluando las defensas, sino un prisionero. Traspuso el umbral del torreón, sin saber si era la última vez que veía el cielo nocturno que dejaba atrás.

Una serie de salones y escaleras descendentes los condujeron enseguida a un sucio y angosto pasillo flanqueado por puertas, una de las cuales abrió Verpus, indicando a Malachite que pasara. Esta celda era más espaciosa que la reducida prisión en la que había pasado el día, aunque seguía siendo una celda. Había una desmadejada cama de paja y tela roída por las ratas junto a una de las paredes, y fue allí donde Malachite depositó al muchacho, ajeno

todavía a todo lo que había sucedido desde el asalto al hospital. Cuando la puerta se hubo cerrado de golpe, solo la delgada línea de luz procedente de una lámpara que trasponía el vano alcanzaba a penetrar en la estancia. Malachite se sentó en la penumbra y escuchó el conjunto de pasos que desandaban el pasillo.

Transcurrida una hora, escuchó más pasos, esta vez acercándose, dos individuos. Malachite se puso de pie y se protegió los ojos de la luz de la lámpara cuando se abrió la puerta. Era Verpus el que la portaba. La colgó en un garfio de hierro que sobresalía de la pared. Malachite reparó ahora en que, además de ese garfio, había más argollas de hierro, oxidadas, de las que pendían cadenas y grilletes.

Tras Verpus entró el barón Thomas Feroux. Era media cabeza más bajo que Malachite, aunque el Gangrel parecía exudar una violencia apenas contenida, más pronunciada esa noche que las numerosas ocasiones en que Malachite lo había visto en el pasado. La espada desenvainada que empuñaba el barón no contribuía a desmentir esa impresión, como tampoco la profunda cicatriz que recorría el lado derecho de su cara, desde la raíz del cabello hasta el hirsuto mentón, pasando por encima del ojo, que tenía suerte de no haber perdido. Aquellos ojos eran impresionantes: verdes y rasgados como los de los feroces e inmensos felinos que desfilaban en ocasiones en el hipódromo. Al igual que esas bestias, y como casi todo el resto de su clan Gangrel, el barón era un cazador, un depredador implacable, pero al contrario que el resto, su forma de cazador encubría el corazón de un erudito. Esto era lo que los había unido a Malachite y a él.

—Vaya —dijo el barón Thomas, golpeteando ligeramente el suelo de piedra con la punta de su espada—, vuelve a casa, el hijo pródigo. Disculpa por no sacrificar el becerro engordado para el banquete. Aunque sacrificios sí que ha habido, y de sobra.

—El hijo pródigo dilapidó su herencia —le recordó Malachite—. Yo me fui con lo puesto, y obedeciendo los deseos del patriarca.

Las estrechas pupilas felinas del barón se ensancharon de repente; raspó el suelo con la punta de su espada, resquebrajando la piedra.

—¡No me hables de herencia! ¡Cobarde sin fe!

Malachite volvía a sentirse como si estuviera inmerso en un sueño y una visión —un supuesto aliado volviéndose inexplicablemente contra él— aunque no parpadeó ante el arrebató del barón. Sin dar muestras de ello, vigilaba atentamente las evoluciones de la espada. No es momento de analogías y dialéctica, decidió con retraso. El barón no estaba de humor. Y

Verpus... el turco respaldaba a su señor, no se enfrentaba a él. Si se había producido alguna traición, era a manos del propio barón Thomas.

—La última vez que nos vimos —dijo Malachite, en voz baja pero firme—, éramos amigos.

—En efecto —convino el barón, dispuesto a dialogar de nuevo, evaporada la furia del momento anterior... que no olvidada, para Malachite—. Pero se han producido muchos cambios en muy pocas semanas. La calamidad se ha cernido sobre nosotros... un desastre más voraz que la langosta, más destructivo que un terremoto. ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Sí. Y he derramado lágrimas de sangre al ser testigo del abatimiento de una ciudad tan magnificente. Hasta la fecha, solamente he visto...

—¡No has visto nada! —exclamó el barón. Los tendones de sus manos y muñecas palpitaban, tal era la fuerza con la que asía su espada—. ¡No has visto nada, de lo contrario te habrías entregado al amanecer por habernos traicionado! ¡Aunque tampoco es que la destrucción de un cobarde y un desertor fuese a solucionar nada, leproso desleal! No sé cómo pude confiar en una manada de enfermizos...

—Se cuentan leprosos entre los de mi especie —interrumpió Malachite, lacónico—, todos ellos almas virtuosas, y no toleraré que nadie los calumnie. Ni siquiera vos, barón.

Las pupilas del barón se agrandaron de manera increíble y Verpus dio un paso al frente. Malachite, aun en el caso de haber sido fuerte y estar bien alimentado, temería tener que pelear con cualquiera de esos dos Cainitas, mucho más con ambos al mismo tiempo. Por un momento, pareció que todo estuviera perdido, pero de improviso, el barón se detuvo en seco. Levó el rostro al techo y cerró los ojos. Verpus se mantuvo en su sitio.

¡Mira lo cerca que está de la Bestia, el maldito estúpido!, se maldijo Malachite. ¡Contén tu orgullo y tu lengua afilada, si no quieres ver tu cabeza clavada en una pica y adornando las murallas de la ciudadela al despuntar el sol!

Pero mientras Malachite, en desventaja numérica, herido, y débil por falta de sangre, se aprestaba a recibir como mejor pudiera el asalto de los Gangrel, el barón mantuvo su postura: el rostro vuelto hacia arriba, apretados los párpados, concentrados en una feroz pelea interna, los dedos firmemente cerrados en torno a la espada que sostenía apuntando hacia abajo ante sí. Permaneció de ese modo durante lo que pareció una eternidad, torcido el gesto; sus manos comenzaron a levantar la espada como si estuvieran imbuidas de vida propia, para detenerse a continuación. Malachite esperaba

como lo haría cualquiera de los gladiadores derrotados en el coliseo de la Antigua Roma, aguardando el veredicto del emperador, a que levantara el puño con el pulgar apuntando hacia arriba o hacia abajo. Verpus también observaba. Su hostilidad saltaba a la vista, al igual que su cólera, su azoramiento, por el hecho de que otro Cainita fuera testigo de la lucha por el control de su señor.

Las mandíbulas del barón se movieron como si estuviera desgarrando carne de un hueso. Sus colmillos relucieron a la luz de la antorcha. Su garganta se convulsionó, sofocando los estertores de un grito mudo.

Y entonces se acabó. Su rostro se desembarazó de angustiadas contorsiones. Con manos trémulas, bajó la espada, despacio. Aun en esos momentos mantenía un control absoluto sobre la hoja. La punta repicó suavemente contra el suelo, una vez, y se detuvo. Cuando abrió los ojos, volvían a parecer casi normales, las hendeduras verticales de sus pupilas eran lo bastante anchas como para pasar por humanas, sin llegar a ser los inmensos pozos negros del cazador salvaje.

—Perdona, Malachite —consiguió decir al fin, con voz rasposa, elaborando cada palabra—. Tampoco a mí me gustaría que se olvidaran todas las dignas obras de mi raza si se demostrara mi infidelidad.

¡No ha oído nada de lo que he dicho! Malachite se sintió enfurecer pese al alivio que le suponía el hecho de que la rabia del barón pareciera haberse mitigado.

Por primera vez, en ese momento, el barón reparó en el muchacho que yacía postrado en el lecho de paja. Malachite se interpuso por instinto entre ellos ante el avance de Thomas. Durante un tenso momento ambos Cainitas se sostuvieron la mirada —ambas feroces y orgullosas— hasta que Malachite se hizo a un lado, en un gesto de permiso concedido más que de aquiescencia.

El barón se arrodilló y tocó el semblante blanco como la ceniza del pequeño.

—¿Qué lo aqueja?

—No lo sé. —¿Qué nos aqueja a todos, amigo?, pensó Malachite—. Eso es lo que debo averiguar.

El barón permaneció así, en silencio, arrodillado junto al muchacho, acariciando con sus dedos la mejilla muerta.

—Todo ha sido destruido —dijo, al fin—. Todo.

Malachite sintió un escalofrío. Centelló ante él una premonición en que se cumplían sus peores sueños: la ciudad entera reducida a escombros, saqueada, incendiada; los Cainitas supervivientes obligados a empezar de nuevo; la

mano de Michael guiando a los mortales —erráticos agentes de lo Divino— para crear una ciudad eterna. Pero puede conseguirse, pensó, en un débil intento por levantar su propio ánimo.

—Empezaremos de nuevo.

El barón, genuflexo todavía, se envaró. Se apartó del muchacho, y Malachite vio que los ojos del Gangrel estaban ribeteados de lágrimas sanguinolentas. Con los dientes apretados, anunció:

—Han quemado la iglesia de san Juan el Estudioso.

Regresó el escalofrío. Malachite se quedó congelado en el sitio.

—Quemaron el monasterio —continuó el barón, pugnando por sobreponerse al temblor de su voz. Su rostro se retorció de nuevo, como si sintiera un dolor físico, y sus palabras se convirtieron en rugidos guturales—. La biblioteca... ¡quemaron la biblioteca!

Malachite estaba demasiado paralizado por la impresión como para reaccionar cuando el barón alzó su espada. Las visiones de los libros y los antiguos pergaminos consumidos por el fuego batallaban en la mente de Malachite con la inminente condena de su chiquillo. La hoja hendió el aire...

... para ir a estrellarse contra la pared más alejada, donde la había arrojado el barón.

—¡La quemaron! —gritó de nuevo, antes de encorvarse hacia delante, suplantada su rabia por el dolor—. La quemaron —pronunció, con voz apenas audible—. La quemaron. Los conocimientos y la sabiduría acumulada durante siglos que yo había jurado proteger. Lo han destruido todo. Han destruido el Sueño.

Restaurada su voluntad por el súbito temor a perder a su chiquillo, Malachite se acercó al lecho. El barón estaba inclinado sobre el muchacho, en actitud de plegaria, pero no le estaba haciendo ningún daño, no se estaba alimentando de él. De las lágrimas acumuladas en los ojos del Gangrel, una solitaria gota escarlata cayó sobre la pálida frente del pequeño.

Han destruido el Sueño. Malachite sintió la angustia que transmitían aquellas palabras. El barón se había comprometido, junto al resto de su familia hermana, a salvaguardar la Biblioteca de lo Olvidado, depositaria de antiguos saberes y textos esotéricos reunidos por el Tzimisce Obertus en San Juan el Estudioso. Los cruzados, así pues, no se habían conformado con el saqueo secular. Habían prendido fuego a la iglesia, a la biblioteca. ¡Y afirman portar el manto de Cristo! Una indignación justificada cobró fuerza en su interior. Mostraba más resolución frente a la desesperación del barón que ante la suya propia.

—El Sueño no es así de frágil.

El barón giró en redondo, se incorporó con velocidad y gracia felinas, acercándose a Malachite. Los ojos felinos eran grandes y negros, el cazador se preparaba para saltar. El barón siseó, enseñando los colmillos. Malachite permaneció completamente inmóvil. Sin darse cuenta, se había colocado al borde de la violencia con éste, su antiguo compatriota... y la violencia, en su estado y con estos Gangrel, sólo podía ofrecer un resultado.

—Así pues —rugió el barón—, ¿hemos perdido el tiempo conspirando para retirar los libros de la biblioteca y sacarlos a hurtadillas de la ciudad para guardarlos en lugar seguro?

—No, no ha sido una pérdida de tiempo —respondió Malachite, midiendo sus palabras por miedo a que lo sumieran en el abismo—. ¿No te acuerdas de que yo estuve contigo desde el principio? ¿Quiénes fueron los que escondieron los bultos en los antiguos depósitos abandonados a la espera de que tus seguidores pudieran llevarlos al otro lado de las murallas? No fue la desidia lo que me impulsó a unirme a la Nueva Trinidad junto a vosotros y a los Brujah Lexor. Todos nos dábamos cuenta del peligro, de que la ciudad no era todo lo fuerte que debería ser, de que el egoísmo y la mezquindad de nuestra especie la debilitaba, y todos nos dábamos cuenta de que los conocimientos que albergaba la biblioteca tendrían más probabilidades de sobrevivir en otra parte si se abatía la desgracia sobre la ciudad.

Malachite se apartó del barón. El Nosferatu sintió de nuevo el peso de la destrucción que había presenciado... y ahora sabía que los latinos no habían perdonado las iglesias. Si San Juan el Estudioso había ardidido, ¿qué habría sido de las otras, qué habría sido de Hagia Sofía, joya de la corona de todos los lugares sagrados sobre la Tierra?

Así pues, ¿estará en lo cierto?, se preguntó. ¿Había sido destruido el Sueño junto a tantos tomos encuadernados en piel que habían sucumbido al fuego, junto a las murallas de piedra derribadas? El muchacho lo había expresado con otras palabras, si bien no menos desoladoras: El sueño ha muerto.

Zangoloteó la cabeza. El muchacho está enfermo, delira. Y lo mismo puede decirse del barón. La necesidad de encontrar a Michael, de trasponer la locura que lo embargaba de unos años a esta parte, se apoderó de Malachite con renovada urgencia. Si consigo llegar hasta él, encontrará una solución. ¡El Sueño no tiene por qué morir!

Mas ahí estaba el barón Feroux, con el que debía lidiar primero: debía engatusarlo, o incitarlo, persuadirlo, disuadirlo.

—Ninguno de nosotros pensábamos que fuera a ocurrir tan deprisa —dijo Malachite, con apremio—. Pensábamos que dispondríamos de siglos, no solo de un puñado de años. Tal vez sea posible incluso devolver todo su esplendor a la ciudad, y nuestras precauciones resulten ser innecesarias. Pero que Nueva Roma haya caído tan pronto...

—¡Y contigo convenientemente lejos de ella! —El barón cruzó la cámara a largas zancadas y recogió la espada que arrojara antes.

—¡Ya te he dicho...! —Malachite controló su ira. Retar al barón equivaldría a abalanzarse sobre esa espada, y aunque tal vez al final no lograra salvar al muchacho ni salvarse él mismo, tenía que intentar encontrar a Michael y rogar al patriarca que no abandonara el Sueño. Por consiguiente, se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua: ¡No he traicionado a nadie, estúpido! En vez de eso, optó por hablar con voz mesurada y ecuánime —: Thomas, antes de que me juzgues, ¿querrás escucharme? En honor de nuestra empresa y de lo que significaba la biblioteca para ti, ¿me escucharás?

El barón Thomas contuvo su ira. Muy despacio, los grandes ojos del cazador se entornaron, la locura abandonó las hendeduras verticales. Envainó su espada.

—Habla. —Detrás de él, aún dispuesto a saltar al ataque, Verpus aguardaba.

—No es como parece creer —comenzó Malachite. Seguía enfadado, pero una vez pasado el peligro inmediato, le abandonaron las fuerzas. Le dolían las heridas que le infligiera la manada de Gangrel: el hombro, el brazo, el cuello y la cabeza, la pierna, el tobillo. El hambre lo roía por dentro. Se tomó apenas un instante para ordenar sus ideas, puesto que el barón no estaba de humor para tolerar demoras, comprobando el estado del muchacho, recogiendo las pequeñas manos sobre su pecho, a semejanza de la talla decorativa de la tapa de un sarcófago—. Han pasado muchas semanas desde que Michael me convocara. Sé que tú también lo has experimentado. El patriarca no envía mensajero alguno, nadie te hace entrega de una invitación escrita, sino que sientes una voz silenciosa... aquí. —Se llevó una mano al pecho—. Igual que los susurros pronunciados por un ángel, hablando a tu corazón... como si conociera tus deseos y tus temores mejor que tú mismo. Me sorprendí. Hacía algún tiempo que Michael se había vuelto distante. Hacía mucho que había cedido a Petronius, de una noche para otra, la autoridad sobre su familia. No le veía, a Michael, al patriarca... desde hacía más de un año.

Hizo una pausa para recordar el intervalo, aunque todavía acusaba profundamente cada noche que había durado la separación; lo recordaba

como un tipo de hambre diferente, más profunda y lamentable que el insufrible anhelo por la sangre. Puesto que había sido Michael el que liberara a Malachite de la locura eterna tras la traición de Magnus; había sido Michael el que redimiera a Malachite de la condenación y le mostrara el Sueño.

—Acudí ante él de inmediato. Se encontraba en su sanctasanctórum bajo Hagia Sofía, donde había dado en pasar tantas noches... ¿rezando, descansando, entregado a la locura? No lo sé. Pero aquella noche...

Se esforzó por encontrar las palabras que pudiera condensar la inefable gloria del patriarca.

—No había luz en su cámara, ni antorchas ni lámparas... únicamente la que emanaba de él. Resplandecía igual que un sol interior, y contemplarlo era igual que mirar el sol para un mortal. No pude hacer otra cosa que apartar la vista. Pero tú has estado en su presencia, Thomas. Lo sabes. Sabes cómo reluce su cuerpo, igual que la vidriera más brillante. Michael, el arcángel, la Espada de Dios, brillante, terrible y hermoso. Estar ante él es sentir el calor del sol en tu rostro, es...

Se detuvo, con los ojos cerrados, obligándose a disipar aquel recuerdo de gloria radiante. Eran éstos pensamientos que Malachite nunca antes había confesado... a nadie. Su debilidad y su apetito se le habían subido a la cabeza, habían socavado su disciplina. Abrir su corazón equivalía a entregar un arma mortífera al receptor de sus anhelos, y el barón distaba de haberse merecido tal confianza.

—Acudí ante él —continuó Malachite, con más reserva—. No dijo nada, pero el mensaje que me comunicó era evidente. —Volvió a colocar la mano en su pecho, recordando la tristeza que había sentido en Michael en aquella ocasión, el profundo arrepentimiento—. Quería que me marchara, que huyera. Quería que sacara a mi familia de la ciudad. No lo entendí. Debía de saber que la ciudad iba a... No podía... No pude hacer otra cosa más que obedecer. ¿Dudas de esto, Thomas? Obedecía al patriarca. Reunía a mis chiquillos y a mis seguidores y, sí, los libros extraídos de la biblioteca que pude conseguir, y me los llevé lejos, como deseaba Michael. Porque tenía la impresión de que él estaba al corriente de nuestra diligencia, barón. Yo nunca había mencionado una sola palabra acerca de la biblioteca, pero me extrañaba que hubiera algún rincón de mi corazón que él desconociera. Tenía que saberlo... si sabía que la ciudad iba a sucumbir...

Pero la mención de la biblioteca reavivó la agitación del barón. Sus manos acudieron a la empuñadura de su espada, y sus ojos se tornaron súbitamente negros y peligrosos.

—¿Sugieres que sabía que la ciudad iba a ser atacada, y que no movió ni un dedo para salvarla, que permitió que ardiera la biblioteca? ¡Pretendes compartir tu traición con el patriarca! ¡Eres un mentiroso además de un cobarde y un traidor!

—¡Su locura! —insistió Malachite, enfadado—. La has visto igual que yo. Puede que este mundo ya no pueda contener todo en lo que se ha convertido. Acompáñame, Thomas. Ven conmigo para encontrarlo. Si conseguimos penetrar su locura y salvar la ciudad...

—Ha sido destruido —interrumpió el barón.

Malachite trastabilló de espaldas, hasta encontrar el apoyo de la pared. Por tercera vez, se llevó la mano al corazón.

—Esto es una locura —susurró—. Eres tú el que miente.

—Ha sido destruido. A manos de quién —el barón se encogió de hombros—, no lo sé. ¿Pero eso qué importa? Los latinos han saqueado los palacios, las iglesias. Lo que no pueden llevarse consigo lo queman o, peor aún, lo profanan. Colocaron una ramera sobre el altar de Hagia Sofía. Hay quien dice que yacieron con la prostituta allí mismo, mientras se comían y bebían los sacramentos. ¡Una prostituta! ¿Habría permitido eso Michael, te pregunto? ¿Podría haber sucedido tal cosa si no lo hubieran destruido?

Malachite no respondió, no podía. Como tampoco podía sentir la fría fuerza de la pared en la yema de los dedos... solo la despiadada piedra bajo sus rodillas cuando cayó al suelo. El barón continuó perorando. Malachite ya no podía distinguir las palabras. Michael destruido, la bendita Hagia Sofía profanada...

—Mentiras... mentiras —decía la voz de Malachite en alguna parte, lejos de él.

Pero el final aún no se cierne sobre nosotros. ¿Quién había dicho eso? La mujer, la judía. Se equivocaba, no podría estar más equivocada. El final se ha cernido sobre nosotros igual que una inundación, y ninguno nos hemos dado cuenta de que estábamos ahogándonos. Ninguno de nosotros lo sabía, pensó Malachite.

Se desplomó contra la pared, rozando con una mano el pie del muchacho inerte. Malachite lo observó horrorizado. Él lo sabía. Era el don del pequeño: ver lo que no se podía ver, saber lo que no podía saberse. ¡Maldito sea! ¡Maldito sea por estar en lo cierto! ¡Maldito sea por saberlo! Un abismo insondable se abría a los pies de Malachite; unos tentáculos aplastantes salieron a su encuentro, tentáculos de verdad de los que no podía defenderse. Las opresivas paredes de la celda bien pudieran no haber existido jamás. La

tierra sólida que había sobre su cabeza y debajo de él era fugaz y efímera, reducida a vapor en el vacío. Quizá el sol hubiera dejado de moverse alrededor del mundo. ¿Qué más daba?

¡Lo único que importa es la sangre!, rugió la Bestia del interior de Malachite. ¡Sangre!

Todo aquello por lo que había luchado desde que Michael cuidara del horrendo cuerpo y la mente destrozada de Malachite... destruido, muerto.

El Sueño ha muerto.

Mentiras... mentiras... mentiras...

¡Sangre! ¡Solo importa la sangre!

La Bestia cobraba fuerza, retorcía la verdad según le convenía. ¿Por qué no saltas al abismo desde el precipicio? ¿No es eso preferible al vacío? Si el muchacho y el barón Thomas dicen la verdad, entonces todo aquello en lo que crees y lo que amas no es sino ceniza, nada. Si el barón miente... ¡toma su sangre!

Tenía sentido. ¿Qué tenía de malo? Aunque sin duda el barón prevalecería, un último esfuerzo pondría fin a la absurda existencia a la deriva que le esperaba sin el patriarca ni el Sueño. Y si el fracasado Nosferatu consiguiera de alguna manera superar a sus captores...

¡Sangre! ¡Sangre! La Bestia clamaba por ella.

Malachite sintió cómo sus dedos componían dos puños huesudos. Carecía de la fuerza necesaria para desplegar garras que pudieran triturar la carne. Tendría que abrirse paso a golpes hasta su condena.

¡Sangre!

Pero una punzada de duda —de reticencia— lo llevó a aferrarse a un frágil hilo de esperanza y lo sostuvo tambaleándose al borde del precipicio. ¿Y si el barón en verdad miente?, pensó Malachite desesperadamente. ¿Y si el muchacho se equivoca? ¡Debo cerciorarme!

La Bestia rugió, hirviendo de rabia. ¡Ya te has cerciorado! ¡Acepta la sangre!

Una mano prendida en la manga de Malachite, retorciendo el raído tejido además de la quebradiza piel muerta. Comenzó a abalanzarse sobre el barón, a abrazar el final... pero los dedos que se hincaban en su brazo no pertenecían al barón, ni a Verpus el turco. El barón continuaba perorando, vertiendo vituperios sobre Malachite, los latinos y los conspiradores Ventrue. Las maldiciones del Gangrel rompían igual que la espuma contra la orilla. Apartaron a Malachite del vacío, deslieron los tentáculos, que se alejaron lejos de la periferia de la verdad. La mano que asía el brazo de Malachite lo

apartaba del abismo, evitaba que se entregara al ataque y la autodestrucción. ¿Pero si la mano no pertenecía a ninguno de los Gangrel...?

¡Acepta la sangre!, gritaba la Bestia. ¡Da igual de quién sea! ¡Acepta la sangre!

El muchacho. La mano era la del muchacho. Malachite se alejó trastabillando del borde. En rápida sucesión, volvió a cobrar consciencia del aquí y ahora: los ojos abiertos del pequeño; la piedra que transfiguraba los horizontes del mundo inmediato; impotente la vacilante luz de la lámpara, por mucho que lo intentara, para alterar la realidad, momento a momento.

La Bestia, tras un último aullido, furiosa, loca de anhelo, se retiró brutalmente a la cueva que era su propia oscuridad. Malachite envolvió el rostro del muchacho con ambas manos, cubrió a su chiquillo de besos desesperados.

Los grandes ojos del joven apuntaron al cielo, se tornaron blancos. Habló:
—Aun aquí nos atacan.

Las palabras interrumpieron el discurso del barón Thomas, que enmudeció al instante. Silencio. Un momento después, llegó procedente del pasillo el sonido de pisadas, de largas zancadas, apremiantes. Uno de los hombres del barón irrumpió en la celda.

—¿Qué sucede? —El veneno que destilaban las palabras del barón desafía la aseveración del muchacho.

—Las defensas delanteras están siendo asaltadas —informó el hombre—. Una patrulla de cruzados ha pedido refuerzos.

Las sombras de la celda ponían de manifiesto relieve la cicatriz del barón. Fulminó con la mirada al muchacho y a Malachite. El Nosferatu intentó calibrar aquellos ojos: ¿Eran éstos los ojos de un noble, de un erudito y un líder? ¿O los de la Bestia? Era probable que una permutación de esa misma pregunta corroyera la mente del barón Thomas mientras decidía qué curso de acción emprender.

—Hacedles frente. Pero alejadlos de la ciudadela.

—Ya lo hemos intentado, barón. Se negaron a seguirnos. Están empeñados en conquistar las murallas.

Un breve escalofrío recorrió al barón, una mueca encolerizada surcó su cicatriz. La ira se hacía patente en sus ojos y las aletas de su nariz. Desde el suelo, Malachite miraba la espada, contemplaba el golpe que podría acontecer de un momento a otro...

En ese momento, remitió la perlesía del barón. Volvía a estar al mando, controlado.

—Aposta un guardia en la puerta. Primero nos ocuparemos de los cruzados, y luego de los traidores.

Tomada la decisión, el barón giró sobre sus talones y abandonó la estancia con la fuerza de una nube de tormenta que surcara el Bósforo. Sus dos hombres de confianza siguieron sus pasos, con Verpus sosteniendo la lámpara.

Cuando la puerta se hubo cerrado de golpe y la celda se hubo sumido de nuevo en la oscuridad, fue como si la luz persistiera en los ojos del muchacho: en blanco, temblorosos como si fuera presa de un ataque. Malachite le tendió la mano, se aferró al frágil cuerpo con dedos nudosos y, en la oscuridad, se abrazó a él.

Capítulo seis

El cautiverio y la indignación pesaban menos sobre Malachite que la desesperación, en las tinieblas de la celda. ¿Qué sentido tenía sentirse ofendido por la indignidad y el maltrato cuando el mundo se estremecía hasta los cimientos?

Michael destruido.

Y pensar que Malachite se había sentido perturbado por el brusco tratamiento al que lo habían sometido los Gangrel. ¿Qué más daba? El barón había demostrado su infidelidad...

No, se contuvo Malachite. Thomas sufre su propio tormento. El barón había confundido el medio con el fin, y ahora los objetos de su obsesión habían dejado de existir. Pero los libros no eran el Sueño. ¿No se da cuenta? Malachite reflexionó por un momento en su situación actual, y la pregunta se respondió sola: Aparentemente no.

Sí, la pérdida de la Biblioteca de lo Olvidado suponía un mazazo tremendo, un desastre de dimensiones inmensurables, pero la biblioteca no era más que una manifestación del Sueño, no el Sueño en sí. Todos los conocimientos que habían podido reunir los Cainitas a lo largo de los siglos —filosofía, metafísica, historia, teología, profecía— y casi todo se había perdido.

No comenzamos lo bastante pronto, se lamentó. Lo que había hecho que la biblioteca resultara tan valiosa, aquella concentración inmensa de conocimientos, constituía también su punto débil. Con la aprobación tácita de algunos de los encargados de la biblioteca —tal vez del propio Gesu— Malachite y el barón habían actuado para salvaguardar los depósitos de cultura, pero no habían conseguido retirar más que unos cuantos cientos de volúmenes. Malachite desconocía cuál era el paradero de todos aquellos libros que habían sacado los Gangrel de la ciudad. Aunque ése no era el detalle más importante. Bastaba con que los volúmenes estuvieran dispersos, guardados en distintos lugares lejos de las llamas y el saqueo.

Deberíamos haber rescatado mucho más. Ojalá hubiera habido tiempo... Pero los acontecimientos que dictaban los mortales se sucedían a una velocidad vertiginosa. Los cruzados ya estaban en la ciudad. Ya no había más

tiempo, no para la biblioteca. ¿Y para el Sueño? ¿Si era cierto que Michael había sido destruido?

No lo es, pensó Malachite, con determinación. El barón Thomas se equivoca. Rumores, habladurías, desvaríos de los desesperados y los atemorizados.

¿Y el muchacho? ¿Se equivocaba también? Malachite no podía creer lo contrario. El joven, cuya visión, un regalo de Dios, había precedido y sobrevivido a su Abrazo, perpetuado en la noche eterna... se equivocaba. Sabía que había habido Cainitas al acecho entre los atacantes del hospital. Sabía que también la ciudadela estaba siendo asediada. Oído aguzado, o un sentido del olfato muy desarrollado, se dijo. Eso no era lo mismo que conocer el destino final del Sueño. No era lo mismo en absoluto.

El muchacho volvía a guardar silencio, inmóvil. Malachite lo sostenía contra sí. Sus propias heridas eran ya apenas un dolor sordo, relegado a un segundo plano por el trauma de la destrucción extendida, de los amigos a los que la locura había convertido en adversarios, de la sugerencia de que el patriarca hubiera dejado de existir. El hambre aguardaba oculta tras la angustia. La Bestia esperaba a que llegara su hora.

El ruido al otro lado de la puerta parecía al principio el efecto de un sueño durante la vigilia, un engaño. No hubo pasos que anunciaran la llegada de interrogador o torturador alguno. En vez de eso se escuchó el súbito tintineo del acero contra el acero, salvajes gruñidos de lucha, la batalla por la sangre de vida...

Inmerso en la fragilidad del hambre y el desconsuelo, Malachite no supo localizar los sonidos. La oscuridad y la desesperación anulaban su sentido del tiempo. Pasaba ante sus ojos, como un enorme torrente de confusión: la guardia de Hectorius, emboscada; los alborotos y las muertes que habían asolado el barrio latino; las acusaciones proclamadas a voz en grito en el Consejo de las Familias de la Trinidad; un aserradero devenido en hospital, pasto de las llamas; lobos vengadores que asolaban los túneles, que saltaban, ¿atacaban...? Nada tenía sentido.

Unas sombras danzaban en la delgada línea de luz a los pies de la puerta, acompañados sus movimientos por feroces gritos de rabia, desafío, dolor. El olor de la sangre llegó hasta Malachite, cosquilleó en su nariz, y azuzó a la Bestia que se paseaba intranquila en el fondo de su ser.

Silencio.

Las voces susurradas no pasaron desapercibidas para su oído. El repicar de unas llaves, rápidamente contenido. El metal contra el metal, nada de

combate esta vez, sino el lento chirrido de una llave al girar, un cerrojo liberado con precaución.

Malachite se protegió los ojos de la luz cuando se abrió la puerta. Se acercaron unas siluetas, lo cogieron.

—¿Puedes ponerte de pie?

Se debatió brevemente cuando lo separaron del muchacho, pero descubrió que no tenía fuerzas para ofrecer resistencia.

—Vamos —dijo la misma voz, abrupta pero preocupada, grave, como si estuviera oxidada por el desuso.

Sostuvieron las manos de Malachite juntas, formando un cuenco, vertieron algo en ellas...

Se volcó sobre la sangre de inmediato, evaporando al instante la fragancia cualquier otro sentimiento o preocupación. Con avidez, se lamió las palmas y los dedos, se oyó gruñir igual que un perro ante un montón de carroña. Sangre humana. Otro rápido escanciado le arrancó gemidos de éxtasis. Aun así, sentía la lengua como si fuera un trozo de pergamino reseco. Asió las muñecas de la figura que estaba arrodillada ante él, pero ésta era demasiado fuerte y se resistió. Malachite atisbó cómo cambiaba de manos una vejiga hinchada de sangre.

—Enseguida —le aseguró su benefactor—. No sabemos muy bien qué hemos descargado sobre la ciudadela ni cuánto tiempo nos queda. Vamos.

Unas manos invisibles le ayudaron a ponerse de pie, lo condujeron fuera de la celda. El pasadizo exterior estaba atestado de cadáveres. Unos caballeros no-muertos envolvían a sus hermanos caídos en capas desgarradas y se los llevaban. Una pareja barría polvo en un saco y recogía pertrechos aparentemente abandonados: una túnica de cota de malla, unos guanteletes, una espada. Tendido casi olvidado en medio del bullicio yacía un centinela Gangrel, encendidos de odio los ojos, con tres estacas de madera sobresaliendo de su torso... los atacantes habían necesitado varios intentos antes de dar en el blanco, y habían pagado el precio.

—¿Tienes fuerzas para viajar, Malachite? —preguntó el caballero de la voz ronca que había hablado en la celda.

Malachite veía ahora claramente su rostro: unos ojos tan hundidos en el cráneo que apenas resultaban discernibles; nariz amplia y achatada; piel cenicienta surcada de ampollas abiertas y verdugones; y un mentón tan replegado que resultaba imposible distinguir la barbilla del cuello.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —dijo su rescatador, con urgencia contenida—. ¿Te sientes con fuerzas?

Malachite hizo caso omiso de su voz interior, la Bestia rugiente, que quería más sangre. Siempre más. Asintió. Otro caballero, con el muchacho en brazos, se perdió en las tinieblas del túnel. Malachite se sobrepuso a un acceso de pánico. Conocía a estos Cainitas, confiaba en los caballeros leprosos de san Ladre más incondicionalmente de lo que jamás hubiera confiado en sus aliados Gangrel. El líder de esta fuerza de ataque, el que le había dado sangre, se llamaba Ignacio. Era un leal seguidor de fray Raymond, entregado a su servicio desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué hacemos con éste? —preguntó a Ignacio otro caballero Nosferatu, igual de deforme. Ambos escudaron al Gangrel abatido, consciente pero inmovilizado por la estaca que le atravesaba el corazón. Ignacio frunció el ceño, y miró a Malachite con gesto deferente.

—Dejadlo —dijo Malachite—. Si la ciudad sobrevive, necesitará la fuerza del barón. Quizá comprenda que no somos el enemigo.

—Muy bien —convino Ignacio. Hizo un ademán seco y el otro caballero desapareció por el pasillo—. Pero de momento no es eso lo que piensa. Tenemos que irnos antes de que regresen sus guerreros... o se abran paso los sitiadores de la ciudadela y lleguen hasta aquí.

Las preguntas acuciaban a Malachite, pero Ignacio tenía razón. Aparte de dos caballeros que flanqueaban a los antiguos, los demás Nosferatu se habían marchado ya. Malachite siguió a su rescatador. Enseguida dejaron atrás la celda, al Gangrel paralizado y la Ciudadela de Petrion. Pasaron junto a túneles bloqueados —la evidencia confirmaba las sospechas de Malachite; los Gangrel habían intentado bloquear todas las vías de acceso— pero había más caminos ocultos y conocidos para los Nosferatu de los que cualquier clan podía esperar sellar jamás. Su ruta los condujo más allá del perímetro de la ciudadela, hacia el sur y luego hacia el este. Malachite pensó que podrían reducir su apresurado paso, pero Ignacio no parecía inclinado a hacer tal cosa.

No sabemos muy bien qué hemos descargado sobre la ciudadela ni cuánto tiempo nos queda, había dicho Ignacio. Pero ya habían salido de la ciudadela, y aún así continuaban avanzando deprisa. ¿Qué distancia sería suficiente para una partida de guerra de Nosferatu? La urgente determinación a incrementar la distancia que mostraban los caballeros no indicaba nada bueno.

Malachite no veía otra opción más que seguir su ejemplo. Había pasado escasas semanas lejos del que fuera su hogar durante siglos, y había cambiado todo. Nada seguía como él lo había dejado. El orden que había permanecido establecido durante tanto tiempo —el orden que impusiera Dios a su Creación— había quedado reducido a escombros, cenizas.

Y esa hambre insaciable. La fuerza y la determinación que le quedaban eran necesarias para mantener a raya a la Bestia.

Se entregó a sus rescatadores. Se sentía desnudo, había llegado a acostumbrarse a cargar con el muchacho, pero ahora eran ellos los que se ocupaban de él. Confío en ellos, pensó Malachite. Puede que técnicamente no formaran parte de su familia hermana, estos caballeros leprosos cuya presencia en la ciudad era un secreto conocido por pocos, pero como si lo fueran. Mientras que el barón Thomas y él habían compartido un propósito común —un propósito que había sido retorcido, distorsionado, vuelto en su contra— estos Caballeros de san Ladre compartían con Malachite lazos de sangre. En vida, muchos habían sido soldados de Cristo, templarios u hospitalarios de san Juan; la mayoría, pero no todos, se habían convertido en leprosos. Dios los había elegido para ponerlos a prueba.

Somos el clan de Job, escogidos para sufrir el dolor y la desfiguración para glorificar a Dios por medio de nuestra tenacidad, pensó Malachite, puesto que la agónica ruina del cuerpo y la mente que inducía el Abrazo de su clan conseguía que la lepra pareciera un favor.

Familia o no, compartían la sangre de Malachite. Trastabillaba hacia delante igual que un ciego, guiándose por la presa de Ignacio sobre su manga. Zancada tras zancada tras zancada. La ofrenda de sangre lo sustentaba pero no le había satisfecho; el sabor cobrizo en su boca le tentaba, lo incitaba igual que el pregón del buhonero, del carnicero ambulante, de la ramera.

Tienen más sangre pero no quieren dárme la, pensó Malachite mientras recorría a trompicones el negro túnel, en medio de una oscuridad que no conseguía penetrar. El pánico se sumó a su descarnado deseo: El muchacho... me lo han arrebatado para conseguir su sangre. ¡Me robarán lo que es mío!

Un rugido... tan alto que los demás debían de haberlo oído. Malachite lo combatió, se obligó a estudiar la progresión de sus pisadas sobre la piedra. Confío en ellos. Mi sangre es su sangre. Se lo repitió una y otra vez, por miedo a que lo sojuzgara la voraz y malhumorada criatura de su interior. A cada paso, cobraba fuerza, su hambre asesina parecía más razonable por momentos. Pero Malachite se oponía, tensaba con fuerza la correa.

Llegados a algún punto, se dio cuenta de que habían traspasado las Murallas de Constantino, las que protegían el grueso de la ciudad. Seguro que ya estamos lo bastante lejos de la ciudadela... Pero continuaron adelante a un paso infatigable y furioso. Reparó en las palabras que se pronunciaban en la oscuridad, en tono entrecortado, centinelas y partidas de rastreadores que informaban a Ignacio, dispersándose en todas direcciones, regresando para

actualizar el parte y desaparecer de nuevo. Iban y venían igual que moscas para la nublada consciencia de Malachite. Los movimientos de sus piernas se volvían cada vez más complicados, avanzar era algo superior a sus fuerzas, algo inalcanzable. Cuando al fin las piernas de Malachite le fallaron por completo, Ignacio lo levantó y se lo echó al hombro con cuidado. La huida continuó. Durante innumerables pasos, Malachite sintió cada impacto en su pecho, como si su propio cuerpo fuese una prisión y el reo estuviera aferrado a los barrotes de sus costillas, sacudiéndolas, estremeciéndolas, gritando que lo liberaran, gritando...

¡Sangre!

Se sumió en las tinieblas. Sabía que había quienes se abrazaban al olvido como si de un amante se tratara, que tardaban noches, o años, o siglos en regresar. Oyó ahora el canto de sirena, no solo a causa del hambre sino de puro agotamiento, de una inimaginable fatiga espiritual. Esta retirada no era más que otra estratagema para eludir las garras de la Bestia, aun cuando hubiera tantas cosas de las que ocuparse...

Aunque los detalles se le escapaban en estos momentos...

Estaba el muchacho. Sí, el muchacho... pero estaba entre amigos, entre compañeros consanguíneos. Sin duda ellos cuidarían de él. ¿En verdad había algo tan acuciante? ¿Qué tenía de malo disfrutar de un respiro pacífico, de una serenidad inescrutable?

Y entonces...

Algo...

Algo lo trajo de vuelta.

El olor de la sangre. El regreso no fue suave, nada de flotar gradualmente hasta la superficie. La Bestia rugió, igual que un caballo salvaje que se debatiera con el lazo, le propinó una coz en la cabeza que lo dejó magullado, incapacitado, nauseado. El piafar de la criatura ahogaba el relajante y rítmico son del olvido.

Dios santo, déjame descansar.

¡Sangre!

Ya no estaba encima del hombro de nadie. Sentía la presión del adoquinado. Y un cuerpo... irradiando calor y el abrasador aroma de la sangre, un corazón que latía pom-pom pom-pom al compás de una respiración queda y aterrorizada. La criatura liberada le infundió fuerzas, lo reclamó para sí, reclamó la sangre. La tierna resistencia de la carne cedió ante él. Gritos mortales, gritos de mortalidad, pastosos y húmedos, bañándole el rostro con esplendor arterial. Le ardía la garganta como si hubiera recibido descarnada el

sol del amanecer. Se recreó en la agonía, en la vida que manaba y se derramaba. Su espíritu, congestionado, ahíto —arqueado, desplomado sobre el éxtasis, las uñas que trazaban surcos de carne en su espalda— alcanzó la plenitud, se abatió exhausto por un mero instante antes de resurgir en busca de más.

Pom-pom, pom-pom.

El agua de vida salpicó su rostro, fluyendo libremente, espesándose allí donde no alcanzaba su lengua. Los gritos carecían ya de convicción, eran una persiana batiendo ante la escasa fuerza de la brisa, un reflejo ausente de significado o esperanza. Se mezclaban con sus propios gemidos abotargados. La Bestia pensó en rebelarse, en liberarse de su correa... pero, saciada, no vio necesidad de ello. Se hundió en el lodo carmesí y, al cabo, se perdió en medio de las viscosas burbujas y el silencio.

Malachite quedó tendido, ruborizado, encima de un cadáver desparrado. Al despertar de su indulgente estupor, retrocedió horrorizado por un instante, temiéndose lo peor: que hubiera consumido a su chiquillo. Recordó entonces los latidos de corazón, la fragilidad mortal, y examinó el cadáver con gesto interrogante, más con ansiedad cansina que con trepidación.

—Un cautivo —informó Ignacio, sin que su voz ronca delatara triunfo ni desprecio—. Uno de los cruzados latinos.

Malachite vio entonces que el franco muerto era demasiado corpulento como para confundirlo con el muchacho. Los tersos músculos del cadáver pertenecían a un guerrero entrenado, aunque tenía las manos atadas a la espalda. No se esforzó por escrutar la garganta destrozada, la expresión perpleja de la muerte; una máscara hueca que lo perseguiría durante las horas del día. Abatir a un hombre en combate era una cosa. Al alimentarse... no era necesario, ni deseable. Qué desperdicio, pensó. Un tributo a la Bestia y su gula.

—Tendrías que haberme detenido.

—Necesitabas sustento. Y era uno de los destructores. —El juicio de Ignacio era inequívoco.

Uno de los destructores. Así pues, lo había apresado saqueando o bien profanando.

Las palabras del barón torturaron a Malachite: Colocaron una ramera sobre el altar de Hagia Sofía.

La actitud de Ignacio dejaba claro que un hereje así se merecía lo que había recibido, aunque no era tanto el destino del cruzado como el suyo, el haber sucumbido a la Bestia, lo que preocupaba a Malachite. Se puso de pie,

resistiéndose al vértigo provocado por el hartazgo. El cadáver del suelo era algo desechado, sin vida, un recipiente descartado. No se dignó responder con la mirada a su silenciosa y postrada acusación.

Ignacio emitió un agudo trino entre dientes, semejante al chillido de una rata de las cloacas. Aparecieron dos caballeros leprosos que levantaron en volandas el cuerpo y volvieron a fundirse con la oscuridad. Malachite, regresando igual que un torrente durante el deshielo su fuerza y su consciencia, escrutó su entorno, traspasando con la vista el negro velo. El techo abovedado de una gruta excavada en la roca se erigía sobre ellos; cuatro túneles conducían en otras tantas direcciones. Ignacio y él se encontraban en una basílica subterránea, o algo por el estilo. Fragmentos de la liturgia divina se derramaron incontenibles sobre la mente de Malachite. Torció el gesto, puesto que su piedad y su fidelidad habían rebasado ese punto. Era uno de los Condenados, anatema para toda la obra de Dios. Los lugares sagrados y las liturgias que en ellos se practicaran le estaban prohibidos. ¿Acaso sería menos blasfema su participación en los ritos santificados que el hecho de que los latinos hubieran colocado a una furcia a horcajadas sobre el altar de Hagia Sofía?

Hemos sido elegidos para sufrir, exiliados de lo que más deseamos, pensó. Soy Moisés, vagando sin rumbo por el desierto... Moisés, que llegó a ver la Tierra Prometida sin llegar jamás a poner un pie en ella. Aunque Moisés fue un líder para su pueblo...

Contempló las sombras combadas sobre su cabeza, se imaginó la gloriosa luz del sol entrando por el cristal tintado que habría mantenido ocupadas a generaciones de mortales. Se apoderó de la imagen, la desterró de su pensamiento... pues entrañaba tanto peligro para él como la Bestia.

... Ahora me recreo en la autocompasión.

Encendido de sangre, sintió la calidez como si se tratara de las llamas de la vergüenza, de la condenación.

Se acabó. ¡A partir de este mismo instante!

Mas en el preciso momento en que se disponía a continuar, sintió en el fondo de su mente el gélido toque de una duda perniciosa —colapso del orden debido— que intentaba apoderarse de él, clavar en su alma los garfios envenenados de la lástima y la congoja.

—¡No lo permitiré! —siseó—. No pienso desesperar. —Sus palabras crecieron hasta acabar con el silencio de la cámara abovedada.

En las inmediaciones, Ignacio no dijo nada.

¿Pensará que sigo hablando del cruzado?, se preguntó Malachite, estudiando al teniente de fray Raymond. Es observador. Se apresuró a proseguir la marcha, reacio a permitir que la inercia del fatalismo cristalizara y lo paralizase.

—¿Dónde está el muchacho?

—Están atendiéndolo —respondió Ignacio—, aunque poco puede hacerse aparte de esperar.

Malachite sintió un destello de ira, semejante su calor al de la sangre que impregnaba su carne muerta.

—Que tu gente monte una camilla y lo traiga aquí. Quiero tenerlo cerca. —Si el muchacho había de perecer, al menos quería estar presente; tal vez así encontrara una especie de cura para... cualquiera que fuese su enfermedad.

Ignacio asintió con deferencia. Más grititos y, al momento, llegó el muchacho. Seguía mortalmente quieto.

—Y debemos anunciar mi regreso a fray Raymond —añadió Malachite.

Ignacio hizo una pausa, apartó la mirada.

—El exilio de fray Raymond ha terminado.

Por un momento, Malachite no lo entendió —tan próximas estaban aquellas palabras a sus propios pensamientos— pero luego el peso de la pérdida cayó de pleno sobre él. Se enderezó. La pena y la cólera ardieron en su interior hasta que creyó que iba a hervir su sangre recién encontrada. Control. El mismísimo cosmos podía revelarse contra el orden divino, pero él estaba decidido a ser dueño de sí.

—¿Cómo? —susurró.

—Uno de los aljibes se vino abajo. —Ignacio pareció replegarse hacia el interior de su capucha. Sus palabras semejaban un fino antifaz tras el que ocultaba su pesar—. El otro joven estaba con él.

Malachite se concedió un momento para asimilar la noticia. Se filtró muy despacio por su piel, su sangre y sus huesos, convirtiéndose en parte de él. El otro joven, segundo de los tres hermanos, de los cinco chiquillos de Malachite.

—¿Estás seguro de que... de que ése ha sido su final? —Conocía de antemano la futilidad de la pregunta.

—Seguro. El muchacho estaba enfermo... igual que el que te acompaña. Fray Raymond deseaba consultar una obra retirada de la biblioteca que aún ocupaba su escondrijo en uno de los depósitos de abastecimiento. Se llevó al joven consigo. Siempre estaba a su lado. Mientras se encontraban allí, la cisterna se desplomó.

¿Traición?, se preguntó Malachite.

—Los cruzados ya habían traspasado las murallas y habían entrado en la ciudad, pero el derrumbamiento no tuvo nada que ver —dijo Ignacio, previendo la duda de su compañero—. El depósito no sufrió ningún daño por culpa de la contienda... solo cabe achacar las culpas a la edad de la mampostería.

Sólo... Se le atragantó la palabra. No hubo traición. Solo una broma cruel del destino. Otra manifestación de la entropía que se había adueñado del mundo.

—Rescatamos los cuerpos. Albergábamos la esperanza de poder salvarlos, de que el tiempo y la sangre... pero Raymond estaba... —Ignacio vaciló por un segundo—. Estaba... reducido a polvo.

—¿Y el muchacho?

Ignacio ladeó la cabeza; se dibujó una expresión de perplejidad en su taciturno semblante.

—Encontramos al pequeño, y parecía ileso. Estaba enterrado, pero en un hueco en medio de los escombros, no aplastado. Llevaba varias noches durmiendo... —Hizo una pausa, buscando la descripción apropiada, la explicación que lo eludía—. Dormía igual que los verdaderamente muertos. Pero cuando lo encontramos y lo desenterramos, abrió los ojos. No sé si sabía dónde estaba ni lo que había ocurrido. Pero dijo, «Me gustaría haber visto el monte Erciyes coronado por la luna».

—¿El monte Erciyes?

—Sí. Parecía que delirase.

—Tal vez —musitó Malachite, si bien abundaban las ocasiones en que había descubierto en los últimos años que era su propio entendimiento y no la locura de los muchachos lo que flaqueaba cuando surgía alguna duda—. El monte Erciyes. —Siempre había preferido ocuparse de la propia Constantinopla antes que de los confines más alejados del imperio (mermada en gran medida estas noches su vastedad de antaño) pero le parecía que el monte Erciyes se encontraba a muchas leguas al este en Anatolia, en el corazón de la antigua región de Capadocia—. ¿Y entonces?

—Entonces —continuó Ignacio—, cuando levantamos al pequeño de las ruinas, enmudeció de nuevo y se convirtió en polvo entre mis brazos.

Malachite cerró los ojos. ¡Y yo no me enteré!, pensó. Sangre de mi sangre, y no sentí su marcha. Contempló el cuerpo que yacía tendido a sus pies, inerte. ¿Era ése el destino que le esperaba?

—Cuánta destrucción —exhaló Malachite. Volvía a sentirse caer hacia dentro de sí, empujado por el agotamiento del alma que ni siquiera la sangre podía aliviar. No pienso resignarme, pensó, desafiante. Se acuclilló junto al joven que, por el momento, seguía con él. El sire acarició con los dedos las pústulas y las picaduras que adornaban el cuero cabelludo del chiquillo, el delicado cuello, los frágiles brazos, se dejó reconfortar por la proximidad del muchacho, por el hecho de que no se hubiera reducido a polvo. No todo está destruido. No me resignaré—. Así pues, ¿qué hay de vuestra orden? —inquirió, buscando cualquier distracción, un punto de anclaje que le impidiera derivar hacia la desesperación.

—Dirijo los Caballeros de san Ladre. Fray Raymond nos envió a la ciudad cuando se inició el ataque, con órdenes de proporcionar consuelo y protección donde nos fuera posible. No albergábamos ninguna esperanza de repeler el asalto. Ya era demasiado tarde. Hemos procurado alejar a los cruzados de los inocentes cuando nos ha sido posible; a veces, reunimos a los mortales para apartarlos del camino del peligro. Peleamos con los latinos cuando no nos queda más remedio, pero no a menudo. Procuero actuar como creo que lo haría fray Raymond.

—¿Habría arremetido fray Raymond contra el barón Thomas?

Ignacio pareció contrariarse brevemente al escuchar aquello, antes de recuperar su gesto estoico.

—Mientras la ciudad sufría el asalto de los latinos, los Gangrel se abalanzaban sobre nuestras patrullas.

—El barón me toma por un traidor.

—Nos toma a todos por traidores.

—Había salido de la ciudad. Regresé cuando ya estaba en llamas — insistió Malachite—. ¿No te parece sospechoso?

Más vale saberlo cuanto antes, pensó. Si no puedo confiar en la sangre...

—Fray Raymond nunca ha dudado de ti —respondió Ignacio—. Como tampoco yo dudo de ti.

—El patriarca me ordenó que abandonara la ciudad.

—Confío en tu palabra.

Malachite agradeció el alivio. Ya que Raymond había sido destruido, al menos podía alegrarse de haber sido sucedido por un camarada incondicional. Raymond no prodigaba el Abrazo sin antes meditarlo con calma.

—Me has rescatado del barón. ¿Cómo sabíais que me encontraba en la Ciudadela de Petrion?

—Uno de nuestros exploradores te siguió desde el incendio que se produjo extramuros.

El hospital. No sabía que nos estaban vigilando.

—Por desgracia, no te reconoció. El principal problema que tuvimos con los Gangrel era que no esperábamos que nos atacaran. Ahora tendemos a ser sumamente cautos a la hora de acercarnos directamente a cualquier Cainita. El explorador no escuchó tu nombre y no supo quién eras hasta que os extraviasteis en los túneles. Os siguió a los Gangrel y a ti, e hizo correr la voz en cuanto se hubo cerciorado de que te retenían a la fuerza. Acudimos tan rápido como nos fue posible.

—Y el ataque a la ciudadela: una distracción.

Ignacio vaciló.

—Peligrosa, y no de mi elección. Condujimos a una patrulla de cruzados a la ciudadela y nos cercioramos de que entraran en conflicto con los Gangrel. —La admisión lo incomodaba.

—Y se os fue de las manos —aventuró Malachite.

Ignacio asintió con la cabeza.

—Los latinos disponían de refuerzos en las cercanías, como descubriríamos más tarde. Había Cainitas entre ellos.

Malachite rememoró su encontronazo con los caballeros vampíricos fuera del hospital en llamas.

—No pretendía hostigar de ese modo a los Gangrel, pese a la mala voluntad que nos habían mostrado. Durante nuestra excursión hasta aquí, he recibido informes que ratifican que la batalla aún ruge en la ciudadela. Son cada vez más los cruzados que se unen al tumulto. Hay un duque entre ellos, de la sangre, Guy de Provenza. Ahora dirige el asalto.

—Me suena su nombre.

—Tal vez sea el latino más temible. No hace distinción alguna entre sus víctimas: hombres, mujeres, mortales, Cainitas... incluso los del barrio latino, a los que otros cruzados consideran aliados en potencia. Te aseguro que se están firmando pactos impíos.

—¿Qué ocurre con el resto de la ciudad? —quiso saber Malachite. Había visto demasiado humo elevándose sobre las almenas. Su ignorancia de los acontecimientos en tierra pesaba sobre él igual que una rueda de molino colgada de su cuello—. ¿Qué resistencia se ofrece a los invasores?

—No hay resistencia. —Ignacio meneó la cabeza, desolado—. Es un caos. De los regentes mortales, Murzuphlus, que adoptó el nombre de Alejo V como emperador, ha huido de la ciudad. De los co-emperadores que depuso,

padre e hijo, el débil y ciego Isaac falleció por causas naturales tras el golpe. El hijo, Alejo IV, fue menos considerado. Sobrevivió a varios intentos de envenenamiento, por lo que Murzuphlus ordenó que lo estrangularan. Los latinos controlan la ciudad, aunque todavía tienen que imponer orden. De los cruzados, Balduino y Bonifacio se conforman con que sus hombres se dediquen al pillaje, supuestamente para acumular riquezas que se repartirán a partes iguales entre los fieles. El venerable dux de Venecia, Enrico Dandolo, es el que manipula sutilmente a los demás, o eso creo. Disfruta viendo cómo se desangra la ciudad.

La catástrofe era tal y como se había imaginado Malachite. Tal vez peor. Nada de tregua, nada de conversaciones entre los líderes; tan solo destrucción y pillaje. Constantinopla era la ciudad más próspera sobre la faz de la Tierra. Los bárbaros del oeste, dejados a sus anchas, arrancarían hasta la última tesela de los mosaicos, rasparían el pan de oro de las cúpulas y transportarían los posibles de los emperadores a sus patéticos y mugrientos ducados y baronías.

—Hay Cainitas entre sus filas, como ya has dicho —sugirió Malachite—. He visto a algunos. ¿No puede Cayo llegar a algún tipo de acuerdo con ellos, conseguir que utilicen su influencia para poner fin al expolio? —¿Y qué hay de Michael?, quiso gritar. ¡Él podría detener todo esto! ¡Nadie se opondría a él!

—Los mortales son como una plaga de langostas. ¿Quién podría detenerlos ahora que se han abatido sobre nosotros? En cuanto a Cayo, hace varias noches que nadie lo ve. Se rumorea que ha sucumbido. De las familias leales a él, solo los Brujah Lexor podrían hacer algo, pero también Natalya ha desaparecido... habrá sido destruida o habrá abandonado la ciudad.

Malachite zangoloteó la cabeza violentamente, como si hubiera sufrido un espasmo o una convulsión.

—¡Pues las demás familias!

—Gesú ardió con la biblioteca...

—¡No! —El grito se desprendió solo de los agrietados labios de Malachite. ¡Gesú no! El místico destruido, chiquillo del Dragón, cómplice de Michael en la creación del Sueño. Gesú, el mejor de todos, podría perpetuar la llama de la iluminación si le ocurriera algo a Michael... ¡No! Se obligó a contenerse. No puede ser. Michael se ocupará de arreglarlo todo.

—En cuanto al barón Thomas —Ignacio continuó con su macabra letanía—, ya has visto que no está dispuesto a parlamentar con los latinos... como tampoco piensa razonar con nosotros. También he oído que Magnus fue conducido encadenado ante su compañero de clan, el obispo Alfonso.

Malachite estaba demasiado alicaído como para extraer algo más que una leve satisfacción ante aquella noticia. Alfonso había gobernado el barrio latino como si de su propio feudo se tratara desde que se celebrase el Octavo Concilio de las Familias de la Trinidad. Era una bestia y un tirano. Magnus, pese a compartir la sangre de los Lasombra, era partidario de Michael, igual que Malachite. No me sorprende que los Lasombra se devoren entre sí. Magnus me impuso el Abrazo para que pudiera sufrir su ira durante toda la eternidad. Aquel acto había despertado la ira de Michael, que tomó a Malachite bajo su protección. Aun así, Magnus había venerado a Michael; de hecho, había llegado a allanar el camino para la creación de una floreciente secta que ensalzaba al patriarca. ¿Acaso consiguió ese culto algo más que acrecentar la locura de Michael? Tanto mejor si Magnus ha sido torturado y destruido. Un millar de amaneceres no bastarían para hacerle pagar por sus pecados. Malachite reconocía la indignidad de sus últimos pensamientos, pero no podía hacer nada por evitarlos.

—Así que no queda nadie —dijo, descontando los nombres de las principales familias en su cabeza—. Han sido destruidos, o se han marchado, o han enloquecido, o no tienen peso en cuestiones de estado.

Ignacio lo observó atentamente, omitió lo que habría vuelto a empujar a Malachite al fondo de sí mismo en busca de paz, de una salida, de un final a su agotamiento: Nadie menos tú, Malachite.

Malachite se encogió bajo el peso del elocuente silencio. ¿Sería éste el motivo por el que me pidió Michael que me alejara? ¿Para que pudiera regresar y salvar la ciudad? ¿Quién más queda? Quedaba uno, comprendió. Tenía que quedar uno.

—En su locura —dijo Malachite—, el barón mencionó la destrucción de Michael.

Silencio. Ignacio eludía su mirada.

—Se rumorea —comenzó al fin el caballero leproso.

—¡Rumores! ¡Habladurías! ¡Mentiras! —Las palabras de Malachite resonaron en la oscuridad abovedada, de modo que el mundo se llenó de miles de mentiras.

Un movimiento a sus pies... el muchacho se agitó, abrió los ojos. La rabia de Malachite se congeló de repente en su pecho. El joven había sobrevivido, aunque Malachite únicamente albergaba temor. Cogió al pequeño. Sorprendido por su propia ferocidad, Malachite tranquilizó al muchacho con ansiosas palabras susurradas, colocó un dedo sobre los labios de su chiquillo, conminándolo a guardar silencio.

—Calla, chiquillo. Silencio. Reserva tus fuerzas —medio susurró, medio siseó, contemplando aquellos ojos que parecían decir: ¿Vas a llamarme mentiroso?

¡No me digas que estoy equivocado en esto!, exclamó Malachite en silencio. ¡No me digas que ha sido destruido! ¡No podría soportarlo!

—¡Lo dices pero no lo sabes con seguridad! —Malachite volcó sus acusaciones sobre Ignacio.

—No lo he visto —repuso Ignacio, imperturbable—. Ni sé de nadie que lo haya visto.

—En tal caso, no pienso escuchar más.

—Como deseas.

Malachite sintió una punzada de culpabilidad. ¿Acaso no había comenzado Michael su descenso a la locura al creer sólo lo que quería creer? Pero el Nosferatu había tomado una determinación.

—Envía mensajeros —instruyó a Ignacio—. Comunica a todos tus hermanos que los esperamos aquí. Cuando el sol se ponga mañana, nos dirigiremos al refugio del patriarca en Hagia Sofía. Solicitaremos su consejo y reclamaremos el Sueño.

Encontraré a Michael, pensó Malachite durante las horas porosas que, en las alturas, constituían la provincia del día. Él lo arreglará todo. Conforme ascendía el sol, el recuerdo de la primera noche, dejada atrás hacia tiempo junto a la pubertad de su no-vida, afloró a la superficie... aquella primera noche en presencia de una gloria inefable.

Recordó haberse arrodillado a los pies del estrado, contemplando un elaborado sepulcro de piedra desde abajo. Una luz brillante emanaba de lo alto del estrado y traspasaba las soberbias ventanas de cristales tintados, perfilando la inmensa bóveda de las alturas. No era ésta la espléndida iglesia de sus días como mortal, pero podría haberlo sido... si Magnus, aquella criatura del Averno, no se lo hubiera llevado a un mundo de sangre, oscuridad y tormento.

Se recordó a sí mismo como Maleki, obispo caído en desgracia, castigado por sus transgresiones, rechazado por Dios, señalado con una repugnancia inimaginable, despreciado por todas las criaturas, vivas y muertas por igual.

La luz que coronaba el estrado aumentó de intensidad hasta que hubo de apartar la mirada. Aun así se protegió el rostro contra el fulgor, como si ardieran un millar de soles tras las ventanas. Sintió, más que vio, la presencia del Cainita Michael. La piel de Maleki se tostaba a la luz, se tornaba caliente al tacto, mas no ardía. La calidez era dolorosa por cuanto purgaba hasta la

última traza de pretensión y vanidad, del mismo modo que la tormenta de arena del desierto descarna los huesos... puesto que incluso como Nosferatu leproso conservaba el afectado orgullo de sus días mortales; ahí estribaban el horror y la humillación. Pero aquí su indignidad era aceptada, no como una maldición sino como una bendición: Sólo de ese modo, como un cascarón vacío, podría recibir el regalo de la gracia divina.

El mismísimo aire que lo rodeaba se tornó cálido y crepitó mientras los pies del patriarca lo acercaban paso a paso, descendiendo a fin de que las criaturas inferiores pudieran compartir su santidad. Maleki se estremeció. Ni siquiera en la divina liturgia de Hagia Sofía se había sentido tan conmovido por la gloria sobrenatural.

Y entonces lo tocó.

Unas manos de cristal fundido le ayudaron a ponerse de pie. Maleki soltó un grito, pero cuando lo envolvió la piedad, se olvidó del miedo, del dolor y del asco que se inspiraba a sí mismo. ¡Comprendió que su sufrimiento era una oportunidad de glorificar a Dios! ¡El sabio Michael se lo explicó sin necesidad de pronunciar una sola palabra! Las palabras ya estaban en el interior de Maleki.

Benditos sean los pobres de espíritu, puesto que suyo es el reino de los Cielos.

Benditos sean los afligidos, puesto que serán consolados.

Benditos sean los débiles, puesto que ellos heredarán la tierra.

Benditos sean los que tengan hambre y sed de gloria, puesto que serán saciados.

Benditos sean los misericordiosos, puesto que recibirán piedad.

Benditos sean los puros de corazón, puesto que ellos verán a Dios.

Benditos sean los pacificadores, puesto que ellos serán llamados hijos de Dios.

Benditos sean aquellos a los que se persiga por su buena voluntad, puesto que suyo es el reino de los Cielos.

Bendito seas cuando la gente te vilipendie y te persiga y profiera contra ti cualquier falsedad en mi nombre. Regocíjate y alégrate, puesto que te espera una gran recompensa en el Cielo, puesto que del mismo modo persiguieron a los profetas que te precedieron.

En ese instante, sostenido por la gloria del patriarca, la malignidad de Magnus se hizo evidente para Maleki. Abrazar por odio, infligir una eternidad de sufrimiento por cruel diversión... ese acto no tenía justificación. Una indignación justificada fluyó desde el patriarca hasta Maleki, pero también la

certeza de que la ira podía templarse con piedad. Abrasado por la luz de Michael, el deforme Cainita se irguió y conoció la seguridad de la aceptación. Por primera vez desde su muerte como mortal, no tenía motivos para temer a Magnus, ni volvería a tenerlos.

La salvación estaba a su alcance. La redención.

Un apetito inexorable se apoderó de Maleki. Michael sintió su necesidad y la alimentó. Unas manos de pura luz tocaron el rostro de Maleki. Cuando se extendieron los dedos, brotaron de los estigmas de fuego manantiales de sangre roja. Maleki bebió de la luz, y con ella, del Sueño. La visión de Michael ocupó su ser, dio sentido a su noche eterna, y Maleki fue bautizado Malachite con la sangre del patriarca.

Lo encontraré, pensó Malachite. Él lo arreglará todo.

Segunda parte

Constantinopla

Capítulo siete

La figura encorvada ascendía frenética la Segunda Colina de Constantinopla hacia la gigantesca estructura del hipódromo que se divisaba a lo lejos. Se esforzaba por cargar con un abultado saco que llevaba al hombro. Lujosas villas, vacías y silenciosas esta noche, flanqueaban la amplia avenida. Procedente de la oscuridad, se aproximaba el golpeteo de los cascos de unos caballos. Se escuchó un grito. Redobló sus denuestos.

Pero los corceles montados por caballeros ceñidos por cotas de malla eran fuertes y veloces. No tardaron en alcanzar al hombre, rodearlo y poner punto y final a su fútil huida.

El caballero más adelantado contuvo a su cabalgadura a escasos centímetros de la encogida figura embozada y habló en un francés con acento germánico:

—Escapar de los soldados de la cruz te delata como pagano.

—Ten piedad, caballero del templo —dijo el hombre a pie, puesto que el caballero que se encumbraba sobre él exhibía la cruz de los templarios.

—Un vulgar ladrón —comentó otro jinete.

—Entrega el saco, viejo —apremió otro.

Pero el hombre no se desprendió de su carga. Describió un círculo sincopado, con la capucha de su túnica saltando a uno y otro lado, igual que un pájaro nervioso que alternara la mirada entre un depredador y el siguiente, mas su rostro permaneció oculto en la sombra.

El primer templario se acercó aún más.

—¿Es que estás sordo, viejo? —Propinó un coscorrón al anciano con un guantelete de acero, antes de intentar alcanzar el saco, mientras los demás caballeros se reían—. ¡Jesús bendito! —exclamó el caballero cuando el peso del saco estuvo a punto de arrancarlo de su silla. La bolsa escapó a su presa, cayó al suelo y se abrió, desperdigando rocas sobre el adoquinado.

Algunos de los caballeros se rieron de su compatriota. Otros mascullaron maldiciones. Unos pocos se preguntaron cómo podía haber cargado un anciano jorobado con un peso exagerado para un caballero con armadura... aunque, sin duda, resultaba complicado encontrar un punto de apoyo sentado a horcajadas.

—He oído algo acerca de un «vulgar ladrón» —dijo el anciano. Apartó su capucha.

Los caballeros exhalaban un torrente de maldiciones musitadas, reclinándose en sus sillas y alejando a sus monturas de las marcas de viruela, los verdugones y las pústulas supurantes de su presa. El templario contempló su guantelete, horrorizado, como si el metal fuera a pudrirse y desmenuzarse ante sus ojos.

—Vulgares ladrones —dijo el anciano, asintiendo con la cabeza—. Yo no me habría atrevido a calificaros así tan abiertamente, pero no tengo nada que objetar.

Por un instante, lo observaron con asombro y perplejidad... un instante después, empuñaba la espada ancha y corta de un soldado de infantería, extraída de los pliegues de su túnica, con la que atacó a la montura del templario, a la que amputó una de sus patas delanteras de un solo y feroz golpe. El corcel profirió un alarido y se desplomó, arrojando a su jinete a los adoquines.

Al mismo tiempo, aparecieron unas siluetas negras como aves de presa, surgiendo de las villas circundantes para derribar a los caballeros y sus caballos. Brotaron de las sombras unos guerreros con armadura que, espada en ristre, dieron rápida cuenta de los jinetes desmontados. La lucha fue feroz, encarnizada, y breve.

Malachite se apartó del cadáver de uno de los caballeros latinos y limpió su filo con la capa del difunto.

—Son todos mortales —informó Ignacio, antes de corregirse—: Eran.

Los caballeros leprosos ya se habían llevado los caballos supervivientes, tras silenciar a los heridos. También los cuerpos de los caballeros estaban siendo arrastrados donde nadie pudiera verlos. Había sangre que reclamar. Se esparció arena sobre los adoquines para oscurecer la que se había derramado.

—La muerte de estos cruzados descargaría una venganza cruel sobre aquellos romaiói mortales que tuvieran la desgracia de encontrarse cerca cuando encontraran los cadáveres —dijo Ignacio—. Si los caballeros sencillamente desaparecen...

Malachite asintió mientras se giraba hacia el único templario superviviente, que había sido maniatado, amordazado y arrastrado hacia las sombras. Tenía los ojos desorbitados por la sorpresa y la incomprensión. La carretera que había dejado atrás seguía igual que siempre: en silencio, imperturbable, sin nada que delatara que había sido el escenario de un violento derramamiento de sangre hacía apenas unos instantes.

Malachite, a salvo en las sombras, hizo un gesto para indicar que liberaran al templario de su mordaza. El Nosferatu que cargaba con él, Zoticus, que representara antes el papel del anciano, obedeció.

—Nuestros exploradores nos han contado que los latinos estaban saqueando la Iglesia del arcángel Michael —dijo Malachite—. Me extraña que tú, un caballero del templo, te contaras entre ellos. Que los lideraras, en realidad. Dime, ¿cómo esperáis recuperar Tierra Santa despojando de su lustre a las cúpulas de nuestras basílicas?

—Tal vez —intervino Zoticus—, esperan que nuestras reliquias sagradas los transporten a Jerusalén. ¿Es así? ¿O es que los pobres caballeros del templo de Salomón se han cansado de su voto de pobreza y desean cambiar de nombre?

El templario contempló atónito a las criaturas que se cernían sobre él.

—¡Habla, hombre! —ladró Malachite.

—Te... teníamos la intención de preservar las reliquias —consiguió balbucir el templario.

—Un intento admirable —dijo Zoticus—. Vuestra misión debe de ser de lo más urgente. Sin duda pensasteis que el viejo había saqueado el relicario antes que vosotros, y por eso le perseguisteis por las calles.

—¡Habíamos terminado con la iglesia!

Malachite agarró al hombre por la garganta.

—Conque terminado, ¿verdad?

Ignacio se acercó.

—Uno de ellos guiaba varias mulas de carga. Transportaba multitud de retablos y crucifijos, hábitos sacerdotales, iconos, monedas, fragmentos de vidrieras. Habían arrancado incluso pedazos de mármol verde de las paredes.

—Se diría que hay que preservar toda la riqueza y la gloria de la iglesia —observó Zoticus.

Malachite se contuvo para no estrujar el cuello del hombre hasta obstruir el paso del aire y de las mentiras.

—Escondedlo todo... donde estos bandoleros religiosos nunca lo encuentren.

—Así se hará. —Ignacio se perdió en la noche.

—No sois hombres sino demonios —musitó el templario.

Con una mano, Malachite lo levantó por la garganta.

—Demonios, ¿verdad? ¿Criaturas del averno? ¿Aunque seáis vosotros y vuestra especie los que profanéis los lugares sagrados de nuestra ciudad? Registráis nuestros lugares de culto como si de la trastienda de un mercader se

trataran. ¿A cuántos monjes y sacerdotes habéis ejecutado por oponerse a vuestro sacrilegio? ¿A cuántos ancianos habéis abatido y robado? ¡Responde!

Los pies del templario oscilaban ahora a varios centímetros del suelo. Boqueó y silbó entre dientes cuando Malachite, enfurecido, lo zarandeó como si no fuera más que un pillastre revoltoso. De la capa del mortal se desprendió algo que fue a repicar contra el empedrado.

Malachite cejó en su estrangulamiento y observó el objeto, cuyo tamaño no era mayor que el de sus manos, una junto a la otra. Resaltaba su color blanco en medio de la penumbra nocturna... una baldosa de marfil. Arrojó al caballero al suelo de repente, buscó la baldosa y la recogió entre sus dedos. La sostuvo con delicadeza, con mucha más delicadeza de la que hubiera sostenido nunca a su propio chiquillo enfermo. A los ojos de Malachite, un nimbo radiante rodeaba las figuras pintadas del icono: el arcángel Michael, con las alas desplegadas; en una mano, una espada de fuego que apuntaba al cielo; la otra mano estaba apoyada en el hombro del Cristo ascendente. Una esquina de la baldosa se veía descascarillada. Una raja recorría su superficie, amenazando con separar a los dos seres divinos.

Malachite consiguió a duras penas entregar el icono a Zoticus, para asegurarse de que estuviera a salvo en sus manos... antes de abalanzarse sobre el templario con la velocidad y la furia de un leopardo.

El mortal estaba demasiado aterrorizado para gritar. Su breve y lastimero quejido pronto dio paso a un gemido mezcla de temor y éxtasis.

—¿Y tú haces la obra de Dios? —rugió Malachite entre la carne y la sangre del cuello del hombre—. ¡Yo podría enseñarte a Dios! ¡Podría mostrarte un dolor y un placer tan inmensos que me amarías sobre todas las cosas, que me adorarías! ¡Yo sería tu Dios! —Cerró con fuerza las fauces, sintiendo cómo la Bestia se revolvía admirada en su estómago.

Apartó el rostro del amasijo, sosteniendo la cara del templario para que no pudiera apartar la mirada.

—¿Tú eres un santo, y yo una criatura del diablo? Pues has de saber una cosa: tu Hugh de Clairvaux, líder de los templarios en esta zona, es uno de nosotros. Igual que Guy de Provenza. ¡Son como yo! —Un trozo de tendón se desprendió de su boca embadurnada de sangre—. ¿Son santos o demonios? ¿Siervos de la oscuridad o soldados de Dios? ¿Y qué me dices de ti?

Se inclinó aún más sobre el caballero, que temblaba ahora incontrolablemente, preso de una conmoción física y espiritual.

—¡Hay más entre vosotros, necio hipócrita y santurrón! ¿Cuál de ellos? ¿Balduino, Bonifacio, Lanzo von Sachsen, el dux chocho? Dejaré que te lo

preguntas... que te preguntes quién y qué dicta las órdenes que rigen tu vida.

La delirante y balbuciente criatura que era el templario se debatió cuando volvió a inclinarse Malachite, para lamer bruscamente el grueso de la herida del cuello y apartar de un empujón al mortal, lanzándolo al polvo.

—Vuelve a amordazarlo —dijo Malachite, recogiendo el icono de manos de Zoticus—. Llévatelo como rehén de sangre. Habrá más de los nuestros que tengan que alimentarse.

El hombre puso los ojos en blanco y los cerró. Seguía sangrando por la garganta, pero ya no era la mortal herida abierta que fuera momentos antes. No tenía el conocimiento necesario para protestar o debatirse mientras Zoticus lo amordazaba de nuevo y se lo llevaba.

Malachite apenas reparó en el desmayo del templario, concentrado como estaba en el icono que había recuperado de manos de su compañero Nosferatu. Se acercó la baldosa a la cara, con las pupilas dilatadas, sedientas de la luz ausente, y se embebió de hasta el último detalle de la imagen.

Envidiaba a los artistas que poseían la capacidad de convertir en reales y tangibles a los personajes divinos más sagrados. Aun siendo mortal, cuando apoyaba a los iconoclastas en su campaña de destrucción de imágenes religiosas y de la veneración que se les profesaba —siguiendo las instrucciones de Magnus— lo había hecho muy a su pesar. Durante algún tiempo tras su tortuoso Abrazo, pensó que tal vez ése había sido su pecado innombrable: Haber pecado de insinceridad, haberse entregado intelectual pero desapasionadamente a su exégesis ante los magistrados eclesiásticos. Magnus había obrado correctamente al condenarlo. La culpa era suya, y se merecía la condenación eterna. Con el tiempo, Michael le había ayudado a ver lo estúpido que había sido al pensar así y la verdad de la brutalidad gratuita que había demostrado Magnus.

Era comprensible que los ojos de Malachite se vieran atraídos primero por la representación de Michael el arcángel, comandante de todos los guerreros del Cielo. En Constantinopla había Cainitas que adoraban a Michael el patriarca como al arcángel. Magnus destacaba entre ellos... había destacado, aunque probablemente ya no fuera así, si era cierto lo que decía Ignacio acerca de su arresto a manos del obispo Alfonso. ¡Obispo!, bufó Malachite. Ahí tenía otro sacrilegio: obispados de la herejía Cainita, que encumbraba a los vampiros como dioses por encima de los hombres mortales. ¿Acaso está relacionado el clan Lasombra con todas las horribles blasfemias que asolan la faz de la Tierra?, se preguntó. Obscenidades dentro de obscenidades dentro de obscenidades.

El hecho en sí de que no pudiera contemplar una imagen del arcángel sin acordarse de las viles conspiraciones de los magistrados mortificaba a Malachite... y el hecho de que pudiera comprender el respaldo de la secta de Magnus lo mortificaba aún más. Puede que la veneración del patriarca por parte de Magnus hubiera sido sincera. En presencia de Michael, Malachite se olvidaba de él mismo, embargado por la esencia gloriosa. Pero sigue siendo un Cainita, igual que nosotros. Corrigió su error de inmediato. Igual que nosotros no... igual que nosotros si fuéramos perfectos, pero aún así Cainita: repudiado, condenado. Y, cada año más, víctima de la locura. El culto de sicofantes no había contribuido a aliviar esta situación. Malachite lamentaba que Michael no hubiera renunciado nunca a esa veneración... y sentía una profunda culpa al lamentar cualquier acto de una criatura tan perfecta, arquitecto del Sueño.

Todo esto pasaba por la cabeza de Malachite mientras sostenía el icono delante de su rostro. Con un largo dedo, trazó la línea de la espada de fuego orientada hacia el Cielo. A continuación, siguió el otro brazo extendido del arcángel hasta donde descansaba su mano sobre el hombro del Cristo ascendente, dándole la bienvenida al Reino de los Cielos.

Así en la Tierra como en el Cielo, recitó Malachite en silencio.

La grieta que se había extendido por la baldosa al caer al suelo surcaba limpiamente el antebrazo del arcángel y pasaba por encima de la cabeza del Cristo, atravesando el nimbo que Lo rodeaba. Como si el latrocinio de este bandido templario pudiera erradicar al Hijo de Dios en el Cielo, musitó. Subió al Cielo y se sentó a la diestra del...

Malachite se interrumpió en mitad de la escritura. Acercó el icono a su cara, hasta que su afilada nariz tocó la baldosa, con el rostro retorcido por la consternación, ajeno a las escamas de piel que se descascarillaban y desprendían.

—La cara... —murmuró—. ¡La cara...!

—¿Malachite?

Malachite se giró al sentir una mano en el hombro y escuchar la voz interrogante junto al oído.

Ignacio apartó la mano, mostrándole la palma para indicarle que no albergaba malas intenciones.

—Perdona. Te he llamado y no respondías.

La visión de su amigo constituía una nota discordante. Malachite se quedó mirándolo fijamente, sin comprender, por un momento, antes de volver a fijarse en el icono... y en el rostro de Cristo. Conozco esa cara, pensó. Esa

cara de perfección humana. La conozco. ¡La conozco desde hace casi cien años! Se rió ante la increíble coincidencia que suponía que volviera a ver ese rostro. Pero la risa se atascó en su garganta, donde murió.

¿Existía de verdad la casualidad en este orden que era la Creación, que había dispuesto Dios?

—¿Malachite? —repitió Ignacio. Eran patentes el desconcierto y la preocupación en su voz pastosa—. Los exploradores informan de que la Ciudadela de Petrion ha caído en manos de los latinos. Los Gangrel se han dispersado. Recorren la ciudad en manadas... en nuestra busca.

Malachite oyó las palabras, reconoció el ominoso presagio que contenían, pero no conseguía apartar la mirada de la semblanza divina que se había impreso sobre el icono.

¡Conozco el rostro del Dragón!

—Debemos regresar a los túneles. Será más seguro —decía Ignacio, en algún lugar en la distancia.

Malachite seguía contemplando el icono. Al fijarse en la cara, sintió cómo comenzaba a brillar una luz en el oscuro lugar donde pensaba que solo residía la Bestia aprisionada.

¿Cainita creado a imagen de Dios, o imagen de Dios con forma de Cainita?

—Tenemos que irnos. Enseguida.

¿Es esto lo que sentían los monjes de Gesu tras ayunar noche tras noche? ¿O los padres del desierto en sus humildes cuevas, lejos de cualquier distracción mundanal? La iluminación se desvaneció lentamente en las tinieblas.

Pero Malachite no conseguía renunciar al aquí y ahora, no podía ignorar por completo el soplo de brisa que todavía portaba trazas de sangre mortal, no lograba desentenderse de la mano que volvía a apoyarse en su hombro.

Con un rápido movimiento, para que no se le partiera el corazón, apartó los ojos del icono y lo envolvió entre los pliegues de su capa, donde nadie pudiera verlo.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó. La aflicción del pequeño era igual que un puñado de arena derramada sobre una herida abierta. Gesu se retiró del mundo, y ardió junto a la biblioteca, se recordó Malachite. El Sueño no existía en un vacío, sino en relación con los hombres, en la relación entre sire y chiquillo.

—Está con Basilio —dijo Ignacio—. A salvo... más de lo que podemos decir de nosotros. —Sus ojos hundidos escrutaron las calles oscuras y las

villas de las proximidades.

—¿Los demás?

—Bajo tierra, donde deberíamos estar nosotros. La retaguardia sigue con nosotros.

Malachite examinó las tinieblas a su vez, esforzándose por encontrar el rastro de algún caballero leproso. No vio nada.

—Los Gangrel lo mismo podrían perseguir el viento.

Cuando se preparaban para adentrarse en el mundo subterráneo a través del sistema de cloacas, Malachite sintió el irrefrenable deseo de volver a contemplar la ciudad. Ahora que se habían ocupado de los caballeros salteadores y que el icono estaba a salvo, volvía a reparar en la pátina de muerte que empañaba Constantinopla, tan espesa como el humo de los edificios en llamas. Las villas y las mansiones estaban desalojadas, sus adinerados propietarios habían huido con todo lo que podían transportar. Las farolas permanecían apagadas, había mucho que las patrullas se habían sumado a la lucha o habían escapado de los invasores.

Es un lugar muerto, pensó. Todo por lo que hemos trabajado...

—Por aquí —dijo Ignacio, en voz baja, consciente de la atracción que ejercía todavía la ciudad sobre Malachite.

—El destino no es veleidoso. Es cruel, para dar la espalda a tamaña perfección.

—Margaritas a los cerdos —convino Ignacio—. Por aquí.

Malachite no se opuso. Dejaron en la superficie el firmamento nocturno y la densa humareda, y se sumergieron en la oscuridad de los túneles.

Capítulo ocho

Los dedos posados en el rostro del muchacho no provocaron ninguna respuesta, no hubo reconocimiento, no se produjo defensa ni afecto alguno. Malachite lo observó impasible, preguntándose con ironía qué otra cosa se había esperado.

—No es algo inusitado que los de nuestra especie se entreguen al sueño profundo —dijo Basilio, que había velado por el muchacho desde que la asamblea de Nosferatu comenzara su viaje esa noche.

—¿Acaso es normal que el sueño profundo reclame a uno de nuestra especie en mitad de una frase... sin que haya sufrido herida alguna, sin que su sangre merme con el paso del tiempo? —espetó Malachite, súbitamente malhumorado.

Basilio dio un respingo ante la amonestación. Malachite lo vio y lamentó al instante haber pronunciado aquellas palabras. La mano que había acercado al rostro del muchacho pasó a apoyarse en el hombro de Basilio.

—Perdóname, Basilio. Esta noche has cuidado de él con la misma ternura que lo habría hecho yo. Te mereces mi gratitud, no mi contrariedad.

—No hay nada que perdonar, Malachite. Estamos para servir.

Para paliar el sufrimiento de los demás, pensó Malachite, arrogándonoslo. Dio una palmada en la espalda a Basilio.

—No te separes de mí.

Uno de mis chiquillos ha abandonado este mundo. No permitiré que éste se aleje de mí sin que yo lo sepa. Encontraba reconfortante en cierto modo saber que sus dos vástagos más antiguos habían acampado cerca de Adrianopla. Malachite los había conducido allí, junto a numerosos ghouls y partidarios mortales, después de que Michael le hubiera ordenado salir de Constantinopla. Las noches de huida eran como un sueño febril: corriendo la voz; reuniendo algunos objetos de primera necesidad, incluidos tantos tomos de la biblioteca como les fue posible conseguir; traspasando a hurtadillas las murallas de la ciudad; evitando las carreteras transitadas y siguiendo incipientes senderos hacia el noroeste; asentándose por fin en un valle resguardado a varias millas de distancia de la ciudad de Adrianopla. Durante todo aquel tiempo, Malachite se había sentido en trance, abatido por haber

sido expulsado del Edén por su patriarca, pero incapaz de hacer otra cosa que no fuera obedecer. Más tarde sitiarian Constantinopla los cruzados latinos, derribarían las murallas, y la oleada de desplazados —mortales y Cainitas por igual— comenzaría a inundar el campamento. Malachite se había sentido impulsado a regresar e incapaz de poner en peligro a toda su familia. Se había llevado consigo al muchacho que le había acompañado al exilio, y el pequeño había caído enfermo.

De los tres jóvenes, Malachite sabía ya que al menos dos estaban afligidos por esta inesperada enfermedad, y el tercero... Ojalá hubiera tiempo para buscarlo. Ojalá este muchacho se mantuviera despierto el tiempo suficiente para hablarme de su hermano. Gracias a una extraña cualidad, a su visión, los muchachos tenían consciencia el uno del otro; eran capaces de saber lo que pensaban los demás aun cuando hubiera leguas de por medio. Su don había supuesto una enorme ventaja para Malachite durante años. Uno de los pequeños se había quedado con él, otro con fray Raymond, para así poder comunicarse entre sí. El tercero vagaba por las cloacas y los túneles que, cada vez más conforme pasaban los años, constituían la provincia de los Nosferatu. El tercer joven seguía en alguna parte ahí fuera, aquejado tal vez igual que sus hermanos.

Pero no queda tiempo, se lamentó Malachite. Aunque lo encontrara, no podría salvarle sin la ayuda de Michael. Lo mismo valía para la ciudad, para el Sueño.

Malachite se apartó de Basilio y el muchacho inerte.

—Ignacio, ¿estás listo para continuar?

No muy lejos en el túnel, Ignacio levantó la mano pidiendo paciencia mientras escuchaba el informe de uno de los rastreadores leprosos que acababa de regresar. Los Nosferatu habían avanzado a buen ritmo esa noche, con determinación, sobre todo después de haber emboscado a los cruzados ladrones. Aparte del muchacho, Malachite había dejado a su familia en el campamento, pero los caballeros leprosos sumaban casi dos veintenas, y con sus ghouls y sus simpatizantes humanos iniciados en diverso grado en los misterios de la noche, una veintena más. Aun así viajaban en compañías de no más de media docena, arrastrándose por túneles y pasadizos ocultos, surcando aprisa las calles más oscuras en la superficie para reagruparse en puntos de encuentro predeterminados.

Ignacio terminó de escuchar al explorador, le pidió que esperara, así como a los demás que ya habían dado su parte, y se acercó a Malachite.

—Los Gangrel acortan distancias a nuestras espaldas. La retaguardia está realizando fintas y ataques de distracción para demorarlos, dejando rastros falsos y desapareciendo después.

—Pero los Gangrel son cazadores consumados.

—Sí. Tenemos suerte de que, al parecer, únicamente se interesen por nosotros unas pocas manadas. Nuestros corredores me informan de que, tras abandonar la ciudadela ante el asalto de los cruzados, los Gangrel se dispersaron por la ciudad y están dejando rastros de sangre por dondequiera que van. Parece que no es que nos estén buscando específicamente a nosotros, como asumimos al principio, sino a cualquiera sobre el que puedan descargar su furia.

—Aunque las noticias son preocupantes, me alegra saber que no se ha declarado una guerra abierta entre nuestros clanes. —Sin embargo, Malachite no conseguía olvidarse de la locura que brillaba en los ojos del barón Thomas, de la Bestia que acechaba tan cerca de la superficie.

—Hay más motivos de preocupación —continuó Ignacio—. Los foros de Teodosio y Constantino rebosan de cruzados. Los utilizan como campos de prácticas para sus patrullas y guardan en ellos muchos tesoros, para que sus líderes puedan repartirse el fruto de sus expoliaciones, sin duda.

—¡Deberíamos aplastarlos —exclamó uno de los jóvenes caballeros leprosos más reaccionarios— y reclamar lo que pertenece por derecho a las gentes de Constantinopla!

Un murmullo general de aprobación se apagó enseguida ante el evidente rechazo de Ignacio.

—¿Quieres convertirte en el caballero que tardó menos tiempo en ser destruido en toda la historia de la orden, además de en el más estúpido? —Se giró de nuevo hacia Malachite.

—En tal caso, no nos desviaremos hacia el norte.

—Al sur, los venecianos poseen el Palacio de Bucoleon y el puerto. Por suerte, no parecen tan inclinados como los francos a irrumpir en la ciudad y saquear sus tesoros.

—No es necesario. Con las fuertes deudas contraídas por los francos, gran parte de las riquezas robadas irán a parar a Venecia. El viejo dux no es ningún mentecato. Por consiguiente —añadió Malachite—, podemos dirigirnos al sur si es necesario, puesto que es de esperar que los venecianos se atengan al palacio y a la costa.

Meditó por un instante acerca de la distribución de la ciudad.

—El foro de Augustaion, la basílica del senado... también éstos serán lugares de reunión para los latinos, puesto que satisfarán su ansia de botín y halagarán su orgullo al controlar las instituciones de la ciudad. ¿No es así?

Ignacio asintió con la cabeza.

—Los informes de los exploradores confirman tus palabras.

—¿Quedan por saquear las villas y los salones del Gran Palacio?

—Sí. Los francos vigilan de cerca a sus tropas allí destacadas, para asegurarse de que no falte ni una sola moneda ni candelabro.

Malachite pensó en eso.

—Probablemente podamos evitar cualquier confrontación con ellos, pero si surgen problemas nos arriesgaremos a quedar atrapados entre los francos por un lado y los venecianos y el mar por el otro.

—En tal caso, ¿el hipódromo?

—Sí. Es la ruta más directa y, al parecer, la menos vigilada.

—Como desees. —Ignacio impartió órdenes escuetas que se transmitieron entre las diversas patrullas: rutas seleccionadas, orden de avance, puntos de encuentro y localizaciones de apoyo preestablecidas. Nadie cuestionó sus decisiones ni las de Malachite, ni se produjeron más alborotos para solicitar el enfrentamiento con los cruzados. Incluso aquellos caballeros leprosos que no estaban al corriente de los pormenores podían adivinar al menos hacia dónde se dirigían, ya que no el propósito exacto de la empresa de esa noche. Debían evitar ser vistos en la medida de lo posible mientras recorrían los túneles bajo la enorme arena abierta del hipódromo y continuar avanzando hacia las catacumbas excavadas bajo la Iglesia de Hagia Sofía... donde se encontraban las cámaras de Michael el patriarca.

Malachite oyó los susurros que circulaban entre los caballeros leprosos:

—Piensa apelar al patriarca para expulsar a los invasores.

—Dicen que el patriarca ya no existe. Creo que Malachite pretende reclamar su manto y la ciudad para sí.

—Entonces seríamos los señores de la ciudad.

—Te olvidas de ese ejército de cruzados.

—Por no hablar de los Cainitas del barrio latino. Alfonso no claudicará sin presentar batalla. Hace años que le tiene echado el ojo al resto de la ciudad.

La amortiguada cháchara tocó a su fin bruscamente cuando Ignacio ordenó a los caballeros que emprendieran la marcha. Se quedaron con Malachite y él Basilio, el muchacho y dos más, un explorador al frente y otro

que cerraba la retaguardia. Cuando volvieron a estar bajo tierra, Malachite se acercó a fray Ignacio y habló sólo para los oídos de éste:

—¿Qué noticias portan nuestros espías entre los pabellones de esclavos que se encuentran bajo el hipódromo?

Ignacio torció la cabeza para encararse con Malachite, clavando en él sus ojos hundidos.

—Entre fray Raymond y yo no había secretos —dijo Malachite.

—Me doy cuenta.

Sí, comienza a darse cuenta, pensó Malachite, de que somos hermanos de sangre, y de que lo que hacemos obedece a un propósito más elevado. No hay lugar para el orgullo ni para los celos si queremos que sobreviva el Sueño.

—Ahora que están tan ocupados intentando salvar el pellejo —comenzó Ignacio—, los Ventrue no visitan a sus juguetes con la misma frecuencia de antes. Hubo un tiempo en que los patricios se recreaban contemplando a sus guerreros enjaulados antes de azuzar a unos contra otros o contra las bestias salvajes traídas de los confines del imperio. Eso se acabó. Desde que fuera atacada la ciudad, incluso los carceleros han huido... sin liberar antes a sus rehenes. Hemos instalados nuestros propios guardias.

—¿Se huele el amotinamiento entre los esclavos?

—No les llegan demasiadas noticias de fuera de las jaulas. Les hemos proporcionado comida. —Ignacio se encogió de hombros—. Ahora les va mejor que antes. Ya no se celebran combates.

—Ha llegado el momento de liberarlos. Al menos por ahora, los Ventrue han perdido su poder. No se producirán represalias en medio de tanta confusión.

—Entre los esclavos se cuentan criminales y asesinos —observó Ignacio—. No todos fueron encarcelados por el mero capricho de algún senador o prefecto.

—La hora de su juicio está cerca —sentenció Malachite, recorriendo a hurtadillas el túnel, que en esta porción de la ciudad era lo bastante amplio como para permitir el paso en fila de a dos. En aras de la discreción y motivados por su profunda aversión a las llamas, los Nosferatu no portaban antorchas, sino que dependían de su sobrenatural sentido de la vista para vislumbrar el camino. Mantenían un ritmo resuelto. Malachite no se permitía concesiones para recrearse en el pesimismo, para debatir la necesidad de abandonar al tercer muchacho por el momento, ni para lamentar el estado del joven que viajaba con ellos.

Hacia delante. Siempre hacia delante.

No había tiempo para la reflexión. Aferraba con firmeza el icono que guardaba en su túnica pero se resistía a contemplar durante más de un segundo fugaz la imagen del arcángel, el rostro de Cristo. ¡Del dragón! No podía ceder ahora ante el presentimiento que irritaba su consciencia. Eran demasiadas las circunstancias que podrían minar su determinación ahora que ya había decidido el camino a seguir.

Hacia delante. Cuando llegaran a los niveles inferiores del hipódromo, Hagia Sofía estaría muy cerca. Descubriré qué le ha ocurrido en realidad a Michael. En esta ocasión verá a través de la locura. Reconocerá el peligro que se abate sobre la ciudad —¡sobre el Sueño!— y no tendrá más remedio que intervenir.

Cuando lo exigía la situación, los Nosferatu eran capaces de moverse tan en silencio como la gélida brisa que recorría los túneles. Incluso Basilio, que tenía los brazos ocupados con el muchacho, pisaba con seguridad y sigilo. Cuando regresó el explorador adelantado, con el semblante surcado de cicatrices y desfigurado por la preocupación, pareció que se materializara de la nada, desprendido de las tinieblas sin previo aviso.

—Torced a la derecha a continuación —dijo, al tiempo que se daba la vuelta e igualaba la cadencia de las zancadas de los demás.

Aceleraron la marcha instintivamente. Malachite reparó en que el explorador caminaba empuñando la espada. También Ignacio se dio cuenta, y los dos antiguos desenvainaron a su vez. No tardaron en llegar a la bifurcación del túnel; a su izquierda oyeron el choque del metal contra el metal, tenue, lejos si se podía confiar en la engañosa acústica subterránea... aunque aproximándose.

Ignacio ensayó un gesto inquisitivo dirigido al explorador.

—Gangrel —dijo éste—. Una manada pequeña. Ya sea debido al azar o a la premeditación, nos habrían interceptado. Una de nuestras patrullas les ha cortado el paso.

El grupo se detuvo en la bifurcación para que pudiera darles alcance el caballero leproso que cerraba la comitiva.

—Aquí está Armando —dijo Ignacio un momento después, cuando hubo llegado el rezagado—. A partir de ahora, no te alejes. Tal vez los Gangrel se hayan desbandado, pero terminarán por descubrir lo mismo que nosotros: que los foros que discurren junto a la Mese y las defensas costeras han sido ocupados a la fuerza. Cualquiera de los hombres del barón que se encuentren al sur de la Mese se verá empujado hacia aquí.

El apagado sonido del combate se escuchaba cada vez más próximo. La patrulla Nosferatu estaba cediendo terreno, aunque despacio. Cuando los gruñidos y los esforzados jadeos se tornaron audibles en medio del resonante entrec chocar las espadas, Malachite sopesó la idea de correr en ayuda de la patrulla.

Ignacio debía de haber leído sus pensamientos.

—Para eso están las patrullas —dijo—. Para que nosotros ganemos algo de tiempo.

—Vayámonos en ese caso, de inmediato, y demos a nuestros caballeros más terreno que ceder, por si fuese necesario.

Ignacio asintió con la cabeza.

—Tal vez haya más gente del barón en los alrededores... y en cualquier momento es probable que los francos, impulsados por su sed de riquezas, se aventuren por alguno de los túneles. Esperemos que no sea esta noche. Adelante, Teodoro.

El explorador obedeció, y los demás partieron tras sus pasos sin demora. Los amplios y practicables túneles no constituían ningún obstáculo. Estos pasadizos se contaban entre los más antiguos de la ciudad y habían sido mejorados a lo largo de pacientes siglos.

—La Escalerilla de Septimius está justo delante —dijo Malachite.

—Hay un guardia estacionado allí —añadió Ignacio—. He reunido a todos los de la sangre, pero he dejado un contingente de ghouls montando guardia en las jaulas.

Doblaron un abrupto recodo y llegaron a la escalerilla; escalera en realidad, tallada en la roca, empinada y traicionera pese a los cientos de años de atención.

No había ningún guardia.

—Éste es el camino que yo habría escogido —dijo Ignacio—, pero tal vez haya algún problema.

—Subamos —animó Malachite, envainando la espada como si estuviera dispuesto a ascender los peldaños a cuatro patas—. Cuida bien del muchacho, Basilio. Tómate todo el tiempo que necesites. Armando, quédate junto a él.

Subieron hacia la oscuridad. Teodoro, Malachite e Ignacio no tardaron en dejar atrás a Basilio y Armando. La escalerilla se elevaba desde los túneles inferiores en ocasiones con una pendiente inapreciable, un pozo angosto que nunca se ensanchaba, por lo que el viajero, si hiciera falta, podría sostenerse extendiendo las extremidades y apoyándolas con fuerza en superficies opuestas. Las paredes de piedra tendían a juntarse. Malachite se obligó a no

pensar en el espacio semejante a una tumba en que lo mantuviera encerrado Verpus durante el día.

—Hay una luz en lo alto —anunció Teodoro en voz baja.

—Ése es el nivel de los rediles —dijo Ignacio, estirando el cuello para ver entre los brazos y piernas de los que estaban delante y encima de él—. Pero hay otro pasadizo, y una puerta cerrada con llave y vigilada por un guardia. No deberíamos ver ninguna luz.

Siguieron avanzando, hacia arriba, y no mucho después de que hubieran reparado en la luz, Malachite sintió humedad bajo los dedos. Lo primero que se le ocurrió fue que debía asegurarse de encontrar asideros firmes para las manos y los pies, para no patinar... hasta que el olor hubo penetrado en sus sentidos casi de inmediato. La oscuridad no podía ocultarle la fragancia de la sangre.

—Que Cristo y Caín se apiaden —musitó Teodoro. Malachite reconoció la lucha que mantenía para mantener el control de la voz.

—Ten fuerza, muchacho. Puede que encontremos sangre a montones al final de esta escalada. —Aunque también él sentía la agitación de la Bestia. Era imposible que se tropezaran con sangre por sorpresa (y mucha; la escalerilla estaba cada vez más empapada) sin sentir la urgencia de su llamada.

Como si quisiera explicar la presencia de la sangre, un grito desgarrado llegó hasta sus oídos desde arriba... no el dolorido sonido del combate, sino más bien un torturada y sostenida súplica desvalida. A pesar de que la sangre tornaba resbaladizo el firme, los tres aceleraron el ritmo. La posibilidad de caer al vacío era menos inquietante que aquel alarido continuado, al que se habían unido otros.

Parecía que el número de peldaños fuera infinito, como si Septimius hubiera reemplazado a la escalera de Jacob y estuvieran ascendiendo hasta el Cielo. Aunque los sonidos que procedían de las alturas no tenían nada de celestial.

Y luego estaba la sangre. Tan cerca. Delante de sus narices. Malachite trepaba casi como si estuviera en trance. Por un momento, se olvidó del lugar y el momento en que estaba esforzándose, del objetivo de su viaje. Los gritos se parecían a los de la Bestia. Pero la mantuvo a raya, apaciguada por la sangre que se le había ofrecido recientemente a modo de tributo, retenida por las ligaduras del propósito...

Sí. Debo encontrar a Michael. El muchacho... la ciudad... el Sueño...

Sentía, a su vez, la incómoda agitación del conocimiento. Con la Bestia sometida, la sangre apelaba además a un saber enterrado. Pero no podía ceder ante lo uno ni lo otro. Ahora no.

¡Hacia delante!, se dijo Malachite. ¡Sube!

Salieron del pozo a trompicones antes de darse cuenta de que habían llegado a lo alto. La sangre formaba un espeso charco en el suelo del pasillo, colándose por la boca del pozo del que habían emergido igual que bebés deformados recién venidos al mundo. Ante ellos, los gritos resonaban en la piedra. Los Nosferatu emprendieron la carrera en dirección a las jaulas de los esclavos, orientándose por los estremecedores sonidos de la tortura, espadas en ristre, aprestados por toda aquella sangre a saborear la violencia.

Los asaltó una mareante mezcolanza de ruidos y olores: animales enjaulados —leones, mastines, panteras—, muchos de ellos heridos y muertos, imbricado el estiércol y las asaduras con el heno enmohecido, gritos de bestias y hombres, cuerpos mortales, huellas de botas impresas en el serrín. Unas cuantas antorchas encajadas en pivotes de hierro conferían a la escena un relieve infernal.

En ese momento se alzaron más voces, estridentes, profiriendo gritos de batalla: «¡Por San Ladre!». El alboroto de la contienda resonaba ahora muy cerca, justo enfrente al cruzar la puerta abierta que comunicaba con las jaulas de los esclavos.

Nuestros propios caballeros, comprendió Malachite. ¡Están atacando!

Ignacio apoyó una mano disuasoria en el hombro de Malachite:

—Enseguida llegarán más patrullas.

El mensaje implícito era evidente: Podemos llegar a Hagia Sofía si eso es lo que quieres.

Pero Malachite había perdido la concentración tras el ascenso —¡tanta sangre!— y ésta no era una pequeña manada de Gangrel que eludir. La batalla de la estancia contigua era una enfurecida pelea entre docenas de contendientes en un escenario reducido... y entre ellos, batiéndose con los recién llegados caballeros leprosos, había hombres que portaban la librea del obispo Alfonso.

—Si no oponemos resistencia ahora, no valdrá la pena salvar la ciudad.

Los tres Nosferatu se adentraron en el caos sin ser vistos. Malachite se detuvo brevemente para contemplar la escena, en lugar de cargar a ciegas. La cámara era espaciosa y de techo bajo, y estaba flanqueada a ambos lados por jaulas de metal. Muchas de éstas, rediles abarrotados de esclavos entrenados para el combate, estaban abiertas y habían sido ocupadas por los

contendientes. El pasillo central estaba atestado de cuerpos: muertos y moribundos, mutilados, bregando con espadas o lanzas. La patrulla de Nosferatu había entrado por el otro extremo. La atención de los hombres de Alfonso se concentraba en esa dirección.

Malachite no estaba versado en las artes de la guerra, pero había sido testigo de más de una acción marcial, emboscadas y batallas, muertes y desmembramientos. No le amilanaba pelear, aunque en la periferia de la tumultuosa refriega de Cainitas, ghouls y mortales, las señales del espeluznante intento de Alfonso eran evidentes.

Entre los cadáveres de los rediles se contaban numerosos cuerpos, recién fallecidos, que se debatían en la agonía del Abrazo, rechazando todavía sus cuerpos el hálito mortal, aunque la sangre compartida de Caín los retenía en este mundo. Estos hombres, adiestrados para morir bajo la espada para entretenimiento de los demás, se contorsionaban al borde de una muerte denegada, arrebatada. No conocían el dolor y la desfiguración que había padecido Malachite, pero ningún Abrazo, ni siquiera el concedido por los Lasombra, era benévolo.

Alfonso pretende crear un ejército con el que arrasará la ciudad, comprendió Malachite. Y los esclavos cumplirán el papel de carne de cañón a la fuerza.

Asió el brazo de Teodoro.

—Los que están en pleno cambio... ¡destruidlos!

A continuación, Malachite e Ignacio se sumaron a la refriega. Aprovecharon la sorpresa sin compasión, golpeando por la espalda, cercenando miembros, destripando, separando cabezas del tronco cuando les era posible. Bastaba un solo golpe letal para acabar con un ghoul o un mortal, pero los Cainitas volvían a levantarse ilesos tras sufrir una herida incapacitante, redimidos por la gracia de la sangre. Lo mejor era no correr ningún riesgo.

En las jaulas abiertas, algunos esclavos permanecían acurrucados, en silencio o vociferando, a resguardo de las demoníacas criaturas que los acosaban por todas partes. Otros esclavos recogían las armas de los caídos, se defendían, o atacaban a quienes tuvieran más cerca. En los corrales cerrados, los hombres trepaban a los barrotes y aullaban, se refugiaban en los rincones, arañaban las paredes de piedra con dedos ensangrentados y descarnados. En medio de todo aquello, la danza de las espadas giraba fuera de control. Los Lasombra, al menos una veintena en total, eran ghouls en su mayoría, aunque también había mortíferos Cainitas entre ellos. Los guerreros blandían sus

armas, sacaban los ojos y destrozaban las bocas con garras y colmillos. Los sanguinolentos gorgoteos de triunfo eran acentuados por lastimeros gemidos de agonía.

El abrumador caos otorgaba ventaja a los Nosferatu. Malachite e Ignacio derribaron a una media docena aproximada de hombres cada uno, antes de que los Lasombra repararan en el peligro que se les venía encima por la espalda. Se formó una apresurada resistencia, pero justo en ese momento llegó otra patrulla de caballeros leprosos. Surgieron de una abertura, que un momento antes era un muro de piedra indistinguible, que desembocaba en una de las jaulas cerradas. El Nosferatu que abría la comitiva sacó una llave de su túnica, abrió la puerta de la celda y, junto a sus tres hermanos, saltó de cabeza a la batalla.

Parecía que cambiaban las tornas... hasta que se apagó una de las escasas antorchas de la larga y baja cámara. Luego otra, y otra, sofocadas por negros tentáculos que se extendían desde las sombras. Conforme se acentuaba la negrura, lo mismo ocurría con los ominosos apéndices, que cobraban solidez y una forma más definida. Malachite se estremeció al recordar aquel jardín de la noche de su propio Abrazo a la fuerza: las oscuras siluetas y los tentáculos que habían acabado con la vida de Hectorius y el resto de su guardia.

Restallaban igual que colas de látigo, aplastando caballeros leprosos a diestro y siniestro, dejando cuerpos dispersos, espadas rotas, yelmos machacados, a su paso. Los Lasombra recuperaron la ventaja gracias a su tenebrosa magia. Los soldados se reagruparon, formaron una cuña organizada contra los ahora acorralados leprosos y otra frente a Malachite e Ignacio.

¿Quién es? Malachite se esforzó por ver. ¿O quiénes? ¿Quién había convocado a los tentáculos sombríos, quién los controlaba, quién los blandía contra los Nosferatu?

Había dos hombres con armadura —Cainitas que Malachite reconocía por haberlos visto en alguna reunión de los no-muertos de la ciudad— protegidos entre las falanges orientadas hacia el exterior. Uno gritaba órdenes a los soldados restantes. Marco, recordó Malachite. El otro —Gregorio— estaba igual de concentrado en la batalla, pero guardaba silencio, manteniendo la concentración, gesticulando de un modo que podría corresponderse con los latigazos que propinaban los tentáculos.

¡Él! ¡Gregorio!

Fuera como fuese, se contaban entre los seguidores predilectos de Alfonso, que los había enviado aquí con la intención de crear un pequeño ejército. Ambos se merecían la destrucción.

Malachite hizo un gesto a Ignacio. Éste asintió, esquivó la embestida de un enemigo al mismo tiempo, y tumbó al hombre con un brutal tajo sesgado. Los dos antiguos se pusieron en marcha al unísono, con Malachite corriendo veloz parapetado tras las rápidas y seguras estocadas de Ignacio, golpeando con su propia espada o aplicando las garras al rostro o a la garganta expuesta de un contrincante. Los Nosferatu maniobraban furtivamente en medio de la caótica pelea, golpeando aquí y allá, ocultándose a la vista ante sus desconcertados oponentes tan solo para volver a atacar desde otra dirección.

Los soldados Lasombra contaban con la ventaja del número, no obstante, y los itinerantes brazos de tinieblas atemperaban en cierto modo la mayor concentración de Cainitas entre los Nosferatu y su capacidad para perderse de vista. Malachite e Ignacio avanzaban, vadeando el charco de sangre paso a paso, en dirección a los comandantes del bando contrario, hacia el nigromante de las sombras. Al otro lado de la cámara, los tentáculos pasaban una terrible factura a los caballeros leprosos.

Malachite se encontraba casi lo bastante cerca como para golpear a Gregorio, para anular las sombras. Dos esforzados pasos más, obligando a retroceder a los soldados que se enfrentaban a él. Finta. Llegar sin ser visto al otro lado. Un paso más...

La abertura que estaba buscando... ¡Malachite trazó un arco con su espada, potenciado su golpe por una fuerza inhumana!

... Mas el otro Lasombra, Marco, anticipó su ataque y lo bloqueó. Un mortal o un Cainita menor habría perdido el brazo ante la violencia del ataque, pero Marco combatió la fuerza de la sangre con fuerza de la sangre. El acero entrechocó con un estruendo similar al de dos grandes barcos que chocaran. La mampostería descascarillada se desprendió del techo para ir a estrellarse al suelo en medio de la marabunta, proyectando una lluvia de polvo.

Malachite se encontró súbitamente desequilibrado, demasiado estirado. A duras penas consiguió desviar un golpe que le habría arrancado la cabeza de los hombros.

Los soldados redoblaron sus ataques, aprovechando su ventaja numérica. Malachite se protegió de un golpe sesgado que penetró en su antebrazo, traspasando túnica, piel y hueso. De no haber sido por la pericia de Ignacio, hacía tiempo que ambos habrían sucumbido. Así las cosas, se retiraron, cediendo paso a paso el terreno ganado con tanto esfuerzo.

Gregorio volvió uno de los tentáculos de sombra contra ellos.

Si así consiguen avanzar los demás... pensó Malachite, esperanzado, pero los tentáculos restantes mantenían a raya a aquellos caballeros leprosos que aún combatían. Los Nosferatu, pese a ser formidables, estaban más preparados para tender emboscadas y practicar maniobras de distracción que para el cuerpo a cuerpo, sobre todo si debían hacer frente a las negras artes de los artífices de las sombras.

Se replegaron, paso a paso, hacia la puerta por la que habían entrado. Mientras desviaba los diversos ataques, Malachite hizo memoria para recordar los detalles de los túneles que se abrían a su espalda: No podían retirarse bajando la Escalerilla de Septimius; era posible escabullirse por el pasillo dejando atrás las jaulas, y luego zambullirse en las tinieblas.

Pero no podemos permitir que Alfonso reclute a estos asesinos de los rediles de esclavos, pensó Malachite. Podríamos emboscarlos camino del barrio latino. Pocos de ellos saldrían incólumes... ¡pero debemos llegar a Hagia Sofía!

Alfonso tendría que esperar. Entonces Malachite comprendió: ¡Cuando hayamos alertado a Michael, nos ocuparemos del obispo Alfonso! Mientras se preparaba para dar la orden de retirada, Malachite se consoló pensando que al menos habían reducido el número de Lasombra en ciernes de los que podría disponer Alfonso hasta que Michael ajustara cuentas con él.

En ese instante, reparó en Teodoro. Le habían perdido la pista por completo durante el combate, después de enviarlo a despachar a los potenciales Cainitas. Ahora avanzaba a hurtadillas hacia los líderes Lasombra, desde un flanco. Malachite no vio más que el destello del acero, un ataque frontal...

Marco intervino de nuevo. Pero no escapó indemne. El golpe que hubiera decapitado a Gregorio se hundió en el rostro del otro Lasombra, que se desplomó, fuera de combate si no directamente destruido. Sin embargo, otros dos soldados se encararon con Teodoro, al menos uno de ellos Cainita, a juzgar por su velocidad y la fuerza de su brazo.

Teodoro cedió terreno enseguida. E hizo bien.

La bestia rugiente saltó desde detrás de Malachite, volando por encima de su hombro... una estela de colmillos, melena dorada, restallante cola. Con un rugido ensordecedor, el león cayó sobre Gregorio, hundió los dientes en su cuello y hombros, lo zarandeó hasta que cesaron los gritos de súplica.

Los tentáculos de sombra desaparecieron de golpe.

Por un momento, la batalla se detuvo... hasta que los soldados sucumbieron a la confusión y el miedo. Pocos comprendieron lo que ocurría y

atacaron al león. La bestia se apartó de los restos de Gregorio y comenzó a descuartizar miembro a miembro a los combatientes Lasombra. Aquellos cuya armadura impedía el uso efectivo de sus garras, eran mutilados y arrojados a un lado.

Asimismo, los Nosferatu reanudaron su ataque contra sus distraídos oponentes. Los caballeros que integraban la patrulla avanzaron deprisa. Malachite e Ignacio abatieron a un guerrero tras otro. El león se abalanzó sobre el Lasombra más cercano, pareciendo encontrar un placer especial en desmembrar a los que resultaban ser Cainitas.

Fue sorprendentemente breve. Las peticiones de clemencia cayeron en oídos sordos, hasta que solamente quedaron atónitos y boquiabiertos esclavos junto a ensangrentados y horrendos Nosferatu, erguidos sobre los cuerpos — hundidos en ellos hasta las rodillas, en algunos casos— y en medio de la carnicería un león agazapado con el hocico teñido de escarlata, enloquecidos los ojos, restallando su cola en el aire.

Los Nosferatu observaban a la bestia igual que contempla un ratón del desierto al halcón que acaba de apresar a la serpiente que lo amenazaba; aliviados por haberse librado de un peligro, pero dolorosamente conscientes de que no estaban a salvo. ¿Sentiría predilección el león por la carne de Lasombra... o por la de todos los Cainitas?

Dio la espalda a la aglomeración de caballeros leprosos, para dirigirse a Malachite. Éste alzó su espada... pero contuvo el brazo, sin saber por qué no se decidía a golpear. El león se detuvo ante él, soltó a sus pies el brazo que portaba en sus fauces, y pasó junto a él camino de la puerta.

Por un momento, Malachite se quedó aturdido, antes de obligarse a seguir a la bestia. Ésta regresó a su jaula, entró y se recostó. Ante la celda, con los ojos cerrados, acurrucado el muchacho en sus brazos, estaba Basilio, tan inmóvil como un cadáver. Un momento después, batió los párpados. Malachite se arrodilló ante él, pero Basilio tenía la mirada perdida en la distancia. De forma gradual, una pizca de comprensión asomó a su semblante, como si reconociera el rostro de Malachite pero no pudiera recordar el porqué, como tampoco el nombre asociado a esa cara.

Ignacio le había seguido. Con suma cautela, cerró la puerta de la jaula del león; no se permitió ni un mínimo de relajación hasta que hubo corrido el cerrojo.

—Basilio, has regresado —dijo Malachite—. ¿Recuerdas lo que has hecho, cómo has proyectado tu alma en el cuerpo del león?

Basilio no ofreció resistencia cuando Malachite levantó al muchacho. Parecía que el caballero leproso seguía confuso. Se estrujó las manos, como si intentara limpiarlas de una sangre inexistente.

—Lo... lo... recuerdo, pero... es más como si fuera un león que ahora hubiese proyectado su alma en este cuerpo.

Uno de los caballeros que estaba de pie detrás de Malachite se rió en voz baja, aliviado... hasta que comprendió que Basilio no estaba bromeando.

Le ayudaron a incorporarse y a alejarse de la jaula, aunque parecía completamente renuente a abandonarla. Lo depositaron en un rincón despejado de los rediles, para que descansara y volviera en sí.

—No te preocupes, Basilio Corazón de León —dijo Malachite—. Has de saber que esta noche has cambiado la suerte de la batalla. Tenemos que agradecerte el que el obispo Alfonso vaya a echar de menos a este ejército de guerreros adiestrados que hubiera entrado a su servicio.

Malachite e Ignacio se apartaron de él. A su alrededor, los caballeros leprosos atendían a sus caídos y heridos, mientras otros devolvían a los esclavos supervivientes a los rediles... al menos a aquellos esclavos que no estaban acurrucados contra la pared, sollozando abiertamente frente a la locura de criaturas inhumanas y cuerpos descuartizados por leones enloquecidos y sombras animadas. Los esclavos armados rezongaban amenazadores ante la perspectiva de regresar a la cautividad, aunque incluso ellos vacilaban a la hora de resistirse a aquellos caballeros monstruosos a cuya llamada respondían los animales salvajes.

—¿Ha sobrevivido algún espía entre los esclavos? —quiso saber Malachite.

Ignacio recorrió la multitud con la vista, antes de responder:

—Algunos.

—Bien. Aquí no volverá a haber esclavos. Coloca al mando a un buen hombre. Aquellos esclavos que los espías identifiquen como auténticos criminales, los que hayan asesinado o mutilado o violado, serán ejecutados. Los demás serán libres para marcharse.

—Como desees. —Ignacio se alejó para transmitir la orden.

Malachite pensó que debería sentirse más satisfecho por el resultado de la batalla. Los suyos y él habían frustrado un nefario plan de Alfonso. El obscuro obispo seguiría gobernando el barrio latino; seguiría celebrando banquetes de sangre, torturando y matando mortales indiscriminadamente con la misma veleidad con que jugaría al ajedrez o bebería vino un noble de verdad, eso era cierto. Pero también lo era que Alfonso no dispondría de una

caterva de asesinos expertos, recién llegados a la sangre, con los que aterrorizar a la ciudad.

Sin duda Alfonso ha colaborado en el ataque de los latinos a la ciudad. Quizá ahora Michael acceda a destruirlo... y tal vez expulse a todo el clan Lasombra de Constantinopla. El imperio estaría mucho mejor sin ellos, pensó, sin el obispo, o sin Magnus si es que había sobrevivido, o sin cualquiera de los de su especie.

Debería sentir también la satisfacción de haber menoscabado a los nobles Ventrue, la familia que fundara Antonius, tercer progenitor del Sueño junto a Michael y el Dragón. Ahora gobernados oficialmente por Cayo, tenían un concepto muy elevado de sí mismos, se consideraban superiores a los demás: ellos, que enfrentaban entre sí a generales mortales y aspirantes imperiales; ellos, que se regocijaban con el sufrimiento de los demás en los sangrientos pasatiempos del hipódromo y el anfiteatro de Kynegion, con sus gladiadores, sus bestias ghouls y sus criminales Cainitas privados de sangre.

Hace mucho que debía haber destruido las jaulas de esclavos, pensó Malachite, ¡aunque eso hubiera supuesto mi propia expulsión, mi destrucción! Pero se había resguardado tras los edictos de las familias regentes. No había hecho gala de ningún liderazgo moral, solo de repulsa, de cobardía.

Y ahora, en su momento de triunfo, sentía poco menos que nada. Si hemos tenido éxito esta noche es solo porque la ciudad es una sombra de lo que era... porque hemos abandonado el Sueño.

Cada momento que pasaba aquí era otro momento de demora en la búsqueda de Michael y la salvación de la ciudad.

—Ignacio, debemos seguir adelante con aquellos que puedan valerse por sí solos. Deja atrás los menos posibles para que cuiden de los heridos y se ocupen de los... antiguos esclavos. —Murmullos de excitación se propagaron por los rediles, impulsados por quienes habían escuchado la noticia. Lágrimas de dicha se sumaron a las de los más desquiciados.

Se acercó Ignacio.

—Han llegado más patrullas ahora que la contienda ha terminado —informó, lacónico.

—Quedaba poco sitio para amontonar más cadáveres.

—Cierto. Aún hay Gangrel al acecho, y algunos de los cruzados... templarios a todas luces, comandados por algunos de la sangre, han comenzado a refugiarse bajo las iglesias. Han descubierto algunos de nuestros túneles y es probable que crean que los conducirán hasta alijos de tesoros enterrados.

—Tanto más motivo para que nos pongamos en marcha —apostilló Malachite. Demorarse por más tiempo equivalía a arriesgarse a verse abrumados por incontables peligros, tanto externos como internos. Él necesitaba seguir adelante. Y eso hicieron.

Capítulo nueve

Una vez fuera del hipódromo, Malachite dejó al muchacho al cuidado de Teodoro. El explorador había sufrido una terrible herida en la cabeza después de atacar a los comandantes Lasombra. La sangre de un esclavo sentenciado había contribuido a restaurar su cráneo fracturado, pero había perdido una oreja y se quejaba de un insistente pitido y de ver borroso. Empero, se había negado a quedarse atrás. El muchacho constituía una carga bastante ligera, pensó Malachite, y, aunque estuviera herido, Teodoro había demostrado su valía.

Junto a Ignacio, Armando al frente y Zoticus cerrando la comitiva, Basilio viajaba con la compañía. Respondía a las preguntas directas, pero todavía parecía un tanto confuso. Aunque Malachite podía comunicarse con algunos animales a un nivel muy básico, nunca había intentado proyectarse en el cuerpo de otra criatura. Había oído relatos de aquellos que habían conseguido apoderarse de una bestia tan solo para encontrarse atrapados dentro de ella, o que regresaban a su propia forma corrompidos por el animal, incapaces para siempre de desprenderse completamente de sus pensamientos e instintos. Al igual que Teodoro, Basilio había dado muestras de valor, y Malachite sentía que les debía su protección, su lealtad.

Se alejaban del hipódromo a buen paso, siguiendo los espaciosos y rectos túneles, revestidos en algunas secciones de un mármol tan puro como el que adornaba los salones del Gran Palacio, no muy lejos sobre sus cabezas. Los corredores y los exploradores departían a menudo con Ignacio. Se mantenían alertas por si aparecía algún Gangrel, pero no veían ni oían nada.

Fue una noticia bien distinta la que trajo Armando desde su posición, perpleja su expresión, rayando lo atemorizado.

—¿De qué se trata? —quiso saber Ignacio.

—Hay una mujer...

—Vamos, zagal. ¿Una mujer, aquí en los túneles?

—Sí.

—¿Y...?

—Y desea hablar con Malachite. —El repugnante rostro de Armando se retorció al ensayar una especie de sonrisa excéntrica con la que parecía querer

pedir perdón.

Malachite e Ignacio intercambiaron sendas miradas de preocupación.

—Tal vez el barón haya propagado la noticia de mi llegada a la ciudad —dijo Malachite—, ¿pero cómo sabría que podía esperarnos en los túneles... aun cuando supiera que nos dirigimos a Hagia Sofía? Habrá al menos una docena de rutas.

—Supuse que querrías mantener tu paradero en secreto —explicó Armando—, así que hice como si no supiera de qué estaba hablando, y va y me dice: «Soy la dama Alexia Theusa», y luego: «Viajas con Malachite, líder de una familia hermana de Michael. Viajas con varios miembros más de tu clan... interesante, ya que el Consejo de las Familias no os ha dado permiso para estar en la ciudad». Le dije que yo no tenía ni idea de nada, que no era más que un humilde caballero que cumplía con su deber, y que siguiera su camino.

—Me imagino que sería demasiado esperar que te hiciera caso —dijo Malachite.

Armando se tornó más agitado, casi enfadado.

—Se rió de mí, mi señor. ¡Se rió! Fue de lo más extraño. Me... me...

—Suéltalo, muchacho —instó Ignacio—. Faltan pocas horas para el amanecer.

—Había algo en la forma en que se reía que... me hizo sentir... en fin, vergüenza, aunque parezca extraño. Me daba vergüenza haber intentado decirle que se ocupara de sus propios asuntos. Va y me dice: «Dile a tu señor que *lady* Alexia desea hablar con él. Date prisa, pues presiento que viaja con cierta urgencia». Ésas fueron sus palabras.

Un frío presentimiento se apoderó de Malachite. Sintió el tirón del conocimiento que se resistía a afrontar... y la Bestia se agitó en la oscuridad; quería que regresara a los rediles de esclavos, donde podría revolcarse en la sangre y alimentarse hasta hartarse. ¿Por qué le afectaban de ese modo las exigencias de *lady* Alexia? Era una Cainita antigua, tal vez una de las más antiguas de la ciudad. Pero nunca me ha deseado ningún daño, que yo sepa. Aunque, claro está, tampoco el barón...

Recordó entonces a la mujer mortal, la doctora judía del hospital, Miriam de Damasco. ¡Era una espía de Alexia y le hablé de mi regreso a la ciudad! Aun en tal caso, ¿cómo había conseguido Alexia del clan Capadocio interceptarlo con tanta precisión en estos túneles laberínticos?

—Hay más caminos —dijo Ignacio—. Volvamos por dónde hemos venido y que se quede esperando en la oscuridad.

Malachite asintió.

—Sí. Será lo mejor. —Se llevó una mano al pecho como si pretendiera refrenar físicamente a la Bestia, y al hacerlo palpó el perfil del icono oculto a buen recaudo entre los pliegues de sus túnicas. Sintió el súbito impulso de volverse hacia Teodoro, de comprobar que el muchacho seguía con ellos y no se había convertido en un montón de polvo.

Hubo algo en ese movimiento que llamó la atención de Basilio. Se encogió, como si estuviera a punto de saltar hacia delante y golpear, aunque se contuvo en el último instante.

—En ese caso, démonos prisa —urgió Ignacio. Indicó la ruta, de nuevo con Armando en la delantera. Caminaron sobre sus pasos durante unos cien metros, se adentraron en un túnel lateral, lo cruzaron hasta el fondo, doblaron varios recodos más.

Comenzaba a apoderarse de Malachite un temor nebuloso que lo abrasaba por dentro. Reconocía vagamente que la tropa había descrito un círculo, apartándose mucho de su ruta previa, pero que volvían a retomar la dirección: hacia Hagia Sofía. Hacia Michael.

Viajaban deprisa y en silencio, por lo que la voz, cuando su sonsonete hendió la oscuridad, los detuvo tan en seco como pudiera haberlo hecho un desprendimiento del techo del túnel.

—Ya veo que has recibido mi mensaje —dijo *lady* Alexia cuando doblaron una esquina y estuvieron a punto de tropezar de bruces con ella.

Avanzaban pisando los talones de Armando y no recibieron más aviso que las suaves palabras de la mujer. Los Nosferatu se detuvieron de golpe, dudando entre combatir y huir, vacilando por un momento.

—Me gustaría hablar contigo, Malachite —dijo la dama Alexia Theusa. Su piel era tan pálida que casi resplandecía en la oscuridad. Pese a estar envuelta en un vaporoso vestido adamascado, seguía siendo ligera... aunque parecía bloquear irrefutablemente la intersección de túneles que ocupaba, esa encrucijada del inframundo. Una belleza rígida se adhería a sus rasgos, potenciada por su porte regio, el de una reina tallada en cristal—. Ven —llamó, ofreciendo a Malachite una mano delicada.

Dudaba el Nosferatu. Ignacio avanzó hasta colocarse delante de él, con Armando a modo de escudo de Malachite.

Alexia se rió; su humorismo igualaba el sonido del agua de una fuente, diamantes iluminados por la luz de la luna salpicando con delicadeza.

—¿Tanto tiene que temer una banda de guerreros como vosotros de una mujer sola que busca ayuda?

Se detuvieron, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas, y Malachite sintió el azoramiento del que hablara Armando, ondas concéntricas que emanaban de su risa y se propagaban hasta envolverlos a todos.

—Me gustaría hablar contigo en privado, Malachite. Si lo deseas, daré mi palabra de que no pretendo hacerte daño... aunque parece más adecuado que sea yo la que exija garantías a unos caballeros armados.

La corriente subterránea de risa queda, de absurdo, zahería el orgullo de Malachite.

—No saldrá de nosotros el primer agravio —dijo, pasando junto a Ignacio y Armando—. La dama Alexia nunca ha ofendido a mi familia. Escucharé lo que tenga que decir.

Alexia asintió con gesto grácil e indicó con un gesto el túnel adyacente en el que podrían conversar con tranquilidad. Malachite la siguió.

—Buscas al patriarca —dijo la mujer cuando se hubo detenido. El dejó indiferente de sus palabras contradecía los extremos a los que había llegado para encontrar a Malachite.

El Nosferatu era plenamente consciente de encontrarse en presencia de una Cainita de menor generación, una criatura cuyo origen se perdía en las brumas de la historia. Su conducta informal no contribuía a reconfortarlo. Ningún antiguo le dice a otro lo que pasa por su cabeza, pensó, a sabiendas de que así era, puesto que él mismo había aprendido bien la lección conforme su no-vida se extendía a través de los años, las décadas y los siglos.

—Ya has oído los rumores —continuó Alexia—, los nerviosos murmullos en labios de los cobardes.

Malachite guardó silencio, no dijo nada, pero se sintió asentir. Sí, pensó. Los rumores acerca de la destrucción de Michael. Peor que rumores... ¡mentiras!

—Tú, sin embargo, no eres ningún cobarde. Mientras los demás tiemblan y se inquietan, tú aspiras a desvelar la verdad sobre este asunto.

¡No es cierto que haya sido destruido! ¡No puede ser verdad! ¡Lo demostraré!

Alexia le observó con intensidad, y de improviso Malachite fue incómodamente consciente de la bestia repugnante que debía parecerle con sus deformidades y sus ropajes desgarrados y cubiertos de sangre. Se encogió, avergonzado, acobardado por la facilidad con que leía sus intenciones. ¿De qué servía su silencio? ¿Qué podía ocultar que ella no supiera ya?

—Así es —admitió.

Los labios cerrados de Alexia dibujaban una sonrisa de gélida benevolencia... mas en su expresión no se apreciaba ni rastro de compasión, lo que habría ofendido a Malachite, lo habría enfurecido.

Qué bien me conoce, aunque apenas hayamos intercambiado unas cuantas palabras antes de esta noche. Es tan vieja... debe de ser eso. Ha disfrutado de incontables años para observar y aprender. ¿Qué emociones no habrá visto desplegarse cientos y cientos de veces? ¡No le digas nada más, estúpido! Se llevó la mano al pecho, se acordó del icono, de las imágenes del arcángel y el Cristo con rostro de Dragón.

—Si estás de acuerdo, me gustaría acompañarte, Malachite. También yo deseo descubrir la verdad.

¿Así que me lo pide?, pensó Malachite. ¿No me lo exige, no me amenaza? Volvió a sentirse erguido, renuente a ocultar su semblante ante nadie, orgulloso de que una Cainita tan vetusta buscara su ayuda... y de improviso, mientras aferraba el icono, fue demasiado consciente de su propia valía, del modo en que Alexia lo manipulaba como si de un arpa se tratara, vibrando aun sin sentir los dedos del músico.

¡Necio! ¡Tú, que te has codeado con emperadores y patriarcas, adulado por los ardides de una mujer!, pensó, y soltó de golpe:

—No es posible. Podéis ir a donde os plazca, desde luego, pero no como integrante de mi compañía.

No puedo confiar en ser capaz de medir sus palabras. Me conoce de sobra, pero lo que dice de sí misma... ¡nada de eso es verdad!

Unas arrugas se tensaron en las comisuras de los ojos de Alexia. Ahora su sonrisa poseía el matiz resabiado de un mercader del foro, convencido de que el regateo repercutiría a su favor, dando la venta por cerrada de antemano.

—Crees que te rechazo para conseguir un trato más favorable —dijo Malachite, genuinamente sorprendido—. No es así. Preferiría que me dejaras en paz.

Alexia asintió y sonrió como si aceptara sus palabras, aunque sus ojos delataban que no se dejaba engañar.

—Lo comprendo, Malachite. Todos saben que eres leal a Michael. —Le tocó el turno a ella de llevarse una mano al pecho—. Yo también sé que se encuentra bien. ¿Quién si no podría salvar nuestra ciudad de los saqueadores? —Ya había desaparecido la comerciante mundana, reemplazada por la mujer agraviada, víctima de la guerra que se libraba en las calles—. Por el bien del Sueño, Malachite...

Hablaba en voz baja, sin suplicar, aunque era como si un poderoso ruego golpeará directamente el corazón de Malachite... como si su mano estuviera sobre la de él, abarcando el icono sagrado.

¿Por qué se molesta en pedir lo que no puedo negarle?, se preguntó, aturcido. Se había arriesgado a incurrir en la ira de esta antigua Cainita al rechazarla, y ni aun así conseguía denegar de plano sus peticiones. Frente a alguien así, las palabras y los actos no eran más que frágiles haces de luz divididos y dispersos en el corazón de un prisma.

—He visto muchas cosas esta noche —continuó Alexia—. He visto al barón Thomas Feroux expulsado de la Ciudadela de Petrión. He visto a sus Gangrel recorriendo la ciudad, buscando venganza contra los cruzados... y otros. He visto masacrados a los esbirros del obispo Alfonso. He visto liberados a los esclavos de los prefectos Ventrue.

¡No ha estado en ninguno de esos sitios!, pensó Malachite, antes de comprender: No ha dicho que estuviera allí... solo que lo ha visto.

—Si los rumores sobre el patriarca fueran ciertos, aunque no podrían serlo, te lo aseguro, pero si lo fueran, eso significaría que el antiguo orden se está desmoronando ante nuestros ojos, Malachite. La trinidad, las familias hermanas, el Códice de los Legados... —Recogió un poco de polvo del suelo de piedra, para dejar que el fino sedimento se colara entre sus dedos y se perdiera en el aire—. Hay cosas peores que golpear a sus rivales cuando se presenta la oportunidad.

¿Rivales...? Malachite tardó un momento en cubrir el hueco apuntado por Alexia. Sucesión... supremacía militar... ¿de veras piensa que la cuestión se reduce a esto? Y éste es su verdadero propósito: ofrecer sus servicios a la vista del faccionalismo que está devorando la ciudad. Otra posible implicación sacudió a Malachite: Entonces cree que Michael ha sido destruido... o, de lo contrario, está jugando a dos bandas y negará lo que no se haya dicho a las claras. Pues bien... ¡también yo elegiré a qué banda deseo jugar!

—Acompáñeme, *lady* Alexia. Vayamos a la cripta de Michael, debajo de Hagia Sofía.

La satisfacción de Alexia era genuina, pensó Malachite. Podría haberse perdido en el fulgor de su semblante. Que crea que aspiro a ser el señor de la guerra Cainita de Constantinopla, y tal vez resulte de ayuda si es cierto que Michael... no se encuentra bien. Pero igualemos su espíritu mercenario. Eso es lo que espera y, de lo contrario, sospechará.

—A cambio, te pido una cosa.

—¿Oh? —Alexia fingió una mínima sorpresa, aunque sus ojos eran los del tratante de blancas en plena negociación.

Malachite se esforzó por encontrar una petición adecuada. Por lo general, de una antigua con tanta influencia y medios a su disposición, habría bastado con un favor sin especificar a ser consumado en el futuro, pero en este preciso momento se apoderó de él una cierta inquietud acerca del futuro. Parecía preferible exigir un precio de naturaleza más inmediata. ¿Pero qué? Entonces cayó en la cuenta.

—Esa doctora, Miriam de Damasco... ¿estudia contigo?

—Me parece que me suena el nombre.

—A partir de ahora será responsabilidad de mi familia. Renunciarás a ella por completo.

Alexia vaciló. Parecía casi satisfecha, divertida tal vez, por este inesperado giro de los acontecimientos.

—Creo que los caballeros leprosos encontraréis nuevos conversos entre los judíos.

—Ése es mi precio.

—Yo estaba pensando más bien en treinta monedas de plata.

—La noche se consume.

—Está bien, está bien. Es vuestra.

Qué deprisa se torna vacío su discurso acerca del Sueño, pensó Malachite. No era más que forraje barato para una bestia de carga «leal».

—En tal caso, pongámonos en camino.

Capítulo diez

—La dama Alexia nos acompaña —informó Malachite a los demás Nosferatu, que miraron a la mujer con escepticismo y cautela—. En marcha. Ya hemos perdido bastante tiempo. —Al tiempo que decía esto, hizo una seña secreta a Ignacio: Vigílala.

Alexia no dijo nada. Una vez hecho su pacto con Malachite, se dedicó a ignorar a los integrantes de su compañía, y éstos no parecían nada inclinados a penetrar la armadura de frialdad que la rodeaba. Así que volvieron a ponerse en marcha: Armando, Malachite, Alexia, Ignacio, Teodoro con el muchacho, Basilio y Zoticus.

Mientras avanzaban, Malachite podía sentir los ojos de Alexia clavados en él. Cuando lanzaba alguna mirada de soslayo a su espalda, ella no apartaba la vista, no fingía desinterés, sino que lo miraba a los ojos... intensa e inescrutablemente. Ojos negros como el pozo de la mina más profunda, encendidos con un fuego tenebroso que resaltaba contra su semblante cincelado en marfil. Por encima de su hombro, Malachite podía ver a Ignacio, atento, preparado para desbaratar cualquier amenaza que pudiera plantear la mujer... pero no era un puñal por la espalda lo que temía Malachite. Eso no era propio de alguien como *lady* Alexia. ¿Acaso no podía haberle atacado cuando estaban a solas, si hubiera deseado arrancarle el corazón del torso? ¿Y por qué iba a querer hacer tal cosa? De ese modo, su pacto mercenario se echaría a perder. Cree que deseo gobernar la ciudad en ausencia de Michael. Malachite no confiaba en el interés que había mostrado Alexia por el bienestar del patriarca... no más de lo que confiaría en la idea de que era la ternura lo que atraía al buitres a la carroña. Pero tal vez ella pueda serle de alguna ayuda. Si al encontrar a Michael descubrían que ella podía ayudarlo, haría lo que fuese necesario... impulsada por el miedo, ya que no por la devoción.

Aun así, la aprensión corroía a Malachite. Esa sensación se mezclaba con todo lo que había rechazado en el transcurso de su huida hacia delante en busca de Michael: el icono con su Cristo-Dragón, el irritante presentimiento que no le dejaba en paz pero que pretendía iluminar las tinieblas de su interior y en el que más valía no ahondar.

Michael restaurará el equilibrio que no puedo reclamar por mí mismo, pensó Malachite. Así que siguió adelante, ignorando con fatalismo la amenaza Capadocia que caminaba detrás de él. Si es mi corazón lo que desea, primero me obligará a amar el cuchillo, a suplicar por él, para que al final le agradezca que me arrebatase la sangre y me reduzca a polvo. Aunque conservaba la sensación, de algún modo, de que podía atraer a la mujer hacia el Sueño.

—Con cuidado —previno Ignacio.

También Malachite escuchó los sonidos del frente: voces, gritos quejumbrosos, lamentos de desesperación.

¿Con qué tormento y derramamiento de sangre habré tropezado ahora?, se preguntó.

Se encontraban cerca de la iglesia de Hagia Sofía, mucho más cerca de lo que su distracción le había permitido comprobar. He de conocer la verdad. Los pasos de todo lo anterior —una vida mortal; casi medio milenio de no-muerte manchada de sangre— lo habían conducido a esta encrucijada. He de saberlo.

Se habían adentrado en las profundidades de la colina, aunque a través de las toneladas de tierra apelmazada y roca, desde más allá de las criptas y túneles y catacumbas, podía sentir la santidad de Hagia Sofía. Puede que los latinos hayan profanado el altar, que hayan robado las reliquias y los sagrados recipientes de oro, ¡pero no podrán alejar a los romaioli de la gracia del Dios Padre!

Este inesperado resquicio de euforia, de confianza en el ordenado plan divino, no podía, empero, disipar los gritos torturados que emanaban de la cámara iluminada que tenían ante sí.

—La antecámara del patriarca —dijo Ignacio, teñidas sus palabras por un temor reverencial nada desdeñable.

Nunca antes había estado aquí, comprendió Malachite. Los caballeros leprosos de San Ladre se habían entregado al servicio del Sueño, pero únicamente gracias al proselitismo de Malachite. Michael nunca los había reconocido ni habían sido aceptados formalmente en el seno de la ciudad. Pero Michael debía de saberlo. Igual que sentí que debía de saber que el barón Thomas y yo intentábamos proteger la Biblioteca de lo Olvidado.

Se situó delante de Armando cuando se acercaron a la antecámara, pero de repente fue como si sus piernas se negaran a continuar; se envararon y se tornaron sólidas como pilares de sal. Al frente, continuaba el monótono gemir. Los ensalmos subrayaban los gritos más penetrantes, alzadas al

unísono las voces, los sonidos musitados de un ritual, acentuados por agónicas notas de gracia.

Ella sabía que nos encontraríamos con esto, comprendió, queriendo girar para encararse con Alexia, asomarse a sus ojos negros y su fría sonrisa. La atemorizaba venir sola. Se abrió ante él otra capa de las maquinaciones de la mujer y se preguntó cuántas quedaban por descubrir. Pero no podía girarse, del mismo modo que tampoco le era posible impulsar sus trémulas piernas hacia delante. ¿Pertenece ese cántico a la liturgia divina que había oficiado él como obispo mortal? ¿Descendían las palabras desde las alturas, desde el Cielo? ¿Quizá incluso de la gran basílica de la superficie, traspasando piedra y tierra y los cuerpos de los santos?

Los alaridos desmentían su visión. Azuzaban a la Bestia. Si pretendía negar lo que tenía que ofrecerle su visión interior, tal vez la criatura se mereciera correr en libertad.

Se colocó alguien a su lado, se apoyó una mano en su hombro. Ignacio habló en voz baja:

—No tardará en salir el sol.

El sol. Alumbraría a través de la tierra, sin importar las protestas, mientras las criaturas de la noche corrían a refugiarse.

—Sí. Vamos.

Los condujo a la antecámara, un enorme salón iluminado por antorchas de no más de veinte metros de anchura pero fácilmente el triple de longitud. Los arcos entrelazados y asentados sobre columnas de mármol se elevaban hacia cúpulas excavadas en la roca desnuda. La cámara emitía destellos blancos a la luz de las llamas... y rojos, escarlata brillante contra la sangre fresca, reseca y negruzca que bañaba la vieja.

El suelo se contoneaba, un mar de humanidad, de cuerpos desnudos despellejados a fuerza de azotes, de rostros embadurnados de ceniza. La estancia estaba cubierta de jirones de arpillera. Unas manos temblorosas alzaban cuerdas anudadas en las que se habían alojado trozos de cristal, se detenían mientras unos labios secos musitaban plegarias al arcángel, y descendían con toda la fuerza que les restaba, golpeando al prójimo o a sí mismos. Los gznates inflamados por la deshidratación expectoraban angustiados gemidos que se diluían en el incesante cántico.

Había Cainitas entre los asistentes, según pudo ver Malachite: cuerpos de una palidez cadavérica surcados de heridas yermas, pieles abiertas de las que no manaba la sangre.

Al frente de la asamblea, en lo alto de tres escalones bajos y amplios, se encumbraba un Cainita cubierto de cicatrices ante dos puertas gigantescas. Las vestiduras desgarradas de un sacerdote yacían a sus pies. El cabello mocho y los ojos cerrados, su carne muerta un dédalo de pálidas fisuras, los puños levados a los cielos en actitud de súplica:

—Líbranos del mal, favorito entre los elegidos de Dios, arcángel Michael.

—Líbranos del mal —entonaban sus seguidores—. ¡Líbranos del mal!

Los flagelos se hundieron en la carne. Aquí una mujer, mutilados los senos, caía de rodillas. Allí un hombre sucumbía al estupor y permanecía tan inerte como si estuviera muerto. Continuaban las plegarias musitadas:

—¡Jesús, Jesús, Michael, Michael, arcángel Michael!

Y el ensalmo:

—No somos fuertes ni dignos, pero tu gracia nos ayudará a resistir.

—¡No somos fuertes! ¡No somos fuertes!

La cuerda enlazada restalla contra la carne. El cristal reclama su premio. Los vapuleados penitentes suplican con cada gota de sangre derramada, entregados a una orgía de tortura y tormento, todo en nombre de...

—¡Michael! ¡Arcángel Michael!

—¡No! —rugió Malachite. No podía soportarlo más.

Los látigos alzados para golpear se detienen en el aire. La multitud se giró al unísono, dando la espalda a su sacerdote. Malachite salió del túnel practicado en la parte trasera de la estancia. La turba, ensangrentada y exhausta, le abrió paso. Los asistentes mortales habían visto tretas Cainitas disfrazadas de milagros, sin duda, pero nunca había presenciado la asquerosidad desenmascarada de los Nosferatu. Aun así, mientras avanzaba a largas zancadas hacia el falso sacerdote, Malachite tenía la impresión de que la gente se apartaba tanto por miedo a su determinación como debido a su horripilante rostro.

Son ovejas, pensó, ¡y este charlatán pretende conducirlos hasta su condena por medio de la tortura del cuerpo y la mente!

—¡Se acabó! ¡No pronuncies el nombre de Michael, miserable blasfemo!

El sacerdote se irguió, alto y terrible en su santurronería.

—¡Eres tú el que blasfema! —respondió, encolerizado ante aquel desafío. Levantó los brazos como si quisiera invocar la furia del Cielo. Los asistentes retrocedieron... pero Malachite avanzó sin vacilación, presagiando asesinato su torva mirada. Los demás Nosferatu y Alexia seguían su estela con menos entusiasmo, conscientes de que la ola podía romper en cualquier momento y arrastrarlos.

Malachite desenvainó su espada.

—Vuelve a pronunciar esas palabras y te azotaré hasta despellejarte con tu propia lengua. —Al aproximarse, reparó en la identidad del sacerdote que antes había pasado por alto debido a las incontables laceraciones y el severo corte de pelo—. ¡Libanias! Eres un pájaro entrenado de los de Magnus, y Abrazado hace poco, aprovechando la momentánea distracción de Michael. Apeestas estas cámaras con tus pantomimas y tus mentiras. Márchate. ¡Todos vosotros! —aulló, volviéndose hacia los testigos—. ¡Marchaos!

Se encogieron, pero el miedo, el agotamiento o la devoción los mantuvo en el sitio.

—Tus amenazas —dijo Libanias— no entrañan más peligro que las espadas de los cruzados. Roban y asesinan... y Magnus ha sido capturado...

Malachite percibió el ligero temblor en la voz del sacerdote, la duda, la trepidación. ¡Cree!, comprendió. Es uno de los hombres de Magnus, ¡pero no se trata de ningún charlatán, sino de un inocentón!

—Patético desventurado —masculló, y dio la espalda al sacerdote.

La rabia de Libanias cobró nueva fuerza.

—Apelamos al arcángel Michael para que abata a nuestros enemigos: ¡a aquellos que nos persiguen con espadas, a aquellos que propagan embustes entre los fieles! ¡Todas las faltas que se hayan cometido serán corregidas!

Malachite alzó su espada... y vaciló. ¡Todas las faltas que se hayan cometido serán corregidas! ¿Acaso no había dicho él algo idéntico? ¿Acaso no se había abierto paso a golpe de garra hasta el refugio del patriarca para que Michael pudiera apiadarse de los fieles, salvar Constantinopla y el Sueño de los enemigos que había tanto fuera como dentro de la ciudad?

La ensangrentada multitud observaba al sacerdote y a Malachite sumida en un silencio absorto, hasta que, silenciosamente al principio, comenzaron los murmullos en voz baja, preguntas indignadas, ruegos de intervención, amenazas dirigidas al blasfemo:

—Su cara delata que ha sido marcado por el Diablo.

—¿A qué otro señor serviría una bestia tan horrenda?

—Michael lo exterminará. Nuestra es la fe.

—Recemos, y el arcángel nos rescatará.

Están tan ciegos, estos mortales, pensó Malachite. Pero también lo están los Cainitas que se cuentan entre ellos. Son unos necios, hasta el último de ellos, tanto como este sacerdote, o Magnus, o... o... No se atrevía a seguir la revelación hasta su desembocadura. Apretó los puños. Antes debía acabar con esa herejía. ¿Cuántas docenas de mortales yacían desnudos y cubiertos de

sangre en el suelo en el nombre de Michael? ¿Cuántos Cainitas se mutilaban por la causa de la redención?

—¿Es mucho más noble vuestro sufrimiento porque sois vosotros mismos los que os lo infligís? —espetó—. ¿Creéis que a Michael le complace que os rasguéis las vestiduras y os arranquéis la piel a tiras? ¿Le glorifica esto? ¿Responde a vuestra llamada?

Se giró y señaló las grandes puertas.

—¿Cuántas noches y días habéis dedicado a esta locura? Y sigue sin responder. ¡Necios e hipócritas!

Blandió su espada y la arrojó por los aires contra la muchedumbre.

—¿A quién he derribado? —gritó—. ¿Y cuánto peor es su suerte que la de los que mueren a manos de los latinos? ¿Cuánto peor es su suerte que la del resto de vosotros, que os destruíis a vosotros mismos por una falsa esperanza?

Unos murmullos furiosos se elevaron de la multitud. Comenzaron a avanzar, como una pleamar de cuerpos.

—¡Adelante! ¡Arrancadme las extremidades! —gritó—. Si esto es en lo que se ha convertido el Sueño, entonces me lo merezco. Todos nos lo merecemos.

—Rescátanos, arcángel Michael —entonó Libanias—. Líbranos del mal.

—¡No hay ningún arcángel! —se desgañitó Malachite. Sus manos encontraron de improviso el icono, el rostro del arcángel, y el del Cristo-Dragón—. ¡No hay ningún arcángel, salvo en el Cielo junto al Dios Padre! — Con furia impía, Malachite estrelló el icono contra el suelo de piedra, sintió tanto como vio cómo se fracturaba el marfil, cómo se rompía en pedazos.

En ese instante se liberó una bestia sobre la multitud. Rugiendo, saltó a izquierda y derecha, desgarrando con zarpas y colmillos. Los gritos reverberaron en el mármol. Los penitentes intentaban correr, patinaban con su propia sangre, y eran pisoteados.

¡Basilio!, vio Malachite.

El rostro deformado del Nosferatu estaba retorcido hasta ser casi irreconocible. En su furia y brutalidad, no parecía otra cosa más que un animal salvaje. Ignacio se situó cerca de Malachite, espada en ristre por si se aproximaban los penitentes. Los ojos negros de *lady* Alexia lo contemplaban todo tras su máscara marfileña.

—No, esto no es lo que quería —musitó Malachite. En ese momento recibió un golpe por la espalda y trastabilló hasta tropezar con los escalones.

Libanias estaba sobre él, buscando su cara, desgarrando quebradiza carne muerta que se desmenuzaba y descascarillaba igual que una escarpa de arena.

—¡Líbranos del mal! ¡Líbranos del mal! —repetía el sacerdote a cada golpe de sus zarpas.

Malachite pugnó por defenderse y consiguió protegerse la cara con un brazo. Las garras se hundieron en su muñeca, destrozando los tendones hasta llegar al hueso. Otro golpe frenético consiguió penetrar su guardia, llegó hasta la carne tierna, la arrancó de cuajo.

El dolor acudió un instante después, abrasando su mente como si el surco que había trazado la garra en su rostro fuera lo único que existiera en el mundo.

¡No en el nombre de Michael! El dolor le dio fuerzas, ayudaba al fiel a concentrarse.

Respondió con sus propias garras, las sumergió en las entrañas de Libanias, destrozó músculos y órganos disecados. Sintió cómo se convulsionaba el cuerpo del sacerdote y supo que el golpe había traspasado su furia enloquecida.

Siguieron luchando y rodando. Malachite proyectó sus temibles fauces de acero y obtuvo su recompensa. Sintió el hueso entre sus dientes. Zangoloteó la cabeza igual que un chacal, sintió el crujido, el rechinar... ¡un chasquido! Escupió uno de los dedos que habían tanteado buscando su cara para desgarrarla.

Un grito de dolor...

Un impacto sobrecogedor...

Y Libanias desapareció. Malachite dejó de sentir el peso que lo aplastaba. Dejó de sentir las garras que buscaban su rostro. Su mano mutilada, alzada a la defensiva, no encontró resistencia. Cobró consciencia de los afilados bordes de los escalones que se clavaban en su espalda. Algo obstaculizaba su campo de visión. No podía ver con claridad.

Unas manos tiraron de su brazo... pero no con violencia. Ignacio le ayudó a ponerse de pie.

—No podía atacarle sin golpearte —se disculpó el caballero. Malachite se vio obligado a girar la cabeza para poder ver al otro Nosferatu.

Los gritos resonantes atrajeron su atención. Cuerpos maltrechos yacían esparcidos por toda la antecámara, dispersas las extremidades, encharcándose la sangre sobre el mármol. Los sectarios del arcángel Michael se amontonaban ante las entradas de los túneles, se atropellaban en su prisa por escapar.

Basilio la Bestia cayó sobre ellos, uno tras otro tras otro, derribándolos por la espalda, descargando un golpe mortífero tras otro. Varios Cainitas

yacían desjarretados, degollados, incapaces de huir o incluso de gritar. Avanzaban a rastras impulsándose con los dedos o se limitaban a retorcerse en muda agonía.

Y había otra bestia.

Un lobo negro. Se cebaba con un cuerpo triturado... los restos de Libanias: hueso, manchado de sangre igual que el mármol; porciones de extremidades; entrañas vertidas, tiras de cuero reseco; y unos ojos que miraban sin ver bajo una mata de pelo mocho jaspeado de sangre, desgarrado el cuero cabelludo.

Malachite no conseguía situar al lobo, no encontraba ningún sentido a su presencia allí. La masacre de penitentes dominaba su visión, extrañamente restringida. ¡Esto no es lo que yo quería!

—¡Basta! —rugió.

El lobo alzó la cabeza del cadáver de Libanias, curioso. Basilio se detuvo en seco, se giró hacia Malachite, refulgiendo en sus ojos una amenaza salvaje.

—¡Basta! —aulló de nuevo Malachite, encaminándose hacia su compañero de clan, pasando por encima de cuerpos destrozados, vadeando la sangre espesa. Se frotó el rostro, en un intento por apartar lo que fuera que impedía su vista.

Ignacio estaba a su lado, con la espada preparada. Malachite se acercó sin miedo a Basilio, que vaciló ante la ira de su mayor.

—¿Esto es en lo que nos hemos convertido? —siseó Malachite, con los dientes apretados. Cogió a Basilio por los hombros, lo zarandeó—. ¡Existimos para que asegurar la existencia de los mortales! ¡No para sacrificarlos como a animales! ¡No... no para esto! —hizo un gesto ambiguo que abarcaba su entorno, la destrucción de cuerpos y vidas.

Basilio estaba transfigurado, y en sus ojos vio Malachite el reflejo de su propio rostro, desgarrado hasta el hueso, destruido un ojo, mutilado y asomando fuera de su cuenca.

Al ver cómo la Bestia retrocedía al interior de Basilio, Malachite se giró hacia el otro monstruo que caminaba entre ellos. Donde estuviera el lobo se erguía ahora Verpus Sauzeh, sacudiéndose el polvo de las manos... lo único que quedaba del cadáver rápidamente descompuesto de Libanias. Malachite se encaró con el turco.

—¿Quieres sumarte a la carnicería?

La sombra de una sonrisa asomó a los labios de Verpus.

—Me he limitado a quitarte a éste de encima. —Propinó una patada al polvo del suelo.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Malachite—. ¿Matarme? ¿Encadenarme y conducirme ante tu señor? —Sintió cómo se agitaba Ignacio a su lado.

—El barón nos encargó que diéramos caza a los enemigos de la ciudad. Aquí yace uno, destruido.

—¿No me cuenta tu barón entre los enemigos de la ciudad?

—Tal vez —respondió Verpus, encogiéndose de hombros—. No mencionó tu nombre, y si te considera un enemigo... en eso debo diferir con mi señor.

Malachite le dedicó una mirada escéptica, intentó descubrir el engaño en sus palabras, pero descubrió que le costaba concentrarse. Se llevó una mano a la cara y sintió el reguero viscoso que antes fuera su ojo.

Verpus. ¿Mi captor ahora convertido en aliado... y no a la inversa por una vez?

Unos gritos aterrorizados que se perdían en los túneles distrajeron a Malachite, al igual que la sangre, tanta sangre derramada. La Bestia se revolvió, exigió su parte.

—Malachite —dijo Alexia, serena, desde donde había presenciado el caos—, nos demoramos mientras el sol se aproxima al horizonte del este.

Malachite estuvo a punto de tambalearse bajo el peso de aquellas palabras. No queda tiempo, pensó. Mis enemigos dan vueltas a mi alrededor igual que tiburones, y la ciudad arde sobre nuestras cabezas. Quizá los templarios hayan ocupado ya las catacumbas de la iglesia.

—Ignacio, nos hemos abierto paso hasta las cámaras de Michael. La dama Alexia y yo entraremos en ellas. El resto de los nuestros deberán pasar el día cerca de aquí... pero no aquí. —Aquí se ha derramado demasiada sangre. Estúpidos inocentes. Corderos guiados al matadero... y nosotros hemos blandido el machete, que Dios nos perdone—. En marcha —musitó para sí—. Regresad aquí cuando se ponga el sol. Voy a hacer lo que debí haber hecho hace mucho: os presentaré a Michael. Se acabó el ocultarse como criminales avergonzados.

Al oír un sollozo amortiguado, Malachite se volvió hacia Basilio. Éste había caído de rodillas y temblaba de la cabeza a los pies.

—El patriarca es bello y terrible, pero es bondadoso, justo. No temas. —Puede que aquellas palabras reconfortaran a Basilio. Dejó de estremecerse. Acobardada la Bestia, Malachite veía tan solo al caballero leproso que le había salvado en los rediles de esclavos y que había cuidado del muchacho...

que yacía a su vez como si estuviera dormido, ajeno al derramamiento de sangre, en los brazos de Teodoro. Se acercó a éste y recogió al joven.

Se acerca el momento, chiquillo. Serás restaurado.

—Y tú —se dirigió a Verpus—, si eres leal al Sueño en que tal vez aún pueda convertirse esta ciudad, acude aquí mañana por la noche. Michael necesita fieles. Si regresas con el barón y quienes pretendan hacernos daño, sabremos a qué atenernos.

Y Michael se ocupará de ello.

Se hizo el silencio en la antecámara. El cansancio del amanecer pesaba sobre Malachite, el deseo de poner fin a la lucha; también el hambre pesaba sobre él. Llegó hasta los escalones, las puertas, el icono que había machacado contra la piedra. Se había roto en tres pedazos. La grieta que había parecido separar al arcángel del Cristo-Dragón se había convertido en una fisura abierta. Otra raja atravesaba la imagen del arcángel a su vez.

Con delicadeza, Malachite posó al muchacho en el suelo, y con el mismo cuidado recogió los fragmentos de baldosa de marfil y los puso a salvo entre los pliegues de su túnica. Se sentía desfallecer, enfermo por la destrucción que había desencadenado.

Lady Alexia se acercó a él.

—Antes debo alimentarme —dijo Malachite—. Luego seguiremos adelante.

Capítulo once

Sangre. El tributo de los Cainitas... una especie de diezmo a cambio de velar por la raza humana. Mas los pastores no atendían a su rebaño. Peor aún, esquilaban a sus ovejas de la sangre de vida.

Nuestro único objetivo es robar sangre, pensó Malachite. Lo sé, y aun así sigo bebiéndola.

La sangre corría por su garganta, obraba maravillas en su cuerpo expoliado. Experimentó la estimulación de la pasión, el temor reverencial del sacramento. La muñeca destrozada se recompuso y recuperó su fuerza. El lacerado globo ocular, oscilante, vibró como si estuviera dotado de vida propia, se retrajo hasta la cuenca y comenzó a soldarse. Poco a poco, su vista regresó, al principio un horrible borrón, pero empezó a ver gradualmente. La Bestia gruñía ante el control de Malachite... ¡tantos cuerpos! Pero eligió sólo uno.

La mujer se encontraba a las puertas de la muerte cuando la encontró. Entre los muertos y moribundos, yacía desnuda y embadurnada de sangre y excrementos. Cerca de ella, Malachite encontró dos niños pequeños: desollados, muertos, maniatados para asegurar su devoción.

¿Serían suyos?, se preguntó. ¿Pensaba salvarlos? ¿Pensaba salvarse a sí misma?

Buscó respuestas de la única manera que conocía: en la sangre, rastreando cualquier atisbo de reconocimiento mientras engullía la vida que se evaporaba, pero lo único que cató fue su miedo, su desolación y desesperación. O tal vez la propia.

—¿Vamos? —preguntó Alexia, cuando él hubo terminado.

Malachite se preguntó a qué obedecía la velada urgencia de la mujer, y en ese momento la odió por ello. Quería más que ninguna otra cosa cruzar las enormes puertas de bronce, encontrar a Michael. Pero me da miedo dar el último paso.

La impaciencia de Alexia ponía de manifiesto la falta de fe de Malachite.

Contempló el cuerpo que tenía a sus pies. Esta mujer poseía más fe y coraje que yo... esta pobre desdichada.

—Malachite —llamó Alexia; no sin tacto, pero aun así él la fulminó con una mirada cargada de odio. La Capadocio retrocedió un paso.

Recogió al muchacho, su propio chiquillo, y avanzó hacia las puertas. Se alzaban inmensas sobre él, pero cuando hubo asido los pomos, se abrieron sin ofrecer resistencia. Malachite sintió asco. No conseguía volverse para enfrentarse a los cuerpos diseminados por toda la antecámara. No se atrevieron a intentarlo. ¡Malditos idiotas! Prefirieron torturarse y perecer con la esperanza de que su arcángel acudiera en su auxilio... ¡cuando podían haber cruzado las puertas si hubieran querido!

—La adoración solo entraña peligro —dijo Alexia, con severidad—, tanto para los creyentes como para su dios.

—Michael nunca les pidió que le adoraran.

—Tampoco los disuadió.

Las chisporroteantes antorchas emplazadas en la antecámara proyectaban las sombras de los Cainitas ante ellos, enmarcadas por el vano de la entrada, sobre la piedra. Y de este modo, al cabo de ésta, la tercera noche desde que regresara a la ciudad, Malachite entró en el refugio del patriarca Michael. Alexia avanzó en silencio detrás de él, cubriéndolo con su sombra.

La cámara ascendía hasta perderse en las tinieblas. Malachite sabía, gracias a anteriores visitas, qué era lo que no veían: la magnífica bóveda tallada, los arcos convergentes, separados en la base por cuarenta ventanas de cristal tintado. Cuando Michael estaba despierto, las ventanas resplandecían como si las iluminara el sol, pese a encontrarse a gran profundidad bajo tierra.

Ahora la bóveda se veía negra como el carbón.

La primera vez que había estado aquí Malachite, había tenido la sensación de encontrarse en la nave de Hagia Sofía. Las similitudes eran impresionantes... y en absoluto fruto de la coincidencia: las vastas dimensiones de la bóveda; las ventanas, su número y diseño; la cascada de semibóvedas en los laterales del este y el oeste; las galerías y las columnas de mármol, al norte y al sur; el delicado pan de oro y los mosaicos de piedras preciosas, idénticos hasta el último detalle a los de la gran iglesia. Michael había tardado cientos de años, empleando a un artesano tras otro, en crear su paraíso divino.

Al entrar, Malachite aplastó algo con el pie. Se detuvo, vio fragmentos de vidrio en el suelo... cristal tintado. Por instinto, alzó la vista hacia la bóveda pero no pudo ver nada en las alturas. Al volver a mirar al suelo, vio que incluso el mármol bajo sus sandalias estaba ennegrecido, como quemado por

el fuego. Una horrible sensación le congeló las entrañas. La Bestia comenzó a desperezarse.

Siguieron adelante, moliendo cristales a cada paso, lejos de la protección de la luz de las antorchas de la antecámara. En el centro de la oscura pseudonave se alzaba un sepulcro sobre un estrado, ambos tallados en piedra. Por lo demás, la vasta cámara estaba vacía. Malachite avanzó hacia el estrado, una especie de altar erigido en honor de Michael. Cada paso le suponía un esfuerzo, caminaba a trompicones, como si estuviera siendo arrastrado por unas cadenas sujetas a un gigantesco cabrestante oxidado.

Cerca... más cerca...

El estrado era mucho más grande de lo que parecía desde el umbral. Se elevaba sobre su cabeza hasta al menos el doble de su estatura. Vaciló momentáneamente antes de pisar el primer escalón. La inexorable presencia de Alexia era lo único que lo impelía a continuar.

¿Tendría fuerzas para esto sin ella? ¿Lo sabe? Estaba seguro de que ella había estado al corriente de la presencia de la secta de la sangre a las puertas. ¿Qué más sabe? ¿Sabe lo que vamos a encontrar?

Tanto si ella lo sabía como si no, Malachite sí iba a saberlo. Reunió coraje para subir el escalón, y luego otro, y otro. A su alrededor, a sus pies, la nave se extendía hasta los límites de la oscuridad.

Perdóneme, Michael, por molestarte, quería decir Malachite, pero tenía entumecidos los labios y la lengua. No es por mí, sino por el muchacho, por la ciudad, por el Sueño.

Subió paso a paso. El mundo se reducía al estrado, el sepulcro, el muchacho, la Capadocio con su máscara de marfil. Todo lo demás era oscuridad, el silencio de la muerte. Malachite siguió adelante, se asomó al sepulcro abierto del patriarca...

—Polvo... —susurró Alexia.

La palabra ascendió hasta las sombras, atronó en los oídos de Malachite hasta que éste temió que la ciudad al completo pudiera desplomarse sobre sus cabezas.

—No.

—Es verdad —dijo Alexia, súbitamente seca, áspera, su voz dulce, con una confusa mezcla de asombro, reverencia, temor, anticipación—. Los rumores son ciertos.

—No. No puede ser.

Se apoyó en la piedra. ¡No puede ser! Michael, reducido a polvo; la ciudad más hermosa de la Tierra, testamento eterno de la gloria de Dios, en

ruinas; el Sueño...

—No puede ser.

Malachite apoyó el rostro en el de su chiquillo, derramó lágrimas de sangre... sangre vertida dos veces esa noche con la esperanza de que Michael blandiera su espada flamígera y aniquilara a los profanadores de la ciudad.

—Mis dos hermanos han desaparecido —musitó una voz en su oído. Sintió cómo los fríos labios de su chiquillo batían apenas contra su cara—. Los dos han desaparecido. No puedes traerlos de vuelta.

Malachite dio un respingo, escrutó el semblante embadurnado de sangre del muchacho en busca de signos de vitalidad... mas el mentón descansaba laso, cerrados los ojos.

¿Lo he oído? ¿Ha hablado?

Malachite miró a Alexia, pero ésta se había quedado transfigurada ante la montaña de polvo que ocupaba el sepulcro... polvo que otrora había paseado de noche por las calles de Roma, a muchos kilómetros de distancia y hacía muchos años; polvo que había surcado los mares hasta un asentamiento fluvial y había contribuido a transformarlo en una ciudad de oro.

Con independencia de lo que hubiera ocurrido antes, ahora el muchacho guardaba silencio. Ahora Michael estaba...

—Tenemos que cerciorarnos —dijo Alexia—. Debemos comprobar que era él.

El significado de sus palabras penetró muy despacio el aturdimiento de Malachite.

... Seguro que era él. El murmullo despertó ecos en las alturas ensombrecidas y, en la mente de Malachite, se entrelazó con inquietantes posibilidades: Polvo... desaparecido... no podemos traerlos de vuelta.

—Quizá sea un ardid —decía Alexia.

Ardid... polvo... seguro.

—O una prueba —susurró Malachite—. Nos está poniendo a prueba. — Sus propias palabras apenas conseguían salir de sus labios. Como ocurriera hacía un momento con el muchacho, se preguntó si de verdad había llegado a decir algo. Pero tanto si sus palabras huían hacia las tinieblas o eran sofocadas por ellas, se aferró a la idea de que Michael estaba poniéndole a prueba. Todavía quedaba esperanza para el muchacho y la ciudad, para el Sueño.

No podemos traerlos de vuelta...

—Existe una posibilidad —dijo Alexia.

... Traerlos de vuelta.

—¿Cuál es?

—Dicen que tú... que tú has bebido su sangre. —El semblante de Alexia se pareció más a una máscara de marfil en ese momento que en ningún otro que él hubiera visto antes. Solo sus ojos la delataban, le observaban con una intensidad tal que Malachite pensó que la máscara se quebraría y fragmentaría igual que el icono pintado. Su voz carecía de inflexiones, estaba perfectamente bajo control, pero aquellos ojos negros ardían, envidiosos de que una criatura tan horrenda hubiera catado la sangre.

Malachite se enderezó, zaherido en su orgullo por su mueca implícita.

—Es cierto —confirmó.

La reacción de la mujer fue una mezcla de incredulidad y satisfacción.

—En tal caso, lo único que me hace falta es una gota de tu sangre.

En tal caso... Malachite reconoció su provocación. Es una treta, pensó. Quiere obligarme a desear el cuchillo, a suplicar por él, para que al final tenga que darle las gracias. Pero la posibilidad de conocer la verdad...

Supo que tomaría ese camino, aunque ella lo condujera hasta el mismísimo amanecer.

Alexia esbozó una sonrisa. Rebuscó entre los pliegues de su vestido y sacó una pequeña taza de oro, poco más grande que un dedal. Recogió del sepulcro una diminuta fracción de polvo... de Michael, tal vez.

—Quiero conocer la verdad —dijo Malachite. Le ofreció la mano.

Alexia comenzó a susurrar... casi imperceptiblemente. Malachite se esforzó por oír, pero sus palabras le resultaban incomprensibles, ni en el griego de la Nueva Roma ni en el latín de la antigua. Ni en alguna de las lenguas bárbaras del oeste, ni jerga nómada ni dialecto culto del este. Era algo anterior, algo que se remontaba hasta las raíces de la tierra, nutrido por la sangre.

En la otra mano sostenía un puñal de plata. De un solo movimiento poderoso abrió la palma de Malachite. Éste permitió que fluyera la sangre, que se agolpara en la herida. Una única gota se inclinó hacia la taza dorada, dudó, se resistió a la llamada del polvo, se estiró aún más...

... Y cayó.

En la taza, la sangre y el polvo desaparecieron con un siseo de vapor. Los ensalmos arcanos de Alexia adoptaron una cadencia más resaltada, se tornaron más pronunciados, si bien no más fáciles de descifrar. Se volvieron más reales... mientras que el resto del mundo se transformaba en algo más irreal, difuso, distante. El humo sanguinolento inundó los sentidos de Malachite; ocupó la oscuridad de la bóveda ensombrecida; le llenó los ojos, la boca, la nariz; disolvió la fría solidez del mármol bajo las yemas de sus dedos.

La entonación ganó en volumen, aunque Malachite no había reparado en ello hasta ahora que parecía que el sonido emanara del interior de su propia mente. Cada una de las sílabas se estiraba igual que la sangre adherida a su mano —tensándose, resistiendo, tensándose, rompiéndose—, cediendo el paso a la siguiente a regañadientes. Intentó imitar la textura de cada sonido, pero la particularidad de cada uno eludía su lengua. Lo mantenían embelesado conforme el sentido del tiempo se marchitaba, perdía su significado, perdía cualquier relación con el contexto del aquí y ahora. El sonido se alargaba hasta que sin duda una sola palabra bastaba para cubrir el ciclo del nacimiento y la muerte, de la estación dando paso a otra estación que daba paso a otra estación.

Del ensalmo y el humo emergió una luz, cálida, brillante y purificadora.

Y dijo el Señor, «Hágase la luz».

Malachite se arrodilló a los pies del estrado... se vio arrodillarse a los pies del estrado. Veía a través de sus ojos, aunque simultáneamente existía fuera y más allá de sí mismo. Esta dualidad de su visión se reflejaba en oleadas superpuestas de pensamientos, retirándose la perspectiva de una ola al tiempo que rompía la siguiente contra la orilla de su consciencia.

Se arrodilló, contemplando el sepulcro desde abajo. Recordó haber estado de pie junto al sepulcro, apoyarse en él. Una luz resplandeciente emanaba de lo alto del estrado y a través de las soberbias ventanas de cristales tintados que cubrían la inmensa bóveda sobre su cabeza, aunque parte de él sabía que la cúpula estaba embozada en la oscuridad. Aguardó el primer atisbo del patriarca.

Pero he visto el montón de polvo.

El sentido del tiempo se había alterado sin remisión, atrapado por las rugientes olas de perspectiva, nublado por los sedimentos.

Polvo.

Se sumió en su yo anterior... Maleki, el yo que era tan ingenuo como para pensar en términos de horas mortales... ¡en días!... aunque llevara muerto casi un año, torturado por Magnus y por su propia consciencia.

La luz brilló con más fuerza. Apartó la mirada, se protegió el rostro, sintió la presencia de Michael. Incluso el aire que lo rodeaba se tornó cálido y crepitó cuando los pies del patriarca pisaron un escalón tras otro, descendiendo de modo que las criaturas inferiores pudieran compartir su santidad. Maleki se estremeció.

Una gloria sobrenatural apoyó sus manos en él.

La salvación estaba al alcance de su mano. La redención.

El apetito innegable. Unas manos de pura luz tocaron el rostro de Maleki. Ríos de rojo sangre brotaron de flagrantes estigmas. Maleki se embebió de luz, y fue bautizado Malachite con la sangre del patriarca.

—Entonces es cierto —dijo una voz, una voz de mujer—. Bebiste la sangre.

Una ola de confuso sentido del tiempo se estrelló violentamente contra Malachite. La fuerza de la corriente lo arrastró, lo alejó de su epifanía, del momento más bendito de su existencia. Quiso regresar, desesperadamente, pero no conseguía orientarse en las negras aguas, ni siquiera lograba ser dueño de su cuerpo suspendido entre el entonces y el ahora.

—Bebiste la sangre —dijo la mujer—. Ahora conoceremos la verdad.

A Malachite no le importaba la verdad. Deseaba la preciada vitae por encima de todas las cosas. El Sueño resplandecía a través de sus poros igual que sanguinolentas perlas de sudor. Sentir cómo se alejaba la luz era pura agonía.

Mas alejarse es lo que hizo, para ser reemplazada por una luz bien distinta... si es que es posible que una vela reemplace al sol. La iluminación constituía una revelación de otro tipo, menos primordial que la epifanía nacida del patriarca, aunque también alumbraba. Esta vez Malachite no tenía ninguna preocupación con la que templarse.

Ahora conoceremos la verdad. La voz de la mujer...

¿Quién es? No conseguía acordarse. Su nombre y su rostro se le escapaban igual que arena entre los dedos. Malachite sabía, no obstante, que ella podía ver en su interior. Su sangre le había abierto una puerta.

Pero no podía cruzar el umbral sin mostrarse a él... aunque fuera apenas el borde fugaz de una sombra. Siguió sus palabras, el sonido de su cántico, delicado, rítmico, en alguna lengua incomprensible que evocaba un suelo cubierto de musgo, montañas encumbradas sobre el mar y convertidas en escombros, amor y muerte, pero sobre todo muerte.

No... había amor... apremiante, tumultuoso, tortuoso... escondido en la podredumbre de la carne y el espíritu... amor perdido... amor que en algún momento se había prometido que sería correspondido.

—¿Estará cerca el momento en que me será devuelto mi Andreas? —se preguntó la mujer...

Pero entonces reparó en que era objeto de la atención de Malachite; se ocultó tras una máscara de marfil para que ni siquiera una porción de su sombra le fuera revelada.

Oscuridad.

Una ondulación de sentido del tiempo, y de nuevo la luz... la inequívoca radiación del patriarca cuando yacía en el interior de su sepulcro. Y la patética luz proyectada por una sola antorcha. Dos figuras que trasponen las puertas de bronce, empequeñecidas por las negras alturas de la bóveda sin iluminar. El hombre de la derecha exhibía el ceño cincelado por incontables años de lectura a la luz de las velas. Iba ataviado con la sencilla túnica de un monje. Un paso por detrás de él, una figura encapuchada aún más pequeña retiró su caperuza, para revelar el rostro de una muchacha... joven y no tan joven. Su cuerpo era ligero, con muñecas semejantes a frágiles zarcillos, manos delicadas como las alas de un grillo. Su piel era morena: no el moreno arenoso de los turcos, ni el chocolateado cremoso de Egipto, ni la tonalidad aún más oscura de los confines del sur de África. Estaba morena como si se hubiera quemado, un recipiente de cera horneada modelada con la forma de una muchacha.

Y los ojos... sus ojos no tenían nada de jóvenes.

—Apaga la antorcha, Pedro, mentecato —siseó la joven.

—No se moverá —lloriqueó Pedro. Sus ojos atraparon la luz, danzaron espasmódicamente, reparando constantemente en los productos de su locura —. Le visitan las visiones. No se moverá.

Le conozco, comprendió Malachite, este Pedro... otro de los secuaces de Magnus, y no uno de los privilegiados. Un sicofante balbuciente. Peor de lo que es Libanias... de lo que era... Malachite se encontró atrapado en una cúspide de sentido del tiempo, una burbuja, una onda en las aguas embravecidas. Aunque no estaba aquí, vio cómo avanzaban el hombre y la mujer, una burla retorcida de su propio peregrinaje... en el que continuaba embarcado, que aún no había dado comienzo.

—Sabe que estamos aquí.

Pedro ensayó una sonrisa maníaca, estranguló una carcajada en su garganta.

—Pues claro que lo sabe, María. Pero no se moverá. Le visitan las visiones.

—La luz...

—La luz siempre está con él, nunca se apaga.

¡Se ha apagado!, quiso gritar Malachite. ¡Se apagará! Quiso correr a lo alto del estrado, volver a andar sobre sus pasos aún no dados, zarandear a Michael, prevenirle.

—¿Estás seguro?

La risa se abrió paso esta vez, tan retorcida como el cuello de un gato estrangulado.

—Ya te he dicho que estaría indefenso cuando te llevara ante él, incapaz de oponerse a ti. No tienes fe en mí. ¡Igual que Magnus, maldito sea! No tienes fe en mí. ¿Que si estoy seguro? Estoy tan seguro de esto como de que es mi mano lo que tengo delante de la cara. ¿Seguiríamos caminando y hablando y mirándolo de lo contrario?

Despacio, María asintió.

—Estoy de acuerdo. Y si no va a moverse, y si la luz lo acompaña siempre, no necesitamos la antorcha... ni te necesito a ti.

Su espada hendió el aire con una rapidez y violencia que no se correspondía con su frágil cuerpo. La antorcha cayó al suelo de mármol, y junto a ella, la cabeza de Pedro.

María avanzó, pisó el primer escalón.

Malachite ya no podía verla. El viento y las olas se lo llevaron, mareado por el vértigo, girando, girando...

Él era Michael. El mundo era una espléndida bóveda en lo alto, el esplendor de cuarenta ángeles de flamígera luz. Lo aguardaban, con las manos extendidas, con trompetas celestiales preparadas para darle la bienvenida. Los contemplaba... y contempló el negro rostro que lo observaba desde una distancia mucho menor, el negro rostro que iba a interceder por él.

—Saludos, mi amor —dijo la joven—. Han pasado... muchos años.

Muchos años. Las palabras no conseguían abarcar la magnitud del odio que habitaba en sus ojos. Siglos y más siglos, miles de años, hirviéndose, fraguándose. Y si alguna vez esa muchacha había conocido el amor, ahora su capacidad para sentirlo era menor que el susurro de un antiguo recuerdo.

Pero él recordaba su amor de no hacía tanto tiempo. Recordaba el tacto de una hermosa muchacha cimbrena, barrido por los milenios. Recordaba la agonía de despertarse esa noche para descubrir que sus seguidores habían sacado su cuerpo a hurtadillas de la ciudad sitiada de Ebla. Recordaba la angustia de saber que la joven moriría, que el destino se la había arrebatado.

Ahora el destino se la había devuelto, y sonrió.

Como si estuviera muy lejos, Malachite recordó esas cosas, las supo, las sintió... recuerdos imposibles de la sangre. Quiso gritar advertencias a Michael, impedir lo que estaba a punto de ocurrir... lo que ya había ocurrido. Eran uno solo, unidos por la sangre, y Malachite vio que la mano de Dios descendía sobre el Patriarca, vio la inspiración divina... y al mismo tiempo reconoció la locura que era.

—¿Qué visión es la que tienes para sonreír de ese modo en el momento de tu destrucción? —preguntó María—. Preferiría que gritaras y te debatieras y conocieras parte de la tortura que he soportado durante todos estos años. — Fulminó con la mirada el cuerpo que ocupaba el sepulcro, ojos negros en una cara negra, una mancha rodeada de un brillante nimbo de vibrantes colores.

Soy el padre del Sueño, pensó Michael, pensó Malachite. Mi pasión me ha convertido también en el hijo.

María sostuvo una espada ante su rostro, cerrados los dedos en torno a la empuñadura.

—Tu hoja —dijo, supurando maldad de su voz, dulce miel—. Me arrojé sobre ella. La encontré siglos después, se la arrebaté a un mercader al que devoré el corazón y las vísceras. —Despacio, giró el filo, hundiéndolo en su carne. Un reguero de sangre negra corrió por la espada, y de sus heridas brotaron gusanos blancos como el hueso.

Con el sonido del metal rechinando contra el hueso, partió la hoja en dos y dejó caer los trozos encima de él.

—Sé que me estás viendo. Sé que lo sabes —siseó—. Pero Pedro tenía razón. No vas a moverte. Estás demasiado embelesado con tus visiones, con la contemplación de tu Sueño. Pero has de saber una cosa: ¡Se desmoronará contigo! ¡No quedará nada!

Con las manos desnudas, desgarró la túnica que la cubría, desvelando su piel negra como el tizón, sus senos apenas formados. Aplicó las uñas a su frente, se arrancó la carne del rostro, el cuello, el torso. Salieron más gusanos de las heridas.

—¡Mi sufrimiento será tu sufrimiento! —exclamó, inclinándose más... se detuvo—. ¿Y esto qué es?

Alzó un crucifijo del pecho de Michael, lo sostuvo ante su rostro.

—Tu Dios y tu Cristo son inútiles e impotentes. No te ayudarán. No pueden ayudarte.

Tú haz su trabajo, pensó él. Se hará el mío.

Malachite no conseguía aislarse del apasionado drama en que estaba involucrado. Lo único que deseaba era apartarse de él, impeler a Michael a actuar. ¡La ciudad está ardiendo! ¡Puedes destruir a este demonio con la misma facilidad con que puedes destruir a los falsos cruzados! ¡El Sueño no tiene por qué morir!

Pero su furia era distante, débil como el vino barato que se ha agüado.

María contempló el crucifijo con desdén, pero él lo veía por lo que era. Veía el éxtasis del dolor, la tortura y el sacrificio, la liberación... y veía el

rostro de Cristo, el arco del hijo sobrenatural hecho carne, carne hecha espíritu, despedazada para que generaciones tras generaciones pudieran adorarlo... a Él, el Cristo-Dragón, amante de Michael el patriarca, su igual en todo lo relativo al Sueño.

Los colmillos de María descendieron sobre su garganta. Se produjo el dolor abrasador, el éxtasis del beso, explosiones en los cielos, lluvia de cristales de colores.

¡No hagas eso!, gritó Malachite sin voz, a sabiendas de que ya estaba hecho.

Michael había encontrado la redención en el odio de una amante, demasiado lejos del Sueño como para regresar. Malachite saboreó la locura de la sangre del patriarca, tal y como la saboreaba María. Su derrota era casi tan amarga como la victoria de ella.

Y Michael sonreía.

Al final, una cegadora ráfaga de fuego, cristal líquido que se rompía hacia dentro antes de brotar hacia el exterior, un centenar de veces, el calor que lo había forjado. María proclamó su venganza a los eones.

Se hizo el silencio.

Capítulo doce

Oscuridad. Malachite estaba solo. El frágil cuerpo del muchacho descansaba a su lado sobre el estrado, pero Malachite estaba solo. En algún lugar cercano aguardaba Alexia, envuelta en tinieblas, como un buitre que se dispusiera a alzar el vuelo, pero Malachite estaba solo. La rugiente tempestad de perspectivas era un océano en calma. La cúspide de sentido del tiempo había remitido, había explotado la burbuja. La luz interior, ahora desaparecida, le había mostrado lo que había negado con tanto fervor y se había resistido a ver tan ardientemente: Michael había sido destruido. Malachite estaba solo.

El sueño del olvido le llamaba. Qué tentador cerrar los ojos, despertar tal vez cuando los años o los siglos hubieran puesto orden en el caos del mundo; quizá no despertar jamás. De no ser por la presión de las aserradas esquirlas de cristal tintado bajo su hombro y penetrante hedor a quemado del mármol chamuscado tan próximo a su nariz, puede que ya se hubiera rendido al sueño. Michael había sido destruido. ¿El Sueño...?

—Debe de haber otro que perpetúe su obra —dijo Alexia.

Agotado, Malachite acercó las palabras de la mujer a su lengua. Saboreó algo en ellas... ¿pero qué? Sus intentos por adivinar sus intenciones, sus motivaciones, habían sido inadecuados hasta el momento. Tal vez lo que había querido ella era que él la ayudara a superar el obstáculo de los sectarios penitentes, y nada más. Tal vez deseara respaldarle para que cogiera las rindas del liderazgo de los Cainitas y restaurara la ciudad devastada. Tal vez supiera lo que iban a encontrar en el refugio del patriarca. Tal vez, incluso, hubiera sabido lo que verían si Malachite le permitía el acceso a su sangre.

¿Pero qué esperaba conseguir de él ahora?

Intentó recordar lo que había visto de la mujer cuando ésta traspuso el umbral para sumergirse en la luz de su ojo interior: un deseo negado durante mucho tiempo, un amor perdido pero destinado a regresar, alguien llamado Andreas.

¿De qué manera formo parte de sus planes? Meneó la cabeza. ¿Acaso importa? ¿Tengo elección? Cualesquiera que fuesen los secretos que la impulsaban, Alexia había hecho posible que él viera lo que de otro modo le

habría perseguido por toda la eternidad. Conozco la verdad acerca de la caída de Michael... la ascensión de Michael.

—Él se ha ido —dijo Alexia—, pero quizá el Sueño perdure.

—¿Y de qué manera? —consiguió preguntar Malachite, incapaz todavía de rendirse por completo a la derrota.

—Poco importa quién se siente en el trono mortal. Constantinopla sobrevivirá... herida, sí, pero sobrevivirá. Posees el poder de la convicción. Todos saben que tú, más que ningún otro, eras leal a Michael. Podrías arrogarte el manto de patriarca, someter la ciudad a tu voluntad, dirigir una restauración que glorificaría a Dios y enriquecería a la humanidad hasta el fin de los días.

—Me conformo con servir —repuso Malachite, negando con la cabeza.

—¿Es tu propia conformidad lo que buscas, o el cumplimiento del Sueño?

Su puya dio en el blanco, aunque Malachite presentía los anzuelos aún más letales que tendía Alexia a su alrededor en forma de preguntas y consejos.

—Yo no soy Michael, ni su igual. Solo el falso orgullo podría motivarme a recorrer ese camino.

—O la necesidad, si no queremos que el Sueño se marchite y muera en la vida.

Malachite suspiró, exhausto. El olvido le llamaba, pero no conseguía desengancharse de los garfios que le había tendido Alexia. Sus pensamientos regresaban al barón, el leal Thomas, distraído por la destrucción de la biblioteca que había jurado proteger.

—Tal vez la ciudad sea el manifiesto del Sueño, pero no es el Sueño.

Alexia vaciló.

—A lo mejor tienes razón, y el Sueño ha muerto... ¿pero puedes correr ese riesgo?

—¡Maldita sea, mujer! —El final estaba muy cerca, pero ella no pensaba dejarle en paz. ¡Me conoce demasiado bien! Las cicatrices de tres siglos y medio al servicio del Sueño le resultaban indiferentes.

—¿Tan fácilmente te apartas del Sueño, Malachite? No lo hubiera creído posible. —Parecía zaherida por su infidelidad, molesta... aunque en su malestar seguía ofreciendo un destello taimado en sus ojos negros—. Si no lo haces tú, ¿quién librará a la ciudad de nuestros enemigos? ¿Quién empezará de nuevo y perpetuará el Sueño de Michael? —Dudó, esperando el instante preciso en que sus palabras pudieran calar más hondo—. ¿O es que me ocultas algo?

¿Ocultar? Si no se sintiera tan apesadumbrado por la angustia, se habría reído para burlarse de ella. No he sido capaz de ocultarte nada desde el momento en que nos conocimos. Mas entre los pliegues de su ropa guardaba una reliquia secreta: el icono despedazado, roto el arcángel, ileso el Cristo-Dragón.

—Hay otro —susurró Malachite para sí—. Aquel con el que concibió Michael el Sueño. De los tres fundadores, aún hay uno que acaso sobreviva.

—Sí —dijo Alexia, comprendiendo lo que quería decir—. Hubo tres que pusieron el Sueño en marcha. Michael fue el primero de ellos... —Pero ya hemos visto lo que le ha ocurrido a Michael, fue lo que no dijo—. Antonius era, en algunos sentidos, como un hijo para él, pero Antonius fue traicionado. Cayo, el chiquillo, ocupó su lugar. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Cayo no era el igual de su sire. El tercero... abandonó Constantinopla hará apenas dos o tres siglos...

—El Dragón —dijo Malachite. Sacó el icono de su túnica, contempló el rostro de Cristo.

—Pero ¿cómo vas a encontrarle?

Malachite sacudió la cabeza. No lo sabía. Pero la idea de que pudiera encontrar al Dragón, un antiguo tan próximo a la sangre del mismísimo Caín, se aferró a él con fuerza.

—Por el amor que profesaba a Michael y por el Sueño, podría traerlo de vuelta. —¿Pero cómo encontrar al Dragón? Se había marchado de Constantinopla por voluntad propia. Podría estar en cualquier parte y, con la sangre de Tzimisce corriendo por sus venas, podría ser cualquiera. Mientras que Malachite estaba ligado al deforme semblante de su Abrazo, el Dragón podía esculpir su sangre a su antojo. Malachite seguía contemplando el rostro de Cristo en el icono, la forma que había adoptado una vez el Dragón. Poco importaba cuál hubiera sido el aspecto real de Cristo; el Dragón había adoptado una forma de pasión idealizada con la que inspirar a los artistas, cuyas obras inspiraban a su vez a las masas.

¿Pero cómo voy a encontrarlo?, pensó Malachite. Miró al muchacho, con los ojos cerrados y que tal vez nunca volverían a abrirse.

—Sé de alguien, aunque está muy lejos de aquí —dijo Alexia, con una coquetería transparentemente fingida—, que habla de misterios ocultos a los ojos del resto de nosotros. Una oráculo. Es más, conoce al Dragón. Pudiera ser que ella vea algún camino de salvación para la ciudad, para el Sueño... y también hay que tener en cuenta al muchacho. Michael demostró serle de poca ayuda.

La ira de Malachite se inflamó ante aquella crítica al patriarca. Alexia había conducido a los Nosferatu por esta vía con la misma seguridad con que él la había traído a esta cámara oscura. Quería que buscara al oráculo. Debería salirme de este camino para contrariarla, pensó... pero no podía. Resultaba frustrante que, pese a sospechar de sus intenciones, ella lo condujera adónde quería.

—Quizá haya llegado el momento de que renuncies al muchacho. Y a todo lo demás.

—Tentado estoy —espetó Malachite, dejando que se preguntase si estaba tentado a renunciar o a perseverar—. Dices que este oráculo está lejos de aquí. ¿Dónde? ¿Cómo voy a encontrarla?

—La encontrarás con mi ayuda. Nadie salvo alguien que comparta la sangre de mi clan podría guiarte hasta el templo, aunque se yergue en la faz del monte Erciyes.

Malachite sintió el tirón de los garfios. Me gustaría ver cómo se eleva la luna sobre el monte Erciyes. Eran las últimas palabras del segundo de los tres muchachos, según Ignacio, nadie más digno de confianza que él. Malachite acunó al muchacho superviviente contra su pecho. La voz silenciosa de los tres había conseguido hacerse escuchar.

—¿Y a cambio?

—A cambio, harás al oráculo las preguntas que yo te diga. Te serán de utilidad.

Y a ti, pensó Malachite. No le hacía falta mirar para saber que la máscara de marfil exhibía una fina sonrisa. Alexia sabía que él no podía negarse. Sentía, muy por encima de ellos, que el sol alumbraba Hagia Sofía; pero seguía estando vetado el sueño del olvido para Malachite... solamente el sueño del día.

—Iremos —dijo, antes de permitir que se le cerraran los ojos.

Tercera parte

Anatolia

Capítulo trece

A cada lado de la barcaza, seis largos remos se movían al unísono. Se hundían en silencio en las negras aguas, de una sola brazada impulsaban el velero hacia delante, se alzaban y regresaban a su posición inicial para comenzar de nuevo. Cada pocos golpes, desperdigaban cientos y cientos de gotas, los anillos de ondas convergían, divergían, eran arrastrados por la corriente, abandonados por sus progenitores a medida que la barcaza seguía su rumbo.

En la cubierta, Malachite miraba por encima de su estela iluminada por la luna hacia las distantes murallas de Constantinopla. Desde aquí, la ciudad parecía tranquila, en paz.

Un cadáver puede parecer en paz, se recordó.

Por entonces la mayoría de los incendios habían sido extinguidos o habían terminado por consumirse. La peor parte del saqueo había acabado. Los latinos recogían sus riquezas robadas en inmensas arcas para poder repartirlas entre ellos mismos, en distintos tamaños según la posición de cada uno. Era admirable tal muestra de honor entre ladrones. Los francos y los venecianos parlamentaban, en sesiones interminables y acaloradas, para decidir quién de ellos profanaría el trono imperial y se haría llamar señor de todos. Ya se percibía la sensación de que ningún cruzado deseaba arrodillarse ante su camarada, por lo que abundaban las discusiones, las amenazas y los sobornos.

Mientras tanto, el pueblo llano —los que habían sobrevivido, los que no habían huido, para no regresar jamás— intentaban reanudar sus vidas normales. El pescado no llenaba las redes por arte de magia ni se recogía solo. Muchos de los botes habían resultado dañados o destruidos durante el asedio y había que repararlos, reemplazarlos. Los artesanos merodeaban entre las ruinas de sus comercios, rescatando cuanto podían. La demanda de vajilla, mobiliario, telas y herramientas no desaparecía por el mero hecho de que el emperador hubiera huido de la ciudad. Había bocas que alimentar, asimismo, entre ellos las del ejército invasor; y había que acomodar la fragmentada burocracia imperial al gusto de los nuevos regentes del imperio. El mercader o propietario de tierras con ambiciones que fuese generoso con los latinos podía verse recompensado con un lucrativo oficio a perpetuidad.

La vida sigue para los mortales, más o menos, como lo haría tras cualquiera de los desastrosos incendios que asola la ciudad de vez en cuando, pensó Malachite. Para los Cainitas, no obstante...

Las familias regentes de la Trinidad, dispersas o destruidas.

La Nueva Trinidad de los Nosferatu de Malachite, los Gangrel del barón y los Brujah Lxor, disuelta, implicada en una guerra abierta. La Biblioteca de lo Olvidado, arrasada.

Constantinopla ocupada por los latinos, tanto los del barrio del mismo nombre como los del extranjero.

Siglos de progreso, de velar por Cainitas y mortales, todo en vano, pensó Malachite. Por el momento, con la luz de la luna reflejándose contra la resplandeciente superficie oscura del Cuerno de Oro, casi podía dejar que una corriente de cansancio arrastrara los amargos sentimientos que le inspiraban los defectos de su especie: las riñas y la crueldad, los celos y la envidia, la megalomanía que excluía toda razón.

Sin embargo, no podía olvidar el golpe más devastador.

Michael, destruido.

Ni tampoco podía aceptarlo. Aún no. La noche anterior, mientras *lady* Alexia organizaba su huida de la ciudad, había subido a una de las torres abandonadas de la muralla de la ciudad y había contemplado el desolador panorama. Incluso entonces, había acudido a su mente el siguiente pensamiento: Michael se ocupará de todo.

... Aun después de haber visto la destrucción del patriarca como si fuera la suya propia, de haber sentido parte del éxtasis de la ascensión, los dientes de María la Negra en su garganta.

¡Ella es la que pagará por esto!, pensó, con un repentino acceso de rabia. Cuando haya cumplido con mi deber para con el muchacho, la encontraré y se lo haré pagar.

El muchacho. Así era como había justificado Malachite este viaje ante Ignacio: por el bien del muchacho. Si había alguien capaz de entender este abatimiento del cuerpo o el alma, sería un Capadocio; si no Alexia, entonces el oráculo del que hablaba. Esta razón era una parte de la verdad, al menos... aunque la parte menor. ¿Pues qué podría saber Ignacio de la necesidad que sentía Malachite de proteger el Sueño? Los caballeros leprosos saben cómo proporcionar consuelo cuando les es posible, atender las necesidades de los oprimidos. Prefieren llenar los mares de cucharada en cucharada. Pero el Sueño era algo más... era lo que había sentido Malachite en presencia de Michael, paz y perfección más allá de las palabras, un lugar correcto en el

orden de Dios. Los caballeros leprosos poseían fuertes espaldas y nobles corazones, pero no habían experimentado de primera mano la aspiración de Michael.

Aunque al final, el orden se había tornado rígido, se había petrificado. La perfección se había visto teñida de locura.

¡No al final!, insistía Malachite. Él conservaría el Sueño de un Edén para los Cainitas, aun cuando el propio Michael lo hubiera trocado por los espejismos de una ascensión personal. ¡Locuras! ¡Disparates!

Malachite hervía en la oscuridad. Había llegado el momento de enfurecerse. El sentimiento de culpa llegaría después, igual que despotricara años atrás contra Dios por el papel que le había concedido en este apasionado drama cósmico. Cuánto más fácil hubiera sido limitarse a vivir una vida mortal, morir. Puesto que ahora, podía atribuir las culpas a Michael, maldecir su locura, pero al final, ¿cómo podría contradecir nadie al arquitecto del Sueño?

—No interferirán con nosotros.

Malachite se giró, vio que Alexia e Ignacio se habían acercado mientras él estaba sumido en sus pensamientos. Alexia confundió su consternación con la preocupación de que las naves venecianas que se recortaban en la distancia pudieran divisar la barcaza y perseguirla. Había pagado lo que ella llamaba «una montaña de oro» en sobornos para garantizar que la barcaza no fuera molestada por los venecianos, ni por nadie.

—Te tomo la palabra —respondió Malachite, sin dejar de creerla pero sintiendo también cómo la ofendía su aparente escepticismo.

Tal vez Ignacio se sintiera preocupado... Ignacio, que se había negado a quedarse atrás mientras Malachite atravesaba las montañosas espesuras de Anatolia, que había sido el primero en coger la mano de Malachite cuándo éste salió trastabillando del refugio del patriarca. Mientras Alexia había dedicado la noche intermedia desde aquel entonces a repartir sobornos y solicitar favores, Ignacio había empleado el tiempo en poner las cosas en orden. Había reunido a la Orden de San Ladre y había comunicado a sus hermanos que pensaba acompañar a Malachite lejos de las murallas de la ciudad, en un viaje cuya duración y peligros eran desconocidos. Se decidió también que se concedería ese honor a Armando, Teodoro, Basilio y media docena de ghouls de confianza. Zoticus se quedaría atrás, por el momento, al frente de la orden.

Tal vez Ignacio sospeche de las naves, pensó Malachite, pero no tanto como de Alexia.

—¿Por qué desea conducirte ante ese oráculo? —había querido saber Ignacio—. No será por tu bien, ni por el del muchacho.

Ignacio parecía haberse sentido igualmente contrariado cuando Malachite dio permiso a Verpus, el Gangrel turco, para acompañarlos.

—No conseguí destruirte aquí en Constantinopla, ¿y ahora te lo llevas a la selva, a su propia tierra, lejos de la protección de la familia y el clan, para que pueda intentarlo de nuevo? —había protestado Ignacio.

—No podrá hacerme ningún daño mientras te tenga a mi lado —había contestado Malachite—. Y es la tierra de la que procede. Puede que Alexia sepa cuál es nuestro destino una vez en Capadocia, pero no es una viajera tan experta como Verpus.

Formaban una compañía de ocho Cainitas y los seis ghouls... y la mujer mortal, Miriam de Damasco. Se había olvidado de ella hasta que la vio a bordo.

—¿Y qué hay de nuestro trato? —había preguntado a Alexia.

—No ha habido tiempo —había respondido la Capadocio, con toda su inocencia apaciguadora—. La informaré antes de que termine la noche... a menos, claro está, que prefieras ser tú el que le diga que su aprendizaje a mi lado ha concluido, y que en su lugar la aguarda una eternidad de encanto junto a ti.

No la exigí en pago para mi propio provecho, había pensado Malachite, irritado. Pero no pensaba dejarse engatusar y guardó silencio.

—Me lo figuraba —había continuado Alexia—. De este modo dispondrás de varias semanas para disfrutar de su compañía y, quién sabe... tal vez demuestre ser de utilidad.

Aquello había extrañado a Malachite, que pensaba que hubiera sido mejor si Miriam se hubiese quedado en la ciudad. Al final, no obstante, había decidido que ninguna parte de Constantinopla —como ya le señalara Miriam la noche en que se conocieron— era completamente segura. Tampoco podía negar el interés que sentía por observar a esta valiente mujer, cuyo pueblo había sido perseguido durante siglos. No tienen hogar, había pensado, temiéndose que, al final, había terminado por ser igual que ella.

—No interferirán con nosotros —repitió Alexia. Ignacio y ella seguían de pie a su lado, observando las siluetas de las naves. Así que tal vez la Capadocio presintiera ligeramente cuál era su humor—. ¿Tanto echas ya de menos ese lugar, Malachite? ¿Cuando ni siquiera se ha perdido de vista todavía?

La miró estoicamente. Ella no era una bestia en el mismo sentido que Alfonso, con su indiferente brutalidad, pero eso no impedía que se sirviera de la brutalidad con cierta finalidad. Malachite no lograba sacudirse la sensación de que las palabras de la mujer resonaban en su mente; no conseguía olvidar cómo había formado antiguos sonidos su lengua mientras se mezclaba su sangre con las cenizas de Michael. Ella sabe lo que he perdido, tal vez mejor que nadie, pensó. Sabe lo que significaba Michael para mí... y se burla de mi dolor.

—Han transcurrido siglos sin que pusiera un pie fuera de la ciudad. Pero tienes razón. Es un sentimiento sin importancia... tan inconsecuente como las lágrimas que derrama a medianoche el amante despechado. Pasajero, sin duda.

Alexia se envaró. Durante tal vez un segundo, entornó los ojos, pero luego la máscara de marfil volvió a aparecer intacta.

—Lamentarse por lo que ha pasado es natural. Pero añorar lo que no podrá recuperarse jamás... eso sí que es pura necedad. —Dicho lo cual, dio media vuelta y dejó a solas a los dos Nosferatu.

La brusquedad de su contestación no pasó desapercibida para Malachite. No había mencionado el nombre del pasado de Alexia que había descubierto —Andreas— pero había estado a punto. Será mejor que lo reserve para mí, pensó. Exponer su secreto por mero despecho sería un desperdicio. Cree que su amado Andreas regresará junto a ella. Eso es lo que me dijo, sin proponérselo. Aquel conocimiento podría demostrar ser útil, aunque existía cierto riesgo, comprendió Malachite, en intercambiar puyas soterradas con una criatura siglos mayor que él. En cualquier caso, se lo pensará dos veces antes de volver a burlarse de mí. Que medite acerca de ello y se pregunte cuántos de sus secretos pueden haberme sido revelados. Formó con los labios la palabra Andreas, reconociendo en ella el arma que podría empuñar contra la mujer si fuese necesario.

Ignacio observaba, perplejo, cómo Alexia se alejaba de ellos.

—A lo mejor no está acostumbrada a pasar tanto tiempo en tan atractiva compañía —bromeó Malachite.

—No me importaría que siguiera sin acostumbrarse.

—Temes que pueda confiar en ella, Ignacio; que no sepa ver su malicia. No te preocupes por eso.

Guardaron silencio en ese momento, conforme Constantinopla se volvía más distante y la Torre de Galata de la otra orilla más próxima a cada golpe de remo. Las preguntas sin formular de Ignacio se agolpaban alrededor de

Malachite en la oscuridad. Los caballeros leprosos y él habían estado muy atareados con los improvisados preparativos del viaje. No habían tenido tiempo —ni Malachite se había sentido inclinado— para hablar de Michael.

Todavía no puedo hablar de ello, pensó Malachite. Por eso no puedo decirle que pretendo consultar al oráculo para intentar encontrar al Dragón. Basta con que Ignacio crea que hago esto por el muchacho. Había parte de verdad en eso, al menos: el muchacho, la ciudad, el Sueño.

—Preferiría haber emprendido este viaje a solas.

Ignacio meneó la cabeza.

—Tú nos ayudaste a llegar a esta ciudad cuando cayó el reino de Jerusalén. Yo me ocuparé de tu seguridad dondequiera que vayas.

Jamás me hubiera atrevido a esperar una lealtad igual, pensó Malachite.

Mientras tanto, Constantinopla se perdía en la distancia.

Después de que Ignacio hubiera regresado junto a los demás Nosferatu de la barcaza, Malachite sintió la necesidad de apartar la vista de las empuñadas murallas. Todavía se erguían igual que las expectativas de muchos de los Cainitas con los que se había encontrado desde que volviera: la expectativa de que fuera él el que reuniera a los fieles, el que expulsara a los invasores, el que restaurara el orden y el significado a las noches eternas.

Pero yo no soy ningún salvador, pensó, sino un simple discípulo.

¿Acaso no era tarea del discípulo, no obstante, recoger la cruz una vez desapareciera el Salvador? De lo contrario, no sería mejor que Libanias y su desdichado rebaño sin cerebro. No, debo encontrar al Dragón, si es que descansa en su pecho el corazón que salvará el Sueño. Éste debe de ser el motivo por el que me expulsó Michael, por el que me salvó mientras fallecían tantos otros.

Incluso ahora, dos noches después de haber sido testigo de la destrucción del patriarca, el pasado y el presente seguían constituyendo un embrollo confuso para Malachite. Ansioso por encontrar algo, siquiera una porción, de constancia, se asomó a las negras aguas del Cuerno de Oro, que discurría como siempre lo había hecho, como siempre lo haría. No buscaba más que unos minutos de solaz... mas también este pequeño consuelo le estaba vedado. El fulgor de la luz de luna sobre el río oscurecido despertó en él un recuerdo...

Luz de antorcha destellando contra una piel muy negra: una muñeca expuesta, el dorso de una mano de ébano que ajustaba rápidamente una pesada túnica antes de volver a desaparecer bajo una amplia manga.

La calle estaba llena de mortales, mulas y caballos, una caravana rezagada que atravesaba la Mese camino del Foro de Constantino. Nadie reparó en la mano negra, no más que en Malachite. Era joven por aquel entonces, todavía contaba su no-vida por décadas, aunque no hacía tanto que había superado su esperanza de vida mortal y se sentía exultante, inmortal. No necesitaba capa ni capucha. El poder de su sangre lo ocultaba a los ojos de quienes él no quería que lo vieran, del mismo modo que el padre esconde un juguete tras su espalda y confunde al infante. Sólo Malachite vio el momentáneo haz de piel, antinatural de tan oscura. Sólo él sintió curiosidad, determinado a desvelar todos los secretos que tenían que ofrecer la noche y la ciudad.

Se coló entre los mercaderes, esclavos y carreteros, sin perder de vista a la figura. Pese a ir fuertemente embozada, la silueta era tan esbelta que sugería que pertenecía a alguien joven. No se apreciaba la rigidez, los hombros caídos, propios de un alguien encorvado por los años. Al paso de la figura, los animales se apartaban siquiera ligeramente. Los mortales fornidos tiraban de sus capas como si quisieran protegerse de un viento helado.

No es ningún mortal, pensó Malachite, ni tampoco ningún Cainita que yo conozca.

—Ambas cosas son ciertas —dijo una voz cercana.

Malachite giró en redondo, asombrado de que alguien pudiera haberlo descubierto. Un instante después comprendió que la voz había respondido a sus pensamientos no expresados, y un temor frío se apoderó de él.

A su alrededor, la Mese estaba llena de bestias de carga, de mortales de la caravana que reían, rezongaban, maldecían. Los olores vitales del sudor y el estiércol se mezclaban con el dulce aroma del aceite que ardía en una tienda de lámparas junto a la calzada. Malachite escrutó desesperadamente la multitud en busca de un rostro que pareciera ser consciente de su presencia, de unos ojos que se demoraran mirando en su dirección. La voz había sonado muy cerca, pero ahora que intentaba recordarla, no podía estar seguro de si las palabras habían cobrado forma en sus oídos o en su cabeza.

—Y ahora se ha ido, nuestra María la Negra —dijo la voz.

Cierto. Al rastrear la calle atestada, Malachite no conseguía divisar ni a quien se había dirigido a él ni a la figura oscura que había seguido antes.

—Ha entrado ahí... en la Casa de las Lámparas —dijo la voz.

Malachite volvió a observar la pequeña tienda, corriente salvo por los aceites aromatizados y el atisbo de luz tras pantallas y cortinas. Se acercó, casi seguro ahora de que ninguna palabra hablada había llegado hasta sus

oídos. El orador tendría que haber estado más cerca que el mercader más próximo, lo bastante cerca como...

Giró sobre sus talones, desenvainando su espada y esgrimiéndola contra la figura que sonreía en silencio a algunos pasos de él.

—El tiempo que has pasado junto a Marcus te ha vuelto asustadizo —dijo el Dragón.

Malachite reconoció los rasgos perfectamente esculpidos, inhumanamente immaculados; y los antiquísimos ojos que parecían ver más allá de su interlocutor, más allá del presente. Los sonidos de la caravana perecieron en los oídos de Malachite. Los hombres y las bestias parecían menos reales, menos sustanciales, que esta criatura que se contaba entre las más antiguas que hollaban la Tierra... el Dragón, cuyos ojos parecían devorar a Malachite, en cuerpo y alma. Lo mismo hubiera dado que ambos Cainitas estuvieran solos en la calle, tan invisibles eran para el mundo mortal.

El Dragón miró la espada alzada.

—Perdónale, Padre, pues no sabe lo que hace.

Malachite bajó la hoja, avergonzado. Era cierto. No lo sabía. ¿Cómo si no se molestaría en levantar su patética espada ante alguien de tamaña edad y sabiduría? Lo mismo podría haber arrojado piedras a la luna, o dar patadas al océano. Buscó palabras con las que disculparse, pero le falló la voz. Optó por hincar la rodilla en el suelo y humillar la cabeza ante la divina radiación que era el Dragón. Qué natural le habría parecido a los artistas que plasmaban su semblanza en el Cristo crucificado. Encontrarse ante él era sentir la presencia y el espíritu de lo eterno.

—Yo dejaría de seguir a María —dijo el Dragón—. Es más humana que el mejor de nosotros, menos humana que el peor.

La mirada de Malachite vagó hasta la Casa de las Lámparas y el juego de sombras de las llamas ocultas.

—Ten cuidado. Blande un filo de vitriolo y rencor, y volverás a encontrarte con ella antes del final.

—¿Antes del final? —dijo Malachite—. ¿El final de qué?

Pero el Dragón se había ido. Desaparecido tan súbita y misteriosamente como había venido.

El final, pensó Malachite. ¿De la noche? ¿De la estación? ¿Del mismísimo tiempo?

De nuevo el ruido y el bullicio de los mortales resonaron a su alrededor. Parecían tan básicos y vulgares después de haber atisbado siquiera fugazmente a alguien que existía ajeno a los estragos del tiempo... Mientras

escrutaba fútilmente la abarrotada calle, Malachite se sintió honrado por el hecho de que el Dragón se hubiera aparecido ante él, que hubiera hablado con él... tanto si sus palabras tenían sentido como si no.

A pesar de todo, se acercó a la Casa de las Lámparas. Pasaban ahora los últimos rezagados que cerraban la caravana, y la amplia Mese no tardó en sumirse en el silencio, como si los mortales y todas sus preocupaciones nunca hubieran existido. Pese a su capacidad para permanecer invisible, Malachite se sentía expuesto y vulnerable. ¿Acaso no había podido verlo el Dragón con toda facilidad? Esta misteriosa María no era el Dragón, ¿pero qué era?

Apoyó una mano en la fachada de la tienda. Un profundo escalofrío le recorrió el brazo, le puso el vello de punta sobre su carne inerte y de por sí fría... como si las llamas del interior del edificio no dieran calor, sino que lo buscaran, lo devoraran con avidez. Vio sombras proyectadas por siluetas que se movían ante las lámparas. Se apartó.

Es más humana que el mejor de nosotros, menos humana que el peor... Blande un filo de vitriolo y rencor, y volverás a encontrarte con ella antes del final...

Solo ahora, siglos después, cruzando el Cuerno de Oro a bordo de una barcaza que transportaba muertos suficientes como para que el mismísimo barquero Caronte se sintiera orgulloso, comprendía Malachite en parte las palabras del Dragón.

Sí, es él, pensó. Él es el que puede decirme cómo salvar el Sueño y la ciudad que dejo atrás. Lo único que tengo que hacer es encontrarlo.

Capítulo catorce

Malachite no se acercó a Miriam durante las primeras cuatro noches. Había demasiadas cosas que hacer. Al este del Cuerno de Oro, no había carestía de refugiados que abandonaban la ciudad capturada. Sin embargo, el torrente de humanidad no era tan caudaloso como él lo había visto al entrar en la ciudad desde el flanco occidental interior hacía varias noches. Estos emigrantes eran los que poseían los posibles o la influencia necesaria para comprar su paso al otro lado del río o a los soldados que lo vigilaban, o los que habían conseguido esconderse, o los que habían arrojado las aguas a bordo de improvisados esquifes aprovechando la cobertura que ofrecía la oscuridad. ¿Cuántos de esos esquifes, se preguntó Malachite, habrían zozobrado, enviando a mujeres y niños a las profundidades? ¿Y cuántos marineros sin escrúpulos habrían aceptado dinero por el pasaje de un mercader o un noble, para luego arrojar al desventurado iluso por la borda sin miramientos y apropiarse la totalidad de sus riquezas?

En su mayoría, los refugiados que conseguían cruzar el río se mantenían a cubierto durante el día —a fin de esquivar a los merodeadores latinos, en su mayoría venecianos en esta orilla— y viajaban de noche: circunstancia fortuita para una banda de Cainitas. Cubrían sus cotas de malla y sus espadas con pesadas capas, y la mayoría de los integrantes de la compañía se mantenían cerca de las tres mulas, dobladas bajo el peso de su carga. En solitario o en parejas, no obstante, los Cainitas se adentraban en la oscuridad, casi entraban a formar parte de ella. Sin llamar la atención, se alimentaban de viajeros mortales, sin cobrar vidas, sin levantar la alarma.

—Reunid fuerzas ahora —les dijo Malachite—, porque nuestro viaje nos conducirá lejos de cualquier emplazamiento humano, y las noches pasadas nos han exigido mucho.

Las dos primeras noches, se refugiaron con amigos de los caballeros leprosos en las afueras del asentamiento de Galata. Después, los Cainitas hubieron de aprovechar cualquier cobijo que se les ofreciera para pasar las horas del día. El camino que seguían había sido una próspera ruta comercial, la Ruta de la Seda, que se dirigía hacia el este, a Trezibond, Nishapur, Bokhara, Peshawar y aún más lejos, y con la volátil situación actual no

faltaban los edificios abandonados. Las dos noches siguientes encontraron estructuras con sótanos, en los que los Cainitas pasaban el día mientras los ghouls montaban guardia. La noche después, a medida que las poblaciones se tornaban cada vez más escasas y alejadas entre sí, la compañía tuvo que conformarse con un almacén, no sin antes expulsar a los indigentes que lo ocupaban.

Cuando los ghouls hubieron ocupado sus puestos de vigilancia y los caballeros leprosos se afanaban en aligerar la carga de las mulas, Malachite reunió a Ignacio, Alexia y Verpus en un rincón del enorme edificio. Cuando se hubieron juntado, vio que Miriam permanecía sentada junto al muchacho sin vida, limpiando el polvo del camino que se había depositado sobre su rostro. Ayudaba a Teodoro y Armando a cuidar de él, aunque no había dirigido la palabra a Malachite, como tampoco él a ella.

—Podríamos haber viajado otras dos horas —observó Ignacio, llamando la atención de Malachite sobre los Cainitas.

Malachite negó con la cabeza.

—Es difícil encontrar refugio.

—Sí que lo es... para un grupo tan grande —apuntó Verpus—. Si hubiéramos limitado el número a cuatro o cinco como mucho...

—Habríamos sido víctimas de los bandoleros o cualquier otro peligro. Entré solo a mi propia ciudad y fui recibido con violencia —dijo Malachite, con rencor en la voz—. No me apetece vagar por los campos sin la protección adecuada, por eso procuro caminar por el centro de la carretera, a caballo entre el sigilo y la seguridad. Espero no atraer la atención de ningún grupo de caballeros, al tiempo que proyectamos la fuerza suficiente, si fuera necesario, como para disuadir a cualquier bandido que valore su propio pellejo. En tiempos tan caóticos como éstos, abundarán los rufianes que quieran aprovecharse de los débiles.

—Y alimentarse de ellos —añadió Alexia, con una sombra de sorna. Parecía sugerir que, según la moralidad de cualquier época, uno era siempre el depredador o la presa.

—En cualquier caso, no os he llamado para rememorar decisiones pasadas, sino para planificar la trayectoria de nuestro futuro. Mañana por la noche habremos de continuar recorriendo la Ruta de la Seda, camino de Trezibond, o girar hacia el sur, hacia Konya pasando por Nicea.

Miró a Alexia.

—Al final —dijo ésta—, deberemos dejar atrás el lago Tuz y adentrarnos en Capadocia. Me importa poco cuál sea el camino que nos conduzca hasta

allí.

—¿No hay alguna ruta que prefieras?

—Hace muchos años que visité por última vez el templo del oráculo.

—Nosotros nunca hemos estado allí.

—¿Cuánto hace de tu último viaje al templo? —quiso saber Ignacio.

Alexia apartó la mirada, entornando los ojos, sumida en sus pensamientos.

—El emperador que ocupaba el trono de Constantinopla por aquel entonces, cuando vi por última vez el monte Erciyes, era... Nikeforos.

Malachite hizo los cálculos de cabeza. Nikeforos III había reinado hacía aproximadamente treinta años. El conocimiento que tuviera Alexia de la región que se disponían a atravesar podría estar algo obsoleto, por cierto. Aun así, no podía impedir el sentir cierto temor reverencial ante la magnitud de la historia personal de la mujer.

—Nikeforos I —matizó Alexia.

Malachite consiguió impedir a duras penas que se le desencajara la mandíbula. Intentó repasar hacia atrás las interminables listas que había aprendido de pequeño: Leo V, Michael I, Staurakios... Nikeforos I se había sentado en el trono dorado casi tres siglos antes que Nikeforos III... ¡antes de que Malachite hubiera nacido a su vida mortal!

—Ya veo —dijo, al cabo. A continuación—: Verpus, seguro que tu conocimiento de la región es más... ¿reciente?

—Un poco. —Verpus observaba a Alexia con cautela. Según tenía entendido Malachite, el turco había recibido el Abrazo hacía menos de cien años. La existencia en el seno del clan Gangrel era especialmente dura... y breve, a menudo. Lo más probable era que Verpus hubiera conocido a pocos Cainitas de más de un par de siglos de antigüedad—. Para llegar hasta la zona de la que habla *lady* Alexia —continuó—, nos apartaremos de los terrenos imperiales para entrar en los que controlan los seljuks. En ambos territorios, haríamos bien en procurar pasar desapercibidos. Si nos dirigimos hacia el este por la Ruta de la Seda, sin duda nos encontraremos con los agentes fronterizos seljuk que pasan tributo a las caravanas. Si vamos al sur y no nos acercamos demasiado a Nicea, estaremos más seguros. La familia Laskaris es poderosa en ese lugar. No piensan jurar lealtad a los latinos y estarán alertas por si se acerca algún ejército de cruzados procedente de Constantinopla, ya sea por tierra o por mar. Aunque sería mejor que nuestro grupo fuera más reducido, creo que incluso con este número podré burlar su vigilancia. Luego hacia el sur, siempre cerca de las colinas, para girar hacia el este, dejar atrás

Konya, en algún lugar al este de allí nos adentraremos en tierras seljuk, y entraremos en Capadocia.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Malachite—. ¿Cuántas semanas?

Verpus caviló la respuesta.

—En mi caso... tres o cuatro semanas.

—No es sólo tu caso —le recordó Ignacio, con intención.

Verpus frunció el ceño.

—Ocho... nueve semanas.

Malachite sintió el peso de cada una de esas semanas. Qué mortal me he vuelto, pensó. Después de cientos de años, me cuesta asimilar la idea de tener que soportar dos meses de viaje para encontrar un oráculo.

—¿Por qué no trazamos una ruta más directa? —preguntó Ignacio—. Si el lago Tuz y el monte Erciyes caen al sudeste, ¿por qué no tomamos esa dirección?

—Porque —respondió Verpus, sin demasiada paciencia— para seguir esa dirección tendríamos que atravesar el corazón de la meseta central, estepas azotadas por el viento, sin refugio en el que guarecernos del sol o de los jinetes seljuk que merodean por la zona. No es casualidad que los romaioi hayáis perdido todo salvo las regiones costeras de Anatolia a manos de los seljuks.

—A manos de tu pueblo —rechistó Ignacio.

—Mi pueblo, sí.

Ignacio se volvió airado hacia Malachite.

—¿Por qué seguimos a un turco a la tierra de nuestros enemigos, los enemigos de toda la cristiandad?

—Sí, soy un seljuk —espetó Verpus—, pero también soy fiel al barón. Le he jurado lealtad.

—¡Otro enemigo al que podrías vendernos!

—¿Acaso lo he hecho? —le retó Verpus—. Cuando cayó la ciudadela, el barón nos encomendó la tarea de buscar a los enemigos y destruirlos. No cuento a Malachite entre ellos. No. Él podría devolver su gloria anterior a Constantinopla.

Otro que me respaldaría si intentara restaurar la ciudad, pensó Malachite. Alexia cree que eso es lo que pretendo. También Ignacio querría ver cómo renace Nueva Roma. Y Verpus. ¿Será éste el camino que ha marcado Michael para mí, la razón por la que me pidió que me alejara, para que pudiera regresar cuando todo pareciese perdido?

—Hace unas cuantas noches sí que le contabas entre tus enemigos, ¿o es ése el tratamiento que reserváis a los aliados: brutalidad y encarcelamiento?

—Cierto —admitió Verpus, entre dientes—. Pero he cambiado de opinión a ese respecto.

—¿Y deberíamos creerte... a ti, que te pusiste en nuestra contra cuando Constantinopla estaba asediada? —Ignacio no había apoyado la mano en su espada, pero tampoco la tenía lejos de ella—. ¿Por qué?

—Mientras defendía la ciudadela contra los cruzados, vuestra gente liberaba a Malachite. Redujisteis a un guardia, uno de los míos, lo dejasteis en el suelo con el corazón traspasado por una estaca. Podía ver y oír, aunque no fuera capaz de moverse. Podrías haberlo destruido sin ningún problema, podrías haber ocultado vuestra implicación durante algún tiempo... pero él escuchó las palabras de Malachite: que si la ciudad pensaba sobrevivir, necesitaría la fuerza del barón Thomas.

Habla de cómo me liberaron los caballeros leprosos, pensó Malachite, ¿pero sabe que hicieron algo más que aprovechar la ventaja del ataque a la ciudadela... que fueron ellos los que lo propiciaron al conducir allí a los cruzados? ¿De qué manera afectaría eso su disposición hacia nosotros? ¿O es que acaso ha visto la locura del barón y la orgía de guerra que desencadenaría sobre la ciudad? No pasó por alto las preocupaciones de Ignacio. Sin embargo, el hecho era que el antiguo Nosferatu quería y necesitaba confiar en Verpus.

—Si nos deseara algún mal —dijo Malachite—, habría guiado a todos los Gangrel hasta las cámaras bajo Hagia Sofía, hasta... —dejó la frase en el aire.

... Hasta el refugio de Michael, donde lo encontré y descubrí que por fin había sucumbido a su locura y había consentido su propia destrucción.

—Os he ofrecido mi consejo —dijo Verpus—. Deberíamos ir hacia el sur. Si decidís lo contrario, haré cuanto esté en mi mano por guiaros adonde digáis... aunque me parecería una temeridad.

Malachite volvió a mirar a Alexia. La mujer escuchaba impertérrita, tomando nota sin duda de sus disensiones, del mismo modo que Verpus observaba cada detalle del terreno que atravesaban.

—Nos dirigiremos al sur —decidió Malachite. Apoyó una mano en el hombro de Ignacio para mitigar el golpe, aunque su compañero no pareció ofenderse.

Verpus asintió.

—Aun en tal caso, deberíamos mantenernos alejados de los caminos. A partir de aquí, cuanta menos gente veamos, y menos nos vea a nosotros, tanto

mejor.

—No podemos alejarnos del sustento —protestó Ignacio—. Tenemos que alimentarnos.

—Hay ghouls —repuso Verpus, con un encogimiento de hombros—, y mulas.

—Estos hombres son nuestros hermanos —dijo Malachite, levantando una mano para acallar la protesta de Ignacio—. No me alimentaría de ellos, como tampoco me alimentaría de ti. Verpus ha recorrido estas tierras. Seguiremos su consejo y cazaremos cuando surja la necesidad.

Indicó que el consejo había concluido, y Alexia y Verpus se alejaron. Ignacio permaneció junto a él.

—No creo —dijo Malachite, en voz baja— que se haya molestado en traernos hasta aquí para traicionarnos ahora.

Ignacio seguía sin estar convencido.

—A lo mejor planea regresar junto a los turcos y entregarnos a modo de trofeo, como caballos robados del aprisco.

—Más allá de nuestra propia sangre, Ignacio, nunca podremos estar completamente seguros de qué motiva a los demás Cainitas. Pero debemos continuar.

—Me temo que sea tu sangre lo que le motiva... tu sangre y su deseo por saborearla.

Malachite sofocó una risita.

—Verpus es alguien que odia con facilidad, pero no profundamente, me parece. No creo que se haya tomado la molestia de desarrollar una inquina especial contra mí. Pienso que busca una alternativa a la destrucción que propone el barón.

—Pero si esa alternativa pasa por reunirse con los turcos...

—Silencio, Ignacio. Hablemos de otros asuntos. —Malachite volvió la mirada hacia Teodoro, Armando y Basilio, que habían terminado de descargar a las mulas. Había gruesas lonas de lienzo extendidas sobre el suelo del almacén, protección añadida contra los rayos del sol—. ¿Cómo se encuentra Basilio?

Ignacio zangoloteó la cabeza.

—No ha vuelto a ser el mismo desde la batalla bajo el hipódromo, desde que se imbuyera de la voluntad del león. Lo vigilo tan de cerca como me es posible, pero a veces creo que ya no le conozco. A veces me mira, pero lo que ve es algo que se encuentra muy lejos. Hay un vacío tras sus ojos, una gran distancia con respecto al hombre que era.

Malachite asintió.

—Yo también me he dado cuenta. Me parece que en el hipódromo se recordó a sí mismo, y cuando sonrió fue mientras descuartizaba a un gladiador.

—Estaré atento.

—Sé que lo estarás, amigo.

Regresaron junto a los demás, y antes de que Malachite se metiera debajo de las lonas, vio que Miriam ya había acomodado al muchacho en su lugar de descanso. La mujer estaba sentada a solas en la oscuridad, lejos de los Cainitas. También ella dormiría durante el día para reservar sus fuerzas para el viaje por la noche. Quiso dirigirse a ella, pero se detuvo. No estaba seguro de que Alexia le hubiera confesado aún el trato que habían cerrado. ¿Cómo se tomaría Miriam el hecho de que negociaran con ella como si de un objeto cualquiera se tratara? Quizá sus plegarias por él se hubieran tornado maldiciones. Malachite se cubrió el rostro con la lona, a modo de mortaja, y se dispuso a aguardar la llegada del día.

Capítulo quince

—Esta noche volvemos a girar hacia el este —dijo Verpus.

Malachite sintió una especie de alivio, de confirmación de que estaban progresando. Ya se encontraban casi a tres semanas de viaje de Constantinopla, y habían dedicado gran parte del tiempo a abrirse paso hacia el sur a través de la abrupta zona montañosa de la Anatolia occidental. El camino no era fácil. Vadeaban arroyos en angostas quebradas, ascendían empinados pasos rocosos y elevaciones sembradas de peñascos. A fin de evitar los asentamientos humanos, se atenían al terreno más impracticable, inhóspito, libre incluso de caminos de cabras.

Todas las noches, Verpus se adelantaba a la comitiva para explorar el terreno, dejando montones de rocas o palos para señalar el camino. En algún momento antes del amanecer volvía sobre sus pasos y los conducía al refugio que hubiera encontrado: una cueva, un escabroso promontorio de roca al pie de una honda garganta. En ocasiones, el espacio resultaba reducido para siete Cainitas —Verpus siempre pasaba los días aparte, sin que nadie supiera dónde— y se veían obligados a apilarse unos encima de otros como si de troncos de leña se tratasen. Era la utilidad, y no la comodidad, la que dictaba la distribución del espacio. Para sorpresa de Malachite, Alexia no se quejó ni una sola vez de la precariedad del alojamiento, ni de la indignidad de verse obligada a compartir una grieta con seis repulsivos Nosferatu infestados de pústulas, de los que sin duda se habría mantenido alejada si se le hubiera permitido elegir. Tal vez fuese una ventaja de su edad. Era más antigua, sospechaba Malachite, que todos los demás juntos. Fuera cual fuese el motivo de su tolerancia, a este respecto además de en lo referente al duro viaje, parecía que estuviese acostumbrada a replegarse en sí misma y soportar la incomodidad física, cuya duración debía de antojársele insustancial.

Había ocurrido en dos ocasiones que, al llegar la mañana, el refugio del grupo no era completo en el fondo de una garganta empinada, y no les había quedado más remedio que cubrirse con las pesadas lonas para protegerse del mediodía, cuando el sol brillaría directamente sobre sus cabezas. Tal vez fuesen imaginaciones suyas, pero cada noche después de tales días, Malachite hubiera jurado que durante su sueño había sentido cómo calentaban su cuerpo

los rayos de sol. Incluso el mero hecho de pensar en esa sensación le inquietaba... y al mismo tiempo le parecía extrañamente tentador, como podría parecérselo una ramera al hombre que hubiera hecho voto de castidad, similar a encontrarse al borde de un gran acantilado y fantasear con la caída hasta el fondo.

Sobre todo en esos amaneceres, cuando la cobertura contra la luz del día era precaria en el mejor de los casos, se propagaban entre los Nosferatu protestas murmuradas contra Verpus, sospechas de que esta vez quedaría de manifiesto su traición. Pero todas las noches se levantaban, y Verpus seguía entre ellos.

Habían descrito un amplio rodeo para evitar la ciudad de Nicea. Los defensores de esa ciudad, evidentemente, se mantenían en las proximidades de su hogar por si se producía alguna incursión por parte de los cruzados latinos... o eso, o Verpus guiaba a la compañía con tanta habilidad que consiguieron no ver siquiera una sola patrulla. En dirección al sur desde allí, habían atisbado a lo lejos alguna que otra aldea encajada en medio de las colinas, pero no se habían acercado a ninguna.

Para Malachite, la ausencia de contacto mortal era algo que le resultaba tan incómodo como lo fuera la carestía de luz diurna durante los primeros años transcurridos desde su Abrazo. Había pasado la mayor parte de cuatro siglos en Constantinopla, una ciudad rebotante de vida mortal y de toda la sociedad, el grandor, la miseria, las risas y el sudor que eso conllevaba. Estar solo con las colinas y el cielo, los riachuelos y las estrellas, sin nada más que un puñado de compañeros para paliar el tedio, constituía un desafío, enloquecedor a ratos. Sobre todo porque hasta el último adarme de energía de la compañía se destinaba a impulsarse hacia delante, a trasponer el umbral de las montañas. Dar un paso tras otro era lo que ocupaba sus horas de vigilia, no la conversación.

A despecho de la aridez del paisaje, la compañía viajaba a buen ritmo. *Lady Alexia* continuaba empecinada en su silencio, igual que un fantasma de marfil que se atuviera a los bordes del grupo, observando, absorbiendo, recordando.

Tampoco Miriam se quejaba, aunque le costaba un gran esfuerzo pelearse con las colinas, las rocas y el frío de las noches. No era joven, para los estándares mortales. A medida que transcurrían las semanas, Malachite dio en imaginarse que veía cómo se erosionaba ante sus ojos. Su cabello parecía encanecer, las arrugas que surcaban su rostro se acentuaban, su mirada delataba cansancio. Empero, seguía cuidando del muchacho... aunque había

poco que hacer por él, salvo tratarlo con cuidado, como si de una valiosa obra de arcilla se tratara, un frágil objeto. Quizá él comprendiera lo que estaba ocurriendo. Quizá fuera consciente de que se alejaban de la ciudad, pero no había forma de saberlo.

Como tampoco conseguía Malachite encontrar tiempo para hablar con ella acerca de esto... ni de cualquier otra cosa. Velaba por el bienestar de sus compañeros, procuraba dirigir su rumbo como mejor sabía, se entregaba a conjeturas sobre Alexia y su amor perdido, sobre Michael y al modo en que la locura del patriarca lo había conducido a la destrucción, sobre el futuro y las noticias del Dragón que pudiera llevar de regreso a Constantinopla. No había hablado con Miriam ni una sola vez. Sentía que se alzaba un muro entre ellos, y cuanto más tiempo dejaba transcurrir sin acercarse a ella, más alto y grueso se volvía ese muro. Así, viajaban en silencio.

Hacía tres noches, una de las mulas había desfallecido. Trastabilló en la ladera de una colina, se cayó, y no consiguió levantarse ni siquiera después de que la hubieran aligerado de toda su carga. Se bebieron su sangre y, a continuación, se arriesgaron a encender una fogata para que los ghouls y Miriam pudieran cocinar tiras de carne que más tarde podrían transportar consigo.

La flaqueza de la bestia se le había antojado un presagio a Malachite, una profecía según la cual todos ellos desfallecerían, ghouls y bestia, mortal y Cainita. Se recriminó recordándose a sí mismo que él no era ningún oráculo... que ése era el motivo por el que habían emprendido tan peligroso viaje. Pero no pudo evitar que su talante se volviera taciturno.

Por eso las palabras de Verpus suponían un grato alivio esa noche. Irían hacia el este. Habían cubierto una etapa de su viaje.

—A lo mejor pasamos al norte de Konya dentro de dos semanas —dijo Verpus—, entre esa ciudad y el lago Tuz.

—Habías mencionado algo acerca de jinetes seljuk al este de aquí —observó Malachite.

—Sí. Los seljuks han ocupado Konya en el pasado, nada le gustaría tanto al sultán Kay-Khosrow como volver a poseerla. Sus guerreros estrechan el cerco, y pudiera ser que, con la caída de Constantinopla, vean cerca su hora.

Malachite sabía lo que pensaba Ignacio, conocía su terca sospecha de que Verpus planeaba entregarlos a los turcos.

—La cristiandad ha demostrado ser su peor enemigo —dijo Malachite—. Si Konya cae en manos de los turcos, los cruzados latinos tendrán tanta parte de culpa como el sultán.

El viaje de esa noche era tan complicado como el de las precedentes, pero a Malachite le parecía más llevadera la carga, menos empinadas las cuestas. En contraste con estos páramos deshabitados, Constantinopla se parecía cada vez más al paraíso terrenal al que había aspirado Michael: basílicas en las que glorificar a Dios, con sus ángeles y santos; las cúpulas de oro sostenidas por pilares de mármol; los mosaicos de marfil, esmeralda y ónice. Los Cainitas habían profanado su propia casa, sí, pero se diría que muchos de los peores ofensores habían perecido en el asedio y el caos resultante. También se habían sufrido pérdidas irrecuperables: Michael, Gesu, fray Raymond, aunque era tanto del Sueño lo que permanecía en pie...

Quizá la fe que depositan en mí Ignacio y Verpus esté justificada, pensó Malachite. No lo digo por arrogancia, sino por el conocimiento de que soy el humilde instrumento de Dios. No se alcanzará el Sueño por mi valía, sino por su gracia.

Desde la distancia de esas colinas yermas, el recuerdo de la destrucción de la ciudad le parecía menos mortificante. Era mucho lo que podía salvarse, y si él consiguiera reinstalar los valores altruistas que, en su locura, Michael había olvidado...

El sonido sibilante distrajo la atención de Malachite, pero fue el violento golpe en el pecho lo que lo sacó de su ensimismamiento. Trastabilló a causa del impacto, miró hacia abajo y vio el penacho de plumas de una flecha que sobresalía de su torso. Luego vino el dolor, con retraso pero con la misma fuerza que la propia flecha.

Cuando siguieron cayendo flechas sobre la compañía, y los gritos y las maldiciones llenaron el aire, lo primero en que pensó Malachite fue en la seguridad de Miriam. Rechinó los dientes y emprendió la carrera hacia la retaguardia de la alargada columna, donde sabía que la encontraría. Las mulas pasaron junto a él, desbocadas, a punto de atropellarlo en los confines del estrecho desfiladero.

El lugar perfecto para una emboscada, comprendió, a medida que las flechas se astillaban a su alrededor contra la roca y caían al suelo con un golpazo amortiguado.

Apeló a la sangre y se perdió de vista, antes de aplastarse contra la cara de la garganta que parecía ser el origen de la mayoría de los disparos, con la esperanza de dificultar el ángulo de cualquier posible proyectil que volara en su dirección. Al mirar en rededor, vio a Ignacio y Basilio confundidos con las sombras, alfilerado este último por varias flechas. Malachite se apresuró a continuar. Los ghouls estaban poniéndose a cubierto contra la pared de la

colina. Algunos de ellos poseían sus propios arcos. Escrutaban con cautela la cima de la pendiente, pero aún no habían localizado su objetivo.

Pasó junto a Teodoro, que protegía al muchacho con su propio cuerpo. Alexia se había agazapado detrás de un peñasco. Encontró a Miriam a continuación. Se había introducido en una depresión y sujetaba una piedra amplia y plana sobre su cabeza a modo de escudo.

—¿Estás herida?

La mujer se sobresaltó al verlo aparecer tan cerca. Negó con la cabeza, se encogió al escuchar cómo se estrellaba una flecha contra una roca próxima. Malachite se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la de ella, defendiéndola de cualquier flecha que pudiera surgir de la fila de montañas opuesta.

—Te han dado.

—No es nada. —Podía soportar el dolor, y era probable que ésa fuera la peor parte. La flecha no había cercenado ningún músculo ni tendón fundamental, y había pocos órganos vitales que pudiera dañar... aparte de su corazón. Había oído hablar de Cainitas empalados por flechas, a los que el proyectil de madera había atravesado el corazón, estacando a la víctima, dejándola inmóvil, indefensa. Parecía que las probabilidades estuvieran en contra de algo así, pero con una flecha sobresaliendo del pecho, no estaba dispuesto a descartar la posibilidad de antemano.

Miriam pareció asimilar parte de lo que quería decir. Era médico, y a esas alturas ya sabía un par de cosas acerca de los Cainitas. Mientras él siguiera caminando y hablando, había poco que temer. No se desangraría hasta morir. Las infecciones no constituían ninguna amenaza para la carne no-muerta.

Tras un momento, Malachite se dio cuenta de que había cesado la lluvia de flechas. Hizo un gesto a Miriam para que se quedara donde estaba al tiempo que, de nuevo virtualmente invisible, avanzó con cautela hacia el centro de la quebrada y escrutó las cumbres en busca de indicios de movimiento. Un grito de sorpresa, cortado en seco, se dejó oír en algún lugar de las alturas. Silencio.

Silencio que se prolongó durante unos tensos instantes, antes de que una voz anunciara desde arriba:

—Es seguro, creo. Han huido... los pocos que podían. —Era Ignacio.

Malachite se mantuvo en alerta, por si hubiera algún asaltante escondido, a la espera de poder disparar a una presa desprevenida, pero parecía que Ignacio estaba en lo cierto, y no surgieron más flechas.

Poco después, Ignacio se encontraba junto a él en la garganta. También Armando regresó. Desde su emplazamiento al final de la columna, había dado

un rodeo y había ascendido mientras Ignacio y Basilio hacían lo mismo por delante.

—¿Turcos?

Ignacio negó con la cabeza.

—No. Simples bandidos, de Nicea, o Éfeso, o tal vez Konya. ¿Quién sabe? Había diez o así, pero debían de esperar que la sorpresa bastara para superar nuestra ligera ventaja numérica.

—Y así hubiera sido, probablemente, si ésta fuera una caravana normal, como sin duda esperaban —dijo Malachite.

—Cuando los rodeamos —explicó Armando—, no se dieron ni cuenta. Lo único que tuvimos que hacer fue esperar a que saliera volando alguna flecha, y acto seguido ya había un bandolero degollado.

—Supongo que se tropezarían con nosotros —añadió Ignacio—. Una emboscada planeada adecuadamente nos habría sorprendido por ambos flancos... habrían dispuesto de más objetivos y habría sido más difícil sorprenderlos a todos por la espalda.

Malachite observó que Ignacio no culpaba a Verpus. El Gangrel se encontraba adelantado, como de costumbre, explorando. No había nada que pareciera implicarle. Pero si los bandidos hubieran sido turcos, o si su ataque hubiera sido más sofisticado, lo que sugeriría que habían estado sobre aviso...

—¿Basilio? —llamó Ignacio, mirando en rededor.

Se corrió la voz desde la cabeza hasta el final de la fila, pero nadie daba con él. Ignacio y Armando se apresuraron a partir en su busca.

Malachite regresó junto a Miriam, tras la depresión que había empleado ésta a modo de trinchera.

—¿Te encuentras bien?

—No estoy herida.

Permanecieron callados durante largo rato en la oscuridad, antes de que Malachite se diera la vuelta para marcharse.

—De haber sabido que solo hacía falta algo así para que me dirigieras la palabra —dijo Miriam, atropelladamente—, hubiera organizado antes un ataque de arqueros asesinos.

Malachite se detuvo, se volvió hacia ella. El muro que los dividía comenzaba a desmoronarse de repente; no estaba seguro de si era obra de él o de ella, pero seguía sin saber qué decir.

—Se me ocurrió que podía ahorrarte mi compañía —consiguió pronunciar, al cabo.

Miriam ladeó la cabeza.

—Arrastrarme por toda Anatolia es una forma muy rara de ahorrarme tu compañía. —Frunció el ceño pero, por extraño que pudiera parecer, las profundas arrugas y su expresión de severidad resultaban más aceptables para Malachite que el silencio de las semanas pasadas—. Déjame ver esa flecha.

—No es nada.

—Ya sea algo o no sea nada, no creo que te guste tenerla ahí clavada... ¿o es que esperas juntar más plumas y salir volando?

Malachite permitió que la mujer examinara la flecha clavada en su torso. Con independencia de que constituyera un peligro letal o no, el dolor que le infligía habría supuesto un incordio... aunque no es que el dolor que infligió sacarla fuera desdeñable. Al final, el ángulo del proyectil les permitió romper el asta y empujar hasta el final, practicando un agujero en la carne y extrayendo la punta por su costado izquierdo. Malachite apretó los dientes e intentó no gritar. Supuso que Miriam tenía derecho a hacerle daño, teniendo en cuenta cómo su especie se había aprovechado de ella y la había arrancado de su vida normal. Pero al igual que ella, pensó, el dolor que inflijo obedece a que intento ayudar.

Su conciencia se alivió más bien poco.

—Entonces, sabes lo que hemos hablado *lady* Alexia y yo.

—Me ha contado que mi tutela a su cargo toca a su fin, y que ahora paso a servirte para tu diversión. Curioso. Todo este tiempo me había considerado una alumna, no una esclava. Pero cuando me lo hubo explicado, comprendí que era verdad. Me resultaba imposible oponerme a su voluntad, como supongo que soy incapaz ahora de oponerme a la tuya.

—Rara vez es lo que parece cuando se trata con los hijos de Caín. Ocupamos un lugar especial en el plan de Dios, creo, pero negociar con nosotros equivale a firmar un pacto con el Diablo.

—¿Es eso cierto? En tal caso, ¿cómo he de divertirme?

—Ésas son sus palabras. No las mías.

—Pero ha tenido lugar algún tipo de transacción entre vosotros dos — insistió Miriam, clavando su inexorable mirada en Malachite, como hiciera aquella noche en el hospital—. Espero haber alcanzado un buen precio.

Malachite retrocedió ante el sonido de su amargura. Se preguntó qué le importaba a él nada de aquello. Un mortal era algo insignificante cuando se comparaba con el Sueño. Pero el valiente desafío de Miriam ante las malditas criaturas de la noche le conmovía. Por eso guardaba las distancias, pensó. Existía un motivo por el que había levantado un muro... ambos tenían sus razones. Deseaba que siguiera en pie.

—Fuiste un capricho espontáneo —contraatacó. Se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado esas palabras y se retractó, apartando la mirada—: No había nada que ella poseyera y yo deseara. No habría entendido que yo no hubiera fijado un precio.

Miriam vaciló, su respuesta se le atascó en la garganta. Cuando consiguió hablar, la amargura apenas se había reducido, aunque ya no estaba tan dirigida contra Malachite.

—¡Nada que ella poseyera! —Musitó la frase entre dientes, como si de una maldición se tratara.

—Con ella has aprendido muchas cosas acerca de la enfermedad y la muerte. De la vida y la muerte. La sabiduría tiene un precio.

—¡Su precio...! ¿Mi vida, mi alma? ¿No podría haberme preguntado primero?

—¿Bebió tu sangre alguna vez? —inquirió Malachite de repente—. ¿Te cedió la suya?

Miriam enmudeció, puesto que aquella idea resultaba especialmente horrenda para alguien con sus creencias.

—Vamos —instó el Nosferatu—. No puedes escandalizarte ante este tipo de ideas si pretendes mezclarte con diablos.

—Jamás. Ni yo he bebido su sangre, ni ella la mía.

—Los de su herencia crean siervos a los que vinculan por sangre —explicó Malachite—. Cuando nos vimos por vez primera, pensé que ése era tu caso, que ése era el motivo por el que te resistías a decirme su nombre. Ésos son a los que valoran de veras, no obstante, a los que consideran dignos de unirse a ellos en la eternidad, a los que enseñan durante años. Y mientras imparten sus lecciones, aprenden a su vez.

—En la eternidad... —susurró Miriam.

¿Lo entiende de veras?

—Eso es lo que he impedido: que te conviertas en alguien como ella.

—¿Para que pueda convertirme en alguien como tú?

Malachite sintió en esas palabras un filo que ella no había pretendido conferirles. Hacía mucho tiempo que había dejado de preocuparse de su horrible apariencia. Hacía mucho que había dejado atrás el servilismo, junto con la convicción de que Magnus le había condenado por un motivo justo. Durante el transcurso de muchos años, Michael le había mostrado el alcance de la gracia y el amor incondicional, el poder de la valía interior... Aun así, en labios de ella, las palabras zaherían.

—Podría concederte el don de la eternidad —dijo, y vio que Miriam sopesaba la noción. ¿Qué menos haría cualquier mortal? No se lo impondría a nadie, pensó. Pero si ella lo viera por lo que en realidad es, sin engaños, tal vez...—. Primero tendría que matarte, vaciar tu cuerpo de sangre y de vida, alimentarme de tu mismísima esencia. Luego, cuando la chispa divina de tu alma oscilara y se atenuara, te alimentaría a cambio con mi propia sangre, apenas unas cuantas gotas. Ese instante sería lo más cerca que estarías jamás de tu Dios, puesto que a partir de entonces serías una paria, una de los Condenados, para siempre. El dolor... —continuó, mientras ella escuchaba con semblante preocupado—, el dolor no se asemejaría a nada que hayas experimentado antes, a nada que hayas podido ver en el ejercicio de tu profesión médica. Tu cuerpo sería retorcido por la sangre, no solo moriría sino que sería desfigurado, transformado en una caricatura de la forma humana, y sentirías hasta el último instante de este cambio, una agonía tan pronunciada que me odiarías por no permitir que sufrieras una muerte natural. Y luego —concluyó, con una sonrisa cruel—, la eternidad sería tuya.

Guardaron silencio, hasta que Miriam apartó la mirada. Malachite la observaba como un halcón.

—¿Eso es lo que me tienes preparado? —preguntó la mujer, al cabo.

Malachite meneó la cabeza.

—No te tengo preparado nada. Tu futuro te pertenece. *Lady Alexia* ha renunciado a su poder sobre ti. Como renuncio yo.

Esto la sorprendió. Se quedó sin habla.

—¡Malachite! —llamó Armando, abriéndose paso entre los ghouls, que habían recuperado las mulas y estaban asegurando la carga sobre sus lomos—. Ignacio me ha pedido que te diga... que Basilio no aparece por ninguna parte. Hemos encontrado sus huellas y las hemos seguido... dejó los cuerpos de varios de los bandidos, horriblemente mutilados, pero continuó... alejándose. A lo mejor ha salido en persecución de más bandoleros... o...

—O se ha escapado —concluyó Malachite, dando la espalda a la mujer, a sabiendas de que ella nunca tomaría esa decisión por voluntad propia. No la culpaba, pero los que sí la habían tomado le necesitaban ahora—. Quizá —dijo a Armando—, ahora sea más león que Basilio.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Miriam.

Malachite ignoró su pregunta con un ademán.

—Tenemos que darnos prisa. Dile a Ignacio que regrese. Si Dios lo quiere, Basilio encontrará el camino de vuelta hasta nosotros.

Armando partió a la carrera.

—¿Vas a abandonarlo? —preguntó Miriam.

—No seré yo el que haga planes para su futuro. Es libre de hacer su voluntad... la voluntad de Dios.

Más tarde, cuando volvían a estar en marcha, Alexia se acercó a Malachite.

—Así que no tienes ningún designio para Miriam. Admirable.

Su suficiencia le ofendía, pero Malachite procuró no picar el anzuelo que le tendía.

—No pienso abrazar a ningún mortal contra su voluntad —respondió, dejando en el aire el contraste implícito con los métodos de Alexia.

—Qué noble —repuso la Capadocio, con voz seca—. Yo me andaría con cuidado antes de renunciar a mis poderes sobre los mortales. Siempre tenemos un derecho u otro sobre ellos.

Malachite se obligó a seguir caminando y contener su ira. ¿Cuánto de lo que le había dicho a Miriam había llegado hasta oídos de Alexia? Pero, lo más importante, ¿a qué se refería la Capadocio? No había insinuación que musitara, ni calumnia que vertiera, sin un propósito.

—Es ella la que debe decidir su propio destino —optó por contestar, sabiendo que no era verdad, que no lo sería para ningún mortal que se implicara en las maquinaciones del mundo Cainita.

Alexia pasó por alto su apreciación, limitándose a esbozar una fina sonrisa.

—La sabiduría tiene un precio.

Malachite escuchó sus propias palabras pronunciadas en boca de ella. También oyó las palabras que le dedicara Alexia en la barcaza, cuando salieron de la ciudad; flotaron a su alrededor igual que espíritus escapados de sus tumbas: A lo mejor demuestra ser de utilidad.

—Ya sabes lo que te pedirá el oráculo —susurró Alexia. La acusación resonó igual que un guijarro arrojado al interior de un pozo vacío sin fondo.

Malachite se retiró, aceleró el paso y se alejó de Alexia. Cómo voy a saberlo, pensó, acuciado por funestas sospechas. Se aferró la túnica sobre el pecho y se encorvó para ofrecer menos resistencia al viento seco que intentaba aminorar su marcha. ¿Qué precio tiene la sabiduría?, se preguntó, torciendo el gesto ante las posibilidades... pero sabiendo que ningún precio era demasiado elevado cuando se trataba de preservar el Sueño.

Capítulo dieciséis

—¿Lo ves? —preguntó Ignacio.

Malachite escrutó el firmamento nocturno que se extendía sobre la vasta llanura anatolia y los largos tallos de hierba seca que se inclinaban ante el viento, señalando el camino hacia el este. La luna estaba medio llena, rutilaban las estrellas.

—No lo veo, pero sé que lo he oído.

Todos lo habían oído: el chillido de un ave de presa hendiendo la noche.

—Los halcones cazan de día —dijo Miriam.

Ése era su sonsonete desde hacía tres noches, contando ésta. Los halcones cazan de día. Pero parecía que este halcón los siguiera. Nunca de cerca, nunca a tiro de flecha. A veces desaparecía durante horas, pero siempre regresaba, anunciando su presencia con su estridente llamada.

—No tenemos tiempo para demorarnos aquí —dijo Malachite, al cabo de unos instantes. Puede que una noche de viaje a cielo descubierta, pensó. Eso era lo que había dicho Verpus antes de partir justo después de la puesta de sol. Fíjate en un punto en el horizonte y ve a por él tan deprisa como puedas. No seguiré un camino obvio, ni estoy seguro de que pudierais ver mis marcadores. Seguid yendo hacia el este. Os encontraré. Si todo va bien, habremos alcanzado la protección de las colinas lejanas para cuando amanezca.

Y el viaje había sido difícil. Malachite sentía el cortante filo del hambre. No se había vuelto a alimentar desde que se saciara con los bandidos abatidos hacía dos semanas. Los caballeros ghouls estaban exhaustos, sus pasos vacilaban cada vez con más frecuencia. Miriam mostraba indicios de agotamiento.

Podría darle tan solo unas cuantas gotas de mi sangre... pensó Malachite. Pero rechazó esa opción. No estaba dispuesto a corromper sus decisiones con la tentación de la fuerza y la vitalidad que eran meras concesiones a cambio de una humanidad menguante.

Sopesó la idea de subirla a lomos de una de las mulas, pero las dos bestias estaban fatigadas a su vez, a lo que no contribuía a paliar el hecho de que algunos de los Nosferatu más jóvenes, incapaces de abstenerse de beber

sangre durante tanto tiempo como Malachite, habían tenido que alimentarse de ellas. En ocasiones, las mulas requerían un buen bocado de forraje para seguir adelante.

El halcón, aunque desconcertante, constituía una grata distracción... una distracción que se podían permitir.

—Continuemos —instó Malachite.

Igual que una carreta que protestara contra la tracción de un charco de barro, la compañía emprendió la marcha con dificultad. Malachite se quedó rezagado para caminar junto a Miriam. La mujer ofrecía una expresión de sombría determinación, y sobre ésta una gorra para protegerse del frío cortante. Su tocado había sido de un blanco brillante en un principio, pero Verpus había insistido en que la restregara a conciencia contra la fina tierra, a fin de que el color no resaltara como una baliza en medio de la noche. Al igual que la gorra, Miriam estaba sucia y arrugada, como los demás viajeros.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó Malachite.

—¿Quién? ¿Mi padre, mi primer amante?

Habían dado en mantener este tipo de conversación durante el transcurso de las últimas semanas... no se trataba de acertijos propiamente dichos, sino de preguntas ambiguas que, de por sí, propiciaban más interrogantes que respuestas. La charla en voz baja ayudaba a hacer más llevaderas las horas de tediosa marcha. Asimismo, Malachite había visto cómo pesaba sobre Miriam el aislamiento de las primeras semanas. Para él, la compañía de la mujer era a la vez indulto y penitencia. Se decía a sí mismo que la había salvado de una eternidad de servidumbre con Alexia... ¿pero a cambio de qué? No lograba zafarse de la sombra de la terrible elección que le esperaba. Así que, en vez de eso, optaba por perderse en los detalles minuciosos de subsistir noche tras noche, en la conversación, como si no hubiera tomado ya la insostenible decisión acerca del destino de esta mujer.

—El monje, el del hospital. ¿Cómo se llamaba? —Vio cómo se ensombrecía la faz de Miriam. También ella se acordaba del hombre que había caído ante la espada de un cruzado.

—Francis. Se llamaba Francis.

—¿Lo conocías antes de esa noche?

—No.

En ese momento, fue como si Malachite pudiera oír de nuevo los gritos, oler el humo que se alzaba sobre el edificio. Quería preguntar a Miriam qué había encontrado cuando regresó, si había quedado alguien a quien salvar,

pero podía leer en su rostro lo doloroso que le resultaba el recuerdo de aquella noche.

—No tendría que haber sacado el tema. —Quizá él se mereciera rasgar el pasado como si de una pústula en carne viva se tratara, pero Miriam no. Guardaron silencio.

Había un motivo, comprendió Malachite mientras caminaban, por el que había desenterrado los recuerdos de la masacre de Constantinopla. Cada vez le sorprendía más lo mucho de la ciudad que estaba dejando atrás, lo lejana, casi extranjera, que parecía en medio de las llanuras de Anatolia. La partida había sido dolorosa, pero el dolor remitía conforme transcurrían las semanas. Y haría bien en mantenerlo reciente. El dolor marca la dirección de mi propósito: salvar el Sueño, pensó. Y el propósito justifica cualquier crimen que pueda cometer. Pero rehuyó esa nueva noción, miró más allá de sí, hacia los que le rodeaban.

Se preguntó qué había de Ignacio, y de Alexia. ¿Padecían ellos este desapego creciente? ¿O se aferraban a la idea de regresar a Constantinopla donde, presumiblemente, Malachite se arrojaría el manto del liderazgo?

Y Verpus... ¿presentía él algo de todo esto? El turco era el único de ellos que se sentía cómodo en estos parajes, ya fuera rodeado de montañas o de secas planicies azotadas por el viento.

—Pero tú le conocías —dijo Miriam.

—¿Perdona?

—Al monje, Francis. Le conocías.

Malachite meneó la cabeza.

—No.

—Parecía que cumpliera tu voluntad.

—Era de los míos... recién iniciado a la sangre. Lo había visto, pero ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Aun así, dio la vida por ti.

—No solo por mí... también por ti o por cualquiera de aquellas personas a las que podría haber...

«Y éstas personas —continuó Miriam— no acatan tus órdenes a regañadientes. Se sacrificarían por ti. Si están aquí es para velar por tu seguridad».

—Yo no diría que *lady* Alexia...

—Ella no —protestó Miriam—. Ella no es de los tuyos. Ya me has enseñado que hace lo que hace impulsada por sus propios motivos. —Hizo

una pausa, rememorando tal vez el tiempo que había pasado junto a Alexia—. Es hermosa y terrible.

—Mientras que nosotros únicamente somos terribles —bromeó Malachite, aunque recuperó la seriedad enseguida—. No estés tan segura de que ninguno de nosotros hace lo que hace impulsado por sus propios motivos.

—Has dicho que es posible que el oráculo pueda ayudar a curar al muchacho —dijo Miriam, ignorando la autocrítica—. ¿Qué otro propósito secreto te motiva?

A Malachite se le heló la sangre. En ese instante, tuvo la certeza de que la mujer lo veía por el hipócrita que era. Un propósito tal que pagaré cualquier precio que exija el oráculo, quiso decir. Pero entonces se dio cuenta de que ella solo estaba tomándole el pelo. Su pregunta no encerraba ningún doble sentido. Confiaba en él.

—Nada más que el muchacho —dijo Malachite, aliviado, atormentado—. Aunque las palabras de cualquier oráculo son una espada de doble filo. Pueden mostrarte el camino con claridad, al tiempo que te cortan hasta el hueso. —Acercó las manos a los fragmentos del icono que guardaba en su túnica. ¿Qué puede saber esta mortal de Michael y el Dragón?

Pero su conversación se vio interrumpida de repente por unos gritos procedentes de la cabeza de la compañía.

—¡Tú, alto ahí! —oyeron que llamaba Ignacio.

Malachite vio una figura que surgía corriendo de la oscuridad en dirección a su pequeña columna. Pidió a Miriam que se quedara donde estaba, antes de apresurarse a llegar junto a Ignacio. Los dos Nosferatu empuñaban ya sus espadas para cuando Verpus se hubo hecho claramente visible.

—Pronto tendrás ocasión de utilizarla —dijo el turco, apartando con cuidado la punta de la hoja de Ignacio—, pero ahora apártala de mi cara.

—¿Utilizarla pronto? —preguntó Malachite—. ¿A qué te refieres?

—Una batida de jinetes seljuks ha encontrado nuestro rastro —respondió Verpus, con brusquedad—. Se nos habrán echado encima enseguida. Por cierto, que os habéis desviado mucho hacia el sur. Si os hubiera dejado solos, probablemente habríais caminado en círculo hasta regresar a Éfeso, en la costa egea.

—Seljuks. ¿Cuántos?

—Una veintena o así.

—¿Podemos ocuparnos de tantos mortales? —inquirió Ignacio.

—Si atacaran de frente, tal vez —respondió Verpus—. Pero no lo harán. Nos acosarán durante kilómetros y kilómetros, durante el tiempo que sea

necesario.

—Hasta que salga el sol —sentenció Malachite.

Verpus asintió con la cabeza. Habló con rapidez:

—Debemos ahuyentarlos... No, destruirlos, o nos seguirán o enviarán a alguien a buscar ayuda. Escuchad. —Arrancó un manojito de hierba y, valiéndose de uno de los altos tallos, empezó a dibujar sus instrucciones en la tierra mientras los demás se reunían a su alrededor—. Se dividirán en dos grupos, puede que tres. Algunos se dirigirán a nosotros desde esa dirección, el norte. Otros... —Olfateó el aire, comprobando el viento—, desde ahí, el oeste. Las mujeres, el muchacho, las mulas, los ghouls... que se queden aquí. Los tres arqueros, que estén preparados, aunque no puedan rivalizar con los ghazis ni en alcance ni en puntería, para hacer cuanto puedan. Los demás —indicó a los Nosferatu más veteranos—, nos ocultaremos en la hierba hacia el oeste. ¿Podréis conseguirlo, al raso, a la luz de las estrellas y la media luna?

—Tropezarás con nosotros como te despistes —repuso Malachite.

—De acuerdo. Todos ellos son jinetes expertos. Cabalgarán hacia nosotros, como si quisieran cargar... pero antes de que nos alcancen, detendrán sus monturas, cambiarán de dirección y dispararán sus arcos. Que los arqueros suelten sus flechas cuando se detengan en seco, antes de ponerse a cubierto para protegerse de su andanada. Los que estemos en la hierba cogeremos por sorpresa a la banda procedente del oeste cuando pasen entre nosotros. Debemos matarlos a todos, puesto que los que escapen volverán a encontrar nuestro rastro más tarde o traerán refuerzos.

—¿Cómo sabes que vendrán de esa dirección? —quiso saber Ignacio.

—El viento... esta noche sopla con fuerza. Estará a favor de sus flechas y en contra de las que se disparen contra ellos. Si el otro grupo... o grupos; recordad, puede que se separen en tres; estad alerta... si continúan atacando, deberemos rodearlos, cortarles la retirada. Si huyen, yo me ocuparé de seguirlos. Los demás tendréis que reagruparos tan deprisa como os sea posible.

—¿Tú te ocuparás de seguirlos? —terció Malachite—. ¿En solitario? ¿Pero qué tontería...?

—¿No estabas escuchando? —Las palabras de Verpus fluían más furiosas a cada segundo, mientras sus ojos escrutaban la llanura lejana—. Si consiguen escapar, volverán a encontrar nuestro rastro, probablemente por la mañana.

Lo entendieron.

—Estaríamos indefensos —dijo Malachite.

—Os destruirían. Si renuncian al ataque, les seguiré la pista. Los demás, reuníos tan rápido como podáis y alejaos de aquí tanto como os sea posible. Ahora que os habéis desviado tanto hacia el sur, no alcanzaréis las colinas antes del amanecer, ni siquiera sin esta pequeña diversión. ¿Lleváis palas en las mulas?

—Algunas —contestó Ignacio.

—Daos tiempo suficiente para cavar un agujero... de un metro de profundidad, más o menos, para estar seguros. Será vuestra tumba, al menos por un día. Cubríos con las lonas. Los ghouls y la mujer os enterrarán. —Se volvió hacia los mortales—. Luego tendréis que alejaros. Lo bastante como para no llamar la atención sobre el emplazamiento de la fosa si llegais a cruzaros con alguien, pero no tanto como para no poder acudir corriendo a defender a vuestros señores si alguien llegara a interesarse por ellos.

El plan estaba cuajado de peligros, pero Malachite no disponía de otra alternativa, y a juzgar por la creciente distracción de Verpus, intuía que se les acababa el tiempo. Ignacio dedicó una mirada de preocupación al antiguo Nosferatu. Malachite le hizo una señal: Obedeced.

Un momento después, caminaban hacia el oeste en abanico, a cubierto en medio de la alta hierba, pero con rapidez.

—Los huelo —dijo Verpus—. Agachaos. Escondeos.

Malachite no olía nada en el viento, pero tras haber visto a Verpus asumir la forma de un lobo con anterioridad, no le costaba creer que los sentidos del Gangrel fueran más agudos. Donde un instante antes había cinco Cainitas, ahora no había más que hierba.

Podríamos ser seis si Basilio no se hubiera fugado, pensó Malachite, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Se agazapó y aguardó, espada en ristre, sabedor de que los dones de su sangre le permitían permanecer invisible a los ojos humanos. Había tenido tiempo suficiente para intuir lo que podría estar pasando por la cabeza de Ignacio: que Verpus había dividido su partida de modo que pudieran ser destruidos por etapas, los ghouls y Alexia primero. Y Miriam. Resistió el súbito impulso de regresar corriendo junto a los siete que se agrupaban alrededor de las mulas. Si Verpus hubiera querido destruirnos, habría gozado de mejores oportunidades sin necesidad de abandonar la ciudad, se dijo.

Sintió el acercamiento de los caballos antes de oírlos; el atronador sonido de las pezuñas reverberaba en sus talones, sus rodillas, su pecho. El ruido creció a partir de ahí. Estos caballos no eran tan corpulentos como las monturas de guerra de los cruzados, pero a juzgar por la sensación y el

estrépito que se sobreponía al ulular del viento, se imaginó un inmenso rebaño de ellos, un ejército de ghazis, guerreros turcos de la fe. Se arriesgó a echar un vistazo, apartando la hierba con sus dedos huesudos...

Menos de una docena, vio. Un espectáculo reconfortante. Pero se acercaban deprisa. Quiso mirar hacia el norte para ver cuántos cargaban contra los demás, para ver a qué se enfrentaba Miriam. No hubo tiempo. En cuanto se le ocurrió esa idea, los ghazis estuvieran encima de ellos.

Verpus fue el primero en saltar al ataque, los Nosferatu un instante después. Luego todo se convirtió en un borrón de extremidades agitadas, de filos relampagueantes, de inercia sin control, de cuerpos humanos y equinos que caían al suelo en medio de una nube de tierra y hierba arrancada de raíz. El aire se llenó de una cacofonía de gritos, de sorpresa y dolor, de relinchos, de estertores de muerte.

De algún modo, Malachite perdió la espada al abatir a un jinete. Se aferró al brazo del seljuk mientras caían, luego al hombro, al cuello... lo rompió con las manos desnudas.

De nuevo en pie, empuñando el arma del jinete. Uno de los seljuk permanecía subido a su caballo, confundido por la nube de polvo en la que habían desaparecido sus camaradas. Malachite se abalanzó sobre él. El jinete estaba muerto, con el torso traspasado, antes de tocar el suelo.

No había forma de ver nada en medio de la polvareda, el miasma de fino sedimento aluvial que parecía recubrir toda la meseta.

—¡Están dando media vuelta! —exclamó Verpus—. El otro grupo huye. ¡Vamos, deprisa!

—¡A los caballos! —gritó Malachite.

Había ocho, pero uno se había roto una pata en la caída. Los Nosferatu montaron, guiando a los otros dos caballos sanos hacia las mulas.

—¡Tenía razón! —informó uno de los arqueros ghoul—. Los turcos cargaron y giraron en redondo. Soltamos las flechas y echamos cuerpo a tierra. No creo que hayamos dado en el blanco, pero vieron lo que había ocurrido a sus compañeros y se retiraron. No hemos recibido más de lo que hemos dado.

—No del todo —dijo otro, señalando a una de las mulas, que trastabilló antes de caer de rodillas, con una flecha hundida en el pecho.

—En cualquier caso, dejaremos aquí a las mulas —dijo Malachite—. Pasad la carga a uno de los caballos. Montaremos en parejas en los demás. El muchacho será el tercero para uno, pero casi no pesa nada.

—Si cabalgamos aprisa, los caballos no tardarán en resentirse de esa carga —opinó Ignacio.

—Pues cabalgaremos hasta que se desplomen. Tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes. Puede que Verpus no consiga dar alcance a los otros. ¿Cuántos cargaron contra vosotros provenientes del norte?

—Al menos una docena —dijo uno de los ghouls—. Tal vez más. Es imposible que los matemos a todos.

Malachite buscó a Miriam entre ellos, vio que se encontraba bien, le tendió la mano.

—Tanto más motivo para que nos demos prisa. —La mujer aceptó la mano que le ofrecían y el Nosferatu la izó sobre la silla, a su espalda.

Desaparecieron, tragados por otra nube de polvo.

No esperó a que los demás lo desenterraran. La presión de la lona y la polvorienta tierra resultaba tan opresiva como los angostos y oscuros confines de las cloacas excavadas bajo Constantinopla. Los Nosferatu habían dedicado siglos a la construcción de túneles en la ciudad, para no tener que arrastrarse a través de la escoria igual que ratas. A Malachite tampoco le apetecía sentirse igual que un topo. Rasgó la lona de lienzo y se abrió paso con las garras en el suelo. La seca y desmoronada Anatolia inundó su olfato. Sintió su peso contra los ojos cerrados.

Al superar la capa más superficial, fue recibido por el aire fresco y el sonido del viento que balanceaba la hierba. Sutiles tonos de rosa y naranja abrazaban el horizonte occidental y, ante sus ojos, las últimas pinceladas de oro abrasador de la llanura se tornaron frías, dando paso al púrpura y el gris de la sonochada.

Más allá del montón de tierra recién removida se encontraban los caballeros ghouls, y Miriam entre ellos. Malachite vio su propia imagen reflejada en los ojos de la mujer, una bestia espeluznante que escapaba de la tumba abriéndose paso con sus garras. Se sintió aliviado cuando ella apartó la mirada, igual que los ghouls. Escrutaban el firmamento nocturno, en busca de la silueta del halcón que chillaba sobre sus cabezas.

Capítulo diecisiete

—¿Por qué motivo soporta tu pueblo su sufrimiento? —preguntó Malachite —. Las persecuciones y el vagabundeo se suceden generación tras generación, y aún así os aferráis a vuestra fe.

Miriam dejó de desmenuzar entre los dientes una tira de carne seca de mula y levantó la vista en dirección a él. Estos descansos constituían un gran alivio para ella, igual que para los ghouls y los cuatro caballos. De los siete que había rescatado la compañía del campo de batalla hacía una semana, tres habían desfallecido tras la desesperada galopada de aquella mañana. Su sangre había demostrado ser útil. Los otros cuatro servían ahora de animales de carga, herederos de los enseres que antes transportaran las mulas. De todos los viajeros, eran los Cainitas los que menos necesitaban interrumpir las marchas nocturnas.

—No somos prisioneros de nuestra fe. Ella nos libera. No es tanto una cuestión de elección, de ser aceptados o repudiados. Es lo que somos.

—Pero vuestro padecimiento...

—Las tribulaciones forman parte de la vida, tanto como la dicha, pero al final después de todo lo demás, es dicha lo que queda.

—Supongo que en eso disentimos, puesto que al final mi raza, sobre todas las demás, está condenada. Tal vez disponga de una eternidad durante la que esperar ese final, pero el juicio es inevitable. —Malachite dio la vuelta y se alejó de ella, sintiendo sin necesidad de mirarla su expresión de perplejidad. ¿Cómo podía comprenderlo ella, una mortal? La seguridad de su fe le enfurecía, al igual que la seguridad de la suya propia... de lo que debía hacer. La gloriosa luz guía que había sido Michael había desaparecido del mundo, y Malachite caminaba a oscuras. Haría lo que fuera necesario con tal de restaurar y preservar el radiante Sueño. El momento de ominosa decisión estaba cerca, y lo sentía como una espada alzada sobre su cabeza. Su rabia emanaba de la culpa: culpa porque tendría que sacrificar a esta mujer, y culpa por sentirse reticente a hacerlo en aras de un bien mayor.

¿Cómo podré enfrentarme a ese juicio al final de los días si no he hecho cuanto estaba en mi mano para procurar que perdure el Sueño sobre la tierra?, pensó. Deseaba que pudiera ahorrarse ese trago.

Miró en dirección al lugar en que estaba sentada Alexia a solas, lejos de los demás, y deseó poder descargar toda la culpa sobre sus hombros. Pero ella no había hecho nada más que revelar el camino, a sabiendas de que, una vez él lo viera, no podría dar media vuelta. Le había entregado el cuchillo. No era ella la que lo blandía.

Las vastas dimensiones de la meseta Anatolia habían dado paso al arenoso monte bajo y a las afiladas estribaciones rocosas de Capadocia. Los promontorios de piedra caliza se erguían igual que puñales alzados contra los cielos. En esta región no había escasez de cuevas en las que pasar el día, tal y como predijera Verpus. Verpus, que todavía no había regresado de su persecución de los ghazis seljuks.

—Guiará a los ejércitos del sultán directamente hasta nosotros —había supuesto Ignacio.

—En tal caso, ¿por qué nos ayudó a derrotar a los jinetes, para empezar? —había contrarrestado Malachite—. Puede que al final resulte que tienes razón. Tal vez la traición habite en su pecho, pero no creo que vaya dirigida contra nosotros. Me parece que lo que aborrece Verpus de veras es lo que asola Constantinopla, y mientras crea que nos oponemos a los Cainitas latinos, tanto al obispo Alfonso como a los invasores, será tan amigo mío como lo eres tú.

Quizá fuese la desaparición de Verpus, tanto como el desolado paisaje, lo que había ensombrecido el talante de Malachite. O el hecho de que la compañía estuviera ya tan cerca del oráculo... lo que debería haber anticipado por encima de cualquier otra cosa era lo que más temía.

Siguió caminando, en dirección a Teodoro, que estaba sentado junto al muchacho. Malachite acarició el rostro de su chiquillo. ¿Me dirá el oráculo qué hacer para salvarte?, se preguntó. ¿O te habré arrastrado tan lejos sólo para...?

—¡Malachite! —llamó Ignacio, al tiempo que conducía a Armando hacia él. El joven caballero leproso había asumido el papel de explorador desde que desapareciera Verpus—. Díselo —urgió Ignacio al caballero—. Dile lo que has oído.

—¡Una voz!

—¿De verdad? —Malachite se inclinó un tanto—. A muchos de los que oyen voces los proclaman santos. Pero yo tendría cuidado. A menudo acaban mal.

—Una voz que procedía del interior de una cueva —continuó Armando.

—Empieza por el principio y cuéntaselo todo —conminó Ignacio.

Armando asintió con la cabeza.

—Cuando me adelanté, vi al halcón que nos ha estado siguiendo. Entró volando en una de las cuevas de esa colina... esa de allí. —Señaló uno de los aserrados promontorios que se alzaban no muy lejos—. Es muy raro que el ave nos siguiera durante tanto tiempo, así que se me ocurrió seguirla. Hay un abrupto sendero, si es que eso puede llamarse sendero, muy abrupto, que conduce hasta la boca de la cueva. Ascendía, pero antes de entrar se dirigió a mí una voz desde la profundidad de las tinieblas. «Conduce a Malachite hasta mí», dijo. «A ningún otro», dijo, «solo a Malachite».

La compañía al completo se había congregado a su alrededor, y todos escuchaban el relato de Armando como si estuvieran hipnotizados. En torno a ellos, cambió el viento y comenzó a aullar a través de las paredes de roca cubiertas de cráteres.

—Inspeccionemos esa cueva —dijo Ignacio.

Pero Malachite lo detuvo con un gesto.

Alexia estaba ahora a su lado, sin que pareciera haberse movido siquiera.

—¿Has llegado tan lejos para ver al oráculo y ahora piensas echar a perder el viaje por culpa de una estupidez?

—¿Sabes lo que hay en esa cueva?

Alexia vaciló, antes de responder:

—No.

¿Cuánto de lo que dices es cierto, y cuánto secretos ocultos? Observó atentamente cómo alisaba los pliegues de su vestido y se sacudía el polvo. Era la primera vez que veía el acerado acercamiento de Alexia tan próximo al nerviosismo. No apartó la vista de ella.

La mujer sentía su indeseable atención, pero no le miró a los ojos.

—Hace eras que había eremitas entre estas colinas estériles —dijo, al cabo—. Eran unos necios, más que la mayoría de vosotros, los cristianos. El primero acabó en una cueva, ayunó, y creyó escuchar la voz de Dios. No hubo de pasar mucho tiempo antes de que las colinas pulularan de hombres autoproclamados santos que acudían igual que moscas a la miel. Lunáticos, lo más probable, incapaces de empuñar un arado, o del atractivo o la riqueza necesaria para atraer a las mujeres, ¿por qué no iban a sentarse en una cueva húmeda y lóbrega? Y luego, claro está, estaban los de la sangre que se contaban entre ellos, charlatanes que olían presas fáciles y un auditorio ansioso de visiones y ángeles a los que adorar. Ah, pero qué veleidoso es el corazón humano —se burló Alexia—, y cómo cambian las modas. Los padres del desierto murieron o se mudaron a la ciudad, donde Simeón el Estilita

inauguró una nueva tendencia ascética al sentarse en lo alto de su poste, rezando y ayunando hasta que se le arrugaron las piernas bajo las posaderas. Puede que se quedara atrás un puñado de santurrones trastornados. ¿Quién sabe? Son inconsecuentes, y el templo no queda lejos. —Clavó la mirada en el horizonte del este—. Puede que detrás de la siguiente cordillera...

No tiene en alta estima a los hombres santos, pensó Malachite, y aun así estaría dispuesta a llevarme hasta el oráculo montado sobre su espalda. Sintió los ojos de toda la compañía fijos en él, la urgencia de llegar al templo del oráculo. Compartía esa urgencia... y la temía. Temía llegar a su destino. Temía trasponer el umbral de una terrible elección. Miró a Miriam y pudo ver en su rostro que ella solo temía el peligro que pudiera correr él en la cueva.

Tal vez no esté escrito que yo haya de entrar en el templo, pensó. ¿Acaso no pereció Moisés, para no pisar jamás la Tierra Prometida?

—Voy a ir —anunció. Una chispa de ira centelló en los ojos de Alexia. Lo único que le interesa es saber qué tiene que decirme el oráculo. No le preocupa otra cosa.

—Allí no encontrarás nada de valor —dijo Alexia, furibunda. Ésa era su última palabra. Giró sobre sus talones y se sentó aparte del resto.

—¿Qué hay del muchacho? —preguntó Ignacio, preocupado—. Ya que estamos cerca del templo, ¿no deberíamos darnos prisa, por su bien?

Malachite no podía pasar por alto la vehemencia que denotaba la voz de su compañero. Le oprimía el corazón. Me he vuelto más Alexia que Ignacio, pensó. Exhibo mi pesar por el muchacho porque temo decir la verdad: que el Sueño, si lo salvo, aplastará y triturará todo lo que me es querido. ¿Es esto lo que descubrió Michael? Malachite volvió a mirar en dirección a la cueva.

—Pienso ir.

Tal vez sea aquí donde se me ahorre el trago.

A pesar de las protestas de Ignacio, Malachite se dirigió al pie del túmulo. El resto de la compañía siguió sus pasos... todos salvo Alexia, que se quedó donde estaba, aparentemente preocupada solo por las estrellas del firmamento.

Malachite ascendió por la semblanza de sendero. Era empinado, y la fina tierra se deslizaba bajo sus pies, pero aún así ascendió. Y cuando se hubo plantado ante la boca de la cueva, tal y como la había descrito Armando, se dirigió a él una voz procedente del interior:

—Conduce a Malachite hasta mí. Nadie más, solo Malachite.

—Yo soy Malachite.

Se produjo el silencio, profundo e interminable. Enmudeció el viento que había estado silbando entre las grietas.

—En tal caso, adelante —dijo la voz.

Malachite vaciló, antes de adentrarse en la oscuridad. Estaba acostumbrado a las tinieblas, no obstante; había pasado gran parte de su no-vida inmerso en ellas, y la fuerza de su sangre se transmitía a su vista, de modo que era poco lo que le pasaba desapercibido. Desde la boca, la cueva se estrechaba rápidamente. Tuvo que encorvarse para avanzar.

—Buscas al oráculo —dijo la voz.

Malachite se detuvo.

—Sí.

—Qué tonto eres. —Ahora que había entrado en la cueva, la voz no sonaba tan ronca ni ominosa. Más bien parecía que las palabras brotaran con dificultad, que cada una estuviera pronunciada tras arduos esfuerzos—. Hace más cambios de la luna de los que pienso molestarme en recordar que no ensombrece esta puerta ningún visitante, y ahora acuden a mí hordas... hordas de cretinos, y tú el más cretino de todos.

—¿Con qué derecho me tildas de cretino? —inquirió Malachite, malhumorado, nada dispuesto a soportar insultos de un desconocido invisible.

—¿Que con qué derecho? Con el derecho que tú me concedes al quedarte ahí y preguntar, en lugar de acercarte para verlo con tus propios ojos.

Malachite dudó por un instante, antes de seguir avanzando, mortificado.

—Así está mejor, muchacho. Deseas saber quién soy, qué soy. Podrías preguntármelo, y yo podría decírtelo, ¿pero cómo sabrías qué creer? Aunque te cuente la verdad tal y como yo la conozco, la verdad cambia con cada par de ojos que la contemplan, con cada lengua que la proclama. Lo mejor es verlo por uno mismo.

Malachite se detuvo de nuevo. Al frente, el túnel se escindía en tres.

—Sería justo saber qué camino he de seguir.

—Ah, y yo podría indicártelo. Y si tú me creyeras, podrías coger el camino de la derecha; o si distaras de confiar en mí, el de la izquierda; o si tu corazón no estuviera seguro, optar por un término medio y coger el del centro... la cual sería la peor elección de todas. En cualquier caso, yo habría decidido por ti.

Malachite escuchaba, pero no conseguía localizar el origen de la voz. Revoloteaba por los túneles igual que el polvo transportado por el viento, girando enloquecido ahora en un torbellino, desplomándose luego al suelo, inerte.

—Y si diera igual qué camino coger, porque la oscuridad lo envuelve todo...

Siguió adelante por el túnel del centro. Éste se estrechaba aún más, y su techo descendía. Se puso de rodillas para gatear... y el pasadizo se ensanchó.

Al escrutar la cámara, un haz de luz plateada apareció ante sus ojos, cayendo desde el techo hasta el suelo. Se ensanchó despacio, y vio sentado en el interior del creciente rayo a un anciano, con las piernas cruzadas sobre la fría piedra. Sus ojos eran dos rendijas diminutas; parpadeaba molesto por la luz, que parecía formar un nimbo alrededor de su cabeza esquelética, con la piel tensa sobre la calavera.

—Y tal vez la del camino del medio sea la mejor elección de todas.

El anciano se encogió de hombros. Lo único que llevaba encima era un paño raído enroscado alrededor de la cintura, y el movimiento de sus hombros parecía capaz de dislocarle los brazos que le colgaban a los lados, poco más que piel y huesos.

La luz, vio Malachite, era luz de luna. Penetraba por un pozo que conducía hacia arriba, hasta la superficie del risco. A cada segundo que pasaba, la luna se alzaba más en el cielo y llenaba más completamente el pozo, aumentando el brillo del nimbo. El anciano estaba cubierto por el polvo de incontables años. Reposaba sobre él igual que el musgo sobre la roca, aunque a través de él resplandecía su piel como alabastro a la argéntea luz.

—En tal caso —dijo el anciano—, los tres caminos conducen al mismo sitio. —Volvió a encogerse de hombros—. Así de débil es la metáfora, pero ¿lo será siempre?

Malachite se puso de pie y se acercó más.

—Sabes quién soy y qué busco. ¿Quién eres tú?

—Hace mucho que mi nombre huyó con el viento que recorre las estepas. Soy uno de los padres del desierto, alejados de lo mundano. Sé muchas cosas. Sé...

—Sabes lo que te cuenta un halcón —aventuró Malachite.

El ceño fruncido del anciano corroboró sus sospechas.

—Deberías permitir que un viejo como yo conserve sus bravatas. ¿Piensas arrebatarme también el trapo, para ver lo arrugado que estoy y lo poco que valgo?

—Me parece que no —dijo Malachite—. Aquí tienes para pasarte toda la eternidad jactándote.

—Toda la eternidad, ¿eh? Al menos hasta que el Padre Oscuro reclame lo que le pertenece. He aprendido muchas cosas aquí sentado durante más

noches y más días de las que puedas contar. No rehuiré el juicio final.

Rehuir el juicio final... justo lo que estoy haciendo yo al haber acudido aquí, pensó Malachite.

—Sugieres que pretendo escapar a mi destino.

—¿Eso hago? —preguntó el anciano, antes de añadir—: ¿Eso hago?

—Me has llamado estúpido por buscar al oráculo —dijo Malachite, que comenzaba a enfadarse—. Los años de soledad te han embotado el cerebro.

—Es probable, es probable. Pero la pregunta sigue sin respuesta: ¿Buscas tu destino, o esperas que te lo den hecho?

Malachite lo observó durante largo rato, irritado por las crípticas palabras. La luna era ahora un disco que cubría el extremo más alejado del pozo practicado en el techo. El padre del desierto permanecía sentado en medio del nimbo de luz de plata. Por fin dio Malachite con lo que no encajaba.

—¿Hace años que no te mueves del sitio?

El anciano asintió.

—Me temo que mis piernas han olvidado cómo soportar siquiera mi cuerpo liviano.

—Mientes. O mientes o no perteneces a la sangre de Caín. La luna te alumbraba ahora... igual que haría el sol durante el día.

—Hay cosas peores que el sol. Sigue tu sueño con perseverancia, Malachite, y puede que algún día lo alcances. ¿Acaso sostiene el clavo el carpintero después de haberlo puesto en su sitio?

—Puede que sea por culpa de estos oídos de cretino, pero no escucho más que pamplinas.

El anciano esbozó una sonrisa, mostrando unos dientes y colmillos que parecían aferrarse nada más que al hueso.

—Conocer el destino parece una bendición, ¿eh? Se hacen innecesarios los arreos de la vida, se hacen innecesarios los amigos, los amantes, el miedo o la duda.

—¿Te burlas de mí? ¿Tú, que te humillas en una cueva mientras se suceden las etapas del mundo?

La sonrisa del anciano se ensanchó.

—El que tenga ojos, que vea.

Malachite zangoloteó la cabeza y se dispuso a marcharse. Alexia tenía razón, aquí no hay más que lunáticos inconsecuentes.

—Y he venido tan lejos...

—Has mencionado al halcón. Su cuerpo descansa justo ahí. —La sorna y el humorismo habían desaparecido de la voz del anciano.

Malachite se detuvo. Escrutó las sombras del otro lado del haz de luz argéntea, que se estrechaba a medida que la luna surcaba el firmamento. Por cierto, lo único que quedaba del nimbo que rodeaba al avellanado anciano era un halo de lánguido polvo de plata que flotaba en el aire. Al mirar más allá de él, Malachite vio un cuerpo tendido en el suelo... pero no el de un halcón, sino el de un hombre.

El cuerpo yacía tumbado de espaldas, enhiesto, con las manos recogidas sobre el pecho como un cadáver. Al acercarse, Malachite lo reconoció.

—Basilio...

—Ahí descansa el cuerpo, pero el espíritu ha volado.

Malachite se acercó a Basilio, se arrodilló junto a él. Aparte de la suciedad acumulada durante las semanas de viaje, el caballero no ofrecía peor aspecto que la última vez que lo viera Malachite, cuando había partido tras Ignacio en pos de los bandidos de la quebrada. Las astas de tres flechas sobresalían aún de su cuerpo, partidas muy cortas. No se apreciaba ninguna herida grave que explicara el que yaciera como si estuviera muerto. Y no ha regresado al polvo, pensó Malachite. No ha sido destruido.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—La primera vez, entró caminando por su propio pie. No recuerdo que, en el pasado, los visitantes fueran tan feos... pero eso da igual. Muy agitado estaba al principio, muy próximo al cazador que gobierna nuestra sangre, pero le enseñé que no había por qué temer a la Bestia. Si su relato de los últimos acontecimientos era correcto, entonces han transcurrido más de quinientos años desde que probé la sangre por última vez. He descubierto que ahora puedo pensar en ello sin... no importa. Quieres saber qué le ha ocurrido al amigo que has perdido.

—No lo he perdido, diría yo, sino que lo he encontrado. Llamó al halcón. Éste acudió a él, y ahora son uno... Y seguirán siendo uno, creo.

—Recorrió una enorme distancia, y parecía bastante contento por haberte encontrado de nuevo. Cuando hablamos por primera vez, me dijo que seguía al Cainita más digno de culto que hubiera conocido, al Nosferatu llamado Malachite, que buscaba al oráculo.

—Todavía era joven. No había conocido a muchos Cainitas.

El anciano soltó una risita, semejante al sonido del hueso al raspar la roca.

—Aquí está bastante seguro mientras decida surcar los aires. También puedes dejar al muchacho, si deseas librarlo de cualquier posible daño.

Malachite se envaró ante la mención del muchacho. Lo que había dicho el anciano acerca de Basilio era probablemente cierto, y no parecía que el padre

del desierto le hubiera hecho ningún daño... pero pensar en dejar atrás al muchacho, de alejarse de la visión que llevaba ciega varias semanas...

El muchacho es uno de los últimos recordatorios del Sueño que me quedan, pensó Malachite. ¿Cómo se atreve este viejo chocho a intentar usurparme eso?

—Éste acudió a ti libremente, y parece que has cuidado bien de él —dijo Malachite, apartándose de Basilio—. Pero no pienso acercarme a otro a tus embrollados desvaríos. —De repente, no pudo escapar a la rabia de aquel que ve cómo se burlan de su mayor tesoro. La cueva parecía ahora, no un lugar de recogimiento y paz, sino de mofa. La repulsa lo alejó del padre del desierto—. ¡El muchacho es mío! ¡No lo corromperás con tu locura!

Y el padre del desierto...

El anciano había desaparecido.

Malachite se giró y huyó, tanteando en la oscuridad. Casi antes de darse cuenta, estaba fuera de la cueva, tropezando y resbalando semblanza de sendero abajo.

Los demás corrieron a su encuentro: Ignacio, espada en ristre, escrutando la ladera en busca de quien pudiera perseguir a su señor; Miriam, con preocupación en los ojos.

—Alejémonos de este lugar —dijo Malachite—, de inmediato.

—¡Sí! —Alexia no estaba cerca, sino que vociferaba desde una cresta cercana. Señalaba hacia el este—. Ya es la hora, como suponía. ¡Allí se alza el monte Erciyes!

Capítulo dieciocho

—Me llamo Qalhara. Sígueme si deseas presentarte ante la suma sacerdotisa.
—La mujer medía toda una cabeza menos que Malachite, pese a lo que su porte altivo y sereno acaparaba la atención del Nosferatu. Se conducía como una guerrera, con una mezcla de gracia y poder aun a despecho de su escasa corpulencia, sin que sus ojos perdieran detalle de su interlocutor. Los vivos tonos terrosos de su piel evocaban días mortales pasados a orillas del nacimiento del Nilo.

Parecía que ella fuese lo único real en el interior de este templo fantasmagórico, tallado a gran profundidad en la cara de la montaña, siendo sus ojos los únicos que consentían en cruzarse con los de Malachite. Monjes y sacerdotisas recorrían los fríos salones, con los rostros vueltos hacia el suelo en actitud de impenetrable contemplación de los inciertos misterios de la muerte. Ensalmos lejanos acercaban sus dedos invisibles para, tras tantear el hombro, retirarse a las profundidades de interminables pasillos y santuarios ocultos. Pese a la constante sensación de que abundaban los susurros en el umbral del oído, imperaba el silencio. Cada pisada repicaba igual que un estertor seco; los carraspeos semejaban aullidos de un ejército que cruzara la llanura a la carga, rumbo a su condena.

En el exterior, la faz de la montaña era la fachada del monasterio, adornada con escaleras y almenas, con elaborados diseños desgastados por el viento cincelados en la roca a modo de arcanas anotaciones al margen, inteligibles solo para el erudito versado. Detrás de la fachada, las catacumbas, de las que Malachite no había visto más que una fracción, profundamente arraigadas en la Tierra... y esa sensación de que la Tierra preferiría haberse guardado para sí sus oscuros secretos.

También el tiempo fluctuaba y tendía a desvanecerse en este lugar. Malachite había perdido la cuenta de las noches que habían transcurrido desde que entrara en este lugar. ¿Tres, cuatro?

Los guardias de la puerta no habían aparentado perplejidad en absoluto ante la llegada de sus visitantes, salidos de la nada. No soy el primero que busca al oráculo, pensó, y a continuación: Pero si es un oráculo. Claro que estaban prevenidos.

Se había acercado a las puertas con el muchacho en brazos, seguido de Miriam y Alexia. Los habían conducido al interior, donde se habían separado.

—Haz lo que te digan —había instruido a Miriam, al reparar en su expresión de preocupación antes de que se alejara flanqueada por figuras ataviadas con túnicas y confusos susurros. Una vez hubo desaparecido, ya era menos que un recuerdo.

Lo guiaron hasta una cámara pequeña que olía a tilo y muselina. Mortajas fúnebres. Acto seguido, tres torvas yayas marfileñas habían cogido al joven para depositarlo encima de un féretro de piedra, acariciándolo como acaricia una madre a su pequeño atribulado, rozándose los esqueléticos dedos de todas ellas igual que serpientes o amantes. Ni una sola palabra había asomado a sus labios, aunque Malachite se esforzaba por oír lo que estaba seguro de que se estaban diciendo. Antes de que pudiera darse cuenta, se esfumaron igual que la niebla de la mañana, dejando tras de sí sólo al muchacho, frío y muerto.

La secuencia de acontecimientos se tornó aún más imprecisa después de aquello. Los Cainitas caminaban por la línea que separaba la vida de la muerte, pero este sobrecogedor templo de los Capadocios, el llamado clan de la Muerte, inclinaba dicha línea hacia la sepultura. Aquí no tienen cabida los mortales ni la humanidad. La raza del hombre podría desaparecer de la faz de la Tierra y estas criaturas sentirían apenas un escalofrío.

De alguna manera, el tiempo se demoraba y, simultáneamente, discurría con un impulso inexorable. Se acordó en algún momento de que Alexia estaba a su lado. La mujer hablaba con susurros furtivos y apresurados.

—Tu sacrificio te será útil —estaba diciendo.

Sacrificio. Malachite buscó el nombre pero no pudo encontrarlo en este lugar de efímeros murmullos, de recuerdos olvidados.

—Cuando hables con el oráculo, la suma sacerdotisa Constancia, deberás preguntar por el regreso de Andreas.

Andreas. Pronunció el nombre como si le quemara en los labios, lo escupió como si fuese la última pepita que le quedaba en su alma negra y hueca.

—Esto será un punto de inflexión en tu búsqueda del Dragón. Te ayudará. Andreas. Debes preguntar por Andreas. —Su sinceridad era tan fina como los dedos de las viejas brujas, frágil como el cristal. Tampoco conseguía ocultar su propia ansiedad por conocer lo que diría el oráculo.

Miente, sabía Malachite. Andreas era su amor perdido, como ella misma le había mostrado sin proponérselo. Su obsesión, apenas contenida, era prueba suficiente de que Andreas no guardaba ninguna relación con el Dragón. Así

que esto era lo que me ha tenido reservado durante todo este tiempo, comprendió Malachite. Se suponía que tenía que creer que quería ayudarme a superar el obstáculo de la secta para llegar a los aposentos de Michael, y si yo aspiraba a algo más, que me apoyaría y me propondría como patriarca sucesor de Michael... pero ésta, ésta era la razón que había detrás de todo.

—Andreas —siseó Alexia, agarrándolo con fuerza por los hombros—. Que no se te olvide. Tienes que preguntar. ¡Andreas!

Malachite pensó en enfrentarse a ella, en llamarla mentirosa, pero su mente era un remolino y no quedaba tiempo. Entre ellos se interpusieron las ásperas pisadas de las brujas... susurros, todo eran susurros en este lugar. Alexia retrocedió cuando entraron en la estancia aquellas tres vainas resacas con forma de mujer.

—Debemos prepararte para ver al oráculo —dijo una.

—¿Aceptas entregarte a nosotras? —preguntó otra.

Malachite contuvo el impulso de huir de ellas, del templo. Éste era su propósito... aunque de repente las inhóspitas praderas de Anatolia se le antojaron una alternativa atractiva. Para esto me eligió Michael, pensó Malachite. El Nosferatu no huyó. En vez de eso, asintió con la cabeza.

La tercera tía sonrió. Entró en la sala un desfile de esclavos, todo mejillas hundidas y costillas marcadas, piel pálida como el polvo de tiza, uno detrás de otro, así hasta nueve. Tenían los ojos cerrados... a la fuerza, puesto que les habían cosido los párpados con tosco hilo negro. Al igual que los labios, y las orejas. Aun así se movían con la desenvoltura que confiere la costumbre, expertas en la labor que les había sido encomendada. Cuando se hubieron acercado a Malachite, éste vio que empuñaban agujas de hueso y más de ese hilo crudo que olía a tripas puestas a secar.

¿Aceptas entregarte a nosotras? Las palabras le perseguirían durante tres noches con sus días. En todo ese tiempo no supo nada del mundo exterior, puesto que las manos de los esclavos lo habían enterrado. Podría haberse resistido, podría haber aprovechado su fuerza para romperles los quebradizos huesos, pero someterse a ellas formaba parte de su propósito. Se había entregado a ellas. Cruzó las manos sobre el pecho y fue testigo de cómo entraba y salía el hilo de su piel, sujetándole con fuerza los labios. Cuando el hilo hubo rasgado su piel descascarillada, los esclavos comenzaron de nuevo. Cuando le hubieron cerrado la boca, aplicaron las agujas de hueso a sus ojos, para coserle los párpados a sus enjutas mejillas guiándose por el tacto. Oyó cómo cedía la carne cuando los esclavos obligaban a las agujas a penetrar en sus duras orejas atrofiadas, plegándolas con firmeza como si de trozos de lona

se trataran. Escuchó cómo salía la última aguja, cómo unos hábiles dedos ciegos practicaban el último nudo.

Después nada...

Nada salvo los susurros que no terminaba de distinguir, los secretos de la Tierra que le estaban vedados. El tiempo giraba sobre sí mismo igual que la serpiente Ouroboros al engullir su propia cola. En algún momento, Malachite comprendió que estaba atado, tenía los brazos pegados al cuerpo, los pies juntos. Quizá hubiera podido liberarse de las ligaduras, romperlas con la misma facilidad con que podría haber arrancados los hilos de su carne, pero ésta era su pasión, su tormento, su propósito.

Durante horas, las voces de las brujas bailaron en su cabeza, al igual que las mentiras de Alexia y las palabras que hablaban de su sacrificio... Había un nombre que quería que recordara... y otro que aún estaba fuera de su alcance...

Fue presa del delirio, o puede que se estuviera rebelando contra la gélida inhumanidad del lugar. Pero al final habían sentido el filo curvo de una daga en el rostro, tirando de un hilo.

—El que tenga oídos, que escuche —dijo una de las yayas al cortar los puntos de sus orejas.

—El que tenga ojos, que vea —dijo otra, con un diestro movimiento del puñal. Malachite pugnó por abrir los ojos, y ese mero movimiento bastó para liberar el hilo de sus párpados.

A través de negros barrotes de hilo, contempló a la tercera vieja, que le soltó los labios en silencio.

Las horas transcurridas habían sido confusas, pero ahora la atezada y fuerte Qalhara lo guiaba por interminables pasillos de piedra. Tuvo la impresión de que, si se rezagara, o si se apartase del camino que trazaba la mujer, se perdería para siempre, se convertiría en una sombra condenada a merodear por la eternidad en pos de recuerdos lejanos. Qalhara era más real que los implacables guardianes de la puerta, que las brujas de marfil, que Alexia.

Cómo los odiaba Malachite a todos.

Me conceden lo que quiero, pensó. Me obligan a desear el cuchillo, a rogar por él... Tomaban parte a voluntad en sus dolorosas decisiones. Clavó la vista entre los omoplatos de Qalhara mientras la seguía. Ahí es donde debería hundir el cuchillo, y luego en Alexia, y en todos los Capadocios, hasta que esta montaña entera quedara reducida a polvo. Pero se limitó a seguirla.

Los susurros tironeaban del dobladillo de su túnica, tentándolo, animándolo a desviarse. Mas su camino ya había sido marcado.

Por el Sueño.

Qalhara precedió a Malachite a través de una arcada baja que se abría a una cámara más espaciosa... una sala de huesos. Las paredes estaban cubiertas con un centenar de antorchas ancladas en sendos cráneos que carcajeaban debido al efecto de luces y sombras. Las impenetrables piedras de los pasillos cedían aquí su lugar a un intrincado tapiz de marfil: costillas y fémures, tarsos y clavículas. Conformaban el suelo y las paredes una mezcolanza arquitectónica de muertos; eran tan numerosos como infatigables los susurros de la montaña; un frío océano níveo del pasado, que todo buscador del futuro debía atravesar.

En el centro de la cámara aparecía un enorme agujero, negro como el tizón, aunque ribeteado de huesos, y al otro lado se erguía la suma sacerdotisa cubierta por una túnica negra, terrible en su hermosura. Mocho el cabello y perfectamente perfilado el semblante, pintado con pigmentos índigo que daban forma a una calavera de manufactura tan exquisita como la de cualquier estatua o columna de mármol, e igual de fría.

Un ensalmo rítmico impulsaba ahora a Malachite, que reparó en los monjes intercalados entre las teas, cuerpos de piel blanca y lenguas descoloridas que evocaban el pasado.

—Acércate a la suma sacerdotisa —dijo Qalhara a Malachite—, pero no te arrimes al Pozo de los Huesos.

Pisaba sobre huesos. Estaban firmemente apelmazados, tan inmutables como la historia. Le extrañó la tersa solidez que se oponía a las plantas de sus pies: ¿Qué había pasado con sus sandalias? Rememoró vagamente, de manera imprecisa, los ritos de purificación, una aguja de hueso que le traspasaba la piel... hasta que ese conocimiento desapareció, defenestrado Pozo abajo para ir a depositarse con dificultad entre las promesas proferidas en la noche más fría y romperse bajo el fuego del sol.

Se mantuvo tan alejado del Pozo de los Huesos como le fue posible. ¿Cuán cerca es demasiado cerca? Volvió la vista hacia Qalhara pero no pudo encontrarla... solo sombras que cabriolaban y huesos susurrantes. Se giró para encararse con la sacerdotisa que había estado delante de él en todo momento, y abajo estaba el Pozo.

Se enderezó ante ella, orgulloso pese a su horrendo aspecto, tan similar a los huesos que pisaba. La mujer se desprendió de su túnica con un encogimiento de hombros para revelar un monumento de piel blanca señalada

por huesos índigo, unos senos agarrotados que nunca proporcionarían sustento, unos rizos negros que cubrían el yermo de su sexo. Sus ojos no evidenciaban más humanidad que el resto de su cuerpo tatuado, tan bello y enjuto como la mismísima parca.

—Traes una ofrenda.

Malachite abrió la mano para descubrir que había estado aferrando un trozo del icono pintado entre sus bulbosos nudillos: el Cristo ascendente, el rostro del Dragón.

El oráculo tocó el icono, tocó los dedos de Malachite... pero él no estaba dispuesto a soltarlo. Sentía la atracción del Pozo. Le aterrorizaba. No podía renunciar a lo que le quedaba del Sueño.

La mujer asintió y se apartó de él. Se acercó al Pozo, al mismo borde, por lo que Malachite temió que fuera a arrojarse antes de contarle lo que había venido a saber desde tan lejos. Cogió en cada mano un cáliz de oro ennegrecido, cálices que Malachite hubiera jurado que no estaban a su alcance hacía tan solo un momento.

Los susurros comenzaron a arreciar y arremolinarse. Preñados de significado, empujaron a Malachite hacia el borde del Pozo. De forma gradual, se imbricaron para formar palabras musitadas que podrían haber emanado de los marfileños labios de la suma sacerdotisa:

—Todo lo que está muerto transmite ecos de vida.

Alzó la mano izquierda para verter fina ceniza en el Pozo, condensándose el polvo en una espiral, como si ahora los susurros adoptaran la forma de una niebla convulsa.

—Todo lo que está vivo escucha la llamada de su muerte.

Volcó el cáliz que sostenía en la otra mano. Un espeso chorro de fragante vitae se hundió en la oscuridad, penetrando el velo de bruma.

—Nosotros, que nos encontramos en el umbral de la sepultura, paralizados en el momento que separa la vida de la muerte, buscamos estos ecos y llamadas para que nos guíen. Apelamos a los restos de los muertos y a los gritos de los moribundos para que nos respondan.

Malachite sintió que el suelo —los huesos— se movía bajo sus pies. Trastabilló, y cuando hubo recuperado el equilibrio vio una enorme entrada arqueada donde antes no había ninguna. Dos figuras ataviadas con túnicas negras escoltaban a una mujer cubierta por un vestido blanco y liso.

—Miriam —dijo, y los susurros elevaron su llamada, hasta que la cámara resonó con los ecos cavernosos del nombre de la mujer. Sus miradas se

cruzaron por un instante. No vio ni un atisbo de la resignación de su valiente discurso... solo consternación, temor.

—Reza por mí —fue la débil respuesta, seca la boca, descarnada la garganta.

Terribles elecciones.

Por el Sueño.

La arrojaron al Pozo.

Negrura... como si estuviera cayendo a través de las brumas sin fin. Los susurros eran un cosquilleante picor en el fondo de su garganta, una voz, aunque no la propia.

—Has pagado el precio de los muertos —dijo la suma sacerdotisa—. Tú y solo tú. Tu sacrificio les parece aceptable.

Yo no he pagado ningún precio, pensó. Ha sido Miriam. La Bestia se rió en su interior, como si hubiera sido ella la beneficiaria del tributo de sangre. Pero los susurros se agolpaban ya más próximos, casi cobrando sustancia. No se nutrían de su propia retribución, sino de la enormidad de la pérdida de Malachite: no solo Miriam, sino parte de su propia humanidad, su propia alma.

—Para ti y solo para ti —dijo la suma sacerdotisa—. ¿Qué es lo que buscas?

Pensó fugazmente en maldecirlos —a las voces, a los Capadocios blancos como el hueso—, pero eso no sacaría a Miriam del Pozo sin fondo. Se había tomado la terrible decisión. Tal era su propósito. Por el Sueño.

—Busco al Dragón. Al que concibió y engendró el Sueño junto a Michael y Antonius.

Las voces sonaron con más fuerza de inmediato, murmullos guturales semejantes a los de viejas brujas al acecho, transmitiendo alteradas una murmuración que derivaba en una espiral interminable. «El Dragón... ha dicho el Dragón... busca al Dragón...».

—Largo es tu camino y vasto el derrotero —dijo la suma sacerdotisa—. Escucha, y el que tenga oídos, que oiga.

Los susurros tuvieron su oportunidad, voces muertas tiempo ha, sangre y ceniza que había empapado la Tierra de la que procedían, ganando en volumen, alcanzando un *crescendo*, vertiéndose desde el Pozo de los Huesos:

—Veo jinetes cubiertos de sangre —dijo una voz infantil, anónima, asexual, atemporal—. Y veo el lobo a las puertas.

El pequeño guardó silencio.

—Veo a los cansados y despojados —dijo un anciano—. Multitudes innumerables. Huyen de la destrucción tan solo para derramar sus vidas en la arena... cazados... cazados por su sangre aun entre las tiendas y sacos tras los que resguardan. Tus chiquillos te esperan entre ellos. Se inclinan ante ti y las mareas que te acompañan.

¿Mis chiquillos?, pensó Malachite. Tiendas y sacos... ¿podiera ser el campamento cerca de Adrianopla? Pero si allí solo había unos cuantos mortales...

Las voces giraban superponiéndose unas a otras, ansiosas por hacerse escuchar, pero ya comenzaban a retroceder al interior del Pozo. Ahora hablaba una mujer:

—Veo huesos que se convierten en polvo, el Pozo que se derrumba sobre sí mismo. Veo la condena del clan de la Muerte, devorado por su propia...

—¡Silencio! —aulló la suma sacerdotisa, con un poder que no se correspondía con la fragilidad de su cascarón de carne y hueso. Sus palabras se abrieron paso entre las demás voces, con el filo de un puñal de hielo—. ¡Ni por la sangre de mil mortales debería escuchar él tales cosas!

Las voces de los muertos no se apaciguaron. Continuaban hablando, pero ahora sus palabras resultaban incomprensibles para Malachite, tan antiguo el idioma como la sangre y la tierra, que ya oyera antes.

—¡He pagado el precio! —protestó—. ¡Dímelo!

—¡Ingrato! ¡Silencio! —siseó la suma sacerdotisa.

Está escuchando las voces, pensó. ¡He pagado el precio, y aun así me oculta los secretos!

—No me hables de tu querido precio. —Las palabras de la suma sacerdotisa rezumaban desprecio. En medio de la tempestad de voces revueltas, conocía sus pensamientos además de sus palabras, su corazón además de sus actos—. ¿A quién pertenecían las cenizas y la sangre que he vertido de los dos cálices? ¿A ti? Me parece que no. No quiero ni oír hablar de tu precio. Como tampoco quiero estafarte ni una sola gota del precio de sangre que se ha pagado.

Pero las voces, sin cesar de clamar, disminuían rápidamente. En cualquier caso, ¿cómo sabré si me ha estafado?, se preguntó Malachite. ¿Y de qué serviría seguir discutiendo, como no fuese para malgastar más del preciado tiempo a medida que el Pozo intentaba reclamar lo que, por derecho propio, le pertenecía?

Al no ver otra alternativa, escuchó, y las voces volvieron a resultar audibles:

—Veo llamas —dijo de nuevo el niño—, crepitando sobre la gran corte en la que no tiene cabida el amor. Veo con su halo de fuego al señalado de Dios huyendo a la soledad del yermo, y tras él el buscador que despertará y encontrará la verdad acerca del Sueño. —Por un momento, el pequeño guardó silencio, aunque la miríada de voces seguía zumbando, ininteligible. Pese a la negrura del Pozo, que acaparaba su atención, Malachite tenía la impresión de estar siendo observado, juzgado. El niño reanudó su discurso, chasqueando la lengua—: Tsk, tsk. Mira que ir a buscar al que has tenido delante hace tan poco y que has rechazado...

Las palabras cayeron sobre Malachite como un mazazo. ¿Que he tenido delante hace poco? ¿Que he rechazado?

—Nada de halo de fuego esta vez —continuó el infante—, sino de plata.

¿Plata...? Las palabras cobraron significado para Malachite.

—El lunático de la cueva... el padre del desierto... ¡el Dragón!

—Mostrará muchos rostros. Muchos rostros en muchos lugares, pero nunca más en tu preciada ciudad. No acudirá a ti. Eres tú el que debe acudir a él. De nuevo.

Malachite sentía deseos de arrancarse los ojos. ¡Lo he tenido delante y no he sabido más que dedicarle insultos, despreciarlo! ¡Necio! ¡Imbécil!

La marea de voces subió de nuevo y se llevó al pequeño. La negrura del Pozo aumentó su arrastre. La presa de la muerte era poderosa, infinita su paciencia.

—Habla, date prisa —dijo la suma sacerdotisa a Malachite—. ¿Qué más buscas?

Pensó en lo que debería preguntar. Así pues, ¿no iban a decirle nada más acerca del Dragón? ¿Y si vuelvo a la cueva? ¿Lo encontraré allí? Pero sin duda eso ya se lo habrían dicho; seguro que había dejado escapar su oportunidad. Se imaginó el sonido de los susurros al ser arrastrados hacia el vientre de las tinieblas...

—Date prisa —apremió la suma sacerdotisa.

—El muchacho —dijo Malachite—. Busco la manera de curar al muchacho de su aflicción.

El zumbido continuó, pero más apagado, más distante. Y no surgió ninguna voz de la miríada para contestar.

—¿Qué hay del muchacho? —insistió Malachite, desesperándose.

No hubo respuesta.

—Los muertos no hablarán de esto —entonó la suma sacerdotisa—. Amonéstalos y desperdicia tu ofrenda, o pregunta otra cosa.

Así pues, ¿no hay esperanza para el muchacho?, se preguntó Malachite. ¿Por qué no quieren decírmelo? Pero podía oír cómo se alejaban los murmullos. Surgió un nombre en su cabeza: Andreas. Pero ésa era una de las mentiras de Alexia. El regreso de Andreas... Esto marcará un punto de inflexión en tu búsqueda del Dragón. Te ayudará. Andreas. Malachite reconocía su engaño, pero aun en sus embustes había siempre una semilla de verdad. Era posible que pudiera ayudarle de manera insospechada.

—Busco el regreso de Andreas.

Las voces enmudecieron.

Una sensación mareante se apoderó de Malachite, un dolor agudo, como si se hubiera arrojado sobre un cuchillo.

—Has de saber una cosa —dijo la suma sacerdotisa, envuelta su voz en rabia apenas contenida—. El Pozo de los Huesos revela sus secretos a aquel que paga el precio, a nadie más. A ti —enfaticó—. Solo a ti. No te corresponde el derecho ni el privilegio de compartir estas palabras con nadie más, so pena de volcar sobre ti las maldiciones de los muertos. También has de saber que veo que lo que preguntas no brota de tu corazón, sino de otro. Intentar engañar a los muertos es empresa harto arriesgada, aun cuando hay una voz entre ellos que responderá a tu pregunta. Se lo permitiré... a cambio de un precio.

El corazón de Malachite estaba oprimido por emociones encontradas, tan feroces como los susurros superpuestos del Pozo. Su ira abarcó a todos los Capadocio: a Alexia, por sus mentiras; a la suma sacerdotisa, por someterlo a unas normas de las que no se habían dignado informarle. Rabió contra los muertos, que prostituían sus secretos, que propagaban extravagancias acerca del Dragón y omitían mencionar lo que atañía al muchacho. Y no escatimó desprecio para sí, puesto que era su propio propósito y su terrible elección lo que les había permitido a todos ellos gozar de poder sobre él.

—He brindado tributo a los muertos.

—Cierto. Por tanto, si no deseas escuchar nada más...

Malditos sean todos, pensó, aunque no haya tormento suficiente en el Infierno. Pero sabía que, en esta instancia, estaba vencido.

—No temas, pretendiente del Sueño. No es nada que no te puedas permitir... en realidad, se trata de una minucia.

—Acabemos. ¿Qué esperas de mí?

Se reanudó el frufú de susurros, aunque ahora en voz baja, y entre eso y la oscuridad, Malachite pensó que casi podía sentir la rígida sonrisa de la suma sacerdotisa.

—El camino que sigues te llevará primero cerca de Adrianopla.

Esto era algo que ya había inferido tras escuchar lo que le habían dicho las voces, pero oírlo de su boca abrió un abismo a sus pies. Dejaría desamparada la ciudad que aspiraba a salvar. Dondequiera que le llevara su senda, no era a Constantinopla. Al menos no enseguida. Todo en el nombre del Sueño.

Adrianopla.

—Espera aquí hasta que mande recado... y en ese recado se te revelará el precio que se te exige.

A Malachite eso no le hizo ninguna gracia.

—¿Y si me niego?

—Estás en tu derecho.

—Y las voces guardarán silencio.

—Y las voces guardarán silencio —ratificó la sacerdotisa.

Malachite no pudo ocultar su malestar. Terribles elecciones, falsas elecciones... mas era cierto que la mentira de Alexia encerraba una semilla de verdad, algo que podría ayudarle a encontrar al Dragón...

—Haré lo que me pidas.

—Muy bien. —El oráculo no dio muestras de sorpresa.

Ya comenzaban a entrelazarse las voces de los muertos, aunque deleznable, desleídas por momento. Por encima de las demás, habló una voz nueva, una voz de hombre que tal vez otrora hubiera sido joven, testarudo, seguro de sí mismo, pero que hacía tiempo que había sido abatido por la muerte, puesto en su sitio.

—Recuerdo el nombre de Alexia —dijo la voz dubitativa—, pero no consigo rememorar su rostro. Lleva más tiempo del que se puede calcular aguardando mi regreso, puesto que en los días que compartimos sobre la Tierra fuimos amantes, creo... —Ni las palabras ni los recuerdos acudían con facilidad a esta sombra, muerta tiempo ha. Hablaba de manera entrecortada—. Fui esclavo de su padre, mi señor. Juramos, ella y yo, que si nos era negado nuestro amor en vida, lo compartiríamos una vez muertos. Pero sólo yo pasé al otro lado... envenenado por mi propia mano. Nos descubrió su padre. Detuvo su brazo y lo último que vieron mis ojos mortales fue su cara angustiada... testigo de mi muerte...

La sombra vaciló, enmudeció.

—Andreas —susurró Malachite. Podía sentir simpatía por este hombre muerto hacía tanto tiempo, e incluso por Alexia, cuyo amor se había tornado fría obsesión. Pero Malachite buscaba el germen de la verdad en la mentira de

la dama, el indicador que señalara el camino hasta el Dragón—. ¿Qué hay de tu regreso, Andreas?

—Sí —dijo la sombra tras un largo momento en el que Malachite pensó que ya no oiría nada más. La voz sonaba ahora más distante, retrocediendo al interior del Pozo sin fondo. También las demás voces se habían apagado hasta conformar poco más que un tenue zumbido—. Regresaré —dijo la sombra de Andreas—. Naceré de nuevo.

Malachite aguzó el oído. Los susurros tiraban de él, le invitaban a unirse a ellos. Sintió un atisbo de brisa, como si el difunto Andreas hubiera exhalado un suspiro, haciendo acopio de fuerzas para hablar.

—¿Sí? —apremió Malachite a la voz.

—Naceré... de nuevo.

¿Cuándo?, quiso preguntar Malachite. ¿Dónde? ¿Qué tienes que ver con el Dragón?

—Sólo mi nombre... en esta época... —Bien fuera debido a que se agotaba el rito del oráculo o al hecho de que esta pregunta no pertenecía a Malachite, la voz pugnó por continuar—. Ni mi alma antes de... Alexia... sea polvo... Ella... nunca... me verá.

Aquello supuso el final. Un silencio sepulcral. El negro infinito del Pozo de los Huesos. Las voces del oráculo habían hablado, y en el vacío que era la ausencia de susurros, de luz, de vida, Malachite recordó las palabras del padre del desierto, del mismísimo Dragón disfrazado: La verdad cambia con cada par de ojos que la contemplan, con cada lengua que la pronuncia.

¿A quién pertenecía la verdad pronunciada por las voces? ¿Quién había tomado la decisión? Miriam podría haber preguntado lo mismo.

Capítulo diecinueve

Las puertas del templo se cerraron con estrépito, con la resolución de la muerte definitiva. Acunó contra su cuerpo la ligera forma del muchacho, del chiquillo ciego y sin vida.

Lady Alexia aguardaba. Él había esperado verla aparecer a cada paso asolado por susurros que había dado dentro del templo, pero estaba ahí, al otro lado de las puertas. Su actitud era paciente pero atenta, una estatua de alabastro a la luz del crepúsculo. A pesar de su fachada de control, Malachite podía sentir su expectación enroscada y en tensión, su desesperación nacida de muchos siglos.

—Sales.

Malachite asintió. Aunque la perentoriedad de Alexia era palpable, no suponía más que una mera distracción para él. Quería pasar corriendo junto a ella, dirigirse a la cueva de la cima de la montaña a la que el padre del desierto —¡el Dragón!— le había convocado. Pero sabía lo que encontraría. Nada más que una cueva vacía. Polvo que ofrecía sustento a la luz de luna, pero ningún halo de plata. He pasado junto al destino sin mirarlo para llegar hasta el oráculo, pensó, para que las voces pudieran emplazarme en un camino aún más largo.

—Recelas —decía Alexia. Su porte indiferente no conseguía eclipsar el anhelo de sus palabras.

—Siempre recelo —contestó Malachite. Siempre he recelado de ti.

—Pero ahora también eres más sabio.

—El oráculo puede impartir conocimientos, pero no sabiduría. Lo único que ha cambiado es el hecho de que haya tomado decisiones terribles, y que una mujer inocente se haya unido a las voces del Pozo. La carga que supone el Sueño se vuelve tanto más pesada. —Y de eso tienes que responder, pensó. Detrás de ella, Malachite vio cómo se acercaba la compañía, Ignacio y los demás.

Alexia reparó en ellos a su vez.

—Es el precio de un gran propósito —dijo, intentando hacer causa común, aunque sin volcar su corazón en la tarea. El gran propósito de Malachite no era el suyo—. Has mencionado conocimientos...

¿Cuántos cientos de años ha esperado descubrir algo acerca de Andreas?, se preguntó. Muchos más de los que abarca mi existencia. Sintió lástima de ella, y desprecio. Pero lo más importante era que seguía aferrado a la esperanza de que su embuste contuviera un germen de verdad, que el regreso de Andreas pudiera guiarlo hasta el Dragón.

—¿Pretendías que atrajera sobre mí las maldiciones de los muertos?

Alexia fingió desdén.

—La sacerdotisa de los huesos sobrestima ciertos peligros...

—¿Acaso todos los miembros de tu clan reciben el Abrazo de una lengua bífida?

Se apartó de él por un instante, batallando el orgullo contra su ansiedad, pero el anhelo salió victorioso. Sonrió, una sonrisa fría y congraciadora.

—Te lo perdono, puesto que es cierto que fue necesario recurrir a ciertos... eufemismos para traernos hasta aquí.

—Eufemismos —bufó Malachite—. Mentiras.

—¿Es que tú no has dicho ninguna mentira, santurrón? —preguntó, arqueando las cejas—. ¿Es que era libre de elegir su propio destino nuestra querida Miriam, como le dijiste? Échame la culpa de tu propia obsesión si eso te ayuda a descargar tu conciencia, pero tenemos otros asuntos que discutir.

Malachite sintió el aguijón de su puya. Se obligó a tener cuidado por el bien del muchacho que transportaba en brazos y no aplastar el frágil cuerpo ante la cólera que sentía crecer en su interior. Vio distraídamente que Ignacio y los demás se hallaban ya muy cerca.

—No hay motivo por el que debemos reñir —dijo Alexia, conciliadora, apaciguadora—. Entre los dos, podemos devolver el Sueño a Constantinopla. Podemos someter a los otros Cainitas a nuestra voluntad. Pero antes dime qué has descubierto acerca de Andreas.

Aquí es donde ella debe de creer que ya sé la verdad, fíjate en la vacuidad de sus palabras, pensó. De lo contrario, se limitaría a urdir más mentiras.

—Todo lo que me has contado acerca de Andreas era mentira. Ni él ni su posible regreso tienen nada que ver con el Dragón.

Alexia vaciló, sopesando sus palabras, intentando leer los surcos de su horrendo semblante. Un pequeño escalofrío se apoderó de ella. Su rostro se surcó de arrugas, semejantes a grietas en la máscara de marfil.

—Dímelo... —susurró, rogando con la vehemencia acumulada durante siglos.

No es capaz de negarlo, pensó Malachite. No es capaz de idear otra mentira. Me ha traído hasta aquí, trajo a Miriam hasta aquí, con este único

propósito.

—He hablado con la sombra de Andreas.

Con aquellas palabras, vio desvanecerse por primera vez la máscara de marfil. Alexia aguardaba pálida y desvalida, trémula, poseída por la esperanza y el miedo sin control.

—Sé lo que tú más deseas saber. Pero te burlas del Sueño. Lo utilizarías para lograr tus propios objetivos.

Los ojos de Alexia centellearon. Apretó los puños, rechinó los dientes y descubrió los colmillos.

—¡Dímelo, monstruosidad! ¡Dímelo! ¡Olvídate de tu ciudad, de tu Sueño! ¡Dímelo, bestia inmunda!

—No regreso a Constantinopla. Mi senda me lleva a otro lugar. Estoy sometido al silencio de la sepultura, a las maldiciones de los muertos.

—¡No! —Su grito de agonía resonó en la faz de la montaña, en las paredes del templo. Blandió contra él sus dedos crispados, sus uñas tan largas y afiladas como puñales. Enfrentada al inamovible silencio de Malachite, se abalanzó sobre él, entregada a la ira de la Bestia.

Malachite se giró para escudar al muchacho... pero intervinieron otras manos, que apartaron a la enloquecida Alexia. Se debatió con ellas, con Ignacio, Armando y los demás, cuando la arrastraron lejos de su señor, antes de empujarla a un lado con el canto de sus espadas. Con el grito desesperado de un animal salvaje, hirió a Ignacio en la cara.

El Nosferatu trastabilló de espaldas con expresión perpleja, desorbitados los ojos hundidos puesto que, donde había recibido el impacto, su piel comenzó a tensarse contra el rostro. Una a una, las llagas supurantes que lo cubrían se hincharon hasta reventar, sus rasgos se retorcieron de dolor y consternación cuando se le inflaron los ojos, antes de pudrirse hasta no quedar ni rastro de ellos. No escapó ningún gemido de sus labios cuando cayó al suelo para no moverse.

Los demás Nosferatu asistieron horrorizados al drama del caballero de San Ladre más destacado... para luego concentrar sus miradas furibundas, así como sus espadas, en Alexia. Parecía que ésta hubiera vuelto en sí, aunque el odio seguía abrasándola por dentro.

—¡Basta! —ordenó Malachite, y los caballeros desistieron de su ataque—. Basta. Será mejor que prosiga su camino, ignorante, y no que perezca aquí y ahora.

Por un instante creyó que la Capadocio volvería a arrojarse sobre él, a los otros Nosferatu y a quien osara negarle su máspreciado deseo... pero se

interpuso otra figura entre ellos.

—Basta —dijo la atezada Qalhara—. No mancillaréis las puertas del templo. —Esgrimía su propia espada desenvainada, y sin duda había más guerreros Capadocios dispuestos a acudir en su ayuda si fuese necesario—. Y la dama Alexia ha de responder ante la suma sacerdotisa.

Un fugaz destello de ira y temor surcó el semblante de Alexia... hasta que la máscara de marfil hubo retomado su puesto. Se irguió cuan alta era, regia, despreciando a las repulsivas criaturas que pretendían hacerle daño. Pero se resistía a mirar a Malachite. No podía, so pena de que la furia y la Bestia volvieran a adueñarse de ella.

Malachite indicó a los demás con un gesto que recogieran a Ignacio, antes de dar la espalda a las dos Capadocios. Se dio cuenta de que Verpus — Verpus, fugado o perdido— se encontraba entre los Nosferatu.

—El oráculo ha hablado —dijo Malachite—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Durante el descenso desde las puertas del templo, el muchacho parecía pesar más que nunca, y aunque eran Armando y Teodoro los que cargaban con Ignacio, su pérdida seguía pesando amargamente sobre Malachite.

—He visto recuperarse a un Cainita de una maldición peor que esta —dijo Verpus, señalando a Ignacio.

La sorpresa ante el regreso del turco debía de haberse reflejado en el rostro de Malachite, porque uno de los ghouls se apresuró a acercarse a él para explicarle:

—Volvió la noche después de que entraras en el templo.

Malachite miró a Verpus, que asintió con aire deferente.

—Perseguí a la segunda banda de ghazis —relató el turco—. Eran diez. Me cobré seis esa misma noche, pero los otros cuatro continuaron cabalgando al amanecer. Seguí su pista a la noche siguiente, les di alcance, maté a otros dos. Los dos restantes consiguieron escapar. Los rastree durante tres noches, pero al final no consiguieron llegar hasta su ejército ni alertar a nadie de nuestro paso.

Jinetes cubiertos de sangre, pensó Malachite, y el lobo a las puertas. Apoyó una mano en el hombro de Verpus. Las palabras de los muertos comienzan a demostrar ser ciertas. Miró en rededor, intentando estimar la hora de la noche, pero sus sentidos seguían afectados por el eterno murmullo del templo.

—¿Cuánto falta para el alba?

—La noche aún es muy joven —respondió Verpus, intrigado.

Malachite meditó sus palabras.

—Tengo que descansar, aunque ansío dejar atrás esta tierra, antes de que pueda golpearos otra desgracia.

Debían de haber sentido parte de sus ordalías, de su agotamiento. Nadie preguntó por la causa de la rabia incontrolable de Alexia, ni por el paradero de la mujer mortal.

Miriam. Malachite se sintió por un momento como si los susurros hubieran escapado del Pozo de los Huesos y anduvieran arrastrándose tras él en plena noche. Casi podía oírlos, casi podía distinguir las palabras...

Al final, fue Verpus, no uno de los Nosferatu, el que le habló:

—No piensas regresar a Constantinopla.

Así que los ha oído, pensó Malachite.

—No, no pienso hacerlo. Mi camino me lleva a otra parte. —A Adrianopla, de momento, y luego dondequiera que me conduzca la búsqueda del Dragón. Exhausto, observó al turco. Busca un caudillo, alguien que haga frente a los latinos, lo mismo que pretendía hacerme creer Alexia—. ¿Me convierte eso en tu enemigo, Verpus? ¿Vas a ejecutarme?

Verpus apartó la mirada y, al cabo, negó con la cabeza.

—No eres mi enemigo. No eres enemigo de la ciudad. Viajaré contigo mientras nuestras sendas discurran paralelas, pero debo regresar a Constantinopla.

Malachite lo entendía. Se volvió hacia los demás Nosferatu.

—Todo aquel que lo desee puede volver a Constantinopla con mi bendición —anunció, en voz alta para que todos lo oyeran—. No pienso entrar en la ciudad. Por el momento, mi camino se dirige hacia el oeste, hacia Adrianopla. Durante cuánto tiempo... no lo sé. Estáis todos invitados a uniros a mi periplo, pero nadie está obligado.

El porte de Verpus le indicaba que el Gangrel estaba resignado, ya que no complacido. Regresará a la ciudad, pensó Malachite, y libraré la guerra que ya se ha perdido. Que así sea.

En cuestión de minutos, se hubieron cargado los caballos y la compañía dio la espalda al monte Erciyes y al templo de los Capadocios, aunque Malachite tenía la impresión de que jamás conseguiría librarse de los susurros.

Sabía lo que iba a encontrar. Una cueva vacía, sin Basilio, sin padre del desierto. Sin Dragón. Pero Malachite necesitaba reposo. Iluminado por el haz de luz de luna, se sentó acariciando el cabello del muchacho. En su mano libre, el antiguo Nosferatu sostenía el fragmento del icono que exhibía el

Cristo-Dragón. Un hilo de sangre seca cruzaba el rostro desde que Malachite hubiera apretado la baldosa en su puño, por miedo a que la suma sacerdotisa pudiera arrojarlo al Pozo. Las palabras de los muertos resonaban sin cesar dentro de su cabeza... palabras que iban dirigidas sólo a él.

No fue hasta que un destello de luz argéntea le hubo llamado la atención que reparó en que el muchacho había abierto los ojos, y le sostenía la mirada como hiciera tantas veces en el pasado.

Un alivio largo tiempo esperado se apoderó de Malachite... pero casi al mismo tiempo se le heló el corazón.

—¡No, mi chiquillo! ¡Las palabras de los muertos no son para ti!

Demasiado tarde.

—Veo —musitó el muchacho, cerrando los ojos cargados de conocimiento—. Al fin veo.

Y en ese momento se redujo a polvo en los brazos de su sire, dejando a Malachite a solas para recoger las maldiciones de los muertos.